



EL SECRETO DE  
SANT'  
ANGELO

FRANCISCO ASENSI



Lectulandia

En 1903, poco después de la muerte del papa León XIII, un tal Serafino Cattani escribió una carta en la que aseguraba que aquél, en su lecho de muerte, había afirmado: «*Io non sono il Papa*».

La misiva, que durante un siglo había permanecido oculta, llega a manos de monseñor Bergonzi, aficionado a desentrañar los misterios de la Iglesia durante las meriendas que organiza en su residencia junto a otros tres prelados del Vaticano.

El divertimento inocente de cuatro miembros de la curia desembocará en una trama de espionaje y muertes, que acaba revelando oscuros secretos de la Iglesia.

Lectulandia

Francisco Asensi

# El secreto de Sant'Angelo

ePub r1.0  
lenny 03.10.2018

Título original: *El secreto de Sant'Angelo*

Francisco Asensi, 2006

Retoque de cubierta: lenny

Editor digital: lenny

ePub base r2.0

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

# Índice de contenido

Cubierta

El secreto de Sant'Angelo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21  
Capítulo 22  
Capítulo 23  
Capítulo 24  
Capítulo 25  
Capítulo 26  
Capítulo 27  
Capítulo 28  
Capítulo 29  
Capítulo 30  
Capítulo 31  
Capítulo 32  
Capítulo 33  
Capítulo 34  
Capítulo 35  
Capítulo 36  
Capítulo 37  
Capítulo 38  
Capítulo 39  
Capítulo 40  
Capítulo 41  
Capítulo 42  
Capítulo 43  
Capítulo 44

Capítulo 45

Sobre el autor

*A Maria Borrás Blancafort, Carmen Díaz Álvarez,  
Francisco José López Alfonso y Eva Mariscal de Gracia  
por su colaboración inestimable.*



Il y a le roman, et il y a l'histoire. D'avisés critiques ont considéré le roman comme de l'histoire qui aurait pu être, l'histoire comme un roman qui avait eu lieu. Il faut bien reconnaître, en effet, que l'art du romancier souvent emporte la créance, comme l'événement parfois la défie. Hélas! certains sceptiques esprits nient la fait dès qu'il tranche sur l'ordinaire. Ce n'est pas pour eux que j'écris.

ANDRÉ GIDE,  
*Les caves du Vatican*

Monseñor Bergonzi había leído la carta por lo menos tres veces. Se levantó y se acercó a la ventana. Su mirada tropezó con el Braccio Nuovo y con las otras galerías de ladrillo que delimitaban el pequeño *cortile* de la Biblioteca Apostólica. Tuvo una vaga sensación de claustrofobia.

—*Io non sono il Papa* —repitió la frase que tanto le había impresionado—. ¿Deliraba León XIII, como afirmaba el cardenal español que le había asistido en su lecho de muerte, o acaso el que agonizaba no era el auténtico papa?

En un principio, semejantes pensamientos le habían parecido descabellados y sin ningún fundamento.

—Giuseppe, Giuseppe —se dijo, después de un rato de cavilación—, has vivido lo suficiente para ver con tus propios ojos acontecimientos tan increíbles que pondrían los pelos de punta a cualquiera. En el Vaticano es posible lo más inverosímil... ¡Ah, si las paredes de los aposentos apostólicos pudieran hablar!

Monseñor Bergonzi se acordaba, sin duda, del malhadado Juan Pablo I. Una vez más, volvió a leer la carta.

—Si el sacerdote Cattani la escribió en estos términos es porque algo de lo que presencié le pareció muy extraño... Muy extraño...

Para hacerse una composición de lugar exacta del aposento pontificio, monseñor Bergonzi buscó el grabado de Gerlach publicado en el *Illustrirte Zeitung*, de Leipzig. En él aparecía el Papa acostado en su cama, con las manos entrelazadas sobre el pecho y un crucifijo entre ellas, y el cardenal camarlengo de pie, empuñando un martillo de plata y dispuesto a golpear tres veces la frente del muerto y a llamarlo por su nombre otras tantas. También se veían hincados de rodillas alrededor de la cama a algunos cardenales y guardias suizos con las alabardas enhiestas.

Su vieja amiga *mademoiselle* Dubouché le había enviado la carta, escrita hacía cien años por un tal Serafino Cattani. La encontró, según le contaba, por casualidad, dentro de un devocionario que había pertenecido al abate Pierre Guibert, confesor de Isabel II y frecuentador de los saraos y tertulias que la reina de España organizaba en su residencia del palacio Basilewski, en la avenida Kleber de París.

—El cardenal Vives y Tutó, el abate Guibert de París, el sacerdote Cattani... ¿Una conspiración alrededor del moribundo León XIII? ¿Quién sabe? Sea como fuere, es un buen tema para las reuniones de los viernes.

—¿Cómo dice? —le preguntó un joven con alzacuello, que andaba rebuscando en unos ficheros del despacho.

—Tú a lo tuyo, muchacho —le contestó monseñor.

Desde hacía algún tiempo, se reunían dos viernes al mes en la Piazza Navona, en el apartamento que monseñor Bergonzi había alquilado a la Congregación para la Doctrina de la Fe. La vista desde los ventanales del salón era privilegiada: la Fontana dei Fiumi con su obelisco, la iglesia de Sant'Agnese in Agone... Les unía su mucho tiempo libre y su común afición por la historia de la Iglesia. Sobre todo, les gustaba desentrañar esas otras pequeñas historias hechas de rumores y anécdotas que no aparecen en los grandes tratados y que, quizá, determinaron los grandes acontecimientos del Vaticano. ¡Todo un arte, casi una ciencia!, decían jactándose. Algunas veces, monseñor Bergonzi y sus amigos discutían sobre lo que a cualquiera le hubiesen parecido banalidades, y se enzarzaban en disputas y acaloramientos nada buenos para unos corazones que debían evitar las excitaciones. Por esa razón, habían establecido normas no escritas para sus tertulias, así como reglas que se referían a otros asuntos más prosaicos. Por ejemplo: desde Todos los Santos hasta la fiesta de San José, se servían grandes tazas de chocolate en mitad de la tertulia; y desde San José hasta la fiesta de San Juan, se suprimía el chocolate por la merienda sólida: panecillos de corteza crujiente y miga esponjosa, que la panadera amiga de Giuliana, la hermana de monseñor, horneaba para ellos, y que acompañaban con los mejores fiambres y embutidos que cada uno traía de su terruño. Del vino se ocupaba monseñor, que era un experto, y, en opinión de su hermana, debería beber menos. Desde San Juan hasta las vacaciones de verano tomaban horchata de chufa, brebaje que en Roma y en los palacios vaticanos introdujeron los Borgia, y que uno de los contertulios había conseguido implantar en casa de monseñor.

Aquel primer viernes de enero, festividad de San Benito —abogado contra el mal de orina—, se reunieron alrededor de la mesa monseñor Bergonzi, anfitrión habitual; el padre Luigi Toniolo, teatino; Felice Ubaldini, jesuita; y José Benavent, un monseñor valenciano afincado en Roma.

—Traigo buenas noticias para esta docta asamblea —dijo monseñor Bergonzi, sin poder ocultar su satisfacción.

Dicho lo cual, abrió su carpeta y con gran parsimonia fue entregando a cada uno una fotocopia de la carta de Serafino Cattani.

En el silencio más absoluto del aposento, oí las últimas palabras de Su Santidad como un lamento casi imperceptible: «*Io non sono il Papa. Io non sono il Papa...*». Días antes se le había administrado el Santo Viático y la Extremaunción.

La víspera, el cardenal Mariano Rampolla, secretario de Estado del Vaticano, había teleografiado a los nuncios de todo el mundo, poniéndoles al corriente del grave estado en el que se encontraba el

Papa. Les decía que el Santo Padre daba por concluida su carrera en esta vida y esperaba con serenidad la llegada de su hora. Esa misma noche perdió el conocimiento, recobrándolo de nuevo al día siguiente. El penitenciario mayor, a petición de los demás purpurados, impartió al egregio enfermo la postrera bendición *in articulo mortis*. Acabada la ceremonia, sus eminencias pasaron a la capilla Paulina, donde se había expuesto el Santísimo Sacramento, y se arrodillaron en unos bancos de madera demasiado incómodos para quienes estaban acostumbrados a blandos almohadones de terciopelo.

Durante veinticinco años, el pontífice agonizante había regido la Iglesia Católica impidiendo con su largo reinado que otros, que habían soñado con sentarse en la cátedra de Pedro, alcanzasen tan alto honor y gustasen, aunque fuese por breves años, las mieles del poder. ¿Rezaban? ¿Sopesaban las probabilidades que todavía tenían? Al fin y al cabo, los cardenales más viejos podían pensar para animarse, que León XIII había ceñido la triple corona a los sesenta y ocho años. No era fácil averiguar, viéndolos ensimismados y con los ojos cerrados, si rezaban por el moribundo o echaban cálculos sobre las propias posibilidades de sucederle. No todos, sin embargo, estaban reconcentrados. En la última fila se había arrodillado el cardenal Silvio Corsini que, visiblemente inquieto, miraba hacia atrás continuamente como si dudara entre permanecer en la capilla o volver a la habitación. ¿Por qué tanto desasosiego?

En el dormitorio pontificio ya sólo quedábamos el cardenal español Vives y Tutó y yo, aunque muchos en el Vaticano me veían como un advenedizo. Fue entonces cuando León XIII repitió una y otra vez la enigmática frase «Yo no soy el Papa», que a mí se me quedó profundamente grabada.

El cardenal Vives y Tutó y yo la oímos con claridad, aunque cada vez más débil y silabeada. Cuando me volví al señor cardenal, preguntándole con la mirada qué era lo que el moribundo intentaba decirnos, me respondió en un aparte:

—El Santo Padre delira.

Avisados de que habían comenzado los estertores de la muerte, los cardenales acudieron de nuevo junto al lecho papal. De rodillas, rezamos las letanías de los agonizantes, mientras las campanas de San Pedro anunciaban a la ciudad de Roma el supremo trance en que había entrado Su Santidad. A continuación, el penitenciario mayor recitó la oración *Proficiscere*:

—Sal, alma cristiana, de este mundo, en nombre de Dios Padre omnipotente que te creó... —Emocionado, el prelado continuó

leyendo el texto hasta el punto que dice—: Señor, ten piedad de sus gemidos, ten misericordia de sus lágrimas.

Mientras pronunciaba estas últimas palabras, León XIII entregó su espíritu a Dios. Eran las cuatro de la tarde del 20 de julio de 1903.

El dormitorio de León XIII, convertido ahora en cámara mortuoria, contaba con muy pocos muebles: tan sólo la cama y una mesilla. La desnudez de la habitación recordaba más bien a una celda franciscana, sin evocar en absoluto el lujo de la vida de un papa.

Todos los presentes se concentraron en el papel que tenían delante, como si se les hubiese servido un apetitoso plato. Leían con atención, tratando de intuir qué demonios se traía entre manos Bergonzi.

—*Io non sono il Papa. Io non sono il Papa...* —repitieron en voz alta, sorprendidos y casi al unísono, esperando una explicación.

—Bien, ahora que habéis leído este documento, podéis preguntar lo que queráis —dijo Bergonzi.

—¿Es auténtica esta carta? —inquirió en primer lugar el padre Benavent, mientras echaba la silla hacia atrás y metía sus manos regordetas en el fajín rojo.

—No me cabe la menor duda —aseguró monseñor Bergonzi—. Aunque la fiabilidad del autor y el sentido exacto de su contenido sea harina de otro costal.

—Nunca leí que León XIII dijese tal cosa antes de morir —comentó el padre Luigi Toniolo, el más viejo de la reunión, que pasaba por ser uno de los más documentados en el anecdotario de los últimos pontífices.

—Y tú, Ubaldini, ¿qué tienes que decir? —le animó monseñor.

—Estoy sorprendido, muy sorprendido —le contestó el jesuita—. Creo que es un gran tema. No sólo por el personaje, nada menos que el papa de la *Rerum Novarum*; y por la época, intrincada y revuelta, que tiene como contexto, sino por el hecho en sí. Eso de que León XIII, moribundo, dijese que no era el papa... Me parece algo sugerente..., apasionante... —añadió entusiasmándose.

—¿Qué hay de sugerente y de apasionante en esta carta? —espetó el padre Benavent, cortándole las alas.

—¿Te parece poco sugerente lo que relata el tal Serafino Cattani, testigo presencial, según afirma, de los últimos momentos del papa León XIII?

—Pero ¿es que alguien de los aquí presentes se ha creído semejante patraña? Me parece —le replicó el padre Benavent— que, en esa misma carta, el cardenal Vives y Tutó, también testigo presencial de la escena, da cumplida respuesta: el Papa deliraba, como tantos enfermos al morir, y punto. No hay por qué sacar las cosas de quicio.

El considerando de monseñor Benavent fue certero, pero no logró poner el deseable punto final.

—Si no disponemos de más datos —intervino el teatino—, ninguno de nosotros podemos resolver el problema ahora. El dilema que plantea la carta del tal Cattani, a mi entender, es el siguiente: el Papa que muere en los palacios apostólicos el 20 de julio de 1903, ¿fue el verdadero León XIII o se trataba de un impostor que lo había suplantado y que, arrepentido en el último momento, confesó la verdad? —Y, dirigiéndose a monseñor Bergonzi, continuó—: Ése, creo yo, es el tema de debate que nos propone monseñor.

—¡Padre Toniolo, seamos serios! —le reprendió el padre Benavent, como el profesor al alumno que acaba de decir una estupidez—. Ésta es una reunión de historiadores acreditados. Aunque estudiemos temas *per divertimento*, eso no quita que lo hagamos con rigurosidad; debemos ser objetivos... ¿Quién iba a secuestrar a un papa y poner a un doble en su lugar? ¿Los cardenales? ¿Y qué hicieron con el verdadero? ¿Lo asesinaron? Esa carta, en mi opinión, habría que tomarla a broma, si no fuera porque resulta sacrílega y macabra...

—Calmaos, calmaos —intervino monseñor Bergonzi—. Vuestro acaloramiento, cuando ni tan siquiera hemos comenzado a trabajar, me demuestra que el tema vale la pena. Si es bueno o no, ya se verá. Lo que está claro es que es polémico, apasionante... —Y, como empezaba a llegar el olorcillo a chocolate, pensó que no estaría de más echar mano a la tregua que su hermana le brindaba en bandeja—. Haced sitio, que viene Giuliana con la merienda.

El humeante chocolate y la exquisita bollería, que en otras ocasiones llenaban las bocas y apaciguaban los ánimos, no pudieron serenarlos esta vez.

—Me parece que el *spagnoletto* —dijo el padre Toniolo, refiriéndose al padre Benavent— ha perdido los estribos, y, a fuerza de pedirnos seriedad, coarta nuestra investigación. Un método poco científico. ¿Qué nos impide estudiar el contenido de esa carta? ¿Por qué considerarla de entrada una broma macabra? ¿Es que la historia de la Iglesia no encierra casos patéticos, peores que éste...? Con ese prejuicio, poca rigurosidad vamos a conseguir.

El padre Benavent se atragantó con las palabras del teatino y a punto estuvo de salpicar a su contrincante con las sopas que andaba masticando en su boca. Monseñor, que lo tenía a mano, tuvo que darle unas cuantas palmaditas en la espalda.

—Come o habla, pero no hagas las dos cosas a la vez, que nos vas a poner perdidos.

—¿Por qué insinúas que tengo prejuicios apriorísticos? ¿Es que podemos poner en entredicho la verdad histórica de ese largo pontificado, porque a un tal Cattani, que Dios sabrá quién es, se le ocurrió escribir una carta y poner en boca de León XIII una frase tan fantástica como desacertada? Cuidado, amigos, que no estamos hablando de un papa de la oscura Edad Media, sino de anteayer, como quien dice, sobre el que hay escrita una amplísima bibliografía.

—Nadie ha puesto nada en cuestión —dijo monseñor, blandiendo en el aire medio bollo chorreante de chocolate—. Pero ¿quién o qué nos impide pensar, al

menos como mera hipótesis, que el papa León XIII pudo haber utilizado un doble en alguna ocasión? Eran tiempos revueltos los que él vivió...

—¿Hasta el extremo de suplantarle en la mismísima hora de su muerte? —insistió el padre Benavent, erre que erre.

—Y ¿por qué no? —le desafió monseñor con un nuevo bollo que había tomado de la bandeja y se disponía a mojar en su taza.

—¿De verdad crees que pudo ser posible? —plegó velas el padre Benavent, viendo que su posición no era compartida.

—Yo, *caro amico*, ni creo ni dejo de creer. No se trata de eso, y tú lo sabes muy bien. Sólo digo que esta carta, sea o no cierto su contenido, constituye un buen tema de estudio, y aceptar lo que dice, al menos como hipótesis, no me parece tan descabellado como para echarse las manos a la cabeza. Rechazar *a priori*, como tú haces, tal posibilidad, es partir de un prejuicio. Tu actitud, y no la curiosidad del padre Felice, es la acrítica.

Viendo que los ánimos no acababan de calmarse, el padre Toniolo intervino:

—No es por nada, pero en medio de estas discusiones, bastante bizantinas, no estáis saboreando el riquísimo chocolate de Giuliana. Hoy tiene un toque de vainilla...

Todos, con las servilletas prendidas de los alzacuellos para evitar que el chocolate salpicase sus sotanas, se volvieron hacia la hermana de monseñor, que estaba dándole al ganchillo junto a la ventana. La sonrisa que le ofrecieron con aquellos carrillos hinchados, les daba cierto aire bobalicón. Ella les devolvió la sonrisa por encima de sus gafas.

Giuliana, la hermana de monseñor, tenía un pronto de mandona —muy propio de las solteronas— que se le había acentuado con el paso de los años; sin embargo, nunca se había entrometido en los asuntos de su hermano. Tan sólo cuando había visto que algún cura de los que frecuentaba su casa rondaba a alguna mujer había intervenido como leal gobernanta vigilante y defensora de las buenas costumbres del clero. Sentada en su sillón, ganchillo en ristre, tejía unas puntillas para un altar, mientras escuchaba con atención las discusiones del hermano y sus amigos.

—Muy bueno el chocolate, Giuliana. —El padre teatino se quitó la servilleta del cuello y se limpió los labios.

—A los señores contertulios no se les caerían los anillos si me echasen una mano... —Esto último, subrayado con un cierto retintín, lo decía Giuliana por el padre Benavent, que lucía uno muy ostentoso en su mano derecha.

Expedita la mesa y convertida de nuevo en mesa de trabajo, monseñor desplegó con mucho cuidado la carta original de Serafino Cattani. Sobre el amplio tablero caía un cono de luz procedente de la tulipa de cristales de colores —más propia de una cantina del Misisipí que del salón de un clérigo—, que pendía del techo. ¿En qué estaría pensando Giuliana para colgar semejante lámpara en el despacho de su hermano? De todos modos, había que reconocerlo, daba una luz espléndida.

La carta de Serafino Cattani fue pasando de mano en mano como si fuese una venerada reliquia. El padre Benavent, que no era grafólogo, como tampoco lo era ninguno de los presentes, jugó a serlo tratando de interpretar los rasgos de la escritura. Los otros le dejaron hacer sin prestarle demasiada atención, permitiéndole que aventase su vanidad de aficionado. Todos eran zorros viejos y sabían bien de qué pie cojeaba cada uno, y cuando vieron que el *spagnoletto* comenzaba a extralimitarse: que si el corte de las «g», que si las «m» estiradas como gusanillos, que si las mayúsculas parecían capitulares rubricadas... Filosofando sobre todo ello y a punto de extraer sus personales conclusiones, el jesuita no pudo contenerse y le interrumpió con brusquedad:

—De todo lo cual se deduce que el tal Serafino Cattani fue *un homme bien élevé*...

El padre Benavent, que había tratado de pergeñar, inventar más bien, la personalidad del autor de la carta, a partir de los rasgos de su escritura, dejó sobre la mesa el papel amarillento que había monopolizado.

—¿Cómo dices? —se sorprendió.

—Con sólo ver ese tipo de caligrafía se deduce a la legua que Serafino Cattani era francés; al menos educado en Francia, y si me apuráis, os puedo decir incluso en qué colegio.

—¿Cómo? —Ahora eran los demás quienes estaban sorprendidos, porque sabían que el padre Ubaldini no habría dicho tal cosa de no estar seguro.

A los apremios de los contertulios, el jesuita les contó con todo lujo de detalles cómo hacía muchos años, a propósito de una cuestión muy controvertida surgida en Francia acerca de la formación caligráfica de los alumnos, tuvo que documentarse a conciencia sobre el tema, razón por la cual llegó a conocer a la perfección las características de las diversas escrituras y métodos que se utilizaban en los distintos colegios.

—Tanto es así —concluyó su larga exposición— que, entre mil cuadernos, sé distinguir en qué colegio aprendió a escribir el estudiante. Y, en el caso que nos ocupa, puedo afirmar sin el menor temor a equivocarme que Serafino Cattani fue alumno de los sulpicianos.

—Bueno —dijo monseñor muy animado—, veo que, apenas propuesto el tema, ya tenemos alguna línea de investigación abierta. Según nos acaba de afirmar el padre Ubaldini, Serafino Cattani fue educado a la francesa. ¡Qué digo! El padre Felice se atreve a asegurarnos que estudió en el seminario de Saint Sulpice de París...

—¿Cómo se compagina, sin embargo, esa aseveración del padre Ubaldini con el nombre y apellido italianos de nuestro hombre? —apuntó el teatino, seguro de que el padre Benavent, a quien se volvió en busca de su aprobación, estaba pensando lo mismo.

Monseñor, sin dejar que el jesuita respondiera, se adelantó a hacer uso de la palabra.



—Ahí tenemos una incógnita a despejar, y no será la única. ¿No os parece que esto se pone interesante desde el principio?

—Ya decía yo que este tema era sugerente y apasionante —ratificó el jesuita su primer parecer, mirando con malicia al *spagnoletto*.

El padre Benavent, sin haber digerido aún la poca consideración que habían merecido sus elucubraciones grafológicas, no tenía la cabeza clara para ver los puntos débiles de todo aquel andamiaje que el jesuita había levantado en un santiamén, y menos para desmontárselo.

—Oyendo la argumentación de Ubaldini —dijo mosqueado—, me inclino a darle un voto de confianza. Esperemos que los hechos no le desbaraten sus brillantes intuiciones.

A esas horas, ya hacía un rato que Giuliana, tras dejar sobre el sillón sus labores y echar una última mirada a todos los rincones de la plaza, donde con el frío que hacía deambulaban muy pocos turistas, había corrido las cortinas y pasado a la cocina a preparar la cena. *Sócrates*, el perro, que todo el tiempo estuvo echado a sus pies, la había seguido. La tertulia de aquel viernes, con tema nuevo, se alargaba más de lo habitual.

—Se nos presenta —dijo monseñor Bergonzi, clausurando la reunión— un emocionante prolegómeno: ¿quién fue ese Serafino Cattani? ¿A quién le escribía la carta? ¿Qué hacía en la cámara mortuoria del pontífice...? Y si el principio es ya emocionante, qué decir del fin que nos hemos propuesto: ¿tuvo el papa León XIII un doble?

—No cantes victoria, monseñor —dijo muy serio y contrariado el padre Benavent—. No emitas la conclusión antes que las premisas... Demostraciones, pruebas, hechos...

—He hablado en condicional, *caro amico*. He dicho si eso fuese así... Como comprenderás, no tengo ningún interés en crear problemas a nuestra Santa Madre Iglesia...

—Que no está el horno para bollos —añadió el jesuita.

—¿Sabéis cuántos años tenía León XIII cuando murió? —preguntó de sopetón, y sin venir a cuento, el padre Toniolo para desviar la conversación y evitar roces innecesarios.

—¿El verdadero o el falso? —quiso puntualizar, socarrón y un tanto soberbio, el padre Benavent, mientras con la punta de su pañuelo quitaba una mota de chocolate que le había salpicado el anillo doctoral.

—No, lo pregunto en serio.

—Si mal no recuerdo, ochenta y seis —aventuró el *spagnoletto*, que ya había dejado de jugar con su anillo y había guardado el pañuelo.

—El que vivió ochenta y seis años fue Pío IX —le rectificó el jesuita—. León XIII alcanzó más de noventa, pero no sé con exactitud cuántos.

El padre Toniolo, disimulando su satisfacción por haber puesto en compromiso a los presentes, contestó a su propia pregunta.

—El más viejo de los dos papas —dijo— fue León XIII, que vivió noventa y tres años; lo que pasa es que Pío IX, aunque murió a los ochenta y seis, tuvo el pontificado más largo. Nada menos que treinta y un años, superando al propio san Pedro. ¿No habéis leído la lápida que, para conmemorar tal acontecimiento, se puso en la Basílica de San Pedro?

El padre Toniolo se refería al medallón de mosaico que en 1871, siete años antes de su muerte, el clero de la basílica vaticana colocó en el pilar donde estaba la estatua de bronce de San Pedro, como acta notarial que diera fe pública de que Pío IX había igualado los años del Apóstol.

—Los sobrepasó con creces, desmintiendo la leyenda de que ningún papa alcanzaría jamás los veinticinco años de pontificado —apostilló monseñor.

—Y el Papa actual lleva idéntico camino... —comentó el jesuita sin disimular su antipatía.

—Bueno, pero ¿a cuento de qué viene ahora la edad de León XIII? —intervino el padre Benavent, dirigiéndose al teatino.

—Viene a cuento de lo difícil que debió de resultarles a los señores cardenales buscar un doble de un anciano con tantos años y achaques.

Todos se rieron.

—¿Os habéis dado cuenta de que esta carta está cortada en su cabecera? Como si alguien con un cortaplumas hubiese querido suprimir el membrete...

El jesuita Ubaldini hacía rato que había retomado la carta y, mientras se hablaba sobre los años del pontífice, había estado observando ese borde, pasando y repasando las yemas de sus dedos. Todos reclamaron de nuevo la carta para cerciorarse de ello. Convinieron por unanimidad que así era.

—¿Qué cabría deducir de ese hecho? —preguntó intrigado el padre Benavent, molesto consigo mismo por no haber sido él quien descubriera el detalle.

—No lo sé. De momento, lo constato. Puede que *a posteriori* tenga algún interés o puede que no —respondió con naturalidad el jesuita.

—Continúo pensando que hemos sobrevalorado el contenido de esta carta —dijo el padre Benavent, retomando su posición inicial— y, ahora, nos entretenemos en analizar el papel, como si se tratase de un resto arqueológico de valor incalculable. Yo mismo, no me da vergüenza reconocerlo, he caído en esa trampa.

—¿Cómo es posible que no te hayan llamado de la Congregación para la Causa de los Santos? Hubieras sido un buen abogado del diablo. No he visto a nadie que ponga tantas pegas —saltó el padre Toniolo sin poder evitarlo, nervioso por ver los continuos reparos del valenciano.

Desde la cocina llegaron unos carraspeos que los contertulios supieron interpretar muy bien.

—Giuliana tiene a punto la cena de monseñor —comentó el teatino—. Habrá que ir replegando velas.

—No le hagáis demasiado caso —tranquilizó monseñor a sus amigos, aunque se había dado por aludido.

Acto seguido pasó a tratar de cómo se iba a llevar a cabo la investigación propuesta y de cómo se repartirían los trabajos y las intervenciones.

—La tarea para las próximas reuniones —dijo nervioso y apresurado— es recopilar todos los indicios relativos al doble de León XIII. Algunos habrá, digo yo... A partir de ahí, ya iremos diseñando las demás líneas de estudio según como se nos vaya dando. Creo que el tema no es sólo sugerente, sino de suma importancia. —Miró al padre Benavent, obligándole a que diese también su asentimiento *in extremis*, cosa que hizo con una imperceptible inclinación de cabeza—. Aunque nosotros tomemos esta cuestión histórica como simple pasatiempo, no por eso la vamos a tratar de manera frívola. Así pues, y para evitarnos molestias que nos pudieran venir vete tú a saber de qué congregación, lo mejor será que guardemos secreto de lo que aquí hablamos...

—Difícil va a ser. Si hemos de investigar, quiérase o no, algún rastro dejaremos de lo que andamos buscando —comentó el padre Ubaldini.

—Menudos alcahuetes son todos los de la Vaticana —añadió el padre Toniolo. Monseñor le miró con reproche.

—En la Biblioteca Vaticana hay alcahuetes como en todas partes: ni más ni menos.

Monseñor se levantó de la mesa camilla a por su agenda, y se sentó de nuevo en el sillón que crujía cada vez que se aposentaba en él.

—Me parece —dijo, consultándola— que la próxima reunión la podemos tener el día 26. ¡Qué menos que quince días para conseguir algún dato sobre el tema! ¿De acuerdo?

Todos asintieron y tomaron nota.

De la cocina llegaban discretos ruidos de platos y cubiertos. Monseñor estaba acostumbrado a estas señales, y sabía que era urgente poner fin a la reunión si no quería ver a su hermana con cara larga a la hora de la cena.

—¿Quién empieza? —pidió concreción el padre Benavent, consultando la hora en su reloj de pulsera, uno de esos enormes de oro, cargado de inútiles esferas y agujas que no había aprendido a manejar.

Lo echaron a suertes y recayó en el padre Toniolo.

El padre Luigi Toniolo pertenecía a la orden de los teatinos, y vivía en la casa generalicia que éstos tenían junto a Sant'Andrea della Valle. Como muchos miembros de su orden, había perdido la ilusión primera. A sus casi ochenta años, cínico y desencantado, repartía su tiempo entre la biblioteca y el altar. Todos los días, vestido con una sotana impecable y peinado con la raya a la izquierda, bajaba a la iglesia de buena mañana. Conservaba la costumbre de levantarse al alba a pesar de que la mayoría de sus correligionarios, con menos achaques que él, la habían arrinconado. Decía la primera misa para las pocas personas que acudían a aquellas horas y, a continuación, se sentaba en el confesonario a esperar que algún penitente solicitase los auxilios espirituales. Era un clérigo puntual y cumplidor, y las horas muertas que pasaba en el confesonario las empleaba en leer su breviario, práctica que también había caído en desuso. Si la claustrofobia o la impaciencia por desayunar no le apremiaban, se sumergía en libros o revistas de historia, lo que constituía su verdadera pasión.

Al día siguiente de la reunión, después de tomarse un buen tazón de café negro bien cargado, con rebanadas de pan con mantequilla, subió a la biblioteca que había en la parte alta de la casa. Allí no llegaba el guirigay de los alborotadores peregrinos, casi siempre grupos de muchachos y muchachas de colegios religiosos, que iban a Roma en viaje de fin de curso para ver al Papa. El padre Toniolo, resguardado en su sanctasanctorum, leía con tranquilidad los periódicos de la mañana —entre los que no faltaba *L'Osservatore Romano*—, aunque había subido con la intención de estudiar el tema que habían acordado investigar en casa de monseñor.

Vio que el hermano Osvaldo González —una de las conquistas apostólicas que se había traído de México— rondaba por la sala, y no pudo evitar preguntarle:

—¿Qué sabes tú de León XIII?

El joven sudamericano, si bien nunca había dado muestras de una vocación religiosa acendrada, sí había demostrado ser un empedernido lector y un autodidacta en muchas materias, aunque era, sobre todo, un fuera de serie en temas de ordenadores y negocios hosteleros. Se quedó pensativo un momento.

—Pues, a decir verdad... Pero ¿a qué viene esa pregunta?

Sin responderle, el padre Toniolo le lanzó otra.

—¿Tuvo León XIII un doble?

—¿Es que esta mañana se dedica usted a contestar cuestionarios de revista?

—No, te lo pregunto en serio.

Como todos los días, el hermano Osvaldo subió a alimentar la estufa de leña y la puso al rojo vivo; ésa era la única manera de hacer habitable aquella inhóspita sala adonde, paradojas de padre general, no llegaban las cañerías de la calefacción.

Cuando el padre Toniolo creía que el hermano había olvidado la pregunta, oyó que le contestaba desde la otra esquina de la sala.

—No sé si León XIII tuvo un doble, pero, según he averiguado por Internet, André Gide trató ese tema en su novela *Los sótanos del Vaticano*.

—¿Estás seguro?

Sin contestarle, el hermano Osvaldo fue a los anaqueles de literatura que tan bien conocía, buscó entre los libros prohibidos y, al momento, le puso encima de la mesa la edición original de la novela.

—*Ecco. Voilà.*

Hasta ese momento, el padre Toniolo sólo conocía de André Gide que había sido premio Nobel, además de lo que había escrito sobre él Charles Moeller en su obra *Littérature du XXe. Siécle et christianisme*. Recordaba vagamente que había sido un autor maldito y un hombre muy angustiado por su condición de homosexual... Y poco más. Esa misma mañana comenzó a leer la novela, lectura que prosiguió al día siguiente en el confesonario de Sant'Andrea della Valle, con mayor atención y devoción de la que prestaba a su breviario. La trama le dejó tan absorto, que se olvidó incluso del desayuno.

En la novela, una banda de estafadores con tenebrosas ramificaciones se hace pasar por clérigos durante el pontificado de León XIII, y extienden por Francia el rumor de que la Santa Sede ha sido usurpada por las logias masónicas y que el verdadero papa ha sido secuestrado y sustituido por un doble. Aseguran haber recibido una misión secreta de un cardenal de Roma para recaudar fondos y organizar una cruzada para liberar al Papa, encarcelado en el castillo de Sant'Angelo. La trágica nueva se difunde por Francia y algunos católicos ultramontanos se dirigen a Roma para liberar al augusto prisionero. Finalmente, se descubre que se trata de una gigantesca estafa, tramada con el único fin de obtener dinero de fieles ingenuos. Los que se alistan a esta ridícula cruzada son católicos ultraconservadores, a quienes Gide califica de fanchos jactanciosos y bobalicones y fustiga con ironía.

Terminado el librito, el padre Toniolo se quedó pensativo.

—¿Qué dirán mis contertulios cuando les diga que he comenzado mis investigaciones partiendo de una novela?

Se imaginó, sobre todo, al padre Benavent. ¿Hasta dónde llegarían sus carcajadas? ¿Qué burlas no le dedicarían el jesuita y el mismo monseñor Bergonzi? Y, aunque estuvo tentado de desechar este punto de partida, la novela tenía algo que le seducía. En la ficción se tocaba el tema de un papa secuestrado, suplantado por un doble... Lo mismo que había referido el sacerdote Cattani en su carta, y éste no era un novelista sino un testigo presencial...

—La novela no puede ser tan estafalaria como parece a primera vista —se justificó—. En algún dato histórico, por débil que fuera, debió de fundamentarse Gide. De todos modos, ¿por qué no seguir este camino si, al fin y a la postre, se trata de un divertimento?

Tras un largo rato sin saber muy bien por dónde abordar la cuestión, se levantó a consultar una gran enciclopedia.

—Por alguna parte habrá que comenzar —se dijo, dándose ánimo.

Buscó la biografía del novelista francés y fue anotando en una cuartilla los datos que le parecieran interesantes. André Gide había nacido en 1869 y, al morir León XIII en 1903, tenía treinta y cuatro años. Había sido contemporáneo del Papa y, aunque no lo hubiese conocido en persona, seguramente habría tenido noticias de su política, que tanta incidencia tuvo en Francia, de su famosa encíclica *Rerum Novarum*... Según la enciclopedia, *Los sótanos del Vaticano* no era una obra maestra, pero había que contarla entre sus novelas más significativas. Fue publicada por Éditions Gallimard en 1914. El padre Toniolo comprobó que el ejemplar que estaba utilizando pertenecía a esa primera edición.

—1914, once años después de la muerte del Papa —garrapateó en el papel.

Alborozado, leyó que André Gide se había inspirado para su novela en un folleto de la época, que había circulado de mano en mano y que se titulaba *Relato de la liberación de Su Santidad León XIII, prisionero en los calabozos del Vaticano*, impreso en Saint-Malo en 1893, en la imprenta de Y. Billois, Rue de l'Orme, 4.

—Al menos existe un panfleto, contemporáneo del Papa, que habla del tema —peroró en voz alta, como si se estuviera dirigiendo a un auditorio que siguiera atento las elucubraciones que pasaban por su cabeza—. Ahora bien, ¿qué grado de credibilidad pudo otorgar Gide a un libelo de estas características? ¿Ninguna? ¿Creyó que se trataba de un hecho real o, por el contrario, que era pura fábula? —Dejó que sus imaginarios oyentes reflexionasen un momento, y, como no pusieron objeción alguna, prosiguió—: Algún fundamento *in re* habrá, ¿no les parece?

Desde el fondo de la biblioteca le llegaron unas risas que le sonaron a las del padre Benavent, y se volvió. Era el hermano Osvaldo, que venía en su busca, y al oírle hablar solo, se había quedado un rato escuchándolo.

—¿Ha leído ya la novela? ¿Ha encontrado en ella lo que buscaba?

Osvaldo le anunció que acababa de llegar la hermana Inés. Aunque la llamó así, hacía ya años que había abandonado el convento. El padre Toniolo dejó sus libros y, siguiéndole, bajó a recepción.

El padre Toniolo había sido confesor y director espiritual de la hermana y, según las malas lenguas, algo más... No faltaban quienes afirmaban haberlos sorprendido juntos en la celda del teatino, y no precisamente en actitud de orar. Algunos añadían que de aquella relación nació un hijo. Quizá ése fuera el verdadero motivo por el que la antigua monja venía a Roma con tanta frecuencia. Cuando ella decidió colgar los hábitos, el padre Toniolo no se atrevió a seguirla, aunque le proporcionó la ayuda económica que sus hermanas de religión le negaron. La antigua monja seguía manteniendo muy buena amistad con el fraile. Aunque esta digresión no atañe al caso, retrata bien a uno de sus protagonistas.



El día 26 de enero, a la hora convenida, concurrieron los tertulianos a casa de monseñor con la puntualidad que les caracterizaba; al ver que su anfitrión les esperaba acompañado de un joven clérigo, se quedaron muy sorprendidos.

—He pensado que no nos vendría mal un secretario para que tome nota de lo que hablamos en nuestras reuniones. Sabe taquigrafía y está preparando su doctorado de historia en la Gregoriana. ¿Qué os parece?

A ninguno se le ocurrió cuestionar la conveniencia de tal decisión. El joven sacerdote, de nombre Miguel Orovay y valenciano como el padre Benavent, fue estrechándoles las manos a medida que monseñor les iba presentando.

—No sé qué explicación darle, pero desde los Borgia siempre ha habido valencianos merodeando por aquí —comentó monseñor, mirando hacia el padre Benavent, que, como siempre, venía con su atuendo de gran prelado.

—No creo que merodear sea la palabra más adecuada —puntualizó, riéndose, sin darle demasiada importancia a la pulla.

Se sentaron alrededor de la mesa, con el brasero eléctrico encendido a pesar de que la calefacción general estaba dada. Giuliana, como de costumbre, se apoltronó en su sillón junto a la ventana, y *Sócrates*, que la seguía a todas partes, se tendió a sus pies. Monseñor tomó la palabra para hacer una breve introducción a la que iba a ser la primera tertulia sobre «León XIII y su doble». Con un gesto, sin dejar de hablar, hizo que el reverendo, como desde entonces también llamarían al joven Orovay, tomase nota en su cuaderno del título provisional que se daba a aquellas investigaciones. A continuación, cedió la palabra al padre Toniolo, que, muy a pesar suyo, se puso nervioso.

—André Gide trata en su novela *Los sótanos del Vaticano* justo el tema que nos hemos propuesto investigar aquí.

No le fue posible conocer la impresión que habían causado sus primeras palabras en el auditorio, pues todos estaban con la cabeza gacha. Sólo el reverendo le miraba atentamente para no perderse algo importante que debiera anotar. A continuación, expuso los indicios históricos que podían deducirse del texto. Desde que había oído pronunciar el nombre de Gide, el padre Benavent había empezado a golpear la mesa con su bolígrafo.

—Padre Toniolo, seamos serios —le espetó, sin poder aguantar más—. ¿A quién se le ocurre coger una novela, aun en el supuesto de que se trate de una del género histórico, para llevar a cabo una investigación como la que nos hemos propuesto? ¿Es que León XIII no cuenta con biógrafos competentes para tener que acudir a un literato anticlerical?



Aunque a un extraño estas palabras le hubiesen parecido duras o, al menos, desabridas, en realidad no lo eran, y el tono respondía, como el de los diputados en el Congreso, al papel que cada uno había elegido representar. Los tertulianos sabían de sobra que el padre Benavent siempre ejercía de abogado del diablo, de fiscal meticoloso. En el fondo, como monseñor había sentenciado antes, uno elige el papel con el que se siente más identificado. De todos modos, fuera cual fuese la discusión y la temperatura que alcanzase, no era de prever que la sangre llegase al río.

—Hombre, me gusta que me hagas ese reproche —le respondió, dispuesto a utilizar contra su adversario el argumento esgrimido—. Si los biógrafos de León XIII, que sin duda tú conoces bien, hubiesen escrito sobre su doble, tú lo sabrías y nos lo hubieses dicho. Pensé, pues, que era una pérdida de tiempo consultar para este asunto las biografías autorizadas, más o menos oficiales. Una cosa que pertenece al mundo del rumor hay que rastrearla en otras fuentes menos convencionales, ¿no te parece? Y, a propósito, ¿no enseñas tú que los grandes hechos, los imprevisibles, los que revolucionan la historiografía, se descubren en documentos menores, mediocres en apariencia, en los que nadie hubiese reparado que estaban?

Monseñor se sintió obligado a asentir, sin decir una palabra que le involucrase en el fondo de la cuestión. El gesto fue suficiente para que el teatino se sintiera respaldado. Envalentonado, pues, y sin dar más explicaciones, abrió la novela de Gide por la parte que traía señalada y leyó con entonación maliciosa:

Ciertos críticos sagaces han definido la novela como la historia que pudo ser, y a la historia como una novela que había sucedido. Forzoso es, en efecto, reconocer que el arte del novelista alcanza a menudo la verosimilitud, mientras que lo ocurrido, en ocasiones, parece inverosímil. Por desgracia, ciertos espíritus escépticos niegan los hechos en cuanto se salen de lo corriente.

—El texto citado —interrumpió la lectura para glosarla— me viene como anillo al dedo, y no hubiese podido encontrar otro mejor para definir mi postura. El objetivo de la investigación que nos hemos propuesto es, cierto, más propio de una novela que de la historia; por eso, en este caso concreto, el historiador necesita, tal vez, del arte y la sensibilidad del novelista para rastrear con acierto lo inverosímil. —Acabó su exordio repitiendo, casi deletreando, la última frase de Gide, mientras miraba al padre Benavent, a quien, sin duda, se la dedicaba—: Ciertos espíritus escépticos niegan los hechos en cuanto se salen de lo corriente.

Tras una breve pausa, continuó con su exposición:

—Que el Papa fuese secuestrado y suplantado por un doble es un planteamiento temerario y muy espinoso. Quizá, una broma macabra. Pero es un hecho, como reconoce el mismo André Gide, que, a finales de 1893, corrió tal rumor. Algunos periódicos que hablaron del caso fueron silenciados. El folleto sobre el asunto que

apareció en Saint-Malo fue retirado enseguida... ¿Por qué? Ni al partido francmasón le convenía que se difundiera semejante villanía, ni el partido católico se atrevía a patrocinar las colectas que se organizaron para liberarlo...

El padre Toniolo interrumpió de nuevo su discurso, consciente de que en aquellas pocas reflexiones de Gide en *Los sótanos del Vaticano* quedaba centrado el problema, y miró a sus contertulios para ver qué tenían que alegar.

—¿Lo que acabas de exponer es tuyo o de la novela? —inquirió el jesuita.

—De la novela, claro —se apresuró a contestarle, satisfecho al ver que sus amigos iban cambiando de actitud y, poco a poco, le empezaban a tomar en serio.

Les anunció que iba a leerles una escena de la novela muy ilustrativa al respecto, pero optó por relatársela primero.

—No os inquietéis; seré muy breve. Sólo quiero que os deis cuenta de cómo Gide, apenas unos años después de la muerte de León XIII, refleja en su novela el tema del «doble papal». Por lo menos habremos de admitir que el rumor y el ambiente que se respiraba en la Francia católica de la época eran reales. Como ejemplo de todo ello, os contaré la entrevista del clérigo estafador con la condesa, a quien embauca para sacarle fondos *pro liberatione papae*, que supuestamente ha sido suplantado y encarcelado.

—Un ejemplo de la verosimilitud de lo inverosímil, supongo —apostilló desabrido el padre Benavent.

El teatino, ignorándolo, comenzó el relato.

—Protos, el sacerdote estafador, intenta convencer a la condesa de Saint-Prix, monárquica hasta los tuétanos, de que el verdadero papa ha sido secuestrado y sustituido por un doble. Para ello le recuerda las dos cartas escritas por León XIII en diciembre de 1892: en la dirigida al pueblo italiano, el Papa reivindica su poder absoluto y exige que se le devuelvan los territorios pontificios usurpados; en la dirigida a Francia, por el contrario, abandona la causa de la monarquía y pide a los católicos franceses que acaten la República... ¡Una república anticlerical, enemiga de la Iglesia! En ninguna cabeza cabe que dos cartas tan contradictorias fuesen escritas y firmadas por la misma mano, y de ahí la sospecha de que existían dos papas...

Y, sin poderse resistir, abrió la novela y leyó uno de los textos que traía señalados:

No tener papa es espantoso, señora, pero tener uno falso lo es más aún. La Logia ha instalado en el trono pontificio en lugar de León XIII a un maniquí que se parece a su santa víctima, a un impostor a quien, por no perjudicar al verdadero papa, hemos de fingir acatamiento y ante el que —¡qué vergüenza!— se ha inclinado la cristiandad entera durante el jubileo. El primer acto del falso papa fue la encíclica dirigida a Francia. Sí, sí, sé muy bien, señora, cuánto sufrió su gran corazón de condesa al oír cómo la Santa Iglesia abandonaba la sacrosanta causa de la monarquía, cómo el Vaticano,

insisto, aplaudía a la República. ¡Tranquilícese, señora condesa!  
¡Piense en lo que habrá sufrido el cautivo Santo Padre al oír cómo  
aquel impostor se proclamaba amigo de la República!

El padre Toniolo cerró la amarillenta novela y la dejó sobre la mesa, como si con lo expuesto pudiera sacarse ya una conclusión definitiva.

—Desde luego, hay que reconocer una gran perspicacia y sagacidad en Gide —se adelantó a exponer su interpretación personal el padre Ubaldini, sin esperar a que el teatino diese la suya—. En León XIII se dio esa ambigüedad, esa doble actitud de la que habla el novelista. Aún hoy, los historiadores no se explican muy bien cómo un mismo papa pudo escribir encíclicas tan distintas y contrapuestas...

—Su biografía no se puede comprender si no tenemos en cuenta el difícilísimo momento histórico que le tocó vivir —saltó el padre Benavent, indignado de que sus contertulios tomasen tan en serio a Gide—. No olvidemos que Italia acababa de arrebatar al Papa los Estados Pontificios, que se remontaban a los tiempos del emperador Constantino.

—El Papa, por una parte —continuó el jesuita, ignorando el comentario—, defendió a ultranza sus derechos de monarca absoluto y señor temporal, reclamando a Italia la devolución de los Estados Pontificios y el pleno reconocimiento de sus prerrogativas y prohibiendo a los católicos italianos cualquier participación en política o colaboración con el gobierno usurpador. Por otra parte, en sus encíclicas *Nobilissima gallorum gens* y *Au milieu des sollicitudes*, exhortó a los católicos franceses a que acatasen una república que despojaba a la Iglesia de sus privilegios ancestrales.

—Eso ya lo ha dicho el padre Toniolo —le recordó monseñor.

El padre Ubaldini se detuvo dubitativo.

—No estará de más que enunciemos algunas de aquellas leyes... —Y, tomando su mano izquierda como un ábaco y cada uno de sus dedos como cuentas, prosiguió—: Disolución de los jesuitas. Separación de la Iglesia y el Estado.

Libertad de culto. Retirada de toda protección al culto católico. Laicidad de la escuela. Secularización de todos los bienes eclesiásticos. Ley del divorcio... —Hizo una breve pausa y dejó de contar—. Mientras muchos católicos, con sus obispos a la cabeza, oponían una radical resistencia a tales provocaciones, León XIII no cesó de recomendar la unánime colaboración con el régimen republicano. Calmó a los prelados y cardenales belicosos, y hasta les exigió la adhesión leal a la Constitución francesa y la aceptación pública y sin reservas del *statu quo*. Es cierto que la política de León XIII —monárquico intransigente en Italia, republicano connivente en Francia— fue muy ambigua y mostró una doble vara de medir. Eso, en una época tan confusa y revolucionaria como aquélla, pudo haber dado pie, pienso yo, a ese extravagante chisme de que León XIII había sido suplantado por un doble.

—Me alegra saber que no soy sólo yo quien piensa así —saltó eufórico el padre Benavent—. Chisme, extravagancia, superchería... Todo eso y mucho más es la novela de Gide, y me extraña que una persona tan culta como el padre Toniolo le haya concedido algún crédito.

—Tampoco te pongas así con Gide —salió en su defensa el teatino—. Él ya dejó bien claro que su novela era una farsa. *Sotie* es la palabra exacta que emplea.

Giuliana servía la merienda cuando veía que los tertulianos se acaloraban y subían el tono de voz, por lo que dejó el punto sobre su sillón y se fue a la cocina. El padre Orovay se levantó y la siguió. El reverendo, que no había cumplido los treinta, era barbilampiño, lo que aniñaba aún más su rostro, y tenía una sonrisa abierta e ingenua. Giuliana se prendó de él desde el primer momento, no sólo por su atractivo físico, sino por lo servicial, simpático y zalamero que era. Al rato, volvió el reverendo, portando en alto la bandeja con las tazas y la chocolatera y moviéndose con la habilidad y el garbo de un camarero de la Via Veneto.

—Dejen libre la mesa, que voy —dijo, pronunciando el italiano con una fonética tan valenciana, que a todos, incluido al padre Benavent, les hizo mucha gracia.

—Con ese mismo dejo catalán debieron de hablar los Borgia —comentó el padre Ubaldini.

—No sé si cerrarían las vocales tanto como lo hace Orovay —le corrigió el padre Benavent, que hablaba el italiano con mejor acento que muchos prelados de la Curia.

El extrovertido padre Orovay se sentía a gusto en aquella tertulia de venerables y, aprovechando la pausa informal de la merienda, se atrevió a formular su opinión, como quien no quiere la cosa. A pesar de la espontaneidad con que la expuso, no cabía la menor duda de que llevaba rato dándole vueltas.

—La novela de Gide, que no he leído —confesó con sinceridad—, atribuye a dos personas distintas la política de la Santa Sede con respecto a Italia y Francia. Si esto, como recurso de ficción, es correcto, no resistiría, como argumento histórico, la crítica más elemental. A mi entender —e hizo varios ademanes para fingir humildad—, no es necesario acudir a la extravagancia de un doble. Basta con pensar que León XIII, cuyo pontificado fue uno de los más largos de la historia, tuvo distintos secretarios de Estado o se dejó manipular por camarillas curiales contrapuestas. Miren, si no, lo que está pasando en nuestros días...

—¡Qué manía con el Opus Dei y las camarillas curiales! —le cortó el padre Benavent—. Como si los papas fuesen títeres que se dejasen manejar por los cardenales... Amigo Orovay, mal vas si piensas que el Vaticano funciona como un estado cualquiera, con miras tan rastreras...

A los presentes les pareció una salida fuera de tono, pero al ver que aquel pipiolo se atrevía a decir lo que ellos se callaban, hicieron un esfuerzo por no exteriorizar su satisfacción.

—O no me he explicado bien o habéis sacado las cosas de quicio —intervino de nuevo el padre Toniolo—. He citado la novela de Gide como exponente de que en la

época de León XIII existió algún rumor sobre un posible doble. Con ello sólo quería reforzar la tesis que se desprende de la carta de Serafino Cattani. Nada más.

—¿Es que se puede hacer historia a partir de un rumor? —insistió con maliciosa ingenuidad el padre Benavent—. ¿No has encontrado mejores fuentes?

—Hasta el momento sólo he encontrado indicios —le contestó con sequedad, al tiempo que les repartía unas fotocopias.

—¿Qué es esto? —inquirió monseñor que, antes y durante el chocolate, había permanecido callado y neutral.

—Lee, muchacho —ordenó el teatino al padre Orovay, que, obediente, se puso a la tarea.

Pío IX dejó dicho que quería ser enterrado en San Lorenzo Extramuros, pero estaban los tiempos tan revueltos y soplaban vientos tan contrarios para la Iglesia y la Santa Sede, que su sucesor fue demorando el cumplimiento de su última voluntad. Viendo León XIII que si esperaba a que llegasen días más tranquilos, no acabaría de dar sepultura definitiva a su santo predecesor, decidió, sin más dilación, proceder al traslado de los restos. Habían pasado cinco años desde la muerte de Pío IX.

Se fijó la noche del 12 al 13 de julio de 1883 para trasladar sus restos mortales a la basílica citada. Para evitar tumultos y alborotos, León XIII había decidido que el traslado se hiciese en secreto, en mitad de la noche y con un reducido séquito. Pero de repente, a la hora en que el coche fúnebre iba a partir de San Pedro, sin que nadie se explicase cómo se había corrido la voz, se congregó en la plaza un gentío inmenso con antorchas encendidas.

El padre Toniolo paró la lectura.

—Quiero que prestéis mucha atención a lo que sigue, por lo que luego veremos —e insistió—. Ojo con lo que viene a continuación. Sigue, sigue. Veamos qué pasó.

Partió el carruaje tirado por seis caballos, precedido por la cruz alzada y los oficiantes vestidos con ornamentos negros. Acompañaba a la comitiva un pequeño grupo de clérigos con hachones encendidos. Detrás, presidiendo el duelo, iba el cardenal vicario de Roma y otros cardenales y dignatarios de los palacios pontificios.

No sin temor avanzaba la comitiva, que, con los fervientes católicos que se le habían adherido, nada tenía ya de secreta. Al llegar al puente de Sant'Angelo, tropezó con una numerosísima muchedumbre que venía vociferando y que amenazaba, airada, con arrojar los restos del Pontífice al Tíber. Cinco años no habían sido

suficientes para aplacar el odio que el papa muerto había suscitado contra sí en la ciudad y en toda Italia.

—Creía —dijo el joven sacerdote, interrumpiendo la lectura— que el anticlericalismo era una comezón propia de los españoles.

—El anticlericalismo, *caro amico* —aprovechó monseñor para hacer una breve reflexión—, no sabe de nacionalidades. En el caso italiano, fue la reacción lógica del pueblo contra el autoritarismo de Pío IX, que se atrevió a condenar el liberalismo, el progreso, la civilización moderna... Quien siembra vientos, recoge tempestades. Sigue, sigue leyendo.

El periodista radical Alberto Mario, refiriéndose a la alevosa actitud de la chusma, escribió por aquellos días: «Aplaudimos este gesto y más fuerte lo hubiéramos aplaudido si los restos de ese despreciable hubiesen terminado en el fondo del Tíber».

—¡Qué deslenguado! —exclamó, indignado, el padre Benavent.

—Habría que preguntarse —insistió monseñor— por qué Pío IX concitó tanto odio contra su persona. Pero ésa no es ahora la cuestión.

—Atended, por favor, que viene lo más importante —les puso sobre aviso el padre Toniolo.

La banda anticlerical asaltó, insultó y maltrató a la comitiva, mientras las fuerzas del orden callaban y dejaban hacer. En un momento determinado, alguien confundió a un fraile de San Francisco con el papa León XIII —pues tal era el parecido entre ambos que se diría que eran la misma persona— y gritó: «¡Aquí está el Papa!». Y todos, arremetiendo contra él, daban voces de tirarlo por el puente. Mal lo hubiese pasado el pobre fraile de no haber sido por un cardenal que se interpuso ante la muchedumbre para defenderlo de tanta ira desatada.

—¡Alto ahí! —El padre Toniolo detuvo la lectura, que todos habían seguido con gran interés, incluso Giuliana, que había dejado caer la labor sobre su regazo—. ¿No os sugiere nada el hecho, narrado con espontaneidad y sin intención preconcebida, de que alguien confundiera a León XIII con un fraile, dado su gran parecido?

No cabía la menor duda, viendo la cara que ponían todos, de que su actitud respecto al padre teatino ya no era la del principio, recelosa y burlona.

—¿De dónde has sacado este documento? —rompió el silencio monseñor, mostrando mucha curiosidad.

—Del *Compendio popolare della vita di Leone XIII*, de Lovatelli, impreso en Turín en 1925. Ahora bien, Lovatelli, como él mismo indica, copia la *Cronisteria*

*della vita e del pontificato di Leo XIII*, de Mancini, publicado en Módena en 1887, y de la *Vita popolare aneddotta di Leo XIII*, de Brunelli, aparecido en Roma en 1888.

—Estas crónicas de las que usted habla —constató el reverendo con meticulosidad de notario— son, respectivamente, cinco y seis años anteriores al folleto de Saint-Malo, en el que parece inspirarse André Gide para escribir su novela.

—¡Bien por el muchacho! —exclamó el teatino—. Veo que eres perspicaz. —Y siguió, dirigiéndose a los demás—: Sé muy bien que la novela de Gide no es más que una mera ficción. No prueba nada, pero constituye un leve indicio que, sumado a los de otras fuentes, puede suscitar, al menos, la sospecha de que sucedió algo. La crónica de Lovatelli que acabamos de escuchar refuerza esta idea.

—¿El abogado del diablo no tiene nada que objetar?

Monseñor Bergonzi miró al padre Benavent, seguro de que pondría alguna pega.

—Hasta el momento, no se me ha dado argumento alguno para que cambie de opinión. Continúo pensando que la idea del doble de León XIII es grotesca, absurda... Más aún, si ese doble fue impuesto desde fuera, como se desprende de la novela, me parece pura fantasía. Una gran patraña.

Y para subrayar lo que decía, dio un puñetazo en la mesa.

—¿No admites, al menos, la sospecha? —le preguntó monseñor, intentando arrancarle esa mínima concesión.

—Ni un ápice —contestó casi descompuesto, reafirmando en su idea—. ¿Cómo un doble, suplantando al Papa, puede gobernar la Iglesia? Eso es metafísicamente imposible... Va contra la constitución divina de la Iglesia.

—Ahí está, *caro amico*, lo que hace apasionante esta historia. ¿Es la Iglesia una institución divina, o humana y bien humana, igual que las otras?

—No hablarás en serio, Bergonzi... Sólo oírte me causa pavor, me horroriza.

—A mí, en cambio, ninguna duda me da miedo. Me asustan las certezas.

Ya hacía rato que los tertulianos habían encendido la luz. Giuliana no parecía tener prisa alguna esa tarde, pues continuaba sentada en su sillón, escuchando, como convidada de piedra, lo que se hablaba en la reunión. De vez en cuando, miraba hacia la plaza, iluminada por los reflectores y continuamente transitada por turistas. Ahora tenía la vista fija en una pareja de jóvenes enamorados que, sentados en un banco de piedra y de espaldas a la Fontana dei Fiumi, se besaban ajenos a todo lo que pasaba a su alrededor. Se levantó, corrió las cortinas y se sentó de nuevo, atenta a lo que los tertulianos discutían.

—¿Es que hoy no tiene prisa tu hermana? —comentó en voz baja el padre Ubaldini.

—Ya tendrá la cena hecha —le contestó monseñor.

Viendo el jesuita que todavía disponían de tiempo, quiso intervenir, redondeando un poco lo que habían discutido esa tarde.

—Creo, en contra de la opinión del padre Benavent y rectificando lo que yo mismo dije antes, que hay indicios, aunque sean mínimos, que avalan la hipótesis de

un doble papal.

—*Quod est demonstrandum!* ¡Tiene que demostrarse! —apostilló enérgicamente en voz alta el aludido.

—No voy a demostrar nada, porque todavía no tenemos datos fiables en los que apoyarnos...

—¿Todavía, dices? —le cortó nervioso—. ¿Es que esperas encontrarlos?

—Si me dejas hablar, diré lo que pienso.

El padre Ubaldini pidió con la mirada la intervención de monseñor, y bastó un gesto de éste para restablecer el orden.

—El padre Toniolo —continuó el jesuita— ha citado esas crónicas contemporáneas de León XIII en las que se hace referencia a un fraile de un gran parecido con el Papa. El valor de esos documentos reside en que son testimonios espontáneos, sin elaboración alguna. Narran con total simplicidad las graves y extremas circunstancias que rodearon los pontificados de Pío IX y León XIII. Y ahora pregunto: ¿Quién, examinando estos hechos de cerca, puede extrañarse de que algunos cardenales de la Curia pensasen en proteger al Santo Padre?

—Mediante un doble, ¿no? —saltó de su silla el padre Benavent, con el rostro congestionado.

El padre Toniolo permanecía callado, eclipsado por unos y otros, pero terció sin previo aviso, para evitar que sus horas de trabajo quedasen como baldías.

—Aquí traigo algunas de esas circunstancias. —Y, abriendo su carpeta, extrajo un montón de fichas que colocó delante de sí—. Analicemos serenamente si sería descabellado que alguien hubiese pensado en un doble para proteger al Santo Padre, al menos en determinadas actividades: *verbi gratia*, en las audiencias públicas.

Aparte de referirse de nuevo a la escena del traslado de los restos de Pío IX —en la que la vida de León XIII hubiese corrido serio peligro en el caso de haber asistido—, el teatino comentó minuciosamente otros sucesos no menos violentos contra la persona del Pontífice: durante el centenario de las Vísperas Sicilianas, en la conmemoración de Garibaldi, al erigirse el monumento a Giordano Bruno...

—Como muy bien ha dicho Ubaldini —concluyó su larga exposición, guardando las fichas—, el Papa vivía en circunstancias adversas, con el fundado temor de que su vida corría serio peligro en todo momento. Además, el Gobierno italiano se inhibía del tema, sin poner medios ni garantías... ¿Por qué no iba a plantearse el Vaticano la conveniencia y utilidad de un doble? Claro está que, si lo hizo, no iba a pregonarlo, sino que lo llevaría con el máximo secreto. Quizá sólo uno o dos cardenales estuvieron en el ajo...

—¡Erre que erre con lo del doble! —dijo el padre Benavent, conteniéndose a duras penas.

El padre Ubaldini quiso ahondar aún más sobre lo dicho por el teatino, aduciendo otras circunstancias que a él le parecían de capital importancia.



—No hemos de olvidar que a Pío IX le pusieron las cosas muy difíciles. Tanto, que tuvo que huir a Gaeta por miedo al terror revolucionario desatado en Italia. El mismo León XIII también estuvo a punto de hacerlo en varias ocasiones.

—Cierto. En eso te doy la razón —dijo el padre Benavent y completó los datos del jesuita—. El embajador español Martínez de la Rosa había previsto la posibilidad de que Pío IX se trasladase a Mallorca a bordo del buque *Lepanto*, que estaba anclado con tal propósito en aguas de Civitavecchia; aunque, al final, se refugió en Gaeta. — Después de una pausa, agregó—: Pero, queréis decirme, hablando con rigor y seriedad, ¿qué tienen que ver todas esas circunstancias, por gravísimas que fueran, con lo del doble?

—Es decir —quiso asegurarse monseñor de que le interpretaba bien—, piensas que todo lo expuesto y explicado aquí esta tarde no tiene pies ni cabeza.

—Más o menos.

—Bueno, muchacho —se dirigió monseñor al joven Orovay—, que conste en acta lo dicho por el padre Benavent, por si algún día tenemos que recordarle su cabezonería.

El padre Orovay, sin leer al pie de la letra los apuntes taquigráficos que había tomado, dijo:

—Resumiendo todo lo que se ha hablado en esta reunión, tenemos las siguientes premisas: 1) no resulta un despropósito inferir, al menos como hipótesis, que alguien pensase en un doble para proteger a León XIII, debido a las violentas circunstancias que se dieron contra él durante su papado; 2) el tema del doble había aparecido ya en un panfleto contemporáneo; y, 3) en las crónicas del pontificado de León XIII se habla de un fraile de un extraordinario parecido con él. En esencia, eso es todo.

—Es evidente —cerró monseñor la sesión— que no podemos sacar ninguna conclusión de las aportaciones hechas por el padre Toniolo. Son, como mucho, simples indicios; muy endebles, por cierto. Veremos si encontramos pistas de mayor calado —y recorrió la mesa con su mirada por si alguien tenía algo que añadir.

—¿Quién continúa el turno y qué día se fija para la próxima reunión? —preguntó el padre Orovay, antes de cerrar su cuaderno.

El padre jesuita se ofreció voluntario, y el siguiente encuentro se fijó para el viernes 9 de febrero, festividad de Santa Apolonia, mártir.

Mademoiselle Christiane Dubouché era bajita, de cara redonda y sonrosada, y no muy agraciada, lo que quizá explicase su soltería y su entrega a las obras de religión. Era originaria de Montpellier, ciudad que alcanzó renombre a partir del siglo XIII, gracias a su escuela de medicina. En ella estudiaron, entre otros, el sabio Arnau de Vilanova, médico de reyes y papas, y el profético Nostradamus. El padre de Mademoiselle había estudiado también en esa ciudad y allí abrió su primera consulta, sin que su reputación profesional llegase a traspasar los límites del municipio. Monsieur *le docteur* vivió en Montpellier hasta que, por razones de salud, se trasladó a España con toda su familia.

Christiane y su hermano George, dos años menor, estudiaron en internados religiosos de París. La educación cristiana que recibieron fue igual de estricta para ambos, pero tuvo efectos opuestos: mientras que George perdió la fe tan pronto como ingresó en la universidad, Christiane estuvo incubando toda su vida una vocación religiosa que, por una u otra razón, nunca llegó a cuajar. Mlle. Dubouché no era, sin embargo, una mojigata; nada más lejos de la realidad: todo le atraía, le encantaba y le interesaba. Este afán de conocer la llevó desde muy joven a frecuentar ambientes y movimientos culturales muy distintos al que le era propio, viajando sola y desenvolviéndose por su cuenta, con una autonomía e independencia que envidiaría más de una estudiante de hoy en día. Ahora era profesora de español y de historia de España en el colegio que las madres dominicas tenían en Neuilly.

Mlle. Dubouché había conocido en Roma a monseñor Bergonzi con ocasión del Concilio Vaticano II. Aunque la *connaissance* no fue profunda, la correspondencia epistolar que mantuvieron a lo largo de los años siguientes fue fraguando una gran amistad. Ella era una de las pocas personas que todavía escribían cartas a mano y se mostraba como una maestra en este arte con el que han dado al traste el teléfono y el correo electrónico.

Además de las clases diarias y de mil ocupaciones más en las que andaba metida, aún tenía tiempo para organizar la biblioteca personal del abate Pierre Guibert, párroco de Saint Étienne-du-Mont a principios del siglo XX. Mientras ordenaba los libros de este eminente sacerdote, encontró metida en un devocionario la carta de Serafino Cattani que remitió a monseñor Bergonzi, en virtud de su posible interés histórico.

Aquella tarde, después de comer, instalada en su buhardilla del colegio de Neuilly y arropada por el reconfortante calorcillo de la calefacción, mlle. Dubouché estaba abriendo su correo, mientras en el jardín los desnudos árboles tiritaban de frío, zarandeados sin piedad por el viento. Se alegró mucho al tropezarse con un sobre con matasellos de Roma. No fue necesario darle la vuelta para saber quién era el

remitente: conocía muy bien aquella letra, que despertó en ella viejos recuerdos. Monseñor Bergonzi le agradecía el envío de la carta de Serafino Cattani y alababa su buen olfato al descubrir un documento de indudable valor histórico. Pasaba luego a transmitirle sus impresiones en breves pinceladas. Según monseñor, el joven Cattani parecía saber más de lo que escribía en su carta, por lo que consideraba de sumo interés que, ya que estaba ordenando los archivos del párroco de Saint Étienne-du-Mont, buscase y le hiciese llegar otros escritos que pudiesen aclarar la relación existente entre el abate Guibert y Serafino Cattani. Nada le decía, sin embargo, de las reuniones de los viernes ni de las investigaciones que él y sus amigos habían emprendido.

Mlle. Dubouché se desvivía por hacer un favor, y encontraba su gratificación personal en esos pequeños servicios con los que podía complacer a sus amigos. Los ojos le brillaron de satisfacción. Aún con la carta de monseñor entre sus manos, se acercó a la ventana y, a pesar de la desapacible tarde que hacía, decidió acercarse a Saint Étienne.

La iglesia de Saint Étienne se encontraba en pleno Quartier Latin, no lejos de la Sorbonne. Siempre había contado con párrocos cultos, a juzgar por los autores y materias con los que habían nutrido sus bibliotecas personales, y el padre Guibert pertenecía también a esta estirpe de ilustrados. Mlle. Dubouché llevaba catalogada casi la totalidad de sus libros, pero no se había metido a fondo en sus papeles personales, así que, estimulada por el interés que mostraba monseñor, dejó de lado la catalogación y se puso a registrar los cajones de su mesa y los archivos de su despacho. Debió hacer mucho ruido sin darse cuenta, pues el padre Boussard, que estaba en la habitación contigua, entró para ver qué ocurría.

—*C'est le fin du monde?* —preguntó, entre burlón y reprendedor, pero al ver cómo se le subían los colores a Mlle. Dubouché, cambió de tono y se interesó por las tareas que estaba llevando a cabo.

Ésta, azorada, se las explicó vagamente, y el padre, para tranquilizarla, se entretuvo unos instantes dándole conversación.

—Usted sabe que el abate Guibert —le dijo— fue el párroco más importante del pasado siglo. Fue un personaje influyente y decisivo en el París de su tiempo, en una época muy difícil para la Iglesia y para Francia. Es una lástima que nadie se haya dedicado a escribir una buena biografía suya. Como ve, hay material de sobra.

Cuando el padre Boussard se retiró, Mademoiselle no se atrevió a vaciar más cajones por miedo a hacer ruido, y se puso a hojear los cuadernos del padre Guibert, cuyas tapas eran todas de hule negro. Había montones de ellos, escritos todos de su puño y letra, además de fajos de cartas y borradores de las enviadas por él; por lo visto, tenía la costumbre de guardarlo todo.

Después de varias semanas de cuidadosa investigación y tras haber leído las anotaciones de los cuadernos y las cartas enviadas y recibidas, mlle. Dubouché se había formado una idea del personaje por el que monseñor había mostrado tanto

interés. Se encontraba en disposición de poder afirmar que el abate Guibert había sido partidario de la política del «non possumus», con la que Pío IX y luego León XIII se negaron a aceptar la desaparición de los Estados de la Iglesia. El abate defendió siempre que mantener la integridad de los Estados Pontificios era esencial para garantizar la libertad de acción del papado, y rechazó con toda energía la ley de garantías del Gobierno italiano que otros admitieron como un mal menor. En lo tocante a Francia, el abate Guibert, como monárquico de corazón y de convicciones, había sido un enemigo acérrimo de la República y de todas las ideas e ideales que defendían quienes la apoyaban, y hubiese querido que la Santa Sede aplicara en su país la misma política del «non possumus» que empleó con toda rotundidad en Italia.

Entre la correspondencia del padre Guibert aparecieron unos billetes, cuyo inestimable valor bien sabría apreciar monseñor Bergonzi cuando llegasen a su conocimiento. Se trataba de unas notas cruzadas entre el abate y la reina Isabel II de España, su penitente. En una de ellas, el padre Guibert afirmaba haber recibido una suma de dinero, sin especificar la cuantía, que Su Majestad le había hecho llegar por medio de uno de sus criados. Y, entre otras cosas, añadía taxativamente:

*Les bijoux sont des souvenirs. Je risquerais de compromettre du même coup et vous-même et notre entreprise.* (Las joyas son recuerdos. Yo correría el riesgo de comprometeros a la vez que nuestra empresa.)

¿Qué quería decir el padre Guibert con este lacónico mensaje que, sin duda, era inteligible para la destronada reina de España? ¿De qué negocio o empresa hablaba? Sólo conociendo el contexto se podía descifrar el sentido, por lo que mlle. Dubouché continuó su búsqueda, cada vez más intrigada. Se acomodó en la poltrona de alto respaldo que había detrás del escritorio, donde tantas veces se habría sentado el abate Guibert. ¡Cuántas visitas habría recibido allí y cuántas confidencias habría escuchado! Cerró los ojos para concentrarse mejor y reflexionar, y de repente, empezó a imaginarse la escena.

—Monsieur *l'abbé*, ha llegado un criado de la reina Isabel de España —le anunciaría un ama de llaves, vestida de luto severo y con cara de no haber sonreído en toda su larga vida.

—Hágalo pasar —le contestaría él, con la solemnidad de un notario, colocándose su birrete negro y recostándose en el alto respaldo.

El criado de Isabel II, vestido con la distinción y elegancia que correspondía a un servidor de una casa principal y con la soltura de quien ha tratado a personajes de corte, entraría en aquel despacho que, a pesar de la luz que se filtraba por las vidrieras, parecía demasiado oscuro y triste. El abate, sin hacerle sentar ni levantarse él, le preguntaría con un ademán por el motivo que le traía allí.

—La Reina, mi señora, me envía para que le haga entrega de esto. —Y sacaría de su faltriquera un sobre grande, plegado, atado con bramante y lacrado. El padre Guibert, como si ya supiera de qué se trataba, lo guardaría sin apenas mirarlo en el cajón de su mesa.

¿Qué obra de caridad o empresa trascendental era aquélla por la que la reina de España se desprendía de una suma tan importante y estaba incluso dispuesta a empeñar sus propias joyas? Mlle. Dubouché abrió los ojos y echó mano a uno de los cajones que tenía a su derecha, tiró de él y se puso a registrarlo.

—¿Habrá estado cerrado desde la muerte del abate?

Por la cantidad de polvo que había tenido que quitar de la mesa y las estanterías, se diría que todo se había mantenido intacto desde 1907, año del fallecimiento de su propietario. El cajón era demasiado largo, y su fondo, inalcanzable si uno no se agachaba y metía el brazo; así lo hizo, y su mano tropezó con un paquete.

—¿El paquete de los francos?

Su corazón empezó a acelerarse, mientras la curiosidad se apoderaba de ella. El envoltorio que extrajo del cajón era un fajo de cartas amarillentas atado con un bramante, un paquete casi idéntico al que se había imaginado hacía un rato.

—¿Ha encontrado algo interesante?

Se sobresaltó. Era el padre Boussard, que le hablaba desde el vano de la puerta.

—No, nada —respondió azorada.

—Ya veo que la he asustado. Venía a decirle que voy a salir. Cuando se vaya, asegúrese de cerrar bien la puerta.

Las cartas estaban en el interior de sus sobres, que habían sido abiertos con un cortaplumas. Mlle. Dubouché estuvo indecisa mucho rato, preguntándose si en conciencia podía violar la confidencialidad de aquellos escritos.

—¡Son cartas personales! —se dijo. Con el bramante entre sus dedos, a punto de estirarlo y deshacer el lazo que ataba tantas intimidades y secretos, se iba dando razones a favor y en contra, sopesándolas una por una para decidir a qué atenerse.

—Han transcurrido muchos años, y los protagonistas ya han muerto... —concluyó, considerando que esos argumentos eran de suficiente calado para que el contenido de aquellas cartas fuera ya únicamente patrimonio de la historia—. Si monseñor Bergonzi estuviese aquí, seguro que no perdería el tiempo deshojando la margarita. Él ya hubiese tirado del cordelito, sin mayores contemplaciones.

Al final, mlle. Dubouché decidió llevarse las cartas a casa. Tomó el fajo y se lo guardó en el bolso, cosa que no se hubiese atrevido a hacer en otra ocasión. Ya en su buhardilla de Neully, comenzó a leerlas.

*Ange plein de bonheur, de joie et de lumières, je n'implore de toi que tes prières... (Ángel lleno de gozo, de alegría y de luz, yo no imploro más que tus plegarias...)*

Leyó la primera línea de la primera carta, y tuvo la corazonada de que se trataban de cartas de amor. ¿Acaso el abate había tenido una amante? Rechazó semejante idea, como si se tratase de un mal pensamiento. La caligrafía era hermosa, de trazo varonil, y el papel, caro, elegido con sumo cuidado.

—¡Qué encabezamiento tan delicado y galante! —suspiró.

No era necesario ser una experta calígrafa para darse cuenta de que el autor de aquel escrito no podía ser el anciano abate de Saint Étienne, sino una persona joven. ¿Quién? Su curiosidad fue creciendo por momentos. Continuó leyendo.

*Que diras-tu, mon coeur, à la très belle, à la très bonne, à la très chère, dont le regard divin t'a fleuri?* (¿Qué dirás tú, corazón mío, a la muy bella, a la muy buena, a la muy querida, cuya mirada divina te ha hecho reflorar?)

La carta, poco a poco, fue subiendo de tono como una embriagadora melodía. Fuera quien fuese aquella Véronique de la Mouette, su destinataria, aquella misiva no podía haberla dejado fría o indiferente, ya que estaba afectando incluso a la propia mlle. Dubouché.

*Mon enfant, ma soeur, songe à la douceur d'aller là-bas vivre ensemble.* (Mi niña, mi hermana, piensa en la dulzura de ir a vivir juntos.)

¿Quién era ese Ange Gautier que firmaba la carta? ¿Qué embrujo tenían sus palabras para que, a través de tantos años y sin estar dirigidas a ella, produjesen en Mlle. Dubouché un cosquilleo que le recorría todo el cuerpo? ¿Por qué, después de leer la primera misiva, los escrúpulos de horas atrás se habían tornado en curiosidad devoradora?

*Laissez, laissez mon coeur s'enivrer d'un mensonge, plonger dans vos beaux yeux comme dans un beau songe, et sommeiller longtemps à l'ombre de vos cils!* (¡Deja, deja que mi corazón se embriague con una mentira, que se sumerja en tus bellos ojos como en un bello sueño, y que dormite largo tiempo a la sombra de tus pestañas!)

Mlle. Dubouché, embebida en aquella lectura, se olvidó por completo de los papeles del abate Guibert y decidió seguir esta inesperada pista. ¿Adónde la llevaría? No quiso preguntárselo por miedo a romper el encanto. «El corazón tiene razones que la razón no conoce.» Le vino a la mente la sentencia de Pascal, el sabio filósofo cuyas cenizas reposaban en la iglesia de Saint Étienne, donde ella había encontrado este tesoro.

Aquella noche casi no probó bocado durante la cena, cosa que extrañó a la religiosa que servía la mesa de los profesores.

—¿No te encuentras bien, Christiane?

—No me pasa nada. Lo único es que no tengo apetito.

Si no fuera porque la conocía bien, sor Agnès hubiese jurado que tenía aspecto de estar enamorada. ¿Cuántas veces había visto la monja esa mirada perdida, esas mejillas arreboladas y esa pérdida súbita de las ganas de comer en las chicas del internado?

Sin esperar a que los pocos profesores que vivían con ella en el liceo terminasen de cenar, mlle. Dubouché se levantó, pidió excusas y subió a su buhardilla. En ese refugio, recostada en los almohadones de la cama, acostumbraba a pasar largas horas sumergida en la lectura, un placer al que no renunciaba con facilidad. Alisó la colcha, palmeó los almohadones y tomó una posición cómoda, asegurándose de que ningún contratiempo pudiera distraerla. Por fin, como si todo lo que lo había antecedido hubiese sido un ritual necesario para hacer más placentero lo que vendría después, tomó las cartas que había dejado sobre la mesilla y las puso sobre su regazo. Esa noche, su libro de cabecera podía esperar. Una morbosa curiosidad la quemaba. Fue abriendo los sobres uno tras otro, y leyó cada una de las cartas como si Ange Gautier se las hubiese escrito a ella.

—¿Quién es ese ángel o diablo que ha sido capaz de despertar en mí sentimientos tan agradables? ¿Cómo es posible que estas románticas palabras, que los años ya han disecado, puedan llegarme tan frescas? *Je t'aime, je t'aime. Il n'est pas une fibre en tout mon corps tremblant qui ne crie: O mon cher Ange, je t'adore!* (Te amo, te amo. No hay una sola fibra en todo mi cuerpo tembloroso que no grite: ¡Oh, mi querido Ángel, te adoro!)

Mlle. Dubouché se sorprendió a sí misma leyendo en voz alta y con devoción tales palabras. Por un momento se imaginó los mil juegos a los que se habrían entregado Ange Gautier y Véronique de la Mouette. ¿Cómo era posible que aquel ser fantasmagórico hubiese despertado en ella, aunque fuese por un momento, una sensualidad que creía dominada? ¿Estaba sufriendo una de esas acometidas diabólicas de las que hablaban los hagiógrafos? Y recordó la vida de los héroes del santoral, constantemente tentados por el demonio de la lujuria. Mlle. Dubouché trató de conciliar el sueño, lo que no consiguió hasta bien avanzada el alba. Al día siguiente se levantó con dolor de cabeza, y tan prendada de Ange Gautier como se había acostado. ¿Estarían embrujadas las cartas? De cualquier manera, decidió no cejar hasta averiguar quién era ese ángel o diablo que la había perturbado de aquel modo. Cuando terminó sus clases, volvió a releer las cartas con más calma. Aquella caligrafía de rasgos seguros y hermosos no le era desconocida, como si ya la hubiese visto en alguna otra parte. Se quedó pensativa, exprimiendo su memoria, hasta que al fin se hizo la luz.

—¡Serafino Cattani! —exclamó, dándose una palmada en la frente—. La letra de estas cartas es la misma que la de Serafino Cattani.

Y fue corriendo a su escritorio, donde guardaba la fotocopia de la carta original de Serafino Cattani que había remitido a monseñor Bergonzi, en la que se decía que el agonizante León XIII había pronunciado la enigmática frase: «*Io non sono il Papa*». Se puso a comparar ambas escrituras y, tomando como referente una letra mayúscula o un grupo de sílabas, acabó concluyendo que eran obra de la misma mano.

—¡Ange Gautier es el sacerdote Serafino Cattani! —exclamó, sin salir de su asombro.

A partir de este descubrimiento, mlle. Dubouché redobló su interés en perfilar la personalidad del hombre que tanto la había *bouleversée*. A través de sus cartas de amor ya conocía, o le parecía conocer, su apasionado corazón. Pero ¿quién fue en realidad? ¿Quiénes fueron sus padres? ¿Dónde había pasado su juventud? ¿Cuáles fueron sus gustos, sus aficiones? ¿Por qué se había ordenado sacerdote, si estaba enamorado? ¿Quién fue Véronique de la Mouette, a la que dirigió cartas tan febriles y apasionadas? ¿Qué estaba haciendo en el Vaticano? ¿Quién le facilitó el acceso a la cámara mortuoria del papa León XIII, y por qué? Y, así, mil preguntas más que sobrepasaban el puro interés histórico por su figura.

Una de las tardes que estaba en Saint Étienne, escudriñando entre los papeles del abate Guibert, mlle. Dubouché leyó en uno de sus cuadernos de tapas negras una nota que llamó su atención:

Le he comunicado a Su Majestad el resultado de mis gestiones con el cardenal español Vives y Tutó, y cómo este prelado no sólo no ha puesto inconveniente alguno para que nuestro Ange vaya a Roma, sino que lo tomará bajo su protección, nombrándolo secretario suyo. Con este cargo, Ange podrá entrar en los palacios apostólicos y desenvolverse con mayor facilidad en ellos.

—Veamos —se dijo mlle. Dubouché, tratando de hacerse la composición de los hechos—. El abate Guibert comunica a la reina Isabel II de España el resultado de sus gestiones con el cardenal, también español, Vives y Tutó, el que estuvo en la cámara mortuoria de León XIII. Por el contexto, se deduce que dichas gestiones se encaminaban a que este cardenal acogiese en Roma y diese protección a Ange Gautier, es decir, al sacerdote Serafino Cattani. Vives y Tutó lo nombra secretario suyo, gracias a lo cual podrá desenvolverse con facilidad por el Vaticano.

Le fue fácil interpretar la nota, pero aún faltaban por resolver muchos enigmas que mlle. Dubouché dejó consignados en su cuaderno. ¿Qué relación existía entre el sacerdote Ange Gautier —alias Serafino Cattani— y la reina de España, para que ésta se tomase tanto interés por él? ¿Por qué se le envió a Roma? ¿Cuál era su cometido



en los palacios vaticanos? Luego, volvió a reflexionar en voz alta, como si conversando consigo misma pudiera alcanzar una mayor comprensión de la compleja trama.

—Serafino Cattani o Ange Gautier, como quiera que se llamase —se dijo—, escribió una carta al párroco de Saint Étienne, dándole cuenta de la misteriosa frase que León XIII pronunció antes de morir. ¿Por qué, en concreto, a *l'abbé* Pierre Guibert? ¿Por qué un simple secretario de cardenal se encontraba en los aposentos privados del pontífice agonizante? ¿Tanta era la familiaridad que Serafino Cattani había adquirido con el Papa?

Las preguntas se le amontonaban.

Después de mes y medio de intensas investigaciones no había logrado sacar nada en claro; a pesar de todo, se imponía hacer un pequeño balance de los resultados obtenidos y aventurar una hipótesis que facilitase la línea de estudio a proseguir. Mlle. Dubouché, sentada ante su escritorio, redactó un *dossier* para monseñor Bergonzi, donde le remitía las siguientes conclusiones: 1) el padre Pierre Guibert, párroco de Saint Étienne, había sido un acérrimo defensor de la devolución a la Santa Sede de los Estados Pontificios y del reconocimiento del Gobierno italiano de la soberanía y el poder absoluto del papa sobre éstos; 2) la existencia de una causa, que por el momento no había podido concretar ni definir, para la que el padre Guibert solicitó fondos y colaboración a la reina de España; 3) la entrega por parte de Isabel II de una fuerte suma de francos, amén de la disposición de enajenar también todas sus joyas; 4) la relación del joven sacerdote con esta causa Serafino Cattani, pues —¿simple coincidencia?— partió para Roma por esas mismas fechas; 5) el cardenal español Vives y Tutó, de la orden capuchina, había sido el valedor de Serafino Cattani y quien lo introdujo en el Vaticano; y, por último, 6) según se deducía de ciertas cartas guardadas en el despacho del abate Guibert, el verdadero nombre de Serafino Cattani era Ange Gautier.

En la exposición de los hechos que mlle. Dubouché remitió a monseñor Bergonzi nada dijo de las relaciones amorosas del sacerdote Serafino Cattani, y, todavía menos, de los sentimientos que había despertado en ella. Estuvo dudando entre enviar a monseñor Bergonzi el *dossier* tal como estaba o esperar algún tiempo por si se producía alguna novedad; más, al fin, se decidió por lo primero, conociendo lo impaciente que era el viejo bibliotecario.

Monseñor Bergonzi tuvo una gran alegría al recibir el sobre que le llegaba desde París y, sin abrirlo, llamó a su colaborador y secretario de tertulias, el padre Orovay, que trabajaba con él en la Biblioteca Vaticana.

—Ábrelo tú mismo —le dijo, como muestra de confianza.

El padre Orovay agradeció el gesto. Aparte del montón de fotocopias, todas numeradas y ordenadas con meticulosidad, venía un resumen de varias hojas, escritas con pulcritud y letra clara.

—Lee, lee —le dijo monseñor, impaciente.

El sacerdote valenciano, que conocía el francés pero que tenía un acento espantoso, comenzó la lectura.

—Trae, que no me entero —le interrumpió, quitándole las hojas de la mano, y siguió leyéndolas, dando a la vez la traducción al italiano.

—¿Qué te parece? —preguntó a su colaborador, apenas terminada la lectura.

El padre Orovay se quedó indeciso un momento, sin saber qué opinión esperaba monseñor de él.

—En la carta se plantean muchas cuestiones y se llegan a resolver pocas.

Monseñor Bergonzi concretó más su pregunta.

—¿Qué piensas de esa causa para la cual el cura Pierre Guibert pedía dinero a la reina de España?

Como el otro continuó sin aventurar ninguna respuesta, el mismo monseñor le proporcionó pistas:

—El padre Guibert, por lo que nos dice mlle. Dubouché, era de ideas monárquicas.

—Eso, a todas luces, parece indiscutible.

Monseñor confió en que el padre Orovay fuese de su mismo parecer, por lo que continuó:

—El cura Guibert fue un acérrimo partidario de los Estados Pontificios y del poder temporal de los papas. Hubiese querido que León XIII aplicara en la Francia republicana la misma política intransigente que empleó en Italia. Las encíclicas de León XIII le decepcionaron. Y, después de todo esto, me pregunto: si todo eso es así, ¿para qué causa crees tú que estaría recaudando fondos? ¿Qué causa podía apoyar una reina destronada y en el exilio?

A medida que monseñor enumeraba estos interrogantes, el padre Orovay fue recordando el argumento de la novela *Los sótanos del Vaticano* de Gide, con la que el padre Toniolo había inaugurado los debates. Pero ¿quién había dado alguna credibilidad a la novela? ¿Acaso su mismo autor no la había calificado como una farsa?

—Quizá —se aventuró el joven Orovay a formular una hipótesis— hay que relacionar la causa de monsieur *l'abbé* con la recaudación de fondos llevada a cabo por los monárquicos ultramontanos para liberar al verdadero papa, cautivo en los sótanos del castillo de Sant'Angelo.

—Quizá —admitió monseñor.

—Yo pensaba que usted no había tomado en serio la novela de Gide.

—Y así es, *caro amico* —sonrió con sorna—. Pero no olvides que un indicio sumado a otro, aunque no sea una prueba, es algo más que dos indicios. En fin, no tenemos nada concluyente. Sólo he querido llamar tu atención a este respecto.

Monseñor Bergonzi se acercó a la ventana y se quedó mirando el patio interior. Luego, se puso a dar vueltas por el despacho, inquieto y con las manos en la espalda.

—Hago lo mismo que hace *Sócrates* en casa —se explicó—. Camino para desentumecer las piernas. Mi hermana me tiene dicho que el sedentarismo no es nada bueno para mí. La circulación, el corazón, esas cosas, ya sabes.

Continuó largo rato en silencio, meditabundo. Luego, comenzó a expresar en voz alta sus pensamientos.

—Lo que más me ha llamado la atención del *dossier* de mlle. Dubouché es la aparición de un nuevo personaje: la reina Isabel II de España. Desde su destronamiento fijó su residencia en París, donde vivía rodeada de una pequeña corte. ¿Qué papel jugó ella en toda esta historia del doble de León XIII? —preguntó, sin intención de recibir respuesta alguna, y continuó su monólogo—: Hasta ahora sólo sabíamos lo que la historia oficial nos cuenta de ella. Entre otras cosas, su devoción por Pío IX, cuyo pontificado es coetáneo a casi todo su reinado. Isabel II fue una monarca católica y, como no podía ser menos, una fervorosa defensora de la causa de los Estados Pontificios y de la política absolutista de ese papa, aun en contra del parecer de su gobierno y de las Cortes de España. Pero ¿qué sabemos de su época de exilio? Ya ves qué enredado está todo. —Detuvo su paseo, y se puso a mirar de nuevo por el ventanal del patio interior—. Un nuevo personaje, enigmático, inquietante, ha aparecido en escena. Amigo Orovay, no pierdas de vista a la reina de España.

—Y respecto de Serafino Cattani —preguntó su colaborador—, ¿por qué ese cambio de nombre?

—Muchacho, ¿por qué no lo averiguas tú?

—¿Cree que tendría algún interés?

—En historia, nunca se sabe qué es lo que tiene interés y qué puede haber detrás de la pista. Le relaté varias anécdotas que le habían ocurrido a lo largo de su vida de historiador. Y, como ejemplo más cercano e ilustrativo, le contó lo que él mismo había averiguado sobre el cardenal español Vives y Tutó.

—Me pareció desde el primer momento que ese cardenal, íntimo amigo del Papa y hombre de su entera confianza, tendría que saber algo del doble, si es que éste existió. Como es natural, lo primero que hice fue recurrir a los principales biógrafos de León XIII. Y, curiosamente, la escena de la agonía del Pontífice, que todos relatan

con minuciosidad, difiere de la versión que da Serafino Cattani en su carta. Para empezar, en ninguna de las biografías que he consultado aparece el tal Cattani. Y el cardenal Vives y Tutó sólo es citado a propósito de la bendición de san Francisco que el prelado capuchino impartió al moribundo en presencia del cardenal camarlengo y de otros eclesiásticos de la familia pontificia. En ningún momento se habla de que el cardenal español permaneciese solo en la cámara del moribundo, y menos de que el Papa pronunciase las enigmáticas palabras que Cattani pone en su boca.

—La vida en el Vaticano está llena de secretos e intrigas; es como algo fantástico e irreal que sucediera en otro planeta... —dijo el padre Orovay de modo tan espontáneo como irreflexivo.

—No lo sabes tú bien.

El padre Orovay aspiró varias veces, levantando la nariz como si fuese un sabueso que se preparase para el rastreo.

—*Caro amico*, no es el sentido del olfato lo que debes afilar. Estruja, más bien, tu imaginación. Las cosas tienen más lógica de la que aparentan. —Y, volviendo sobre su exposición anterior, le preguntó—: Con respecto al doble de León XIII, ¿a qué fuentes hubieses dado tú mayor credibilidad: a las biografías oficiales o a un documento privado, como es la carta de Serafino Cattani?

El padre Orovay guardó silencio para no comprometerse, por si la pregunta era más astuta de lo que aparentaba.

—Así no te equivocarás nunca, pero tampoco adelantarás mucho.

Monseñor se dio cuenta de que, con todas estas disquisiciones, se había desviado de su camino.

—Bueno, a lo que iba —retomó el hilo—. Desde el primer momento, el cardenal Vives y Tutó me pareció una pista interesante. Cuando, en la habitación del papa moribundo, le dijo a Serafino Cattani que Su Santidad deliraba, ¿decía lo que pensaba o encubría lo que sabía? ¿Conocía o sospechaba algo sobre el doble del Papa? Me puse en contacto con los capuchinos de Villa Gamarelli en Monte Porzio, donde el purpurado español vivió desde su elevación al cardenalato hasta su muerte. Yo sabía que estos frailes andaban preparando la publicación de su *opera omnia*. Les rogué que me mandasen todo lo relacionado con Serafino Cattani; cosa que no les iba a resultar dificultosa ya que, como me dijeron, tenían todos los documentos y cartas catalogadas e informatizadas.

—Perdone, monseñor, usted habla del cardenal Vives y Tutó como si fuese un viejo amigo suyo, y yo no tengo el gusto.

—Tienes razón. Te lo retrataré en cuatro pinceladas. De familia humilde, nació en un pueblecito de Barcelona a mitad del siglo XIX. Estudió sus primeras letras y latín en las Escuelas Pías. Un padre capuchino, venido de Guatemala con objeto de allegar vocaciones, se lo llevó consigo junto con otros jóvenes, y allí permaneció hasta que los capuchinos fueron expulsados de América Central. A los veintitrés años fue ordenado sacerdote en Toulouse, de cuyo convento fue profesor y guardián. En 1880,

cuando todas las órdenes religiosas fueron expulsadas de Francia, Vives y Tutó pasó con toda su comunidad a España. A los treinta y tres años fue nombrado consultor del Santo Oficio. A partir de ahí, fue posteriormente consultor de Propaganda Fide, consultor de la Congregación del Concilio, consultor de la Congregación de Negocios Eclesiásticos Extraordinarios... Y, cuando contaba cuarenta y cinco años, fue creado cardenal.

—Una carrera meteórica —comentó con envidia el padre Orovay.

—Cierto. Una persona muy competente, lo que no puede decirse de todos los cardenales —replicó monseñor—. Por último, un dato muy importante: fue amigo íntimo y consejero de León XIII.

Luego, abrió uno de los cajones de su mesa y sacó una carpeta repleta de papeles. De entre el montón de fotocopias y notas manuscritas, extrajo dos folios; después de ojearlos, le entregó uno.

—Lee, hombre, lee —le animó.

No pude sustraerme a lo que el párroco de Saint Étienne de París me solicitaba, ya que me hacía la petición en nombre de una dama de alta alcurnia a la que yo no podía negar nada. Sólo puse la condición de que el sacerdote que tanto me recomendaba debía de cambiar de identidad y adoptar el nombre de Serafino Cattani, lo que allanaría muchas dificultades.

—¿De quién es esta nota?

—Procede de una carta del cardenal Vives y Tutó.

—Entonces, usted ya sabía lo de los nombres de Serafino Cattani y no me lo había dicho —se quejó el padre Orovay, sin entrar en otras consideraciones.

—Sabía que Serafino Cattani se había llamado realmente de otro modo, pero desconocía cuál era hasta que mlle. Dubouché nos proporcionó estos documentos.

—¿Qué dificultades son esas que, según el cardenal, se allanarían con el cambio de nombre?

—Averígualo tú. ¿Te das cuenta de cómo, casi sin quererlo, se van atando cabos?

—A la vez que se van atando, van apareciendo otros sueltos. A decir verdad, no sé adónde iremos a parar.

—No seas pesimista, hombre. —E hizo un pequeño balance de los logros—: Sabemos, gracias a París, que Serafino Cattani era en realidad Ange Gautier, un protegido de la reina de España. La nota del cardenal Vives y Tutó nos confirma esos extremos. Por lo que nos cuenta el propio Cattani en su carta, se movía por la corte pontificia con mucha familiaridad, hasta el punto de poder acceder a los aposentos del papa agonizante.

—Pero continúa el suspense.

—Has de rastrear la pista de la reina de España. Me huele que ahí hay algo importante, aunque no sé qué puede ser.

—Pero necesitaría estar en España para tener acceso a esa clase de documentos —se excusó el reverendo.

—Para nuestro objetivo, creo que te bastará con estudiar la documentación diplomática de la Nunciatura de París correspondiente a esos años. Tienes que saber que los nuncios no sólo envían a la Santa Sede lo concerniente a la política eclesial y civil de los países en los que se encuentran, sino que también se hacen eco de los rumores que corren y de los chismes más increíbles.

—¿Insinúa que los nuncios son como comadres?

—¿Qué crees tú que son los embajadores? El comadreo va con su oficio. Cuando lo estudies, tú mismo lo verás.

Pasada ya la medianoche, Giuliana dormía y toda la casa estaba en silencio; sólo monseñor Bergonzi continuaba despierto, trabajando en su gabinete. Como el investigador empedernido y lector incansable que era, siempre en trance de descubrir algo nuevo, no veía la ocasión de dejar sus papeles e irse a la cama. Dormir, cuando había tantas cosas por hacer, le parecía una pérdida de tiempo. La cama no se había inventado para él. «¡Lástima que un hombre de tan valiosas cualidades las emplee en buscar el lado oscuro de las cosas!», había comentado algún cardenal de la Curia. Echado en su capazo dormitaba el viejo *Sócrates*, el perro callejero, ya medio cegato, que años atrás se le había pegado a la sotana y se había convertido en su sombra. A decir de monseñor, *Sócrates* era, además de fiel, muy inteligente, e incluso se podía conversar con él. ¿Chocheaba el viejo bibliotecario? Por fortuna, *Sócrates* no era su único amigo incondicional, dispuesto a escucharle y a darle siempre la razón, sino que monseñor contaba con una nutrida corte de secuaces. De repente, el estridente timbrazo del teléfono rompió la quietud de la noche y sobresaltó a monseñor.

—¿Quién será a estas horas? —se dijo, apresurándose a descolgar el auricular, antes de que su hermana se despertase.

*Sócrates*, responsable, se incorporó y enderezó atento sus orejas.

—*Pronto*.

—Soy yo, monseñor, Christiane.

—Sí, hija mía, he reconocido tu voz. ¿Qué pasa?

Mlle. Dubouché arrancó a llorar de manera inconsolable, de modo que monseñor no entendió nada de lo que decía.

—Por favor, Christiane, tranquilízate y cuéntame qué es lo que te pasa.

Monseñor sacó en claro que una parte de las dependencias parroquiales de Saint Étienne, en las que se encontraba el despacho del antiguo rector, el abate Pierre Guibert, habían sido pasto de las llamas.

—La biblioteca, los archivos, los muebles... ¡Todo! No se ha salvado nada.

—Lo importante, Christiane, es que no haya habido que lamentar desgracias personales.

—Sí las ha habido, monseñor. El padre Boussard ha perecido carbonizado. Al parecer, el extintor le explotó entre las manos cuando estaba intentando apagar el fuego. Los bomberos no se lo explican. Es todo muy confuso.

—¿Insinúas que pudo tratarse de un incendio intencionado?

—No lo sé, pero tengo mucho miedo.

Resultaba muy difícil, a cientos de kilómetros de distancia, proporcionarle algún consuelo. De todos modos, lo intentó.

—Tan pronto como pueda —le dijo con tono íntimo y tranquilizador—, mañana mismo, viajará a París el padre Orovay, un joven sacerdote y colaborador mío, para que te acompañe y te eche una mano. No se me ocurre nada mejor.

*Sócrates*, viendo preocupado a su amo, abandonó el capazo y fue a restregarse contra sus piernas. Aquí me tienes, parecía decirle con su mirada. Esa noche, monseñor se acostó muy tarde y no pudo conciliar el sueño, cavilando sobre qué podría ser aquella extraña historia, y por mucho que quiso restarle importancia, por su mente cruzaban nubes de mal agüero. Cuando dieron las seis de la mañana, no pudo aguardar más y telefoneó al padre Orovay.

—¿Qué pasa, monseñor? —respondió al coger el teléfono, sabiendo que era la única persona que podía llamarle a una hora tan intempestiva—. ¿Se ha desvelado? ¿Ha descifrado por fin el enigma del doble?

—Orovay, no estoy para bromas —le dijo muy serio.

El padre Orovay, que se había acostado de madrugada viendo películas porno —su talón de Aquiles—, se incorporó en el lecho.

—¿Qué ocurre?

Monseñor Bergonzi le contó lo poco que sabía y la promesa que había hecho a su amiga de París.

—Pero si yo sólo la conozco de referencias...

—Lo importante es que estés junto a ella y la reconfortes. Está hundida. Tú eres cariñoso, cercano, y se te da bien eso de consolar a los tristes. De paso, averigua lo que ha sucedido —dijo tajante—. La historia, *caro amico*, no sólo está en los libros; a veces pasa por nuestro lado y hay que cogerla al vuelo.

No entendió muy bien lo que le quería decir, pues aún andaba con resaca erótica.

—¿Me está diciendo que ese incendio ha sido provocado? *Cui prodest?*

—De eso se trata. Yo tengo mis sospechas, pero sería muy imprudente, por mi parte, adelantar acontecimientos.

—Vale, vale —no insistió más—. Hoy me es imposible porque tengo cita con el profesor que me dirige la tesis, pero, pierda cuidado, mañana saldré para París en el tren vespertino.

A las seis de la tarde estaba en la Stazione Termini para coger el tren que le dejaría en París catorce horas más tarde. Era un viaje largo e incómodo, pero el padre Orovay tenía verdadero terror al avión. Ayudado por el vino de la cena, los *whiskies* que tomó después y quizá también por el sueño atrasado que arrastraba, durmió toda la noche de un tirón. Ni siquiera tuvo tiempo para organizar un poco la entrevista con mlle. Dubouché. Llegó a las ocho y media a la *gare* de Lyon, en el Boulevard Diderot. Acto seguido, tomó un buen desayuno en la primera cafetería que encontró. Y, mientras lo hacía, estuvo pensando en las cosas que monseñor le había recomendado. Luego cogió el metro en dirección a Neully.

El colegio de las madres dominicas se levantaba en el centro de un gran parque, y era visible a través de la valla que lo rodeaba. Las señas que le había facilitado



monseñor no eran las de la puerta principal del liceo, sino de otra que daba a una calle trasera. Buscó en el interfono el nombre de mlle. Dubouché y llamó. Insistió varias veces sin obtener respuesta. Al fin, le abrió la mujer del conserje. Por el acento adivinó que no era francesa y cuando le dijo su nombre, Macarena, no hizo falta que le dijera de dónde era originaria. Después de una breve conversación, que aprovechó para darse a conocer, el padre Orovay le comunicó que buscaba a mlle. Dubouché.

—¿Mlle. Christiane Dubouché? —repitió, como si no hubiese escuchado bien—. ¿Es que usted no conoce la desgraciada noticia? —Y, al ver que hizo un gesto de extrañeza, continuó—: Mademoiselle fue encontrada muerta esta misma mañana.

—¿Cómo es posible —se sorprendió—, si anteayer estuvimos hablando con ella por teléfono?

La conserje no quiso proporcionarle más información, para no pecar de indiscreta.

—Ahora llamaré a la hermana portera para decirle que está usted aquí. ¿A quién debo anunciar?

La hermana portera, que había sido la primera en hallar el cadáver, se mostró menos escurridiza, quizá un poco vanidosa de su protagonismo, y no tuvo prisa alguna por llamar a la madre superiora.

—¿Qué ha sucedido?

Esta pregunta fue suficiente para que la religiosa contase al joven sacerdote el desarrollo de su película con toda clase de detalles.

—Mlle. Dubouché era muy puntual, yo diría que de puntualidad exquisita; por eso me extrañé de que, a la hora en que servimos el desayuno a los profesores residentes, no estuviese allí. Excepto los domingos y los festivos, el desayuno se sirve a las ocho en punto.

La hermana portera, como si fuese la encargada de recibir a las visitas, lo hizo pasar a una salita.

—Atendí, pues, a los profesores y, en cuanto pude, corrí a su habitación. ¿Se habría quedado dormida? ¿Estaría enferma?, me preguntaba, camino del pabellón de Louis-Philippe. Su buhardilla tiene una preciosa vista sobre el parque, y ella se sentía muy feliz viviendo allí —sacó un pañuelo y se enjugó unas lágrimas—. Mlle. Dubouché era una bellísima persona; todo el mundo la adoraba, por eso estamos trastornados con su muerte tan, como le diría yo, tan misteriosa...

—¿Misteriosa? —subrayó el joven Orovay.

La hermana se arrepintió de haber empleado una palabra que se prestaba a interpretaciones inquietantes, y dio marcha atrás.

—Súbita, inesperada, quise decir —y, al ver la duda en el otro, siguió—: Cuando llegué a su cuarto, llamé varias veces a la puerta. ¿Christiane, te encuentras bien? Nadie me respondió. Me decidí, pues, a abrir la puerta con mi llave maestra y me fui derecha a la alcoba. Allí estaba, echada sobre la cama, desnuda... Bueno, con un camisón muy escotado. Esto fue lo que más me llamó la atención. Christiane siempre me había parecido una mujer recatada; nunca me hubiese imaginado que dormía así.

Mi primera reacción fue taparla con la sábana, y luego le puse la mano en la frente, que estaba fría como el mármol. El color, a primera vista, ya me había dado mala espina.

Como vio que la pausa se alargaba, el padre Orovay temió que la hermana acabase allí el relato, e intervino para alentarla.

—¿Vio alguna cosa anormal?

—No, no. Excepto lo que le he dicho. Todo estaba en orden. Todavía tenía encima de la mesita el vaso con agua y el frasquito con sus pastillas. Era hipotensa, ¿sabe?

—¿Y cuál ha sido la opinión del médico forense?

La hermana arqueó las cejas.

—¿Forense? No ha venido ninguno. La madre superiora, para evitar rumores, habladurías o posibles alborotos con la prensa, llamó al médico de cabecera. Ya sabe, esto es un internado. El doctor, que conocía bien a Christiane, supuso que se había excedido en la dosis y certificó la defunción sin más trámite. Christiane estaba muy abatida los últimos días a raíz de la muerte del padre Boussard y quizá tomó demasiadas pastillas contra la tensión baja. Esto es lo que pensamos todas. Ha sido una gran pérdida.

El padre Orovay no era detective ni un experto en medicina, pero la explicación que la monja le dio de buena fe no le convenció.

Los sacerdotes de Saint Étienne-du-Mont, adonde luego se dirigió, le facilitaron los mismos datos respecto de la muerte del padre Boussard que ya habían recibido a través de mlle. Dubouché. Estaban a la espera de que el juez esclareciese el accidente, como parecía que lo era, o al menos así preferían que fuese para evitarse contratiempos y molestias.

Tras regresar a Roma, se reunió lo antes posible con monseñor que esperaba ansioso sus noticias. Orovay se dirigió a la Biblioteca Vaticana, pero, al llegar allí, monseñor Bergonzi no le ofreció asiento.

—Vamos a la cafetería —le dijo, cogiéndole del brazo y arrastrándole hacia la puerta.

Se quedó sorprendido ante ese recibimiento tan extraño.

—*Caro amico*, las paredes de estos palacios oyen —le comentó, cuando ya estaban en la calle.

—Todos sabemos que las paredes de los palacios oyen, pero eso ha ocurrido siempre. En el Vaticano, en la Casa Blanca, en Buckingham...

—No como ahora, *caro amico*, no como ahora. Veo demasiadas orejas erguidas, a ver qué cazan al vuelo.

—¿Cree que han pinchado su teléfono?

—No estoy seguro. En todo caso, no creo que sea el único. De todos modos, ¿cómo te explicas que Denzinger esté siempre al corriente de todo?

—Me parece que se está volviendo muy suspicaz.

—Puede que tengas razón.

Se acomodaron en un rincón tranquilo, donde monseñor solía sentarse, pidieron unos cafés y, luego, el padre Orovay empezó a contarle lo que había podido averiguar, que no era gran cosa. Monseñor Bergonzi le escuchó con mucha atención, sin interrumpirle, pero sin poder ocultar su pesar.

—Christiane era una mujer estupenda, inteligente, trabajadora —dijo emocionado, cuando el otro dejó de hablar—, y, por encima de todo, una buena persona. No exagero si te digo que pocas veces en mi larga vida he conocido a una persona tan buena. Siempre con la sonrisa en la boca y dispuesta a hacer felices a las personas de su entorno. En fin, Orovay, siento profundamente su muerte. Le había cogido mucho cariño...

Sus ojos estaban nublados, y no hizo nada por disimular sus sentimientos. El padre Orovay le cogió cariñosamente la mano.

—Dices que mlle. Dubouché era hipotensa —dijo monseñor, cuando se repuso—, y que, según el médico de cabecera, tomó una sobredosis de su medicamento. ¿Podría ser un vasodilatador?

—Eso no me lo dijo la hermana, ni creo que lo supiera. Como ya le he contado, ella encontró la habitación en orden y a Mademoiselle como si estuviera sumida en un sueño profundo.

—Esa descripción me recuerda a la que sor Vicenza hizo de la muerte del papa Luciani.

—¿Está insinuando que mlle. Dubouché fue asesinada?

—Bueno... —prosiguió dubitativamente—. No me atrevería a tanto, pero hay muchas formas de matar. La muerte del padre Bousard, abrasado al reventársele un extintor, la muerte de mlle. Dubouché... Muchas casualidades... Todo resulta muy sospechoso, ¿no crees? A mi modo de ver, no son muertes puramente accidentales sino muy extrañas. Y tengo sospechas sobre quién puede estar detrás...

—¿Quién? —inquirió, curioso, el padre Orovay.

—No seas impulsivo.

Se hizo un denso silencio, como si la gente que estaba en la barra y en las mesas de la cafetería hubiese dejado de respirar.

—Monseñor, está haciendo unas insinuaciones muy graves...

—Orovay —le dijo cogiéndole la mano con un gesto paternal—, he vivido muchos años entre esos muros —y señaló hacia la puerta que daba a la Via di Porta Angélica—, he visto y oído muchas cosas, algunas poco edificantes y otras horribles. Soy viejo, pero aún no chocheo. ¿Es pura casualidad que también haya desaparecido de mi caja fuerte la carta original de Serafino Cattani?

—¿Cómo?

—Me di cuenta ayer, mientras estabas en París. ¿También esto es una casualidad? ¡Demasiadas casualidades! Ya me habían advertido de que mi caja fuerte era poco segura, que cualquier aficionado podía abrirla, que la cambiase por otra más sofisticada...

El café se les había quedado frío; pidieron otro, y durante un largo rato permanecieron en silencio, removiendo el azúcar con gestos mecánicos.

—¿Quién puede estar detrás de todo esto?

—A ciencia cierta, no podría responderte con pruebas fehacientes, pero yo me he construido una teoría.

Monseñor tomó un sorbo y quedó meditabundo.

—La carta de Serafino Cattani me pareció muy enigmática desde el primer momento. Como si ocultase un secreto que, de descubrirse, podía ser terrible para el Vaticano...

—¿Está insinuando que ese secreto se refiere a la existencia de un doble papal? —trató de sonsacarle el padre Orovay—. De confirmarse, sería una bomba contra el Vaticano. Pero eso no puede ser...

—Cierto. Pero estas muertes, a mi modo de ver, demuestran dos cosas. Primera, que ese secreto es real, existe. Segunda, que hay alguien que está dispuesto a que no se revele jamás. Alguien que, no sé por qué medios, se ha enterado de nuestro juego e intenta pararnos los pies. Si se confirman mis sospechas, lo que nosotros emprendimos como un simple pasatiempo se está convirtiendo en un juego muy peligroso. A la vista está.

Al padre Orovay, que había llegado muy conmocionado de París, sólo le faltaba lo que acababa de escuchar. Sin embargo, pensó que monseñor exageraba, aunque no se le dijo. Su pregunta fue otra.

—¿Cuál es su teoría?

—Más que una teoría propiamente dicha, yo diría que es un cúmulo de cosas que convergen en un mismo punto y dan como resultado una conjetura consistente.

—Bueno, monseñor —le dijo con impaciencia—, no nos perdamos ahora en definiciones filosóficas: que si hipótesis, teoría o conjetura consistente. Vayamos al grano.

—Te parecerá que me remonto muy atrás, a hechos que nada tienen que ver con la historia del doble de León XIII y con estas muertes. Pero ten paciencia. Casi será mejor que paguemos y vayamos a mi casa. Allí, con más tranquilidad, te lo expondré todo. Te invito a comer.

—¿No será una molestia para su hermana?

—Giuliana te tiene mucho aprecio y se alegrará de verte.

Ciertamente, se alegró, pero ello no fue óbice para que, al abrir la puerta, riñera a su hermano.

—Se avisa con tiempo —le dijo—. Y ahora, mira tú qué comida tenemos para el invitado.

Después del café, monseñor, el padre Orovay y Sócrates, cuya presencia parecía ineludible, se retiraron al gabinete privado.

—Mi teoría, *caro amico* —comenzó monseñor, sin más preámbulos—, es la siguiente. Hace veinticinco años fue elegido el actual papa. ¿Te has preguntado

alguna vez por qué los cardenales lo eligieron a él y no a otro?

Como había previsto monseñor, el padre Orovay pensó que el papa actual nada tenía que ver con el asunto de León XIII y su doble, pero no dijo nada.

—Si le digo la verdad, nunca me lo he planteado. Supongo que, como en cada cónclave, entrarían en juego un montón de intereses, luchas de camarillas por el poder... La inesperada muerte del papa Luciani debió pesar lo suyo.

—Todavía hemos de retroceder un poco más en el tiempo —insistió monseñor—. Vayamos al Concilio Vaticano II. Los cardenales de la Curia nunca fueron partidarios de éste; les pareció un gran despropósito de Juan XXIII.

—Esta opinión parecen compartirla hoy el propio papa Wojtyla y los cardenales de la Curia —le interrumpió el impaciente Orovay.

Monseñor obvió el comentario.

—Durante la celebración del Concilio, los cardenales hicieron todo lo posible para sabotearlo. En las asambleas conciliares, muchos obispos pidieron reformas profundas en la Iglesia. Cuestionaron el modo absolutista y autoritario con que el Papa y la Curia gobernaban la Iglesia. Luciani, al ser elegido papa, llevaba bajo el brazo un proyecto: aplicar las reformas del Concilio, comenzando por su propia casa —monseñor hizo una breve pausa—. ¿Qué tenía entre sus manos la noche en que murió?

—Unos dicen que estaba leyendo el Kempis...

—¡El Kempis! —exclamó escéptico monseñor—. Unos folios sobre los cambios drásticos que pensaba introducir en la cúpula del Vaticano, y que incluía, entre otros, la expulsión de Marcinkus, el banquero de Dios, y la dimisión del cardenal Villot, su propio secretario de Estado. ¿Sabes lo que le dijo éste, después de escuchar el nuevo organigrama? «Usted es el Papa. Es libre para decidir, pero sepa que estos cambios supondrían una traición a la herencia de Pablo VI.»

—¡Esas palabras suenan a amenaza velada! —exclamó el padre Orovay.

A Sócrates, que estaba echado a los pies de su amo, no debió sonarle muy bien la exclamación y se puso inmediatamente en guardia. Monseñor lo tranquilizó, acariciándole el lomo.

—Eso es lo que le dijo. El papa Luciani, *caro amico*, fue visto por los pesos pesados de la Curia como un traidor. Y se lo hicieron pagar caro. ¿Me sigues?

—Sí, pero no acabo de comprender...

—El papa Luciani no sólo había traicionado las expectativas de la Curia, sino que fue percibido como una amenaza que podría destruir a la propia Iglesia, o, mejor dicho, al aparato burocrático vaticano. Si no se le paraban los pies, podía incluso acabar con el omnímodo poder de la Curia. Y más de un cardenal no estaba dispuesto a que ocurriera eso. Sin entrar en las extrañas circunstancias de su muerte, la realidad es que desapareció pronto de la escena. Apenas treinta días mal contados. ¿Y quién le sucedió?

Monseñor estaba haciendo una interpretación muy arriesgada de la reciente historia del Vaticano. Sin embargo, no había sido el único en realizarla.

—Perdone que discrepe, monseñor —dijo Orovay, no porque estuviera realmente en desacuerdo sino para ponerlo a prueba—, pero todo esto me suena a ciencia ficción.

—Lo sé, *caro amico*, lo sé; pero a veces los hechos son tozudos y se empeñan en superar a la ficción.

Monseñor Bergonzi sabía que su teoría, que no se atrevía a exponer en público, estaba desconcertando a su joven colaborador, pero eso no parecía importarle mucho. Con los años, el viejo bibliotecario había ido perdiendo sensatez y prudencia, virtudes tan características de los hombres de la Iglesia. Después de una pausa, necesaria para reorganizar sus ideas, prosiguió:

—Los cardenales de la Curia, escaldados con Luciani, buscaron un papa seguro, autoritario y dogmático para sucederle, que devolviese a la Curia el poder que siempre había tenido.

—Un papa que paralizase las reformas democratizantes del Concilio de Juan XXIII. Que diese marcha atrás y virase hacia Trento —añadió con disimulada malicia su colaborador.

—En efecto. ¿Y quién mejor que Wojtyla? El cardenal polaco nunca fue amigo de las reformas. Si en algo destacó en el Concilio fue por ser un hombre reaccionario, duro, de posiciones retrógradas, cercanas a las defendidas por la Curia. Con él, la minoría perdedora del Vaticano II iba a tomarse la revancha y dar marcha atrás. El Opus y la Curia lo auparon a la silla de Pedro, lo que fue como poner al lobo para cuidar a las ovejas.

—¿El Opus?

—No conoces realmente el poder que tienen y el dinero que manejan. El Opus fue enemigo de Juan XXIII y de su Concilio. ¿Te extrañas? En Internet encontrarás una web muy sustanciosa que se llama opuslibros.com. Lee, lee lo que escriben los que han abandonado esa institución. Durante este pontificado, el Opus ha logrado desbancar a dominicos y jesuitas y hacerse con cargos claves dentro del Vaticano. Ya tienen tres cardenales, y muchos obispos de todo el mundo simpatizan con sus ideas. Escucha bien lo que te digo: el próximo papa, si Dios no lo remedia, será del Opus.

El padre Orovay no dio muestras de haberse escandalizado. No era la primera vez que oía cosas así. Por Roma corren esa y otras especies, pero no esperaba escucharlas en boca de monseñor, a quien tenía por una persona muy ponderada en sus juicios. Guardó para sí sus pensamientos y, para retomar el hilo, le dijo:

—Monseñor, me temo que estamos divagando. ¿Qué tiene que ver todo esto con las muertes de París y con el doble de León XIII?

—¿Todavía no lo has captado? Te creía más perspicaz... —se rio irónico—. *Caro amico*, estamos en unos tiempos de intransigencia, de cierto fundamentalismo católico, como ya te he dicho. En el Vaticano mandan, por decirlo de algún modo, los

halcones. Sí, sí, los halcones. El Santo Oficio ha recobrado protagonismo, y ello quiere decir que hemos vuelto a la delación, al espionaje y al miedo. Todo vale con tal de mantener la unidad bajo la férula de la Curia.

—¿Qué quiere decir con eso de que todo vale? Está insinuando...

—No insinúo, constato. La muerte del papa Luciani, las del comandante de la guardia suiza, su mujer y el suboficial, la del banquero Calvi... Demasiadas muertes sin esclarecer en tan poco tiempo...

—Me parece que siembra sospechas sin fundamento.

—Ya te dije que era una teoría muy personal. Tómalala *cum mica salis*. A mi modo de ver, el Santo Oficio ha engrasado su máquina inquisitorial y está funcionando a pleno rendimiento, con gran secreto, como ha sido siempre su estilo. La Inquisición tiene como objetivo acabar con los enemigos de la Iglesia, especialmente con los que se encuentran en el interior de ella...

—¿Acaso mlle. Dubouché y el padre Boussard eran enemigos de la Iglesia?

—No, seguro que no, pero hurgaban donde no debían.

—Hoy es de esos días en que uno va de sorpresa en sorpresa, sin entender nada, o casi nada.

Sin detenerse en la observación de su colaborador, monseñor pasó a desarrollar su pensamiento, de manera quizá vitriólica, lo que no iba con su estilo.

—El doble de León XIII, visto como se están desenvolviendo los hechos, no es una mera suposición, sino un hecho, un hecho misterioso. Un secreto envenenado que, de confirmarse y hacerse público, perjudicaría al Vaticano, a esa Iglesia anticonciliar que defiende la Curia y el propio Papa. ¿Por qué, si no, el incendio de la biblioteca del abate Guibert, el robo de mi caja fuerte, esas muertes inocentes? El Vaticano se siente acosado, como en los días del Concilio, y se defiende como gato panza arriba. ¿Vas cayendo en la cuenta?

—No veo por qué un doble, si es que León XIII lo tuvo realmente, puede poner en peligro a la Iglesia y enfurecer tanto al Vaticano.

—Eso es lo que también pensaba yo. —Y añadió sus dudas—: ¿Y si ese doble actuó en actos solemnes de magisterio y de gobierno? ¿Y si escribió encíclicas y creó cardenales? ¿No pondría en duda la esencia misma de la Iglesia, la línea de la sucesión apostólica? Quizá los papas que han venido después de León XIII no procedan del tronco legítimo, sino de la rama espuria...

—¿Quiere decir que son falsos, incluso el papa actual? —y se echó las manos a la cabeza.

—No lo afirmo. No soy canonista. Digo que es posible.

—No puedo compartir su tesis, monseñor. Me parece no sólo injusta y calumniosa, sino un despropósito colosal. Pura ciencia ficción.

—Acepto tu veredicto. Si quieres, no le des ninguna credibilidad, pero que te sirva, al menos, para permanecer con los ojos bien abiertos.

—¿Acaso nosotros estamos también amenazados?

Monseñor se encogió de hombros, con gesto resignado.

—El auténtico historiador, el que de veras busca la verdad, amigo Orovay, corre ese riesgo. La verdad es a veces demasiado amarga.

Terminaron la conversación con el firme propósito de no trasladar a los contertulios la teoría de monseñor para no alarmarles.



Días después de la muerte de mlle. Dubouché —que monseñor Bergonzi se empeñaba en ver como un asesinato—, éste recibió un abultado sobre acolchado procedente de París. Su sorpresa fue enorme. Primero, porque se lo mandaba su amiga muerta. Y segundo, porque se lo enviaba a su domicilio particular y no a la Biblioteca Apostólica, como había sido lo habitual. ¿También ella desconfiaba del Vaticano?

—Es una carta póstuma —le dijo a Sócrates mientras contemplaba con nostalgia la bonita caligrafía.

Al fin se atrevió a quitar los precintos que lo envolvían, bastantes más de los necesarios, y se encontró con un fajo de cartas que, como comprobaría luego, eran las epístolas amorosas que se habían cruzado Serafino Cattani y Véronique de la Mouette, de las que ya le había hablado Mademoiselle en una carta anterior. En el pliego que las acompañaba y con una escritura nerviosa y apresurada, intentaba transmitirle los últimos datos que ella había descubierto. Decía así:

Conociendo la importancia de esclarecer todo lo relativo al clérigo Ange Gautier —alias Serafino Cattani—, he estado siguiendo la pista de su amada. ¿Quién era Véronique de la Mouette? Para comenzar, ¿dónde vivía? En las cartas, que le adjunto en este envío, encontré frases que concretaban el lugar. Helas aquí: *«l'aurore s'avancâit lentement sur la Seine désert et le sombre Paris»* (la aurora avanzaba lentamente sobre el desierto Sena y el sombrío París); y más adelante: *«París change, mais rien dans ma mélancolie n'a bougé... Et mes chers souvenirs sont ici.* (París cambia, pero nada se ha movido en mi melancolía... Y mis queridos recuerdos están aquí.)

No me cabe duda que la tal Véronique de la Mouette, amada de nuestro Serafino Cattani, vivió en París. Pero París es inmenso, ¿cómo deducir más datos concretos sobre ella? No fue nada fácil. Las cartas, como usted mismo comprobará, no habían sido confiadas al correo, sino a algún mensajero seguro, a algún confidente leal que las entregaba en mano; por eso en los sobres no aparecen ni remitente ni destinatario. Durante días, traté de investigar el paradero de la tal Véronique, pero tuve que desistir, no porque me arredrasen las dificultades con las que tropezaba sino porque, poco a poco, empecé a sentir por ella una gran antipatía, la cual, por mucho que me esforzaba, era incapaz de racionalizar. A monseñor Bergonzi, me dije, no le puede interesar en absoluto la existencia de esta cortesana. Así

que, dejando de lado la pista de Véronique, volví de nuevo a rebuscar entre los papeles y los diarios del abate Pierre Guibert.

Pero he aquí que un día, de regreso a casa, me acerqué al convento de las carmelitas de la Rue d'Ulm, como solía hacer alguna vez cuando salía de Saint Étienne. El convento no da directamente a la vía pública, por lo que se encuentra muy resguardado de todo ruido. La capilla, que siempre huele a incienso, es un pequeño oasis de paz y recogimiento en medio del bullicio de París. Me arrodillé en el último banco, en un rincón al que ya le había cogido cariño. Cuando salía, advertí un pequeño tenderete en el que se exponían folletos y revistas piadosas, como se acostumbra a hacer en muchas parroquias, y, casi por inercia, me acerqué a curiosear. Un opúsculo llamó mi atención. Su título, escrito en un rojo chillón, era *L'art de l'amour*. Lo cogí para hojearlo. Era una breve biografía de una monja llamada Véronique de la Croix, cuyo nombre no pude evitar que me evocase el de Véronique de la Mouette. ¿Sería esta Véronique la de las cartas de Serafino Cattani? Quise rechazar tal idea como absurda e improbable, pero mi curiosidad pudo más. Me puse a leer aquí y allá, sin orden ni concierto, y lo que al principio era simple curiosidad se tornó en una atracción irresistible. Me enteré enseguida de que Véronique de la Croix, monja del convento de la Rue d'Ulm, había muerto en plena juventud y en olor de santidad. El folleto enumeraba los milagros que se le atribuían. Pero lo que más atrajo mi atención fue una selección de escritos místicos de *soeur* Véronique, o que al menos las monjas habían considerado como tales. Me senté de nuevo en el banco para poder leer con mayor comodidad.

*«L'ange du Notre Seigneur, me regardant avec une ineffable bonté, se baissa, et posa sur mes lèvres deux gouttes de sang qui sortaient de siennes, en m'imprimant un baiser qui produisit dans mon être une telle commotion que je m'éveillai dans un état imposible à exprimer... La vision avait disparu, mais j'étais dans un extase d'admiration et d'amour que je ne retrouverai, je crois, qu'au ciel...»* (El ángel de Nuestro Señor, mirándome con una bondad inefable, bajó y puso sobre mis labios dos gotas de sangre que salían de los suyos, imprimiéndome un beso que produjo en mi ser una conmoción tal que me desperté en un estado imposible de expresar... La visión había desaparecido, pero yo estaba en un éxtasis de admiración y de amor que no encontraré, creo yo, más que en el cielo.)

*«Je vis l'ange de Notre Seigneur comme sur un trône... Il mit un canal d'or sur son coeur en posant l'autre extrémité sur ma poitrine, puis il fit couler dans mon être une vie qui m'aurait fait mourir s'il ne*

*m'avait soutenue...»* (Yo vi al ángel de Nuestro Señor como si estuviese sobre un trono... Él puso un tubo de oro sobre su corazón colocando el otro extremo sobre mi pecho, y después hizo correr dentro de mí una vida que me hubiese hecho morir si él mismo no me hubiese sostenido...)

La venerable Véronique de la Croix experimentaba una forma peculiar de consolación espiritual: ora el ángel la sorprendía con besos que la conmovían hasta el alma, ora le transfundía vida por medio de un tubo que la hacía gozar hasta sentir la muerte. Estas visiones me parecieron bastante extrañas y ciertos detalles, desconcertantes, hasta el punto de resultar, cuando menos, equívocos en su descripción. ¿Cómo se pueden distinguir las auténticas visiones místicas de las patológicas?, me pregunté, en un intento de comprender aquellos textos.

Sé muy bien que la Iglesia es reacia a escuchar a los psiquiatras por miedo a que reduzcan los escritos de los místicos a únicamente sexo. Es cierto que existe este peligro, pero tampoco es un riesgo menor atribuirlo todo a Dios. Si los místicos que tienen estigmas se inspiran en los crucifijos que ven, de tal forma que si en éste las heridas están en un sitio equivocado, aparecen de esa manera en su cuerpo, ¿en qué se inspiran los místicos para sus éxtasis, que nos describen de forma tan erótica? Y volviendo al caso de la monja Véronique, me preguntaba qué diría un experto psicoanalista. Como mínimo, le hubiese llamado la atención el evidente contenido sexual de tales visiones. ¿Qué podía significar ese tubo de oro que comunicaba el corazón del ángel con su pecho, sino una imagen fálica?

Continué leyendo: *«Il fait un ciel de la terre à qui sait le comprendre... Qu'il est bon de s'abandonner à l'ange de Notre Seigneur... Il faut nous abandonner au feu de l'amour... J'ai demandé à être brûlée comme de la paille... Ange de Dieu, que je t'aime! Ne vois plus que toi au monde!... Rien ne revissait mon âme dans une plus douce extase que de voir tout près de moi l'ange de Dieu...»*. (El hace de la tierra un cielo para quien sabe comprenderlo... Qué bueno es abandonarse al ángel de Nuestro Señor... Hay que abandonarse al fuego del amor... Yo he pedido ser abrasada como paja... ¡Ángel de Dios, cómo te amo! ¡No veo a nadie más que a ti en el mundo!... Nada arrebató mi alma en un éxtasis más dulce que ver tan cerca de mí al ángel de Dios...)

¿Hablaban la monja Véronique de un ángel del cielo o de un ángel terrenal? Su lenguaje, de un erotismo embriagador, ¿era sólo el medio

de expresar las emociones del alma que ansia unirse a Dios, o, más bien ocultaba apasionados contactos carnales tras esas imágenes pseudomísticas? Las experiencias místicas que narraba, ¿podían ser una forma de evasión de una persona reprimida contra su voluntad en un claustro? Ese «ángel del Señor», que le proporcionaba tanto placer, ¿era un ente espiritual o un ser de carne y hueso que entraba en su celda y la poseía? Sentada en el último banco de la capilla, con el librito en mi regazo, desgranaba pregunta tras pregunta. De repente, me asaltó una duda que arrinconó todas las otras cuestiones: Véronique de la Croix, esta monja tan joven y hermosa, a juzgar por el retrato que se reproducía en la primera página del folleto, ¿no sería la Véronique de la Mouette destinataria de las cartas de Serafino Cattani? El «ángel del Señor» que tanto la consolaba y le proporcionaba éxtasis divinos, ¿no sería Ange Gautier, que la visitaba en la soledad de su celda, saltando rejas y rompiendo clausuras? ¿Acaso el nombre era una simple coincidencia?

Sólo puedo ofrecerle, mi querido monseñor, estos presentimientos, que no sé si le serán de alguna utilidad.

Tras finalizar la lectura, monseñor Bergonzi volvió a retomarla desde el principio con mayor detenimiento, ya que no acababa de comprender la historia que relataba. Bien es cierto que podía referirse a Serafino Cattani, que, día a día, parecía quitar protagonismo a León XIII y su doble, pero por el momento, no quiso valorar el alcance de esos datos que, incluso después de muerta, continuaba suministrándole su buena amiga.

—Ya habrá tiempo. Quizá debamos de tener en cuenta esta pista —le dijo a *Sócrates*.

Dobló con cuidado la carta, la metió dentro del sobre y durante unos instantes estuvo pensando en ella. *Sócrates*, al ver a su amo conmovido, dejó escapar unos quejumbrosos aullidos.

La reunión prevista para el viernes 9 de febrero, festividad de Santa Apolonia, se suspendió porque Giuliana estaba con gripe. Al parecer, la había cogido el día de la Candelaria, cuando su devoción por recoger la candela bendecida había podido más que las recomendaciones de su hermano, que le había aconsejado no salir de casa para ir a misa, pues hacía mucho frío. De común acuerdo, los contertulios decidieron aplazarla hasta el día 23, ya que el padre Benavent tenía un compromiso ineludible el viernes 16; cada dos meses, pasaba una semana entera en Valencia para supervisar los trabajos de catalogación de los archivos de la catedral.

Llegó el 23 de febrero, festividad de Santa Marta, pero el jesuita no pudo acudir a la tertulia. A última hora de la víspera, monseñor recibió una llamada de Borgo Santo Spirito, en la que se le comunicaba que el padre Ubaldini no se encontraba bien.

—¿Qué le pasa a Felice?

—Creo que ha cogido un poco de gripe, del mismo brote que está corriendo por aquí estos días —le explicó sin darle mayor importancia el hermano Poletto, portero de la casa generalicia.

—No se olvide de decirle al padre Ubaldini que sus amigos de tertulia hacen votos por su pronta recuperación.

Entre unas cosas y otras ya eran demasiados viernes sin reunión, así que monseñor decidió celebrarla.

—Supliré a Felice, a quien correspondía realizar la ponencia. Improvisaré sobre la marcha, adelantando mis averiguaciones personales —dijo a los demás.

La primera parte de la tertulia transcurrió, como no podía ser de otro modo, hablando de la epidemia de gripe que azotaba a toda Italia. Discutieron, como si fuesen expertos epidemiólogos, si la cepa de ese año era más o menos virulenta que la del anterior, si había mutado o no, si procedía de la India o de Madagascar, si afectaba a las vías altas o al vientre, como defendía Giuliana, que la había sufrido en sus propias carnes. Despachado este trámite en no menos de tres cuartos de hora, pasaron a ocuparse del amigo ausente: que si había confiado demasiado en las vacunas, cuya eficacia absoluta pusieron en duda; que si no se abrigaba lo suficiente cuando salía de casa, que si en Borgo Santo Spirito tenían la calefacción muy alta, y el cambio de temperatura con el exterior era demasiado brusco... En este momento, el padre teatino tomó la palabra, y empezó a hablar de lo bien que se apañaba él con su estufa de leña.

—Sí, sí, lo tengo comprobado. La calefacción central de nuestra hospedería deja el ambiente demasiado seco. En cambio, en la biblioteca, yo pongo un perol de agua con hojas de eucalipto sobre la estufa y toda la sala se mantiene con el calor y la humedad adecuados. Todo mucho más sano y natural.

Aquel tema de conversación le parecía muy superficial al padre Benavent, por lo que apenas abrió la boca. Se diría que había nacido entre archivos y que vivía para los libros, hasta el extremo de preferirlos a las personas. «Para él, todo lo que no sea leer libros y hablar de ellos es perder el tiempo», le criticaba a sus espaldas el padre Toniolo. Era un ratón de biblioteca como monseñor Bergonzi, aunque, a diferencia de éste, era un hombre de *sana doctrina* y, por nada del mundo, *traicionaría* a la Iglesia.

—Baja de la parra, *caro amico* —le reprendió monseñor con una gran sonrisa—. ¿Dónde estabas?

—Perdonad, me había distraído —se excusó.

Del tema de la gripe y del modo más saludable de combatirla, pasaron a otro que ocupaba durante aquellos días las primeras páginas de los periódicos: la delicada salud del Papa. Los comunicados del portavoz del Vaticano, lacónicos en extremo, daban la impresión de que se ocultaba la verdad, y habían sido responsables, en buena parte, de que la mayoría de los medios trataran el suceso de manera alarmante y sensacionalista, e incluso algunos se atrevían a pronosticar un desenlace fatal cercano.

—Todo el mundo sabe —dijo el padre Toniolo— lo difícil que resulta conocer la verdad en estos casos. Corren rumores tan dispares procedentes de fuentes bien informadas...

—¿También fue un rumor lo de su renuncia? —le cortó, impaciente, monseñor.

—No fue un rumor —le contestó el teatino—, sino una sugerencia más que razonable del cardenal Martín y de algún otro, pero que fue muy mal recibida por la Curia.

—Si el Papa tuviese intención de dimitir, lo haría, y punto —dijo monseñor Bergonzi—. Lo que ocurre es que tiene mucho apego al poder. Por otra parte, quienes sacan provecho de él están interesados en que continúe el mayor tiempo posible.

—¿Aunque sea en tan lamentables condiciones?

—A los del Opus les interesa estirar lo máximo posible este pontificado que tanto les beneficia. De no ser así, ya hubiesen encontrado alguna argucia canónica...

—Me parece que esta conversación es impropia, irreverente y macabra. Una bonita manera de perder el tiempo —dijo el padre Benavent, acariciándose nervioso el anillo doctoral y sin ocultar su profundo malestar.

—Con el papa Luciani no se molestaron en buscarla —remató, mordaz, monseñor.

Nadie quiso entrar en vericuetos tan escabrosos.

—Todos sabemos —volvió a intervenir monseñor— que los cardenales están tomando ya posiciones ante el inminente deceso. Y, especialmente los del Opus, ahora que ya no sólo cuentan con cardenales propios, sino con otros muchos que comulgan con la Obra.

—A veces —intervino el padre Toniolo, esforzándose en rebajar el tono de la conversación—, no son los cardenales de Curia los que más mangonean. En la recta

final cobran un papel destacado, incluso decisivo, las personas más pintorescas o irrelevantes: el secretario personal, el confesor, la monjita, el ayuda de cámara... ¡Qué importancia tienen en esos momentos el lego o la religiosa que le asiste, le da la comida, le asea, le viste, se sienta a su cabecera a hacerle compañía...! ¿Qué cardenal va a darle sopas, a quitarle los mocos, a lavarle el culo?

—Bueno, ya es hora de dejar esta conversación y pasar a hablar de lo nuestro, ¿no os parece? —dijo el padre Benavent, golpeando la esfera de su reloj.

—Una pregunta, por favor —saltó el padre Orovay—. ¿Alguno de ustedes se ha preguntado si el actual papa tiene un doble o lo ha utilizado en alguna ocasión?

Todos se quedaron mirándole.

—Tu pregunta sería buena en otras circunstancias —le contestó el padre Toniolo—. No creo que fuera fácil encontrar un doble de este papa.

Monseñor abrió la sesión y les puso al corriente de la repentina muerte de su buena amiga, mlle. Dubouché. Dedicó unos minutos a glosar su vida, sin detenerse en muchos detalles y callando sus sospechas. Elogió la meritoria labor que había realizado y se refirió, también de pasada, a su última carta, que había resultado póstuma.

Después de rezar un responso por ella, monseñor hizo una detallada exposición sobre Pierre Guibert, cura de Saint Étienne, utilizando los datos y las conclusiones de mlle. Dubouché.

—Dicho esto, hay que reconocer que el padre Toniolo tuvo una gran intuición al ver en la novela de Gide un indicio de la realidad, cosa que nosotros no supimos valorar en su momento. —Se quitó las gafas, quizá para dar mayor empaque y solemnidad a sus palabras, y miró al aludido—. Por lo visto, hubo algo más que un simple rumor sobre el doble de León XIII. La colecta de fondos, que en la novela de Gide es organizada por unos farsantes, tiene visos de haber sido real. El padre Guibert, monárquico convencido, fue uno de los que se dedicó a recaudar fondos para la causa. Hasta la reina de España colaboró con gran generosidad. ¿Qué causa podía ser ésa sino la de salvar al Pontífice, secuestrado y suplantado por un doble?

El padre Benavent, que desde el primer día se había mostrado remiso a admitir, ni siquiera como una simple hipótesis, la existencia de un doble de León XIII, tampoco se dejó convencer ahora.

—¿Qué cardenal —dijo con tono displicente— iba a permitir un secuestro o tolerar una suplantación de personalidad? Pensar eso no es una locura, sino una solemne majadería. —A continuación, tratando de suavizar su exabrupto, añadió—: Que no, monseñor. Esos datos no son ni suficientes ni concluyentes, y usted lo sabe. Es más: por mucho que nos esforcemos, no vamos a encontrar pruebas, por la sencilla razón de que ese doble nunca existió. Es pura entelequia, invención de algunas mentes calenturientas. Ahora bien, si estamos jugando, continuemos con el divertimento.

—A pesar de que los indicios han aumentado —admitió con humildad el teatino —, reconozco que no constituyen una prueba consistente, por lo que aferrarse a ellos es correr el riesgo de seguir un espejismo. Ése es el peligro de toda corazonada.

—Pero ¿qué descubrimiento, ya en la historia, ya en la ciencia, no comenzó por una corazonada? —les desafió monseñor.

Al ver el reverendo que la disputa se agriaba, pensó que era el momento para su intervención. Estaba seguro que distendería los ánimos.

—En estas tertulias —dijo con espontaneidad y simpatía, lo que hacía que a nadie le cayese mal—, ustedes se han propuesto investigar un caso histórico, insólito y un tanto absurdo, lo cual, a mi parecer, añade más interés al asunto.

—¡Al grano, querido Orovay, al grano! —se inquietó el padre Benavent, molesto porque el protegido de monseñor había metido la cuchara.

—A lo que iba. He investigado un poco los documentos de la Nunciatura de París correspondientes a la época que nos ocupa...

—¿Nunciatura de París? —repitió sorprendido el padre Toniolo.

—¿Qué cosas interesantes has encontrado? —preguntó el padre Benavent, picado por la curiosidad, mientras acariciaba su anillo con la fruición de un arzobispo.

El padre Orovay, remontándose al día en que llegó la carta de mlle. Dubouché, les resumió la larga conversación que había mantenido con monseñor y cómo éste le había propuesto seguir la pista de la reina de España.

—Pues bien, le hice caso y he aquí lo que he podido averiguar sobre Serafino Cattani e Isabel II.

Sacó de su cartera un abultado *dossier* y lo puso sobre la mesa. Los tertulianos quedaron estupefactos por la seriedad con que aquel joven se tomaba las cosas.

—Esta es una de las cartas que monseñor Claudio Lovatelli, nuncio de Su Santidad en París, envió en 1869 al secretario de Estado del Vaticano, el cardenal Antonelli, referente a la reina de España. Para no hacerme pesado, sólo leeré los párrafos que nos interesan.

Parece ser, según ha llegado a mis oídos, que la reina de España ha vuelto a las andadas. Ni los buenos consejos de su santo confesor, monseñor Claret, que la ha acompañado desde su país, ni que haya cumplido ya los treinta y ocho años han servido para atemperar su fogosidad. Si los rumores son ciertos, y no tengo por qué dudar de quien me los ha transmitido, Su Majestad está embarazada de ocho meses, aunque no se le nota porque viste con unas ropas muy holgadas.

He tenido un largo coloquio sobre este desagradable asunto con monseñor Claret, quien me ha manifestado que le había señalado enérgicamente las funestas consecuencias que su desordenada conducta podía acarrear a la nación y al trono de España. Pues, si la



otra vez, cuando las circunstancias no eran tan adversas, ya se suscitaron dudas sobre la legitimidad del varón que dio a luz, ¿qué ocurriría ahora si trascendiese lo de este embarazo y alumbramiento?

[...] Sobre la cuestión del presente embarazo le he dicho a monseñor Claret que, de confirmarse, lo mejor sería que Su Majestad diese a luz en secreto, y que la prole se diese en adopción con otro nombre, como han acostumbrado a hacer los monarcas de España. Es la única manera de no agravar aún más toda la desafortunada historia de Su Majestad y de evitar también que esto salpique a Su Santidad, que siempre ha mostrado una gran inclinación por esta hija suya; sobre todo, habida cuenta de que Su Santidad apadrinó al príncipe Alfonso, *extra matrimonium conceptus*, y que se dispone ahora a darle solemnemente en Roma la primera comunión. A este respecto le he sugerido a monseñor Claret, ya que él es nuevo en París, que se ponga en contacto con el padre Pierre Guibert, cura de Saint Étienne, que es de mi entera confianza, y que los dos, de común acuerdo, convengan a Su Majestad para que se retire al convento de las carmelitas de la Rue d'Ulm. Allí, con la excusa de realizar ejercicios espirituales, permanecería hasta dar a luz. Creo que esto será lo mejor y lo más prudente.

Todos se quedaron atónitos tras escuchar el contenido de la carta, pues, aun siendo públicos y notorios los amores ilícitos de Isabel II de España y las dudas que existían sobre la paternidad de sus hijos, nunca hubieran podido pensar que Su Majestad hubiera continuado actuando igual también en el exilio. Incluso el padre Benavent, que conocía bien los entresijos de ese reinado, se extrañó de este embarazo, del que nada decían los libros y documentos que él había manejado.

—O esa carta del nuncio Lovatelli es falsa o el secreto ha estado muy bien guardado —comentó.

—¡Brava señora! —exclamó el padre Toniolo, todavía impresionado por lo que había oído.

—Más bien, bravísima —se animó el padre Orovay, al ver la curiosidad e interés que había suscitado, y se apresuró a echar más leña—. Tengan en cuenta que hay ocho amantes documentados y que, según algún historiador, tuvo muchos más. Padre Benavent, la carta del nuncio es auténtica, sin ninguna duda.

—Orovay, no te extralimites —le llamó la atención el padre Benavent—. No hay por qué convertir la historia en un recuento de chismes de alcoba.

—Yo no me he inventado este novelón. Si saco a relucir la carta del nuncio es porque tiene relación con lo que estamos investigando aquí.

Durante un buen rato, el padre Benavent y el joven Orovay estuvieron discutiendo sobre los amoríos y los embarazos de la reina de España, tratando aquél de imponer

una interpretación más benévola de la historia. Giuliana, aparentemente entretenida en sus labores, aguzaba sus orejas para no perder detalle.

—¿Y se sabe quién es el padre de este último hijo? —preguntó el padre Toniolo.

—¡Buena pregunta! —exclamó monseñor.

—Su esposo, Francisco de Asís, desde luego que no —contestó rápidamente el reverendo—. Si la pareja real guardaba las apariencias en Madrid, tras cruzar la frontera cada cual vivió por su lado. En París también se le atribuyeron amantes a Isabel II: Josef Haltman, un húngaro; un marchoso turco; y un norteamericano, de nombre McKeon.

—¿Cuál de todos fue el padre de ese hijo del que habla el nuncio? —insistió el teatino.

—Ninguno de ellos —aclaró el reverendo—. Según el nuncio, el niño fue concebido en España. Y, en este supuesto, bien pudo ser el cantante Mirall, Valldemosa o vaya usted a saber quién. A esta señora le atraía cualquiera que llevase pantalones.

Al padre Benavent no le agradaba la deriva que estaba tomando la tertulia, pero tuvo que aguantarse al ver el interés que los presentes, sobre todo la hermana de monseñor, prestaban al padre Orovay, que, encima, contaba las cosas con mucha picardía.

—Parece que te regodeas en el chismorreo —dijo, fulminándole con la mirada.

Durante la merienda, el joven valenciano tuvo la habilidad de involucrar en el tema a su paisano, diciendo que el padre Benavent era el que más sabía sobre los Borbones de España, halago al que, como era previsible, sucumbió. Así fue como el padre Benavent hizo diversas puntualizaciones, *serias*, como recalcó varias veces, sobre el tema: Isabel II, mujer de gran corazón, no había sido preparada para afrontar los tiempos que le tocaron vivir; contra el sentir de sus ministros, apoyó la política de Pío IX y el controvertido *Syllabus*, del que ella no entendía nada; además, había sacado cuantiosos fondos de las arcas del Estado para paliar la penuria de Su Santidad tras el despojo de los Estados Pontificios; había ofrecido asilo a Pío IX en Mallorca, cuando el Pontífice estuvo preso en el Quirinal; y, el Santo Padre, aun a sabiendas de que su primer hijo varón, el príncipe Alfonso, era bastardo, según le notificó la Nunciatura de Madrid, se decidió a apadrinarlo.

Cuando llegó a este punto, el padre Orovay, a quien le gustaban tanto los chismes como al padre Toniolo, no pudo resistirse a referir uno.

—Pío IX conocía muy bien el paño. Se cuenta que, cuando se decidió a conceder la Rosa de Oro a Isabel II como premio por su ayuda económica, uno de los cardenales le comentó que iba a dársela a una *puttana*. A lo que el Santo Padre contestó: «*Puttana, ma pia*».

—En el Vaticano —comentó monseñor—, todo puede comprarse con dinero. Una *puttana* puede comprar la Rosa de Oro. Un dictador asesino, el collar de la Orden de Cristo. Y todas las beatificaciones y canonizaciones que se quieran... *Porca miseria!*

Nadie se atrevió a rebatir la grave acusación de simonía y corrupción que estaba haciendo monseñor. Ni siquiera monseñor Benavent salió en defensa de la Iglesia.

—A propósito, ¿qué me decís de la beatificación de Pío IX? —preguntó con malicia el teatino, echando más leña al fuego.

—Eso preguntásele a Ubaldini, que debe de estar muy informado —le cortó monseñor.

Esta vez se sirvió la merienda habitual sin hacer intermedio, pues, faltando uno de sus miembros, la tertulia parecía algo más informal. Los comentarios sobre Isabel II continuaron, aunque ya casi se había olvidado el verdadero motivo de por qué se había traído a colación, hasta que el padre Benavent intervino con su retintín profesoral.

—El padre Toniolo ha hecho una pregunta que nadie ha contestado. ¿Quién fue el padre de esa criatura que Isabel II, en el secreto más profundo, dio a luz en el convento de las carmelitas de Rue d'Ulm? Y yo, a mi vez, añado otra: ¿Quién fue ese hijo bastardo y qué se hizo con él?

Todos reconocieron que no se podía dar respuesta a ninguna de esas dos preguntas a partir de los datos que proporcionaba la carta del nuncio.

—Si bien es verdad —dijo monseñor— que la carta del nuncio no despeja esas incógnitas, no es menos cierto que este documento oficial avala algunas de las pistas que estamos siguiendo. ¿No es así? Ésta ha sido una inestimable aportación de nuestro querido secretario.

El padre Orovay que, para deslumbrar a los tertulianos, había preparado a conciencia su intervención y el teatro que debía desplegar, dejó que discutiesen a propósito del primer documento, sin mencionar los otros que traía. Cuando se cansaron de disputar sobre su contenido, rebuscó en su *dossier* y extrajo otra hoja en la que, como en la primera, los párrafos sustanciales ya estaban subrayados.

—He aquí otra carta de la Nunciatura de París. Ésta, fechada en 1881, doce años después que la primera, y responde, sin duda, a una carta anterior de la Secretaría de Estado del Vaticano donde se pregunta por un tal Ange Gautier, que, como ya ha quedado aclarado, es el mismo Serafino Cattani.

El padre Orovay inició la lectura:

Siguiendo las instrucciones de Su Eminencia, he comunicado al abate Pierre Guibert, de Saint Étienne, que se ha ocupado desde el inicio de la educación del niño Ange Gautier proporcionándole buenos preceptores entre los padres de la Compañía, que lo disponga todo para que el muchacho, llegado el momento y según se convino con la reina de España, inicie sus estudios en Saint Sulpice.

Tras dejar el papel sobre la mesa, el padre Orovay continuó:

—Según éste y otros documentos que abundan en lo mismo y que no voy a leer por no alargarme más, sabemos que Isabel II dio a luz en secreto a un varón en el convento de Rue d'Ulm, y que ese varón no puede ser otro que Ange Gautier, alias Serafino Cattani.

—¿No serán imaginaciones tuyas? —le reprochó monseñor Benavent.

—¿Por qué, si no, su preocupación por él, por darle una carrera eclesiástica, por colocarlo bajo la tutela del cardenal Vives y Tutó, por introducirlo en la corte pontificia...?

—Ésas son suposiciones, no pruebas —insistió.

—Ahora recuerdo —intervino monseñor Bergonzi— que el padre Ubaldini, en la primera reunión, dedujo que Serafino Cattani había estudiado en el seminario parisino de Sant Sulpice viendo únicamente su caligrafía. ¿Os acordáis?

Los demás también cayeron en la cuenta. A continuación, para reforzar las aportaciones que acababa de hacer el padre Orovay, monseñor volvió a recordarles las averiguaciones que mlle. Dubouché y él mismo habían hecho a propósito del cardenal español Vives y Tutó.

—Todas estas piezas, como las de un rompecabezas —dijo para concluir su larga argumentación—, no dicen nada si se observan por separado, pero, al encajar las unas con las otras, van cobrando sentido. Si la existencia del doble de León XIII, tema de nuestras tertulias, aún no está demostrada, al menos algunas personas que aparecen en la trama van adquiriendo cuerpo.

—Y la trama en sí misma resulta más entretenida de lo que esperábamos —apostilló el padre Toniolo, que había aportado poco en esta reunión.

Mientras Giuliana, ayudada por el reverendo, retiraba el servicio de la merienda, sonó el timbre de la puerta.

—¿Esperas visita? —preguntó a su hermano antes de ir hacia el vestíbulo.

—No, que yo sepa.

Se trataba de unos operarios con un mono azul, en el que llevaban prendida una tarjeta de identificación plastificada, que venían a revisar la instalación de la antena parabólica.

—Aquí todo funciona —les comentó monseñor, extrañado.

—Sí, pero en alguna parte debe de estar la avería —le contestaron.

Los técnicos insistieron en que era necesario realizar la inspección, pero monseñor tuvo que pedirles que volviesen otro día, ya que su despacho, que era el lugar donde se encontraban las tomas, estaba ocupado en ese momento. Su reacción fue bastante airada, y se marcharon muy contrariados.

El resto de la reunión transcurrió volando. Las cortinas del ventanal que daba a la Piazza Navona estaban echadas, y la labor de Giuliana reposaba sobre su sillón, a la espera de un nuevo día. De la cocina empezaron a llegar los ruidos que anunciaban la hora de la cena.



Ese mismo viernes, después de cenar y dar las buenas noches a su hermana, monseñor se encerró con *Sócrates* en su gabinete; sin embargo, no se sentó detrás de la mesa de trabajo, sino en el gran sillón orejero donde solía hacerlo a la hora de la siesta. Desde que los operarios habían llamado a su puerta, se había quedado preocupado. No les había dicho nada de esto ni a sus amigos ni a su hermana, pero su aparición le había dado mala espina. Y, ahora, en la tranquilidad de su cuarto, quería repasar este incidente que le obsesionaba.

—Los canales se ven bien, y yo no me he quejado. ¿Los habrá llamado el portero? —se preguntó en voz alta, como si su perro pudiera seguir la conversación—. Por otra parte, yo diría que esas caras no me son del todo desconocidas.

Monseñor Bergonzi cerró los ojos para concentrarse mejor y se quedó adormecido. *Sócrates* se fue a su capazo, triste por no poderle echar una mano. Al cabo de un buen rato, monseñor se espabiló y continuó estrujando su memoria.

—A esos hombres los he visto yo en alguna parte. Si no es en las dependencias de la Biblioteca Vaticana, no se me ocurre en qué otro lugar habrá podido ser. *Sócrates*, ¿duermes? Pues, hijo, no me explico tu cansancio, si no haces nada en todo el día.

El can, que debía de contar más de siete años a sus espaldas, salió de su capazo un poco avergonzado, volvió junto a su amo, lo miró con sus dulces ojos color canela y se sentó encima de sus pantuflas.

—¿Has visto esta tarde a esos señores que han venido a arreglar no sé qué de la antena parabólica? ¿Que Anselmo te había sacado a pasear? —quiso entender que era eso lo que le decía el perro—. ¡Vaya guardián que tengo! —Y le acarició el lomo, cuya pelambrea ya se iba poniendo cana.

Al cabo de unos días, cuando, como de costumbre, bajaba a tomar café y salía por la cancela de Santa Ana, le abordó un antiguo alumno suyo de la Gregoriana, al que había perdido la pista.

—¿No se acuerda de mí? —Monseñor hizo un esfuerzo infructuoso—. Soy Gioberti de Cesare. Usted fue mi profesor de historia de la Iglesia en la Gregoriana.

—Sí, sí, ya recuerdo. No sé quién me habló de ti, de que trabajabas con el cardenal Denzinger en la Congregación de la Fe.

—Soy el director de los archivos de la Congregación.

—Te felicito. Con semejante patrón, te espera un brillante futuro. Ya ves, el mundo es un pañuelo, según dicen, y en cambio, el Vaticano es un universo inabarcable. Tú y yo trabajamos dentro de sus muros y es como si cada uno estuviera en las antípodas.

Monseñor Bergonzi subrayó con cierto retintín lo de las antípodas, no porque la Biblioteca Apostólica y la Congregación del ex Santo Oficio estuviesen situadas en

edificios distantes, sino por el abismo existente entre sus ideas y las del cardenal Denzinger.

El sacerdote Gioberti de Cesare, de unos cuarenta años o poco más, había sido alumno del bibliotecario en los últimos tiempos en que éste había sido profesor en la Gregoriana. Pronto se dio cuenta De Cesare de que, durante el pontificado de Juan Pablo II, los jesuitas habían caído en desgracia y que ahora eran los del Opus Dei quienes estaban en la cresta de la ola y cortaban el bacalao; así que, sin pensárselo dos veces, se arrimó al sol que más calentaba. Por si eso fuera poco, metió la cabeza en el Palazzo del Sant'Ufficio, y en la actualidad era uno de los hombres de confianza del cardenal. En opinión de quienes le conocían bien, De Cesare era un hombre ambicioso, infatigable escalador. Todos pronosticaban que llegaría muy alto.

—¿Cómo supiste que a esta hora salgo por aquí?

—En el Palazzo del Sant'Ufficio, don Giuseppe, lo sabemos todo, o casi todo. La Iglesia nos ha encomendado el ministerio de vigilar, y ése es nuestro deber.

—Como el del perro del pastor, que ha de ahuyentar a los lobos —secundó con ironía.

—Y a usted lo tenemos bien fichado... —añadió el otro con intención de gastarle una broma.

—No me hace ninguna gracia ser objeto de tantos desvelos. Pero, bueno, querido Gioberti, ¿en qué te puedo ayudar?

El alumno, vestido con una sotana impoluta y un fajín rojo, de modales distinguidos y atildado como los curas del Opus, sonrió con un mohín indulgente.

—Lo que le tengo que decir es largo de contar. Si usted me lo permite, me gustaría invitarle a comer a mi casa; estaríamos más tranquilos y seguros que en cualquier otro sitio.

—Me estás asustando...

—A usted, monseñor, no hay nadie que le pueda asustar.

De Cesare, capellán de las monjas de Santo Tomás de Villanueva, le llevó a su casa, anexa a dicho convento.

—¡Cuántos años hacía que no venía por aquí! —exclamó monseñor Bergonzi, sin poder disimular su alegría al pisar de nuevo los cuidados jardines de la residencia—. Parece que fue ayer. En este convento los teólogos Hans Küng, Congar, Ranher y el propio Denzinger, tu patrón, se reunían con los cardenales y obispos más progresistas del Concilio y preparaban las sesiones. ¡Cuántas cábalas y compromisos para contrarrestar las maquinaciones del cardenal Otaviani, el gran inquisidor de la época, y sus secuaces, los cardenales de la Curia, enemigos acérrimos de cualquier *aggiornamento*! ¡Si las paredes de esta casa hablaran! —hizo una larga pausa. Eran demasiados los recuerdos y los pensamientos que le venían a la cabeza—. Ahora, ya ves, Denzinger se ha convertido en el gran inquisidor, enemigo del Concilio y de las ideas que él mismo había defendido. ¡Qué vueltas da el mundo! Malas lenguas aseguran que el Papa lo compró por un plato de lentejas o por un capelo, que para el

caso es lo mismo, pero él ha acabado apoderándose de las llaves de San Pedro. ¡Denzinger, vicepapa, el amo del Vaticano, que gobierna en la sombra! Nada se mueve en la Iglesia sin que Denzinger lo ordene. Maneja a Su Santidad y a la Curia como marionetas. Descabeza teólogos, reprime cualquier atisbo de renovación e impone la nueva contrarreforma con mano de hierro, como un general prusiano. A partir de los años noventa, ha mangoneado en los nombramientos de los prefectos de los dicasterios y de los titulares de las principales diócesis del mundo. A la chita callando, de manera solapada, está preparando su ascenso a la silla de Pedro. Sí, Gioberti, no pongas esa cara. No estoy loco. Si Denzinger sale elegido papa, ten por seguro que no habrá sido por obra del Espíritu Santo, sino de la Curia que él mismo ha sabido engrasar como nadie. Nunca me gustó el alemán. Algunos se han dejado deslumbrar por su sencillez y humildad... Una humildad aparente, empalagosa... ¿Qué quieres que te diga? Llevo demasiados años en el Vaticano. Soy zorro viejo y sé cómo funcionan las cosas allá dentro. ¿Denzinger, humilde? A mí siempre me pareció un hombre taimado. Otaviani, con ser el inquisidor que fue, nunca le llegó a la suela de los zapatos.

Gioberti de Cesare no creyó conveniente rebatirle ni un solo punto. No valía la pena. Tuvo la impresión de que su maestro supuraba rencor, que hablaba desde la animosidad. ¿Era quizá porque no le habían hecho arzobispo?

—Monseñor —le dijo, obviando las cosas que acababa de escuchar—, no eche la vista atrás, no sea que se petrifique en estatua de sal... ¡Siempre la vista hacia delante! *Duc in altum!*

—Si por mirar al Concilio de Juan XXIII, me puedo convertir en estatua de sal, no sé qué será de los que miran al de Trento. Porque creer que el Vaticano de hoy mira hacia adelante es una triste falacia. Nunca en mis años, y ya son muchos, he visto un pontificado más reaccionario.

—Bueno, bueno, no seamos tan pesimistas y pensemos en positivo.

El sacerdote De Cesare vivía solo en la pequeña casa de las monjas, que había sabido convertir, con gusto y sensibilidad indiscutibles, en un comfortable palacete.

—Desde luego —le confesó monseñor, admirando las estancias que le mostraba—, ellos te han influido más que yo con mis lecciones de historia...

La comida la sirvió una muchacha vestida con elegancia, de modales refinados, demasiado joven y hermosa para ser una simple asistente.

—Me la proporcionaron los del Opus, que tienen buen ojo y muy buen plantel —aclaró De Cesare, al ver el mohín de monseñor.

Recordaron los tiempos de la Gregoriana, evitando uno y otro cualquier tema polémico. Sólo cuando pasaron a una salita más íntima para tomar el café, y desapareció la bella muchacha, abordó De Cesare la razón del encuentro.

—Se estará preguntando cuál es el motivo...

—Veo que tienes facultades adivinatorias. Pues sí; después de tantos años, no alcanzo a comprender el sentido de este reencuentro, cómo decirlo, tan efusivo.



—Aquí lo tiene. —Y le entregó un disco guardado en una cápsula transparente.

—¿El secreto de Sant'Angelo? —leyó sorprendido—. ¿Qué es esto?

—Será mejor que lo veamos —dijo y, cogiéndolo de nuevo, lo colocó en el reproductor de DVD. Mientras realizaba esta operación, añadió—: Ni su despacho de la Biblioteca Vaticana ni su vivienda son lugares seguros para ver este documento. Conozco bien el paño, y solamente me fío de mi propia casa.

Monseñor Bergonzi, visiblemente intrigado, se sentó en el otro extremo del sofá. De Cesare, demasiado presuntuoso y seguro de sí mismo, no sospechaba en ese momento que nadie, ni siquiera el Papa, podía escapar de los ojos vigilantes de la Congregación de la Fe, en la que trabajaba. En silencio, se dispusieron a ver el DVD.

—¡Dios mío! —exclamó monseñor, sin salir de su asombro—. ¿Cómo es posible? Ésa es la sala donde nos reunimos los viernes...

—En efecto. Ésa es su casa y lo que oye, las conversaciones que ustedes mantienen. Ahí están sus amigos; Toniolo, Ubaldini, Benavent, su colaborador Orovay, usted y, al fondo, junto al ventanal, su hermana e, incluso, un perro que asoma la cabeza.

—Sí, es Sócrates.

El DVD mostraba siempre la misma escena: el grupo alrededor de una mesa, y distintos encuadres, por lo que se deducía que había varios teleobjetivos. Las imágenes eran borrosas y las figuras gesticulaban como autómatas. Las voces, sin embargo, eran claras e inconfundibles. En aquel documento estaban registradas las reuniones de los viernes desde el día de la carta de Serafino Cattani hasta las últimas conversaciones, después de la muerte de mlle. Dubouché.

—No creía que con el paso de los años se me hubiese agriado tanto el carácter —dijo con humor monseñor, a quien le disgustó verse tan gruñón.

Después de un largo rato viendo las imágenes, intervino De Cesare.

—Como ve, mi querido profesor...

—El Santo Oficio me espía... —le interrumpió, esforzándose por reprimir la rabia que le corroía. Y, con aire despectivo, agregó—: *Nihil novum sub sole*. No hay nada nuevo bajo el sol. Ya me extrañaba a mí que ese Denzinger...

—El tema del doble de León XIII, que ustedes están investigando, también interesa, y mucho, al cardenal, que lo ha calificado como de alta prioridad.

Monseñor no sabía qué pensar de todo aquello. Sus sentimientos, en ese momento, eran contradictorios. Procuró calmar sus nervios y no explotar.

—Le interesa el tema... Alta prioridad... —dijo con sangre fría—. Deduzco que has tratado de hacerme un favor, poniéndome sobre aviso. Te estoy muy agradecido, pero hay muchas preguntas que quisiera hacerte.

De Cesare le escuchó, manteniendo una actitud ambigua.

—¿Cómo sabíais lo que estábamos investigando? ¿Quién y cómo instaló en mi casa esos aparatos que han captado, que han violado, mi intimidad? —dijo, ya enfurecido.

—Mire, monseñor, las cosas son mucho más sencillas de lo que se imagina. Permítame que se lo explique. —Y, como si el asunto del que hablaban fuese lo más normal del mundo, prosiguió—: Usted solicitó a la Congregación de la Fe que le alquilase el apartamento en que vive, ¿no es así?

—Cierto —contestó, sin entender por qué el otro se remontaba tan atrás.

—La Congregación, desde hace mucho tiempo, digamos que a raíz del Vaticano II, ha abierto montones de expedientes a gente *suspecta*. No voy a enumerarle la cantidad de teólogos, superiores generales, obispos, e incluso cardenales; sí, sí, cardenales...

—No hace falta que nadie me explique cómo se las gasta el Santo Oficio.

—Entre ellos, y de modo destacado, se encuentra el bibliotecario de la Vaticana, es decir, usted.

—¿Y cuál es el motivo?

—¿No lo preguntará en serio? Es el mismo que el de muchos otros: no comulgar con el pensamiento y las directrices del pontificado actual.

—Es decir, con el pensamiento dogmático, anticuado y único —comentó, malhumorado.

—Usted, monseñor Bergonzi, cometió un pecado imperdonable: propugnó el *aggiornamento*. Creyó, como tantos otros, que la Iglesia y la Curia romana debían reformarse y adaptarse a los tiempos modernos.

—Pecamos de ingenuos —confesó con pesadumbre.

—El *aggiornamento* de ayer es hoy pura herejía. —Y, al ver que los ojos de monseñor se inyectaban de rabia, añadió—: Por favor, deje que termine. La Congregación de la Fe sabe que usted está en el secreto de muchas cosas, lo que le convierte en una persona peligrosa. Debe ser vigilado día y noche, estar bajo control... Y, mire por donde, usted mismo sirvió su propia cabeza en bandeja de plata al cardenal Denzinger...

—¿Cómo dices?

—Sí, monseñor. Cuando hizo la solicitud para ocupar un apartamento en la Piazza Navona, usted mismo se metió en la boca del lobo.

—No te entiendo.

—Al conocer de antemano al inquilino que iba a habitar el apartamento, éste fue acondicionado como un hogar inalámbrico antes de que usted tomase posesión.

—¿Qué quieres decir con eso de hogar inalámbrico?

—Es un sofisticado sistema que permite, desde el exterior y sin necesidad de ningún tipo de cableado, estar conectado con la propia casa y darle órdenes; por ejemplo, encender o apagar las luces, poner en marcha la calefacción u otros electrodomésticos, subir o bajar las persianas... La videotelefonía hace posible escuchar y ver todo lo que sucede en el interior de la casa.

—Nadie me dijo que mi apartamento tuviese tales adelantos.

—No se instalaron para su uso y disfrute.

—Para qué, pues, ¿para espiarme?

—En efecto. ¿No ha oído hablar de la domótica?

—¿Qué es eso?

—Yo no soy un entendido en estos temas, pero sé que en la actualidad, gracias a la tecnología más avanzada, es muy sencillo conseguir una casa o un edificio inteligente. Y alguien puede valerse de esas técnicas para otros fines...

—Como puede ser el espionaje.

—Eso de que las paredes oyen no es una metáfora, es un hecho. Y no sólo oyen, sino que también ven. Debe tener instalada en su apartamento una microcámara con audio en un agujero imperceptible de tres milímetros.

—Uno de esos videoteléfonos...

—O algún otro aparato de la misma familia, capaz de captar imágenes y sonido y transmitirlos...

—Al Palazzo del Sant'Ufficio —se adelantó monseñor.

—En efecto. Allí está situado el receptor. El DVD que acaba de ver es la prueba. Son sistemas microscópicos, de alta tecnología, que se pueden adquirir en cualquier tienda especializada. ¡Imagínese cuáles empleará la CIA!

A monseñor todo esto le empezó a parecer un relato de ciencia ficción.

—Pero ¿el Vaticano y la CIA...?

—Sería largo de contar... —a pesar de todo, le hizo un breve resumen, no exento de inexactitudes—. La historia viene de lejos. El Papa y el presidente Ronald Reagan, después de la elección de éste en 1980, dieron muestras de una mutua admiración, hecho que es de dominio público. Desde el primer momento sintonizaron ideológica y políticamente. Los dos coincidían en su animadversión hacia el comunismo, y se embarcaron en secreto en lo que la CIA denominó «diálogo geoestratégico», centrado en Polonia, la URSS y América Latina. Reagan ayudó al Papa a derribar la dictadura comunista de Polonia, y éste, en correspondencia, descabezó la teología de la liberación en América Latina, que tantas molestias estaba ocasionando a la administración Reagan. No sé si sabrá que la CIA filtraba al Vaticano informes sobre sacerdotes y obispos de Nicaragua y El Salvador afectos a dicha doctrina.

—Algo de eso he oído. Parece ser que dos cardenales de la Curia, auspiciados por los servicios secretos estadounidenses, instalaron en Bogotá un centro de vigilancia, dotado de una potente computadora conectada con el Vaticano. Allí eran fichados los curas y religiosos que tenían actividades políticas. Entre ellos, el jesuita Ellacuría y monseñor Óscar Romero, asesinados después por los escuadrones de la muerte...

—Eso lo ha leído usted en un artículo de Thierry Meysan. ¡Menudo cantamañanas! ¡Eso son habladurías y rumores sin fundamento! No entremos ahora en este tema. Lo que nos interesa es que, a partir de 1980, el director de la CIA realizó unas quince visitas privadas al Vaticano.

—¿Qué quieres decirme con toda esta historia?

—Fue entonces, según he oído decir, cuando la CIA ofreció al Vaticano la posibilidad de organizarle un servicio secreto eficaz y moderno, y le facilitó a la Congregación de la Fe el material del que dispone actualmente, e, incluso, instruyó en su cuartel general al equipo que hoy lo maneja.

—Un equipo formado por miembros del Opus, supongo.

—Supone bien, pero no exclusivamente. En el Vaticano también existen otros *lobbies* poderosos, como los Neocatecumenales, los Legionarios de Cristo, que profesan la fe tradicional de la Iglesia Romana y son leales al Papa y a la Curia. El Papa, eso sí, desconfía de los jesuitas de Arrupe, demasiado proclives a teologías filocomunistas. Para él sólo el Opus es de fiar.

—Conforman la extrema derecha católica. Son reaccionarios y más integristas que el Papa, lo que ya es decir —le interrumpió monseñor.

—Tienen mucho dinero, y la bolsa dispuesta para sacar de apuros al Vaticano tantas veces como haga falta. Ninguna institución religiosa es tan eficiente como el Opus, ni está tan preparada para combatir a los enemigos de la Iglesia, a los de dentro y a los de fuera.

—¿Acaso se nos considera a mis amigos y a mí como enemigos de la Iglesia?

—Usted ya me entiende.

—Que en el Vaticano siempre ha existido el espionaje, lo saben hasta los muchachos de la *schola cantorum*. Unos cardenales espían a otros... Nadie se fía de nadie... Pero no imaginaba que las cosas llegasen a tal grado de sofisticación. Por lo que me cuentas, los ojos y los oídos de Denzinger están en todas partes. El cardenal es omnipresente, casi como Dios...

—Omnipotente, diría yo. —Y sonrió, orgulloso de formar parte de esta maquinaria—. Usted mismo lo acaba de comprobar con esta grabación.

Hizo una pausa, como quien pone un punto y aparte en un escrito, y, dando por concluido este asunto tan vidrioso, quiso pasar a otro tema, pero monseñor volvió a tomar la palabra.

—Han violentado mi caja fuerte. Espían mi casa. Espero que nadie se atreva a robarme lo que guardo en mi cabeza.

Lo dijo con sorna e ironía. Por lo visto, ni le había sorprendido el secreto desvelado por su antiguo alumno, ni parecía estar asustado o dispuesto a modificar sus hábitos y costumbres. Quien conociese bien a monseñor habría adivinado que, desde ese preciso momento, iba a intentar arreglárselas para que los espías cayesen en su propia trampa.

—Sus palabras suenan a amenaza.

—¿Amenaza? —fingió extrañarse—. Bien, tómalo como quieras.

De Cesare sabía, porque lo había oído comentar en la Congregación de la Fe, que monseñor conocía muchas cosas del Vaticano... ¡Demasiadas! Cosas *non sanctas* de sus moradores y de los archivos secretos, que de hacerse públicas provocarían un gran malestar y crearían gravísimos problemas. ¿Guardaba sus secretos únicamente

en su cabeza? Monseñor era un hombre bondadoso y justo, de una honradez intachable, pero muy peligroso. Una bomba viviente que nadie se atrevía a desactivar por si acaso le estallaba en las manos. Cada uno de sus pasos era espiado con mucha cautela y sigilo.

Después de este inciso, posiblemente el momento más tenso de la conversación, De Cesare retomó el hilo de su parlamento.

—Respecto de la cuestión de León XIII y su doble, no fueron ustedes quienes levantaron la liebre. Mucho tiempo antes, alguien encontró unos extraños documentos en los archivos secretos vaticanos y dio aviso a la Congregación de la Fe. Y en un barrido rutinario —¡oh sorpresa!— descubrimos que ustedes se habían puesto a investigar sobre el mismo asunto.

Hacía rato que a monseñor Bergonzi le rondaba una idea por la cabeza, y no quiso desaprovechar la ocasión para aclararla; así que, viniese o no a cuento, la soltó.

—¿Quién mató a mlle. Dubouché y al padre Boussard? ¿Quién prendió fuego y arrasó la biblioteca del abate Guibert de París?

—Esperaba esa pregunta.

Monseñor Gioberti de Cesare, bien entrenado en la Pontificia Academia de Nobles Eclesiásticos, de donde salen los mejores nuncios y diplomáticos, no perdió la calma.

—La Congregación de la Fe no es, como se comenta con malicia en ciertos corrillos vaticanos, el ministerio de ideología de la Iglesia, o su comisariado político... Bueno, en cierto modo, *mutatis mutandis*, sí que lo es. También es cierto que la Congregación espía... ¡Pero no asesina! Hay muchos modos de combatir a los enemigos de la Iglesia sin necesidad de llegar a esos métodos execrables.

Estas palabras, quizá imprudentes e innecesarias, no le sonaron sinceras a monseñor Bergonzi, ni tampoco llegaron a tranquilizarle.

—Entonces, ¿quién fue?

—Es cierto que, gracias a ustedes, tuvimos noticia de la existencia de la famosa carta de Serafino Cattani y de la biblioteca del abate Guibert, y también lo es que la Congregación, con el plácet del cardenal Denzinger, trazó un plan para apoderarse de los documentos comprometedores.

—¡Documentos comprometedores! —repitió con retintín; y, a continuación, le recordó a su antiguo discípulo la cantidad de escritos que los inquisidores habían quemado en otros tiempos—. Ahora supongo que no son necesarias las hogueras. El Opus Dei tiene un grupo de expertos, capaces de reescribir la historia de la Iglesia haciendo desaparecer todos aquellos testimonios que puedan cuestionar la verdad oficial.

De Cesare sonrió, pasando por alto tales falacias, e intentó ser persuasivo.

—El incendio de la biblioteca no fue provocado, como usted parece insinuar. Los informes de los bomberos certificaron que fue accidental, debido a un cortocircuito.

—¡Un cortocircuito! ¿Y la muerte del padre Boussard?

—Un horrible accidente —replicó con rapidez—. El extintor, no se sabe muy bien por qué, le explotó en las manos y lo mató. A veces, monseñor, suceden esas cosas. No le busque tres pies al gato.

—¿Y mlle. Dubouché?

—¿No se lo contó ya su colaborador, el valenciano Orovay?

—Me gustaría escuchar tu versión.

—Tan simple como la del padre Boussard. Supimos, por la conferencia telefónica que usted mantuvo con mlle. Dubouché, que el padre Orovay iba a viajar a París. Lo que hicimos nosotros fue adelantarnos.

—No te entiendo.

—Uno de nuestros agentes en París fue a la residencia de Mademoiselle y se hizo pasar por el padre Orovay. Por cierto, estaba tan deseosa de su llegada que ni se dio cuenta de la suplantación.

—Mlle. Dubouché no conocía al padre Orovay.

—Por eso mismo nos decidimos a montar la operación. Recibió al falso padre Orovay, le contó sus angustias, sus sospechas y le abrió su alma de par en par. Sí, como lo oye. Nuestro agente no consiguió ninguna información de interés ni encontró ningún documento notable. Precisamente, la víspera, le había remitido a usted un fajo de cartas. ¿No es cierto?

—¿Y por qué la mató vuestro agente?

—¿Quién ha dicho que fue asesinada? No es eso lo que certificó el médico. Cuando nuestro agente abandonó su habitación, estaba viva.

—Se murió de repente, supongo —dijo con rabia mal contenida—. Sabía, De Cesare, que no me ibas a ayudar a desenmarañar esas dos muertes, cuando otras mucho más extrañas, ocurridas intramuros del Vaticano, están aún sin esclarecer.

Monseñor se refería sin duda a las del oficial de la guardia suiza Alois Estermann y su mujer, a la del suboficial Cedrid Tornay, cuya madre continuaba hablando de un triple crimen, y a la tan traída y llevada del papa Luciani.

La conversación estaba durando más de lo que el padre De Cesare había previsto, y a las seis tenía otra cita.

—Bueno, monseñor Bergonzi —le dijo, mirando su reloj—, siempre le he considerado un historiador crítico y un investigador incorruptible, opinión que comparten los de la Congregación...

—Pero... —añadió monseñor, sabiendo que después de la alabanza llegaría el vituperio.

—Pero su divertimento, como lo llaman ustedes, puede ser peligroso y llegar a constituir una seria amenaza para la Iglesia... O sernos muy útil. Depende de ustedes. Todos vamos en el mismo barco, y lo lógico es que rememos a la par, ¿no le parece?

—Desde el principio, tus palabras me han desconcertado. No sé si son amenazas veladas o, por el contrario, un consejo amistoso.

—Monseñor —el rostro de Gioberti de Cesare traslució de pronto gravedad—, vivimos tiempos terribles. Los terrorismos fundamentalistas que atacan por doquier alcanzarán tarde o temprano a la Iglesia de Roma. Ya se nos ha advertido de que la cúpula de San Pedro podría estar en su punto de mira. No quiero ser alarmista, pero días antes de la tragedia del 11-M en Madrid, los guardias de seguridad de la basílica encontraron una mochila en el pasadizo que discurre entre la cúpula interior y la externa, en el lugar por el que transitan los turistas que suben allá arriba. La sospechosa mochila, muy similar a las que explotaron en los trenes de Atocha, estaba llena de explosivos. No se sabe quién la puso allí.

—¿No estarás hablando en serio?

—Sí, no tiene por qué extrañarse. Roma es el símbolo de la cristiandad, a la que algunos musulmanes locos han declarado la guerra santa. Tarde o temprano, sin que nadie pueda evitarlo, nos alcanzarán... —se detuvo y moduló su voz para darle la convicción requerida—. Mucho peor que lo que pudieran hacer esos extremistas, como hacer saltar por los aires la cúpula de Miguel Ángel, es la sigilosa labor de zapa que algunos historiadores están realizando con los mismos cimientos de la Iglesia.

—¿Lo dices por nosotros?

—También esos irresponsables historiadores pueden hacer añicos la indefectible imagen de la Iglesia sin necesidad de goma dos. Usted ya me entiende...

—¿Puedes hablar más claro?

—Todo lo relacionado con el doble de León XIII resulta preocupante. Usted mismo se lo hizo notar al padre Orovay, su colaborador. —Y, a continuación, citó casi exactamente sus mismas palabras—: «¿Y si ese doble actuó en actos solemnes de gobierno? ¿Y si escribió encíclicas y creó cardenales? ¿No pondría en duda el dogma fundacional de la Iglesia, su constitución divina, la sucesión apostólica? Quizá los papas que han venido después de León XIII no proceden del tronco legítimo, sino de una rama espuria». ¿Recuerda?

—De Cesare, eso es pura hipótesis —asintió monseñor Bergonzi, restándole importancia.

—Monseñor, como le decía, corren tiempos terribles. No es el momento oportuno para lanzar hipótesis arriesgadas, sembrar dudas y jugar con cosas tan trascendentales como la validez y legitimidad de la Iglesia y el pontificado. En esta hora en que el mundo occidental, su cultura y sus valores, se sienten amenazados, no podemos debilitar a nuestra Iglesia, pilar fundamental e insustituible de la cristiandad. No podemos tirar piedras contra nuestro propio tejado y dar armas al enemigo.

—«Lucha hasta la muerte por la verdad y el Señor Dios peleará por ti» —recitó monseñor como una jaculatoria.

—Ya lo sé, ya lo sé —le contestó un tanto alterado De Cesare—. Esa sentencia se la oí constantemente en la Gregoriana. Pero hay verdades que pueden resultar destructivas... Más destructivas que las bombas.

—Soy un convencido de que la verdad nunca es destructiva. La verdad, por su propia fuerza, lleva a Dios, que es la Verdad.

—La verdad, monseñor, tiene sus límites y su tiempo oportuno. Y éste, como me esfuerso en repetirle, no es el momento.

—¿Y cuál es el tiempo de las mentiras? ¿Han arreglado algo las del presidente Bush? ¿Han sido las tuyas unas mentiras inocentes? Ahí está la sangrienta guerra de Irak, que no hará sino generar más odio contra los cristianos. No, De Cesare, la mentira es la que destruye todo lo que toca. La verdad, la búsqueda de la verdad, trabaja siempre por la paz, por mucho que en su camino haga que los mitos milenarios se tambaleen o se derrumben definitivamente.

De Cesare obvió esta reflexión, y continuó con su discurso.

—Al igual que en tiempos del presidente Reagan, que en paz descansa, Estados Unidos pidió al Vaticano mano dura contra la teología de la liberación, porque en aquel momento el enemigo de Occidente era el comunismo, Bush no consentiría ahora que nadie debilitase a la Iglesia, su aliada en la lucha contra el terrorismo islámico.

—Bush y el Papa, ¿aliados? ¿No defendían posiciones contrarias en la guerra de Irak?

—El Papa y Bush representan el Occidente cristiano. A su modo, defienden lo mismo. Quizá haya diferencias, pero son cuestiones de pura semántica, más aparentes que reales.

—Hablas como si se tratase de una nueva cruzada. ¿No tuvimos bastante con las de la Edad Media?

El tiempo apremiaba a De Cesare, y monseñor Bergonzi tuvo la sensación de que ambos estaban malgastándolo en una conversación que cada vez se liaba más y más.

—Entonces, según tú, ¿qué es lo que debemos hacer?

—La Sagrada Congregación de la Fe les pide obediencia y silencio.

Monseñor Bergonzi salió del convento de Santo Tomás de Villanueva convencido de que las pesquisas que él y sus amigos llevaban a cabo molestaban al cardenal Denzinger. «¡Buen síntoma!», se dijo. Por todo ello, dedujo que el doble de León XIII debió de existir y que ese hecho tenía más trascendencia de la que él sospechaba. Parecía claro que iban por el buen camino. La conversación con De Cesare no le había hecho desistir de su empeño, aun a sabiendas de que los espías no sólo le pisaban los talones, sino que los tenía metidos en su propia casa. Al bibliotecario no se le podía aplicar el aforismo de Plauto: «*Curiosus nemo est quin sit malevolus*». (No hay hombre curioso que no sea malintencionado.)



El padre Benavent había estudiado en el seminario de Valencia, y ya entonces se había distinguido por su afición a los libros y a la investigación histórica. Sus superiores pronto se dieron cuenta de que no estaba hecho para ser un cura de pueblo, que para eso ya tenían a otros, sino para rescatar los archivos diocesanos del polvo y del olvido, así que lo enviaron a Roma. Allí estudió historia de la Iglesia, doctorándose *cum laude*, y fue en la Gregoriana donde conoció a monseñor Bergonzi. Poco después, ingresó como funcionario en la Curia romana, primer peldaño de su *cursus honorum*. En su favor hay que decir que, mientras otros perdían el tiempo en las antecámaras de los cardenales, él pelaba sus posaderas en las bibliotecas. Tenía publicados un sinfín de libros y un número incalculable de artículos en revistas especializadas. Tanto era así que los de la Curia pensaron que se trataba de un jesuita, y mandaron, por equivocación, a Borgo Santo Spirito el título de prelado doméstico que le había concedido Pablo VI. Se hospedaba en el Colegio Español, en la misma habitación que le habían dado cuando llegó como estudiante. Era austero como un monje y avaro por despiste, y vivía como un ratón de biblioteca. Se le veía pasear por el Piccio al caer la tarde en verano, y allí iba también a tomar el sol en invierno después de comer. Veía pasar los años con pena sin que llegase el deseado premio de un arzobispado, aunque fuera *in partibus infidelium*.

Desde Roma dirigía los trabajos de catalogación de los fondos de la catedral: manuscritos, bulas, libros, papeles y más papeles... Cada dos meses se desplazaba para supervisarlos *in situ*. Durante esa estancia de dos semanas se llevó una inesperada sorpresa. Entre los fondos que los becarios de paleografía estaban manejando se encontró un humilde cuaderno escolar, al que le faltaban las tapas y las primeras páginas. Era un breve manuscrito, escrito a pluma y a lápiz.

—Se trata —le dijo la becaria que lo había descubierto— del relato que escribió de su viaje a Roma un fraile valenciano a mediados del siglo XIX.

—Es la primera noticia que tengo de él. No he leído ningún texto que hiciese alusión a este relato —dijo, y se puso a hojearlo.

El tema le pareció interesante y mandó que se lo fotocopiasen.

—¿Qué nombre le ponemos? —preguntó la becaria.

—Pues no sé... ¿Te parece que *Manuscrito de Valencia*?

Días después, sentado en su departamento del tren, de vuelta a Roma, sacó de su maletín las fotocopias que la becaria le había encuadernado con esmero.

Pronto la curiosidad por el cuaderno eclipsó al paisaje por el que viajaba. El fraile andariego autor del relato era un tal fray Cosme Huguet. En las primeras páginas contaba sus recuerdos de la infancia, deteniéndose en uno que, por los numerosos detalles que daba, se veía bien que le había impactado mucho.

A la edad de seis años, mi padre me llevó de la mano a presenciar un espectáculo espeluznante: la muerte de un ajusticiado en la horca. No se trataba de un condenado cualquiera. A sus cuarenta y ocho años, Cayetano Ripoll, maestro de Russafa, había sido condenado por deísta recalcitrante por el tribunal de la Inquisición que el arzobispo Simón López había creado en su diócesis.

El padre Benavent conocía muy bien esa historia, aunque nunca la había investigado a fondo por no remover aguas turbias. Ahora tenía ante sí la mirada de un niño, en cuyas pupilas había quedado grabada la escena.

Cuando el tal Cayetano subió al cadalso, cuyas maderas estaban todas pintadas de llamas, mi padre me dijo: «Mira, hijo mío, ese hombre que van a ahorcar ha sido maestro de tu padre. Y yo te juro por Dios que no hay aquí otro hombre tan bueno y de tan gran corazón». «¿Pues por qué lo van a matar?», le dije yo. «Porque hay otros hombres que tienen el corazón duro como una piedra y las miras muy estrechas», me respondió.

También daba cuenta el fraile de la quema de iglesias que tuvo lugar en España durante 1834 y 1835, y cómo él, que contaba catorce o quince años, y apenas llevaba unos meses de postulante en el convento capuchino de Masamagrell, tuvo que huir al monte con otros frailes. Aderezaba su relato con un sinfín de anécdotas, unas tristes y otras jocosas, además de historias de frailes y sus rencillas; también hablaba de los estudios que hizo y de lo aprovechado que fue, de su ordenación *in sacris*, de los cargos que ocupó en los conventos en que estuvo... Hablaba en su escrito de tantos pueblos y conventos que el padre Benavent dedujo que fray Cosme Huguet debió de ser un hombre inquieto, un culo de mal asiento. Un buen día, sus superiores se cansaron de él y, tal vez para sacárselo de encima, le dieron permiso para peregrinar a Tierra Santa, como era su deseo. Empezó a pie el camino, partiendo desde Oropesa.

Al padre Benavent no le resultó sencillo abandonar la lectura del manuscrito, que cada vez le parecía más apasionante. Así que realizó todo el trayecto con aquel compañero de viaje. A veces, el fraile relataba historias tan estrafalarias, que el padre Benavent dudaba si, en buena lógica, aquello podía haber sucedido en realidad.

Cuando el tren ya recorría tierras de Italia, leyó unas páginas que le dejaron estupefacto. Fray Cosme Huguet hablaba de su llegada a la ciudad eterna, en tiempos muy revueltos. Y allí —¡oh casualidad de las casualidades!— también él había presenciado el traslado de los restos mortales de Pío IX. El padre Benavent leyó y relejó varias veces el texto, que parecía una copia exacta de las crónicas que el padre Toniolo había expuesto durante las tertulias de los viernes.

Acababa de llegar yo a Roma, una de las tres santas ciudades que me había propuesto visitar, y estaba recorriendo sus sagrados lugares. Honré en San Pedro los huesos del Apóstol, en San Pedro in Vincoli, las cadenas con las que estuvo atado, y en Santa María la Mayor, la cuna de Nuestro Señor. Al salir de San Juan de Letrán, quise acercarme a venerar la Escala Santa, que se encuentra en un edificio de la misma plaza. Había en ella multitud de peregrinos que, de rodillas, subían con gran devoción sus veintiocho escalones, y quise yo hacer otro tanto, emulando su virtud. Acabé con las rodillas descarnadas y muy dolorido; a mis sesenta y tres años, aunque me encuentro muy fuerte y animoso, ya no puede hacer uno estas penitencias. Allí mismo, mientras un caritativo sacerdote curaba con aceite y vino mis descarnaduras, me enteré del rumor de que esa misma noche iban a trasladar los restos mortales del papa Pío Nono para darle definitiva sepultura en San Lorenzo Extramuros.

Como no tenía otro negocio más importante que atender, y a pesar de lo doloridas que tenía las rodillas, decidí acercarme a la plaza de San Pedro después de cenar. Las horas iban pasando con lentitud y allí no aparecía alma alguna, aunque, al ser aquel un julio caluroso, la noche invitaba a tomar el fresco sentado en la columnata. Pero fue dar las doce y, como si alguien hubiese hecho una señal y todos hubiesen estado concertados, surgió una riada de gente con antorchas encendidas, corriendo hacia el coche fúnebre que a esa misma hora aparecía en la plaza.

Seis hermosos caballos blancos con gualdrapas y penachos negros tiraban del carruaje que portaba la caja de cedro que contenía el cadáver del Papa. Aunque la comitiva era reducida para la importancia del difunto, yo pude contar, al menos, siete cardenales y muchos más obispos. Como no quería perderme detalle de lo que iba a suceder, tomé un hachón de los que repartían y me uní a la comitiva. A mi alrededor advertí mucho miedo y poco entusiasmo en el canto de los salmos penitenciales, que, en el silencio de la noche, resonaban aún más tristes. Pronto averigüé cuál era la causa. Al llegar el carruaje fúnebre a la mitad del puente de Sant'Angelo, apareció por el otro extremo una chusma que debía ser menos numerosa que la comitiva del entierro, pero que gritaba y hacía ruido de tal manera, que podía atemorizar al más valiente. Aunque no conocía tan bien el italiano como para entender muchas de las expresiones, comprendía que aquella multitud vociferaba blasfemias y amenazas contra el papa muerto y el reinante. Estaba horrorizado, y llegué a pensar si alguien saldría con vida de allí.

Estuvimos un buen rato, que a mí me pareció una eternidad, en medio del puente, sin poder tirar hacia atrás ni hacia delante. Entonces, la multitud empezó a zarandear el coche para apoderarse del ataúd del papa muerto y arrojarlo al Tíber. Y todos, con las caras desencajadas y echando espumarajos por la boca, gritaban cada vez con más fuerza: «¡Al río con él!». Un cardenal de la comitiva se adelantó y les hizo frente, hablándoles con unas palabras tan fuertes como las suyas; y por el «coglione», que tantas veces repitió y con tanto énfasis, deduje que les decía que era eso lo que les faltaba para hacer una cosa así. Todos supieron identificar al cardenal que los llevaba tan bien puestos. Se trataba de monseñor Corsini, que, según lo que a mí me pareció, no debía de tener más de cuarenta y cinco años.

Cuando las aguas parecían estar ya apaciguadas y la procesión empezaba a moverse de nuevo, surgió una voz entre la multitud gritando que allí estaba el Papa, refiriéndose a León XIII. Sin embargo, no podía tratarse de él. Aunque el deseo ferviente de Su Santidad hubiese sido acompañar a su antecesor, había decidido quedarse en el Vaticano para evitar todos estos desmanes. Aquella voz se refería a un fraile franciscano de tal parecido con el Pontífice que se diría que era su vivo retrato. Otra vez tuvo que intervenir el cardenal Corsini y para proteger a aquel pobre franciscano, pues de lo contrario lo hubiesen echado al río. Al no quedar muy convencida la muchedumbre de que aquél no fuese el verdadero papa, disfrazado de fraile, y al ver el cardenal Corsini que la vida del mendicante corría serio peligro, optó por tomarlo bajo su custodia y, volviendo sobre sus pasos, se lo llevó al Vaticano. Yo, que los seguí, vi cómo los dos entraban por el portillo de la muralla, llamado de Santa Ana.

El padre Benavent se quedó maravillado. Ante sí tenía el testimonio de un peregrino valenciano que llega a Roma y presencia por casualidad el entierro de Pío IX. Este fraile nada tenía que ver con el reportero Alberto Mario del que les había hablado el padre Toniolo; sin embargo, ambos referían el mismo acontecimiento y coincidían en todos los detalles y circunstancias, empleando casi las mismas palabras. Este suceso, pues, había sido lo suficientemente significativo para llamar su atención y para que ambos lo reflejasen en sus escritos. También era cierto que ninguno de los dos hablaba de doble, ni siquiera lo insinuaban; únicamente se limitaban a constatar una circunstancia: la semejanza del franciscano con el papa León XIII, con quien la chusma lo había confundido. El padre Benavent recordó los indicios que los otros habían aportado y que él había criticado con dureza. Sin embargo, después de la lectura del *Manuscrito de Valencia*, la hipótesis de un doble papal le repugnaba

menos, aunque continuaba pensando que nunca podría ser demostrada de forma categórica.

Tan pronto como se incorporó de nuevo a su despacho, el padre Benavent telefoneó a monseñor Bergonzi para ponerle al corriente de su descubrimiento.

—No puedo pensar sino que se ha producido un milagro. No lo digo por lo de ese manuscrito, sino por tu cambio de opinión —contestó al oírle hablar con tanta euforia, evitando que el otro se explayase.

—¿De verdad que se encuentra bien?

—Como nunca, pero ahora no puedo atenderte, tengo mucho trabajo —subrayó la excusa para que el otro entendiese que ése no era el mejor medio para contarle las novedades—. Mañana, si te parece, tomamos un capuchino en el lugar de siempre y hablamos —dijo monseñor antes de colgar.

Por increíble que parezca, la pequeña y concurridísima cafetería de Borgo Pío, a la que el bibliotecario tenía tanto apego, era un lugar discreto y seguro para conversar, donde no había que temer que nadie metiera las narices en lo que no le importaba, aunque a veces resultaba difícil hacerse oír. A monseñor Bergonzi le encantaba romper su mañana y bajar a la calle con alguno de sus colaboradores a tomarse un café. Muchos le consideraban un conversador nato, pero otros, en cambio, lo tenían por un charlatán al que le gustaba empinar el codo más de la cuenta. Cuando monseñor asomó por el portillo de Santa Ana, allí estaba ya esperándole el padre Benavent, cuyas costumbres eran muy diferentes. Desayunaba siempre antes de salir del Colegio Español, y no solía frecuentar cafeterías ni se sentaba en las terrazas.

—Bueno, ¿qué es eso tan importante que tienes que comunicarme? ¿Qué dice ese *Manuscrito de Valencia* para que tú, tan reacio al tema del doble de León XIII, hayas mudado de parecer?

El padre Benavent le informó del origen del manuscrito y le resumió su contenido, deteniéndose en el punto donde se narraba el traslado de los restos de Pío IX.

—Pero, aún así —concluyó—, no he cambiado de opinión respecto a la existencia de un doble del Papa.

Monseñor, después de hacerle las observaciones que creyó pertinentes y darle su parecer sobre el texto, le contó, anticipándose a la tertulia del viernes siguiente, algunas de sus nuevas averiguaciones.

—Los capuchinos de Villa Gamarelli en Monte Porzio, donde, como ya sabes, vivió y murió el cardenal español Vives y Tutó, me han comunicado que han encontrado nuevos documentos muy interesantes referentes a Serafino Cattani. Como aún no tienen completo el *dossier*, me han adelantado algunos datos, como que el tal Cattani murió el 23 de abril de 1904, catorce días después de la muerte de la reina de España.

—Debía ser muy joven. Si no calculo mal, tendría unos 35 años.

—Más o menos. —Miró al padre Benavent como solía hacer cuando quería crear suspense, y añadió—: Eso no es lo importante. Según parece, Serafino Cattani murió asesinado.

—¿Asesinado?

El valenciano quedó conmocionado, como si aquella noticia fuese actual y él conociese a la víctima, por lo que necesitó unos instantes para asimilar la nueva. Después, monseñor Bergonzi volvió sobre el asunto.

—Creo que esta historia va resultando más peliaguda de lo que pensábamos en un principio, ¿no te parece?

—Cierto.

Si el *Manuscrito de Valencia* había despertado en el padre Benavent el interés por el divertimento que llevaban entre manos, ahora, con el presunto asesinato de Serafino Cattani, empezaba a sentirse francamente intrigado. Y volvió a formular ante monseñor, haciéndolas suyas, las preguntas que en su día ya se habían hecho los contertulios.

—¿Por qué Isabel II, valiéndose del cardenal Vives y Tutó, removió cielo y tierra para introducir en la corte pontificia de León XIII a Serafino Cattani, su hijo bastardo según todos los indicios? ¿En qué negocios anduvo metido éste durante su estancia en Roma? ¿Quién pudo asesinarlo y por qué? Y, lo que de ningún modo llego a comprender, ¿qué nexos existe entre la historia de Serafino Cattani y el doble de León XIII, si es que existió en algún momento?

—No me lo preguntes e intenta resolverlo por ti mismo.

El padre Benavent se acostó dándole vueltas a éstas y a otras incógnitas, y le fue difícil conciliar el sueño, cosa que raras veces le sucedía. Al día siguiente, sin saber muy bien por qué, se levantó con la corazonada de que la pista del cardenal Corsini, el eclesiástico «cojonudo» del *Manuscrito de Valencia*, le llevaría a alguna parte.

El padre Benavent no estaba seguro de haber oído hablar del cardenal Corsini, y ni siquiera se atrevía a aventurar sus vínculos con León XIII, aunque fuese como simple conjetura. Desconocía si sus papeles se conservarían en los archivos vaticanos o, después de su muerte, habrían ido a parar a manos de sus familiares o, quizá, simplemente se habrían perdido. También los agentes de la Congregación de la Fe, como tiempo después averiguaría con asombro el padre Benavent, iban detrás de esa misma pista.

—¿Qué documentos de interés podré encontrar? —se preguntó, con el nerviosismo del historiador—. Lo importante es tirar del hilo. De otro modo, nunca sabremos si nos lleva o no al ovillo.

Este juicioso consejo era el mismo que monseñor daba a sus alumnos. «Pero en la Iglesia, tirar de un hilo no es siempre lo más prudente», recapacitó de pronto, a punto de volverse atrás.

León XIII decidió abrir los archivos secretos del Vaticano, hasta entonces cerrados a cal y canto, para contrarrestar las críticas de oscurantista y reaccionario que le llovían de todas partes. Mandó catalogar los fondos y dio facilidades para la investigación histórica. «*Non abbiamo paura della pubblicità dei documenti*», dijo al mundo entero, y calificó a los cardenales que quisieron impedirlo de *teste piccole*. «No sé si su decisión fue acertada. Me temo que no», pensó monseñor Benavent, muy indeciso.

Atenazado por sus escrúpulos, buscando el imposible equilibrio entre prudencia y verdad, temeroso de encontrarse con algún hecho que hiciese tambalear el dogma, comenzó indeciso su búsqueda por los archivos vaticanos. No tuvo dificultad alguna, dado que disponía desde hacía mucho tiempo de la necesaria acreditación, pero quería, a toda costa, pasar inadvertido, no dejar ningún rastro de sus pesquisas. Con astucia, consiguió que su nombre y los documentos que consultó no llegasen a constar en los libros de registro, pero no tuvo la misma suerte con la Congregación del cardenal Denzinger, que, sin él saberlo, estuvo informada de todos sus movimientos.

—¡Eureka! —exclamó victorioso un día, cuando dio con una serie de polvorientas cajas con el nombre del cardenal Corsini. Pero pronto advirtió que este Corsini no era el que buscaba.

Se entretuvo, no obstante, con este cardenal, que llegó a papa en 1730 con el nombre de Clemente XII. Leyó las cartas que le escribió el rey Felipe V de España, donde reclamaba para su hijo menor Luis Antonio, de ocho años, el capelo cardenalicio, y las respuestas del Papa, en que otorgaba al crío la púrpura y la administración de la rica diócesis de Toledo. A pesar de su incesante búsqueda, no encontró ningún rastro en los archivos vaticanos del cardenal Corsini que le interesaba. Incluso llegó a pensar que fray Cosme Huguet, en sus memorias, se había equivocado al transcribir el nombre. Este contratiempo supuso un jarro de agua fría para el prelado valenciano.

Unos días después, mientras paseaba por el Piccio acompañado de un grupo de jóvenes sacerdotes, se le ocurrió, como pasatiempo, preguntarles si alguno tenía noticia de un tal cardenal Corsini que había vivido en tiempos de León XIII.

—Yo conozco a un Silvio Corsini de esa época. Fue cardenal protector de las madres calasancias. No sé si será el cardenal por el que usted pregunta —le contestó un fraile dominico.

—¿Cómo conoces tantas cosas del personaje? —le preguntó el padre Benavent.

—Muy sencillo. Una monja, condiscípula mía, pertenece a esa orden y he visto la estatua de ese purpurado en el patio de su convento.

Sin perder ni un instante, se puso en contacto con esas religiosas, que tenían su residencia en la Via del Governo Vecchio, según le indicó el fraile.



A través del zaguán acristalado se podía ver un pequeño patio renacentista, adonde daban algunas dependencias del palacio. En su centro, como ya le había dicho el fraile dominico, se alzaba la estatua sedente de Silvio Corsini, labrada en blanquísimo mármol de Carrara. Desde su alto pedestal, daba la impresión de que el cardenal vigilaba con ojos atentos a todos los que entraban por aquella puerta. Al saber que quería información sobre el patrón de su orden, las religiosas trataron al padre Benavent muy atentamente.

—No es frecuente —le dijo la madre general— que alguien se interese por el cardenal Silvio Corsini. Su memoria ha caído en el más injusto de los olvidos. Nosotras lo recordamos cada día muy agradecidas porque, en tiempos duros y difíciles para nuestra congregación, él se comportó de veras como un cardenal protector.

Las monjas llevaron al padre Benavent arriba, a los aposentos que el cardenal ocupó durante sus últimos años.

—Todo continúa igual que él lo dejó, como si el tiempo se hubiese detenido en el momento mismo de su muerte —dijo la madre general, mientras le mostraba las vitrinas—. En ésta se guardan su capelo y el vestido de púrpura con su cola de doce metros, como se usaba entonces. Ésos son sus libros. Pocos, ¿verdad?, pero encuadernados con lujo y buen gusto. Al cardenal le gustaba estudiar en las bibliotecas, por eso compraba pocos.

El padre Benavent se detuvo ante aquel armario y permaneció largo rato escudriñando. Le llamaron la atención dos libros, camuflados entre los otros, *La nuova Italia* e *Il Vaticano regio* del ex jesuita Curci.

—Estos dos folletos —comentó, con el consiguiente sobresalto de la monja— fueron condenados por el Santo Oficio por defender tesis contrarias a la doctrina del «*non possumus*» de Pío IX.

Asimismo halló el opúsculo *La Conciliazione* de Luigi Tosti, desautorizado por el mismo papa, y algunos escritos del obispo Bonomelli, también incluidos en el índice. Por las glosas anotadas en los márgenes de estos libros y los subrayados que había en ellos, el padre Benavent dedujo que el cardenal Silvio Corsini había pertenecido al bando de los conciliadores. Frente a la mayoría que defendía los derechos y privilegios de la Iglesia, el grupo minoritario de los conciliadores prefería pasar página y aceptar como un hecho consumado la pérdida de los Estados Pontificios.

—¿Esto es todo? —preguntó a la religiosa que le atendía.

—Del cardenal tenemos muchas cajas llenas de papeles y cartas —le aseguró, viendo el interés con que lo miraba todo—. Lo que pasa es que, hasta ahora, nadie se ha preocupado de su catalogación. —Y luego, le confesó un poco avergonzada—: La

hermana Renata ya se ocupa de ello, y es mi deseo que haga su tesis de doctorado sobre el cardenal.

—No es mala idea —apostilló el padre Benavent.

Sin embargo, no estaba muy convencido de que la biografía de este personaje y la documentación que guardaban diesen para un buen trabajo. Quedaron para otro día, y así la hermana Renata tendría tiempo para preparar todo el material.

Felice Ubaldini, a diferencia de la generalidad de los jesuitas, incansables trotamundos casi por vocación, había pasado la mayor parte de su vida en Italia y había traspasado sus fronteras en contadas ocasiones y por breve tiempo. Para ser más precisos, habría que decir que su vida transcurría en Roma, entre la iglesia del Gesù y la Curia Generalicia de Borgo Santo Spirito.

Cuando el padre Arrupe fue elegido prepósito general de la Compañía, se trasladó a vivir a la misma casa. Ambos congeniaron pronto, a pesar de que Ubaldini tenía veinte años menos que él y sus ideas no eran tan avanzadas. Cuando murió el padre Arrupe, su puesto fue ocupado por el padre holandés Koopmans. Éste, conocedor de la devoción y el cariño que el padre Ubaldini había profesado a su antecesor, le encargó recopilar todos sus escritos y escribir su biografía. Gracias a esta labor de reconstrucción de una historia a partir de papeles dispersos, muy semejante a la que el arqueólogo hace con las piedras, el padre Ubaldini había desarrollado técnicas y metodologías muy personales, que aplicaba ahora al estudio del doble de León XIII.

La propuesta de monseñor le había fascinado desde el primer momento, no porque prejuzgase de antemano que la existencia del doble fuera muy posible, sino por el placer de averiguarlo.

La escena de la muerte de León XIII narrada por Serafino Cattani en su carta le había producido un gran impacto, así que se tomó el juego muy a pecho. Acudió a los distintos historiadores que tenía más a mano para ver cómo relataban la escena y qué matices y diferencias había entre los relatos de cada uno de ellos. Consultó a Tserclaes, Schneider, Giunta, Crispoldi, Soderini, Lecanuet... Y con los datos de todos ellos formó su personal hipótesis.

Según lo que había podido averiguar, el papa León XIII conversó la víspera de su muerte con los cardenales Ferrata y Mathieu, así como con Rampolla y Angeli, sobre su enfermedad y los asuntos de la Iglesia. En todo momento, mostró una *intelligenza lucidissima*; tanto es así que, como se le leyó una profesión de fe incorrecta, exclamó: «*Ma che professione mi fate fare!*». Recibió luego la bendición de la Tercera Orden de San Francisco de manos del cardenal Vives y Tutó. Su estado permaneció estacionario y su sorprendente vitalidad justificó incluso una perspectiva de mejoría. Prueba de esto último y del buen ánimo del Pontífice era la anécdota que Marzolini, su capellán privado, recordaba en sus memorias: «El Papa, bromeando, dijo a un miembro de su familia pontificia que le había manifestado su deseo de que alcanzase los cien años: “*Non mettiamo limiti alla Divina Provvidenza*”». No obstante, esa mejoría fue efímera, y, poco tiempo después, volvió a iniciarse el creciente desmoronamiento. El moribundo, consciente de que su vida se acababa, se despidió de los que le rodeaban. Al cardenal Angeli le entregó un poema que había escrito en

latín, y cuyas pruebas de imprenta había corregido días antes en aquel mismo lecho de muerte. Al cardenal Rampolla, que le exhortaba a tener ánimo, le contestó que no le faltaba, y le elogió por sus quince años de colaboración como secretario de Estado, pidiéndole perdón por alguna posible desavenencia. Luego le hizo acercarse a su cabecera y le habló al oído, de tal manera que nadie oyó lo que le dijo. El cardenal Rampolla, respondiendo sin duda a las indicaciones que el Papa le acababa de dar, abrió el cajón de su mesilla y cogió un objeto, que guardó en su bolsillo. Poco después, el Santo Padre como si hubiese estando madurando sus últimas palabras, añadió: «*Non so come mi giudicheranno, ma so di aver sempre amato molto la Chiesa e cercato di procurame il bene: quindi muoio tranquilo*». (No sé como se me juzgará, pero sé que siempre he amado mucho a la Iglesia y he procurado el bien, por lo que muero tranquilo.) Y, con estas palabras en su boca, entregó su alma a Dios. Ésa era la breve historia de la muerte de León XIII que había compilado el padre Ubaldini basándose en los datos de unos y otros historiadores.

—¿Qué entregó León XIII al cardenal Rampolla antes de morir? ¿Por qué tanto secreto?

El padre Ubaldini se hacía esta pregunta una y otra vez, y no encontró respuesta en ninguna de las historias que había consultado. Esa misteriosa confidencia no sólo despertó en él una gran curiosidad, sino que tuvo el presentimiento de que era una de las claves para descifrar el enigma del doble. Se decidió, pues, a seguir por ese camino.

—Esperemos —se dijo, entre perplejo y esperanzado— que el cardenal Rampolla haya dejado constancia de esa confidencia en alguna parte.

Acudió en primer lugar, como hubiese hecho cualquier aprendiz de historiador, a los archivos vaticanos. No era fácil, por mucho que estuviesen ordenados y catalogados, encontrar, entre aquellos cientos de documentos de toda clase, el papel que buscaba. En el supuesto de que el objeto que el cardenal tomó de la mesita del papa moribundo fuese un papel... ¿Por dónde debía empezar? ¿A quién podía preguntar, sin despertar fisgoneos no deseados?

Según las reglas de juego establecidas entre los contertulios, cada uno debía espabilarse por su cuenta, por lo que no podía ir a enseñar sus cartas a los otros. Así que, armado de paciencia, se puso a hojear documentos, para ver si la suerte estaba de su parte y le proporcionaba alguna pista. Encontró, como suele ocurrir con frecuencia en tales casos, algo que no esperaba: una brevísima poesía latina acróstica dentro de un sobre. Por la mediocridad de sus imágenes y de su estilo, nunca hubiera podido imaginar que su autor podía ser el papa León XIII, universalmente reconocido como un gran latinista. ¡Pero no cabía la menor duda de que estaba escrita de su puño y letra!

Los muchos dobleces y el color amarillento del papel llevaron al padre Ubaldini a deducir que aquél podía ser el objeto que el secretario de Estado recogió de la mesilla del moribundo y guardó con gran discreción en su bolsillo. Aquella hipótesis parecía

verosímil, pero, de inmediato, se tropezó con el primer escollo, ya que las iniciales de los versos formaban una palabra que le desconcertó:

*In acroterio*

—¿Qué significará *acroterio*?

Tras varias noches de insomnio, que no arrojaron la más mínima luz, tuvo que recurrir a uno de los funcionarios de la Biblioteca Vaticana, quien le facilitó un diccionario de jerga latina que en tiempos pasados, y aún hoy en día, se seguía utilizando en el Vaticano. Según ese glosario, *acroterium*, vocablo de origen griego, significaba no sólo cualquiera de los remates de los frontones sobre los que se suelen colocar estatuas, sino cualquier pedestal de dimensiones pequeñas, sobre el que podía ponerse un maceta, una cruz o cualquier otro objeto. Gracias a estos nuevos datos, *in acroterio* podía traducirse por «en el pedestal». Y, teniendo en cuenta el contenido del poemilla, se deducía que algo se guardaba sobre, bajo o dentro de ese pedestal.

El padre Ubaldini, sentado en un rincón de la sala de investigadores, tenía sobre su mesa la *busta* número diecinueve de las cuarenta y cinco que componen los archivos del cardenal; y en sus manos, el escrito autógrafo de León XIII que no lograba acabar de descifrar. Saltaba a la vista que el poemilla carecía de asunto o era tan oscuro e intrincado que sólo podía entenderlo quien ya estuviese en el meollo de la cuestión. Sin embargo, no se podía dudar de su importancia si, como sospechaba el jesuita, ese papel era una especie de testamento íntimo que el papa moribundo confiaba a un cardenal de su confianza.

Se concentró en dos frases sibilinas, que le parecían los polos o ejes fundamentales sobre los que giraba todo lo demás. Decían así:

*In castello Sancti Angeli, alter leo iacet...*

*Alterum pontificem cum altero committere...*

El jesuita tenía el presentimiento de que esas dos frases eran la clave del enigma, y estuvo rumiándolas durante mucho tiempo en su cabeza. De pronto, se le ocurrió que *leo* podía ser en realidad un nombre propio, y tradujo la primera frase de esta manera:

*En Castel Sant'Angelo yace otro León...*

—¿A qué León podía referirse? —Dudó un segundo y siguió musitando entre dientes—. ¿A León XIII? ¿Qué otro podía ser? ¿Estaba insinuando que en Castel Sant'Angelo yacía un León XIII que no era él? ¿Se refería de modo tácito a sí mismo como su doble?

No podía despejar ninguna de esas cuestiones ni tenía datos suficientes para avalar la hipótesis del doble. Pasó a traducir la segunda estrofa:

## *Juntar un pontífice con otro...*

—¿Qué quiere decir «reunir, juntar, un pontífice con otro»? ¿Qué papas había que reunir, juntar, poner en relación? ¿León XIII con Pío IX, su predecesor? ¿León XIII con su inmediato sucesor? ¿Quizá había que juntar y relacionar al papa León XIII con su doble?

Esta última pregunta iba tornándose cada vez más inquietante a medida que el doble dejaba de ser una sombra nebulosa y se iba perfilando como una posibilidad real.

El padre Ubaldini se dio cuenta de que quizá, inconscientemente, le estaba influyendo la hipótesis del doble de León XIII; cabía la posibilidad de que estuviera forzando los datos y dejándose llevar por un espejismo. Pensó, con buen criterio, que sería mejor abandonar un texto tan oscuro y continuar investigando. Así pues, aceptó como única conclusión válida, aunque fuese escasa en resultados reales, que en algún sitio se guardaba algo relacionado con León XIII.

—La conclusión no puede ser mayor que el contenido de las premisas. Habrá que seguir buscando ese enigmático lugar llamado acroterio.

A pesar de haber refrenado su entusiasmo, el padre Ubaldini no cejaba en su intento. El tiempo que pasaba en su celda lo dedicaba a descifrar el acertijo que quizá había fabricado su mente febril. Así, un día tras otro, sin poder adelantar nada.

Una tarde, el padre Ubaldini, molesto porque no le dejaban estudiar en paz, se vio obligado a salir de su celda y a pasar a la contigua, donde el hermano Castañeda discutía con otro religioso.

—¿Qué pasa aquí? ¿Qué voces son ésas?

—Que el padre Restrepo quiere que le quite este acroterio, y yo, sin la autorización del padre superior, no lo voy a hacer —dijo el hermano, como disculpa por sus gritos.

—¿Este acroterio es la causa de tanto alboroto? —preguntó el padre Ubaldini, señalando un bargueño sobre el que había un crucifijo de hierro.

«¿A algo así se referiría el Papa en su escrito?», pensó.

Un día, mientras revolvía una vez más la *busta* 19 de los archivos del cardenal Rampolla, el padre Ubaldini halló una pequeña llave oxidada. Se quedó extrañado y perplejo, pero pronto dio con una explicación verosímil. La llave debía de encontrarse en un principio dentro del mismo sobre donde había encontrado el acróstico y, por la razón que fuese, se había caído.

—¿Integraban la llave y el acróstico aquello que el cardenal Mariano Rampolla retiró de la mesita del papa moribundo? —se preguntó con los ojos cerrados, por si de ese modo podía ver la escena con mayor claridad.

Esta posibilidad casaba bien si con acroterio el Papa se refería a un bargueño, como lo había hecho el hermano Castañeda.

—¿Para qué, si no, una llave? —se preguntó.

El padre Ubaldini miró con discreción a uno y otro lado y vio que los investigadores andaban muy absortos en sus cosas. No se lo pensó dos veces y, con disimulo, se la guardó en el bolsillo. Ya de regreso a Borgo Santo Spirito, pudo comprobar que la llave que había robado, por su tamaño y forma, era similar a las de los bargueños de la residencia.

—Tengo una pista —se dijo entusiasmado—. Ahora he de encontrar el bargueño que encierra el tesoro que León XIII confió a su secretario de Estado.

Es frecuente toparse con investigadores que pasan con asombrosa rapidez de la euforia al desaliento, y eso es lo que le ocurrió al padre Ubaldini. Se había precipitado al cantar victoria antes de comenzar siquiera la búsqueda. Al llegar la noche, en la tranquilidad de su celda, no vio las cosas tan fáciles como se imaginaba.

—¿Dónde puedo buscar, al cabo de tantos años, el bargueño de León XIII? ¿Continuará ese mueble en los aposentos papales o estará arrinconado en algún almacén del Vaticano?

Que una dificultad surja de otra que ha sido superada, puede alentar a la búsqueda, pero también puede descorazonar. El padre Ubaldini optó esta vez por ser pragmático: se fue a la cama y apagó la luz, sin querer darle más vueltas al asunto. «Mañana será otro día», se dijo resignado.

Al día siguiente, mientras se afeitaba, le sonrió la imagen reflejada en el espejo, como si le estuviese diciendo que tenía una buena idea para él.

—León XIII habla en su acróstico del Castel Sant'Angelo. ¿Por qué no empezar por ahí la búsqueda del bargueño?

Se detuvo un instante a pensar y recordó que en la planta superior de Sant'Angelo había visto una serie de muebles antiguos distribuidos por los magníficos apartamentos papales. No era descabellado pensar que el bargueño de León XIII

hubiese ido a parar allí. Con la candidez de un turista, podía preguntar a los cuidadores de las salas, y quién sabe si le proporcionarían alguna pista.

—En todo caso, no tengo un plan mejor. Por alguna parte habrá que comenzar.

Con la pequeña llave en el bolsillo, acariciándola de vez en cuando como si fuese un talismán, se encaminó hacia Castel Sant'Angelo sin tan siquiera haber desayunado.

Desde la residencia de la Compañía de Jesús hasta allí había un pequeño trecho, pero decidió recorrerlo a pie. Bajó por la Via dei Cavalieri del Santo Sepolcro, desembocó en la amplia Via Conciliazione y, a mitad de camino, se detuvo en una cafetería para desayunar. Quería entrar en el museo antes de que los turistas invadiesen las salas. En la cafetería, la televisión mostraba varios coches-bomba ardiendo en Irak. Se trataba de unos atentados sincronizados contra iglesias cristianas de Bagdad y Mosul. Acto seguido, la pantalla mostraba, una vez más, las pavorosas imágenes de los trenes de la muerte de Madrid. Los clientes comentaban, entre rabiosos e indignados, estos acontecimientos, y manifestaban sus temores de que pudiesen repetirse en Roma.

—El terrorismo fundamentalista, si Dios no lo remedia, estallará tarde o temprano aquí, en el Vaticano —comentó agorero en voz alta uno de ellos. Los que estaban junto a él, en la barra, asintieron.

—La mochila con explosivos que, según se rumorea, encontraron los guardias de seguridad en la cúpula de San Pedro ha sido una seria advertencia —añadió otro.

—Hasta el momento nos hemos salvado de su zarpazo, pero la fiera está ahí.

El padre Ubaldini no quiso ser tan pesimista como aquella gente, pero lo que veía en la pantalla no auguraba nada bueno.

—Es terrible y preocupante —dijo él, antes de pagar su consumición.

Salió del establecimiento con un mal sabor de boca y se dispuso a recorrer los pocos metros que lo separaban de su objetivo.

A medida que se acercaba, la soberbia mole del mausoleo de Adriano, coronada por la estatua de bronce de un ángel con las alas desplegadas, se fue agrandando. Este mausoleo transformado en castillo había sido en otros tiempos fortaleza inexpugnable, refugio y prisión de papas. ¿Será verdad que también León XIII estuvo encarcelado aquí, mientras un doble le sustituía en sus funciones papales?, se preguntó, entre incrédulo y dubitativo.

Como supuso, eran pocos los turistas que había a esa hora. Tomó la escalera helicoidal y, sin detenerse en ninguna de las dependencias, subió a la planta noble. En la logia de Julio II, que daba al puente del Tíber, se abrían las estancias del papa Paulo III. Cruzó, sin detenerse, la Sala ditta di Amore y tomó el pasadizo que conducía a los aposentos de los pisos superiores. Como recordaba de otras visitas, tanto en la biblioteca como en el dormitorio papal había visto muebles antiguos de distintas épocas, entre ellos varios acroterios. Pero ¿cómo reconocer el de León XIII, si es que era alguno de aquéllos? En un primer momento quiso valerse por sí mismo y fue leyendo las pequeñas cartelas que, desafortunadamente, no le facilitaron la



información deseada, por lo que tuvo que recurrir a un vigilante. Optó por dirigirse al de mayor edad, ya que no confiaba en que los más jóvenes pudiesen ayudarle.

—Por favor, ¿podría decirme si este bargueño —y señaló al que había en el dormitorio papal— perteneció a León XIII?

Había tenido suerte, pues aquel hombre era de los pocos funcionarios de museos que conocían en profundidad los objetos que cuidaban.

—No, señor —le contestó, entre sonriente y vanidoso—. El bargueño de ese papa y otras de sus pertenencias fueron regaladas por Pío X a la iglesia de Salzano, donde él había sido párroco.

—¿Salzano?

Con el rabo entre las piernas y su llave en el bolsillo regresó a casa y echó mano de Internet. No le fue difícil dar con la comunidad de Salzano. En esa pequeña ciudad del Véneto existía, como le había adelantado el guía de Sant'Angelo, un museo de reducidas dimensiones, anejo a la iglesia y dedicado a san Pío X, donde la mayoría de los objetos que se exhibían (libros, manuscritos, cartas, muebles...) habían pertenecido a ese papa. ¿Estaría entre ellos el acroterio o bargueño de León XIII que buscaba? El museo, según se leía en la web, sólo abría los domingos por la mañana durante un par de horas. Para realizar una visita en días laborables, había que solicitarla por correo electrónico. Sin perder un instante, se puso en contacto con el párroco y concertó la visita.

Cuando el hermano Castañeda, que conducía el coche, se detuvo en la plaza de la iglesia, allí les esperaba don Pietro, el párroco.

—No sé qué interés puede tener para ustedes este pequeño museo para que se hayan tomado tantas molestias —les dijo con una amplia sonrisa burlona.

—No crea —mintió el jesuita—, he oído hablar muy bien de él.

El cura les abrió, sin entender muy bien cómo unos jesuitas hacían tantos kilómetros, teniendo en Roma muchas más cosas, y más interesantes, de ese papa.

—El museo es todo suyo. Tómense el tiempo que necesiten. Cuando terminen, cierren y devuélvanme la llave. Yo estaré en mi casa.

El padre Ubaldini no se esperaba tantas facilidades. Se entretuvo curioseando los manuscritos, cartas y libros de las vitrinas, mientras de reojo se aseguraba de que estaban solos y de que ninguna cámara oculta les vigilaba.

—¿Qué es lo que buscamos, padre? —indagó el hermano coadjutor, viéndole nervioso.

—Ya lo verás. No seas impaciente.

Pronto el jesuita dio con lo que buscaba.

En una sala pequeña, entre un reclinatorio y un sillón frailuno, se hallaba un bargueño. ¿Será el de León XIII?, se preguntó ansioso, mientras acariciaba la llavecita que llevaba en el bolsillo. Su corazón empezó a acelerarse mientras se acercaba a leer la cartela que estaba fijada en la pared. En efecto, allí lo decía con toda claridad:

Acroterio o bargueño que Isabel II, reina de España, regaló al papa León XIII en agradecimiento por los muchos favores que había recibido de él. Este mueble permaneció siempre en el despacho privado de Su Santidad. Obsequio de Pío X a la parroquia de Salzano.

El padre Ubaldini se sentó en una silla, se sacó un pañuelo y se enjugó el sudor de la frente. No se lo acababa de creer. Cuando se serenó, se levantó y se acercó de nuevo.

—«En agradecimiento por los muchos favores que había recibido de él...» —releyó la cartela— ¿De qué favores se trataría? —preguntó, como si el hermano coadjutor pudiese sacarle de dudas.

No tuvo que cavilar demasiado. Recordó las cosas que se habían dicho en las tertulias, y comenzó a atar cabos. La Reina regaló esta preciosa joya a León XIII por haber admitido a su hijo en la corte pontificia, concluyó. A su parecer, la breve inscripción corroboraba esta hipótesis. No dijo nada al hermano coadjutor que, rezagado, estaba entretenido contemplando los cálices y los ornamentos sagrados de las vitrinas.

—Vaya, vaya, vaya...

—¿Qué, ya dio con lo que buscaba?

—Me parece que sí —le contestó, ufano. El bargueño, con toda la traza de haber sido fabricado en España, era de caoba y tenía muchos cajoncitos, adornados con incrustaciones de oro y placas de marfil que representaban las basílicas mayores de Roma y otros lugares sagrados. En el centro, un rectángulo vertical, también de marfil, reproducía Castel Sant'Angelo y a un león tendido con la melenuda cabeza enhiesta, una de cuyas patas descansaba sobre el globo del mundo.

—Es una pieza preciosa —comentó el hermano coadjutor.

—Procedamos —añadió el jesuita, entre ensimismado y ceremonioso.

Y, sacando la pequeña llave herrumbrosa, fue a introducirla en la primera bocallave que le vino a mano.

—¿Pero qué hace, padre? —le reconvino el hermano.

—Tú calla.

Ni en la primera gaveta, ni en la segunda, ni en la tercera, entró la llave, mucho más grande que el hueco de las cerraduras. La desilusión del padre Ubaldini fue creciendo hasta convertirse en frustración.

—No sé qué diablos pasa. Estaba convencido de que la llave era de este mueble —se rindió al fin, decepcionado.

Le contó al hermano Castañeda la razón por la cual habían ido a Salzano y estaban husmeando en este museo. El hermano le escuchó con atención, sin traslucir lo que pensaba de él y de sus chiflados amigos.

—Bueno, vamos a ver si yo tengo más suerte.

Y, recordando que el bargueño del padre Restrepo tenía cajones secretos muy bien disimulados, pensó que éste podía también tenerlos.

—Es cuestión de paciencia —le dijo, mientras, concentrado y atento, palpaba el mueble por todas partes.

El padre Ubaldini, abatido, volvió al sillón frailuno, y desde allí seguía las minuciosas operaciones. ¿Cuánto tiempo pasó? No podía decirlo con exactitud, pero a él le pareció una eternidad.

—Aquí se mueve algo —dijo el hermano Castañeda, que con las yemas de sus dedos iba restregando la placa de marfil de Castel Sant'Angelo—. Yo diría que esta bola del mundo se mueve...

El padre Ubaldini se levantó para seguir de cerca la operación.

—*Ecco* —exclamó triunfante el hermano, retirando su mano para que el padre lo pudiera ver.

En efecto, la bola del mundo sobre la que el león apoyaba su pata parecía estar labrada en la misma gran placa de marfil, pero en realidad era una pieza superpuesta. Con habilidad y sin saber muy bien qué movimientos había hecho, la corrió hacia un lado, lo justo para dejar al descubierto la bocallave que se ocultaba detrás.

—«*In castello Sancti Angeli, alter leo iacet*» —recitó el padre Ubaldini—. Ahora caigo en la cuenta de que León XIII debía referirse en el poemilla que entregó al cardenal Rampolla a esta figura del bargueño. Esta llave debe de ser de aquí —dijo al hermano Castañeda, y se la entregó.

—Lo es —confirmó el otro, haciéndola girar y tirando.

El padre Ubaldini contuvo la respiración. La pequeña puerta del castillo se abrió como si fuese la de un sagrario, y detrás apareció lo que a todas luces era una gaveta oculta. Tiró del asa. Era un momento muy emocionante. El padre Ubaldini esperaba encontrar allí el gran secreto de León XIII.

—Aquí sólo hay recortes de periódicos viejos —exclamó el hermano.

—¿Has mirado bien? —le instó el jesuita, nervioso.

—Lo que le digo. Sólo recortes de periódicos —respondió secamente.

—¿Para esto tanto misterio y secreto...? —soltó enfadado el padre Ubaldini.

Aquellos amarillentos recortes, como pudo comprobar, correspondían a gacetas italianas, francesas y alemanas. Eran periódicos de la época que podían encontrarse en cualquier hemeroteca, y no parecían tener mayor interés por sí mismos. Sin embargo, todos esos recortes hablaban del mismo acontecimiento: el traslado de los restos del papa Pío IX. También se mencionaba en ellos al fraile al que la chusma había estado a punto de arrojar al Tíber tras confundirle con León XIII.

—¿Éste es el tesoro que buscaba? —dijo el hermano, disimulando una sonrisa maliciosa.

—No —respondió desabrido. Y, después de reflexionar un instante, añadió—: ¿Por qué guardaría el Papa estos recortes de periódico con tanto secretismo? Debe de haber alguna explicación que se me escapa.

—¿Los dejo donde estaban o nos los llevamos?

—¡Déjalos! A mí no me hacen ninguna falta. Puedo encontrarlos en cualquier hemeroteca.

El hermano Castañeda guardó la gaveta, cerró la puertecilla del castillo y corrió la bola del mundo, dejándolo todo igual como estaba, y entregó la llave al padre Ubaldini. Luego devolvieron las llaves del museo al párroco y regresaron a Roma.

El padre Ubaldini, defraudado, no pudo dormir aquella noche, que pasó dándole vueltas a lo que les había sucedido en el museo de Salzano.

—¿Qué hacían esos recortes de periódico en una gaveta oculta? ¿Eran esos papeles los que León XIII había confiado con tanto misterio a su amigo, el cardenal Rampolla? ¿Para eso tanto acróstico y tanto poemilla? —se preguntaba furioso, para responderse a continuación—: Desde luego que no. ¿Entonces?

Se encontraba empantanado, en un callejón sin salida, hasta que un día, mientras buscaba alguna pista nueva en las cajas del cardenal Rampolla, tropezó en la *busta* 23 con un paquete atado con un bramante rojo, marcado con el siguiente título «Documentos varios y papeles sin interés».

—Sin interés —repitió, sin fiarse del etiquetado—. Ésa puede ser la opinión de un funcionario poco diligente. Nunca se sabe. Veamos.

Allí, entre cartas y otros papeles, había unos cuadernillos pautados de tapas azules, como los que solían utilizar los escolares en otras épocas.

Ese viernes, como hacían el primero y el tercero de cada mes, los integrantes del SAD (Servicio de Actualización de Documentos) se reunieron en la sala 3A, en la última planta del Palazzo del Sant'Ufficio. La sala era más bien de pequeñas dimensiones, y tenía ventanas cegadas y los muros insonorizados. Una pantalla panorámica de cristal líquido y gran resolución ocupaba la pared del fondo. La misión de este grupo, siguiendo las instrucciones del cardenal Denzinger, era grabar todo lo que se decía en casa de monseñor Bergonzi y proceder luego a un análisis exhaustivo. El objetivo pasó pronto de rutinario a prioritario. El asunto no sólo le interesaba al cardenal, sino que le quitaba el sueño.

La pantalla se iluminó y pudieron ver a monseñor y a sus amigos, sentados alrededor de una mesa sobre la que se proyectaba un cono de luz, como si los contertulios fuesen a jugar una timba. Desde la última tertulia había transcurrido un mes y medio.

Los miembros del Opus que trabajaban allí adivinaron, con sólo verle la cara, que el padre Ubaldini traía interesantes noticias.

—Estoy intrigado. ¿Con qué nos sorprenderá este jesuita? —dijo con tono despectivo Josemari Montcada, que nada tenía que ver con el sociólogo Alberto Moncada, ex numerario de la Obra.

—No menos intrigados se ve a los otros contertulios. Mirad qué cara pone el padre Toniolo —añadió Luismaría Gorcóstegui.

—Chissst... Que va a hablar el padre Ubaldini —dijo Sáez de Larrazábal, que presidía la reunión.

—Amigos —dijo la imagen de la pantalla, que se detuvo unos instantes antes de continuar, preparando su puesta en escena—. Amigos —repitió e hizo de nuevo una pausa para provocar la impaciencia de sus oyentes—, os puedo asegurar con toda certeza que el papa León XIII tuvo un doble. Aquí traigo pruebas irrefutables.

Puso sobre la mesa su ventruda cartera, que todos, los de la Piazza Navona y los del Palazzo del Sant'Ufficio, boquiabiertos, devoraron con la mirada. El jesuita, que parecía no tener prisa alguna en abrirla, se entretuvo en un prolijo relato de cómo encontró lo que contenía la cartera.

—¿Qué entregó León XIII antes de morir a su secretario de Estado, el cardenal Rampolla? —Y esperó a que los otros advirtieran que ahí, precisamente ahí, en la búsqueda de esa respuesta, debía iniciarse la investigación sobre el caso del doble.

En la sala 3A reinaba el mismo silencio expectante que en casa de monseñor. El padre Ubaldini refirió cómo se le había ocurrido consultar las biografías de León XIII, sobre todo aquellas que se explayaban en los últimos días del Pontífice.

—Lo que más llamó mi atención —les dijo— fue ese «diálogo privado» entre el Papa y su secretario de Estado, suceso del que sólo dos biógrafos dan cuenta.

De ahí pasó a contarles, con todo lujo de detalles, sus peripecias en la Biblioteca Vaticana, mientras miraba, alternativamente, a monseñor y al padre Orovay, como si quisiera vanagloriarse de que había pasado delante de sus narices sin que ni siquiera advirtieran su presencia. También hizo hincapié en el ímprobo trabajo que supuso revisar, una tras otra, las cajas del cardenal Rampolla.

—A ninguno de nosotros se nos ha ocurrido bucear en esos archivos. ¡Qué fallo tan garrafal! Si se entera el cardenal Denzinger, nos fulmina —comentó en voz baja Miguelángel Fernández de la Yarza.

—Por pura casualidad —continuó el jesuita— tropecé con unos versos, tan malos que dudé de que fueran de Su Santidad. Pero, para mi sorpresa, resultaron ser del propio León XIII. Estaban escritos con pulso tembloroso y mala letra, y quizá eran de poco antes de morir. —Hizo otra pausa, que su inquieto auditorio encontró demasiado larga.

El tiempo iba pasando y los contertulios de uno y otro lado de la pantalla estaban impacientes por conocer el desenlace de la aventura. Así que, cuando llegó a la historia del acroterio, soportaban ya de mala gana las explicaciones que daba sobre sus peripecias en el museo de Sant'Angelo y luego en el de Salzano.

—¡Felice! —le interrumpió monseñor, haciéndose cargo del desasosiego, rayano ya en el aburrimiento, de los demás—. No se puede comenzar dando una conclusión apoteósica, y pretender luego que se siga con interés el desarrollo de las premisas. Ya que has comenzado la casa por el tejado, saca de una vez esas pruebas que dices que tienes.

El padre Ubaldini, cortado en seco, se molestó tanto que ni siquiera protestó. Dejó la narración en el punto al que había llegado, sin contar lo más interesante: dónde y cómo había encontrado los *Cuadernos azules*. Abrió la cartera y extrajo un montón de cuartillas manuscritas.

—Aquí traigo algunos textos que he copiado de los *Cuadernos azules*. Los he bautizado así por el color de sus tapas. Son tres cuadernos que, sin lugar a dudas, pertenecieron al doble de León XIII.

Los funcionarios del SAD se miraron sorprendidos.

—¿Habrás descubierto de veras ese jesuita al doble? —preguntó Gorcóstegui, sin dirigirse a nadie en concreto.

De buen grado, Sáez de Larrazábal hubiese querido intervenir en aquella reunión virtual o, mejor aún, tener delante, en el Palazzo del Sant'Ufficio, a aquel puñado de chiflados que estaba jugando con fuego. Los contertulios no hicieron ninguna pregunta, ansiosos por oír sin dilación los textos y poder juzgar por sí mismos.

Si ni siquiera un solo cabello cae sin que Dios lo disponga, ¿cómo no habrá sido Él, cuyos caminos son inescrutables, quien ha trazado estos

que yo he recorrido desde aquel día en que el cardenal Silvio Corsini me condujo a estos aposentos pontificios para salvarme la vida de un peligro inminente?

—¿Has dicho Silvio Corsini? —se sorprendió el padre Benavent—. ¿No es ése el cardenal que arrancó de manos de la chusma al pobre fraile que querían arrojar al río por su gran parecido con León XIII?

—En efecto. De ese mismo se trata.

—Pues ese mismo relato he leído yo en el *Manuscrito de Valencia*.

—¿De qué manuscrito habla éste? —comentó Josemari Montcada.

La verdad es que los del SAD no tenían ni idea de ese texto, ni tampoco los contertulios. Sólo lo conocía monseñor Bergonzi, y de manera muy somera. El padre Benavent aprovechó la interrupción y dio cuenta a los demás de su hallazgo.

—Es una asombrosa coincidencia. Sorprendente —concluyó, sin querer aventurar más; con un gesto, indicó al padre Ubaldini que podía continuar su lectura.

Para que ésta no resultara interminable, el jesuita, como ya habían hecho otros contertulios, traía extractados los párrafos más sustanciales.

Estuve viviendo algún tiempo solo en los sótanos vaticanos, como un topo, y no sabría decir en qué lugar, pues con frecuencia me llevaban de una parte a otra por pasadizos interminables. Unas veces me decían que estaba en los sótanos de Castel Sant'Angelo y otras en los del Vaticano, pero para mí todo era un enmarañado laberinto.

Siempre pensé que se me retenía allí por mi seguridad, después del susto que me había llevado cuando la gente, creyendo que yo era el Papa, intentó arrojarme al río; por eso no veía mal todas aquellas medidas para que nadie me viese, ni yo pudiera escribir a los de mi convento. El cardenal Silvio Corsini era la única persona que me visitaba con asiduidad y con quien podía hablar.

El padre Ubaldini hizo una pausa y miró a los contertulios. Todos seguían la lectura con gran atención. Poco podía sospechar que en el Palazzo del Sant'Ufficio tomaban buena nota del descubrimiento. Monseñor Bergonzi, a pesar de conocer que la Congregación de la Fe le espiaba, había seguido su vida con normalidad y sin cambios aparentes y no había comunicado nada a sus amigos.

—¿Nadie tenía conocimiento o una vaga idea de esos *Cuadernos azules*? —dejó caer Miguelángel Fernández de la Yarza.

—Ni de esos *Cuadernos* ni de ese *Manuscrito de Valencia* —contestó Sáez de Larrazábal, muy contrariado—. Mal que nos pese, hemos de reconocer que esos chiflados tienen muy buen olfato.

—Dejémosles que desentrañen ellos solitos el misterio del doble. Siempre tendremos tiempo para actuar —trató de consolarse Luismaría Gorcóstegui.

—Chisst... Que el jesuita continúa la lectura. Escuchemos.

Un día, el cardenal vino a verme acompañado de otro prelado de la Curia, y fue cuando me explicaron el plan que habían trazado utilizándome como instrumento.

—El plan que habían trazado utilizándome como instrumento —repitió el padre Ubaldini, recalcando excesivamente cada una de aquellas palabras.

Consciente de la importancia de su hallazgo, el jesuita dosificaba las pausas y subrayaba los textos más sustanciales, casi deletreándolos.

Me dijeron que, por mi gran parecido con Su Santidad, me habían elegido para que le sustituyera en algunas audiencias y apariciones públicas, por el gran peligro que había de que atentasen contra su persona, de lo que yo ya tenía experiencia, cuando se trasladaron los restos mortales del papa Pío IX. Me encomiaron mucho la misión que se me encomendaba y el enorme servicio que con ella prestaría al Santo Padre y a la Iglesia; Su Santidad estaba al corriente de todo y esperaba que diese mi consentimiento de buen grado. Allí mismo, sin pedir tiempo para reflexionarlo, les dije que yo era un fraile mendicante con voto de obediencia, y que, por el bien de la Iglesia, estaba dispuesto a obedecer aunque me costase la vida. Mucho les agradó esta disposición mía, y se marcharon, diciéndome que pronto volverían con providencias más concretas.

—Si esos cuadernos son auténticos, lo del doble de León XIII es un hecho. No tiene vuelta de hoja —dijo muy preocupado Sáez de Larrazábal.

—No será difícil averiguarlo —añadió Montcada—. Los cuadernos están en los archivos del cardenal Rampolla, como acabamos de oír.

—Habrá que comprobar su autenticidad —dijo Gorcóstegui.

—¿Comprobar su autenticidad? ¡Hay que hacerlos desaparecer sin pérdida de tiempo! —zanjó tajante Sáez de Larrazábal.

—¿Desaparecer? —se extrañó Fernández de la Yarza.

—Sí, desaparecer. En manos de esos chiflados son un peligro, pero si caen en manos de enemigos de la Iglesia se convertirían en una bomba y podrían causarnos daños gravísimos.

—No nos pongamos trágicos —trató de distender los ánimos De la Yarza—. Aún no sabemos qué funciones desempeñó ese doble...

—No se trata de ponerse o dejarse de poner trágicos —le contestó irritado Sáez de Larrazábal—. Los fundamentalistas crecen como hongos por todas partes. No respetan los templos cristianos. ¿O es que no leéis los periódicos? El terrorismo irá a



más... En esta situación crítica, ¿vamos a permitir que alguien avente la historia oscura de León XIII y debilite el poder de la Iglesia Católica?

—Quizá éste sea el momento providencial para recrear la cristiandad, como soñaba nuestro padre —dijo Gorcóstegui—. La Iglesia Católica, aliada con el imperio americano...

Aquella tarde, como no había que preparar chocolate, pues ya había llegado la época de los bocadillos, Giuliana se había ausentado. Entre todos, aunque alguno más molestaba que ayudaba, dispusieron la mesa. Mientras comían, siguieron hablando sobre los *Cuadernos azules*.

—A decir verdad —confesó el padre Benavent—, todavía tengo mis reservas. Este asunto del doble es demasiado serio. Habrá que ir con pies de plomo y no tomárselo a la ligera...

—¿Crees que soy frívolo en mis investigaciones? —preguntó, escamado, el jesuita.

—No he dicho eso. Entiéndeme bien...

—¿Qué pruebas más claras necesitas? —le recriminó, por su parte, el padre Toniolo.

—No sé. Necesitaría ver esos cuadernos...

—¿Acaso no te fías de mí? ¿No te basta mi palabra? —le espetó, excitado, el jesuita.

—Tú, como santo Tomás, necesitas meter el dedo hasta el fondo —volvió a atacarle el teatino.

El padre Ubaldini, seguro de lo que había visto y de lo que había leído, no se molestó en rebatir al padre Benavent. Y aunque estaba nervioso, continuó con su bocadillo, que acompañaba con sorbos menudos y frecuentes de vino.

—Buen vino, sí, señor —dijo, mirando despectivamente al padre Benavent que, según las malas lenguas, era abstemio no por virtud sino por falta de paladar.

—Me lo traen mis sobrinos. Saben que su tía no toma licor alguno, pero sí un vasito de tinto en las comidas.

Monseñor, satisfecho por los elogios del jesuita, trató de desviar la conversación y apaciguar los ánimos.

Al ver el entusiasmo con que los espíados daban cuenta de la merienda, a los espías se les abrió el apetito, y aprovecharon la larga pausa para cambiar impresiones e ir al baño.

—Ya retiran los manteles —avisó Montcada.

Tras tomar asiento de nuevo alrededor de la mesa, los del SAD volvieron a fijar su vista en la pantalla.

—Lee, lee —le urgió monseñor al padre Ubaldini, deseoso de conocer a fondo aquellas memorias.

Desde los sótanos, en los que yo me encontraba, y a través de interminables túneles y pasadizos secretos, que los altos prelados que habían venido a buscarme parecían conocer al dedillo, me llevaron a los aposentos privados del Santo Padre. Me hicieron esperar un buen rato hasta que pude pasar adonde estaba Su Santidad. Yo, al verle, me eché al suelo e hice la primera de las tres adoraciones que hay que hacer antes de besarle el pie. No me dejó terminar. Sin decir nada, con sólo un gesto, me indicó que me acercase y me miró de arriba abajo con ojos de sorpresa.

—Por lo que me habían contado, sabía que te parecías a mí, pero no imaginaba que tanto.

Tanta era la emoción que me embargaba, que no podía decir palabra. Creí que estaba viviendo un sueño. El Santo Padre me sacó de él.

—Ya te habrán dicho cuál es tu trabajo. —Y como yo le respondí asintiendo con la cabeza, añadió—: No serás mudo, supongo.

—No, Santidad.

—Pues no perdamos más tiempo.

Y comenzamos a charlar, mejor dicho, empezó a preguntarme muchas cosas sobre mí. Poco a poco fui perdiendo el temor, y trataba de contestar y preguntarle a mi vez, pues, como me repetían con insistencia los monseñores que había en su cámara, se trataba de que fuese familiarizándome y adquiriendo los gestos y modos que empleaba Su Santidad.

—Todo esto suena a auténtico. No creo que esos *Cuadernos* sean un fraude —comentó en voz alta Fernández de Yarza.

—Nunca se sabe —replicó desconfiado Luismaría Gorcóstegui—. Yo, como santo Tomás...

—Aunque los jesuitas no sean santo de nuestra devoción y disintamos profundamente de sus ideas, hemos de reconocer que son buenos investigadores. Para

otras cosas quisiera yo que empleasen su seriedad y su rigor —le corrigió Sáez de Larrazábal, su jefe.

Todas las tardes, a partir de aquel día, pasaba una o dos horas en los aposentos privados de Su Santidad, aprendiendo sus gestos y su modulación de voz. No pecaré de inmodestia si afirmo que en breve tiempo llegué a ser tan parecido a él, y no sólo en el físico, que éramos iguales como dos gotas de agua, y, si me ponía sus ropas, no había quien nos distinguiera. Un día quiso que hiciese la prueba, y me mandó salir de sus aposentos vestido con la sotana blanca. Los soldados de la guardia suiza que estaban apostados a su puerta se cuadraron, y los monseñores y prelados con los que me crucé por las distintas estancias que iba recorriendo, se arrodillaban a mi paso. Todo aquello parecía divertir mucho al Papa y, a mi vuelta, gozoso yo por el éxito, me dijo:

—No te creas, Massimo, que sólo en eso consiste ser papa; no puedo darte el verdadero papel para que tú lo representes.

Se refería, sin duda, a los graves asuntos que tenía que resolver en la soledad de su despacho, y que, años más tarde, por virtud de santa obediencia y contra mi voluntad, también tuve que asumir, cuando la muerte se llevó de improviso a Su Santidad y yo ocupé su sitio.

—¿Cómo? —exclamaron todos al unísono, mientras se echaban las manos a la cabeza.

—¿Que ocupó el sitio del papa muerto? ¡Esto sí que se pone feo! —exclamó Sáez de Larrazábal.

No sólo se habían escandalizado los espías de la Congregación, sino también los contertulios de la Piazza Navona.

—¿Qué os parece? —preguntó el jesuita a sus amigos.

—Cuando leí por primera vez la carta de Serafino Cattani, tuve mis dudas... —reconoció monseñor Bergonzi—. Siempre pensé que esta historia podía no ser real, pero...

—No sé, no sé. Es demasiado fuerte... —admitió con reticencia el padre Benavent.

—En la obra de Gide, yo ya vislumbré la posibilidad del doble. Y este documento lo confirma.

—Por favor, padre Toniolo, no comencemos de nuevo —le interrumpió el padre Benavent, que no soportaba que se citase a Gide como argumento de autoridad.

—Pero, déjame hablar —retomó su argumento, molesto, el teatino—. Gide relata una escena en la que uno de los personajes va a ver al papa León XIII. Después de recorrer cámaras y antecámaras, que lo van predisponiendo psicológica y

emocionalmente, llega, por fin, ante el Pontífice y apenas logra ver su rostro, porque, delante de él, permanece de rodillas y con la cabeza inclinada. El protocolo, la emoción, el respeto, le ciegan, no le dejan ver...

—Por eso, el papa verdadero puede ser sustituido con total facilidad por un doble, ¿verdad? —concluyó el padre Benavent con ironía.

—Si he sacado a colación *Los sótanos del Vaticano* es porque la escena que acaba de leernos el padre Ubaldini me ha recordado a la narrada por el novelista. Punto.

El padre Orovay había tomado dos o tres vasos de buen vino con los bocadillos, y andaba bastante alegre. Menos mal que no le dio por hablar, que era lo que le solía pasar en tales casos, sino por escribir como un descosido.

—Este joven me haría falta para copiar rápido los cuadernos —dijo el padre Ubaldini, viéndole tan aplicado.

—¿Es que no puede hacer fotocopias? —preguntó el padre Orovay.

—Pero ¿qué dices? ¿Todavía no te has percatado de qué clase de documento estamos hablando? ¿De qué consecuencias podría provocar si viese la luz? ¿Cómo me voy a arriesgar a que me cojan con las manos en la masa? —le reprochó enérgicamente el jesuita.

—Bueno, bueno, Felice, no alarmemos a la gente —le calmó monseñor—. Antes de valorar su trascendencia, habrá que verificar otras muchas cosas... Entre ellas, su autenticidad. Yo no dudo ni un ápice de tu profesionalidad y de la seriedad con que trabajas, pero de todos modos, aunque esos cuadernos sean auténticos, no demuestran de manera exhaustiva la existencia de un doble...

—¿Cómo que no lo demuestran? —se enfadó el jesuita.

—Bueno, bueno. Dejemos eso ahora, ya habrá tiempo... Continúa con los textos que has traído.

Revolvió entre sus cuartillas, que con los nervios se le habían descompaginado, y retomó la lectura:

El Papa acabó tomándose cariño, y yo diría, sin pecar de inmodestia, que cada vez le agradaban más mis visitas, e incluso llegaba a solicitarlas; tal vez, porque yo sabía escucharle. León XIII me leía los poemas que componía magistralmente en latín, y no había alabanza que más halagase sus oídos que se le dijera que era el heredero de Virgilio o de Cicerón. Al igual que el latín, cultivaba el italiano, que hablaba y escribía con una sintaxis elegante y un vocabulario rico y depurado; además conocía de memoria *La divina comedia*. Me comentaba sus asuntos: sus penas y alegrías, aunque estas últimas eran pocas. Con los años, acabó abriéndome su alma como si yo fuese su confesor. Tanto intimamos, que, cuando tenía que despachar con sus hombres de confianza, me pedía que me quedase. Esto ocurrió sobre todo a partir del nombramiento como secretario de Estado de

monseñor Rampolla. Así que, a menudo, me decía, sobre esto o aquello que estaba tratando:

—Y a ti, Massimo ¿qué te parece?

Y yo le daba mi opinión con total sinceridad.

—Ahí tenéis la voz del sentido común —les decía a los demás.

Así fue como, poco a poco, me fui imbuyendo de todos los graves asuntos que se trataban en la cámara papal, dando mi parecer, que el Papa tenía cada vez más en cuenta. El cardenal Silvio Corsini y yo fuimos los que le convencimos para que, en la cuestión romana, se pusiera de parte de los conciliadores y abandonase la política beligerante de su predecesor. No era nada fácil, pues en el Vaticano tenían una gran influencia los intransigentes, respaldados por el Santo Oficio. Y así, el Santo Padre, aunque no podía desautorizar en público a los intransigentes, alentaba en secreto a los partidarios de una política de reconciliación entre la Iglesia y el Estado italiano. Yo mismo redacté las cartas de elogio y agradecimiento que el Papa mandó a Luigi Tosti, benedictino de Montecassino, a los obispos Bonomelli y Scalabrini, de Piacenza, cuyos escritos habían sido condenados por el Santo Oficio.

El padre Ubaldini acabó de leer la cuartilla e hizo una pausa. Los funcionarios del SAD se sintieron molestos al oír la implícita repulsa que León XIII —¡un papa!— expresaba sobre la Congregación.

—Como se ve, somos objeto de contradicciones. Ni los papas, a quienes servimos, nos comprenden —comentó Josemari Montcada.

—No lo dirás por el felizmente reinante, que larga vida le dé Dios —dijo Sáez de Larrazábal, para quitarse el mal sabor de boca.

—Siempre hay honrosas excepciones.

—¿Cuenta el fraile Massimo en esos cuadernos cuándo y en qué ocasiones reemplazó al Papa? —preguntó con gran curiosidad el padre Orovay.

—Ésa es una pregunta interesante —dijo Fernández de la Yarza, cada vez más involucrado en la tertulia a la que asistían de modo virtual.

—En muchas ocasiones —le aseguró el padre Ubaldini, mientras rebuscaba entre los folios—. En audiencias, en canonizaciones de santos, en la creación de cardenales...

—¿Cómo? —Una vez más, la gente del Opus se echó las manos a la cabeza, sintiendo que el mundo se les caía encima.

—Si el doble actuó en esas ocasiones, como dice ese imbécil, apaga y vámonos. Es el fin de la Iglesia... —comentó Montcada, con buena lógica.

—Será el fin de ese imbécil, pero no el de la Iglesia —saltó furibundo Sáez de Larrazábal—. Jamás permitiremos que eso ocurra.

—Chissst... No os precipitéis. Y dejadme escuchar —dijo Gorcóstegui.

También los contertulios habían sopesado la gravedad del asunto, aunque no lo manifestaron con aspavientos.

—Escuchad cómo el fraile Massimo narra su primera intervención —dijo el padre Ubaldini, que había encontrado la hoja que estaba buscando.

La víspera de Navidad, el Papa se sintió indispuerto y me mandó recado, por medio de su capellán, para rogarme que le sustituyera en la ceremonia de la bendición urbi et orbi del día siguiente, en el caso de que me encontrase con la fuerza y la seguridad suficientes. No dudé ni un momento.

Por primera vez, me revistieron con los ornamentos pontificales y me sentaron en la silla gestatoria. Al verme en alto, rodeado de los señores cardenales y demás nobles del séquito papal que se arrodillaban a mi paso, sentí cómo mi miseria era elevada a la más sublime dignidad que existe sobre la Tierra. Nadie que no haya sido papa podrá comprender qué pequeño e insignificante se ve el mundo desde esa altura. Si yo, que representaba un papel como un actor en el teatro, me sentí hasta tal punto exaltado que pensé que era Dios, ¿qué pasará en la mente de los verdaderos papas? Comprendí, por qué se les quema estopa camino de su coronación, y se les repite el *sic transit gloria mundi*.

Hierático y ligeramente vencido hacia adelante, como acostumbraba a moverse León XIII, iba yo impartiendo bendiciones a diestra y siniestra con mi mano enguantada. Todos, que sabían que Su Santidad estaba enfermo, expresaban su extrañeza al verlo ahora tan saludable. La verdad es que, como éramos dos, raras veces estábamos enfermos al mismo tiempo, y así fue cómo León XIII tuvo fama de gozar de buena salud a pesar de sus años. Desde la balconada impartí la bendición urbi et orbi, dándole la misma entonación que el Papa, con más fuerza aun si cabe. Hasta mí llegaron los vítores de la multitud congregada en la basílica como el más dulce canto que una criatura humana puede escuchar en este mundo.

—Al menos, el fraile era sincero —comentó monseñor.

—En otra parte —dijo el padre Ubaldini, rebuscando entre sus cuartillas— hay una anécdota muy curiosa que no quisiera dejar en el tintero.

En cierta ocasión, Su Santidad se indispuo de improviso, momentos antes de una audiencia pública que no se podía cancelar porque la sala Clementina estaba ya repleta de fieles. El cardenal Corsini y el capellán del Papa lo llevaron a sus aposentos y lo sentaron en el

excusado; mientras, vinieron en mi busca a toda prisa a través de los pasadizos secretos, pidiéndome que lo sustituyera. No era la primera vez que lo hacía, y ya tenía mucha experiencia. Me puse la sotana blanca y el estolón, que siempre tenía a punto, y, recorriendo los pasadizos, salí a las habitaciones privadas de Su Santidad. El Papa no podía levantarse de ningún modo del retrete porque tenía fuertes retortijones y una incontenible evacuación.

—Los higos de ayer tarde me sentaron mal —me dijo, apesadumbrado.

—Cuídese, Santidad, y no se preocupe por la audiencia, que sabré reemplazarle a su entera satisfacción.

Fue a partir de ese día cuando me buscaron acomodo más cerca del Santo Padre, para no tener que ir y volver a los sótanos y poder atender así cualquier emergencia con mayor rapidez.

Le dejamos allí sentado, y le trajimos un libro de Tácito, su autor favorito, para que se entretuviera hasta nuestra vuelta; entonces, nosotros, con toda la parafernalia habitual, nos dirigimos a la audiencia. Al entrar en la sala, ya estaban todos arrodillados; recorrí el largo trecho, desde la puerta al trono, bendiciéndoles mientras ellos, reverentes, inclinaban sus cabezas. Cuál no sería mi sorpresa, cuando, al final de la audiencia, en la que dirigí unas breves palabras a los presentes, el cardenal protector de los franciscanos se acercó con un grupo de frailes a cumplimentarme. Eran los de mi convento, con su guardián a la cabeza. Por un momento pensé que iban a reconocermes y, de haber estado en pie, mis piernas hubiesen flaqueado. No fue así, y pronto recobré el ánimo. Es más, me atreví a gastarles una broma llamando a cada cual por su nombre; cosa que les sorprendió tanto que, según supe luego, salieron de la audiencia haciéndose lenguas de las dotes adivinatorias del Papa.

—¿Qué saben sus reverencias de fray Massimo Marchetti? —les pregunté con la voz melodiosa y paternal que solía utilizar el bueno de León XIII.

Si cuando me había dirigido a cada uno por su nombre, ya les había dejado estupefactos, no digamos con esta pregunta. Yo leía en sus ojos cómo se decían unos a otros: ¿y éste cómo conoce a Marchetti? Cómo no lo iba a conocer, si era yo mismo. El padre guardián me contó lo que yo tan bien sabía: Massimo Marchetti había viajado a Roma un día, ya lejano, a despachar unos asuntos propios de su cargo y ya nunca más se había vuelto a saber nada más de él. Según pudieron averiguar, se le vio por última vez la noche del traslado de los restos de Pío IX, en la que hubo mucho tumulto y

algunos muertos, por lo que se pensó que él también había podido ser uno de los que arrojaron al río.

—De todos modos —concluyó el guardián cariacontecido, viendo el interés que el Santo Padre mostraba por fray Massimo—, su cadáver nunca apareció.

—Me han dicho que el tal Marchetti se me parecía mucho.

—En el físico, puede, pero su inteligencia no alcanzaba de ningún modo la profundidad y clarividencia de la de Su Santidad.

A punto estuve de manifestarme como José a sus hermanos en la corte del Faraón, pero me mordí la lengua. Yo era, para bien de la Santa Iglesia, un secreto de Estado.

—Escuchando este relato —dijo el padre Toniolo—, me doy cuenta de la razón que tenía André Gide al definir la historia como una novela que ha sucedido.

—Esta historia es tan inverosímil, que nadie se la creerá —añadió monseñor Bergonzi.

En ese momento sonó el teléfono, cosa rara en las tertulias. Era Giuliana. Se retrasaría más de lo previsto, porque la reunión con sus amigas estaba resultando de lo más interesante. Monseñor retomó la palabra.

—¡Las paredes oyen, queridos amigos! —les dijo levantando la voz como si quisiera que los espías de la Congregación se diesen por aludidos—. Hemos llegado a un punto muy delicado. Si todo lo que está leyendo el padre Ubaldini responde a las memorias del supuesto doble, ya podéis imaginar el gravísimo problema que se le plantea a la Santa Sede...

—Y el empeño que pondrá el cardenal Denzinger y sus secuaces para que jamás se sepa... —le interrumpió el jesuita.

—Supongo que el cardenal Rampolla era consciente de la gravedad de este asunto, y por eso puso a buen recaudo los cuadernos.

—¿Dices que los puso a buen recaudo, cuando estaban revueltos de cualquier modo entre un montón de papeles?

—Más seguros, sin duda, que en una caja fuerte. Hasta hoy habían pasado completamente inadvertidos.

Los presentes tuvieron que aceptar esta hipótesis como probable.

—¿Qué quiso decir monseñor Bergonzi con eso de que las paredes oyen? ¿Acaso sospecha de que les estamos vigilando? —preguntó Montcada a su superior.

—No tengas la menor duda. Puede que alguien se haya ido de la lengua —le contestó Sáez de Larrazábal, sin dar mayores explicaciones.

El padre Ubaldini retomó la palabra.

—Monseñor ha dicho que esta historia es inverosímil. Aún os parecerá más cuando os lea estas otras páginas en que fray Massimo Marchetti, el doble, relata como sustituyó a León XIII en actos de mayor trascendencia.



—¿Como cuáles? —preguntó el padre Benavent.

—Por ejemplo, en la creación de cardenales.

—¿En la creación de cardenales? ¡Eso es imposible! —respondió el otro, escéptico.

—El papa intruso e ilegítimo —lo llamó así por primera vez el jesuita— creó no uno, sino muchos cardenales durante los años que gobernó la Iglesia. Y uno de esos cardenales, Giuseppe Sarto, tan falso e ilegítimo como él, fue su sucesor.

—Esto sería catastrófico para la legitimidad de la sucesión apostólica —dijo el padre Toniolo.

Si ninguno de los presentes podía dar crédito a lo que estaba oyendo, los de la Congregación estaban completamente horrorizados. Fernández de la Yarza, tremendamente alterado, se dirigió a su jefe:

—¿Es posible que ese impostor crease cardenal al futuro Pío X? —Como Sáez de Larrazábal no le contestó, siguió sacando consecuencias—. Si eso es cierto, san Pío X y todos los que han venido después de él son igualmente inválidos y falsos.

Todos los del SAD estaban consternados, absolutamente absortos en la pantalla. Después de un largo silencio, Fernández de la Yarza logró expresar, aunque parecía que estuviera arrancándose el alma mientras la pronunciaba, una conclusión devastadora:

—¡Se habría roto la auténtica sucesión del pontificado de Roma! ¡La Iglesia se habría extinguido con León XIII!

—¡Eso es imposible! ¡Dios no permitiría jamás tal cosa! —exclamó Gorcóstegui, exaltado, poniéndose en pie y mostrando una fe inquebrantable.

—¿Y si, a pesar de todo, fuese así...? —insinuó temeroso Montcada.

—¿Dudas de la asistencia del Espíritu Santo a la Iglesia? —arremetió contra él Luis María—. La Iglesia es divina, digan lo que digan esos papeles. Las fuerzas del infierno jamás prevalecerán contra ella. Aunque todo sea negro como la pez, yo continuaré viéndolo blanco. ¿O es que tú pones la realidad visible por encima de la palabra indefectible de Dios?

Los de la Congregación, al igual que los contertulios, habían metido las manos en la artesa y no sabían cómo desprenderse ahora de la masa pegajosa.

—Por favor, señores —les interrumpió monseñor, poniendo orden—. No precipitemos los acontecimientos. No entremos en discusiones teológicas antes de conocer los datos históricos y tenerlos contrastados. Dejad que el padre Ubaldini nos lea el texto.

León XIII promovió durante su largo pontificado más de un centenar largo de cardenales, y algunos de ellos los creé yo.

La primera vez que intervine fue en 1893. El Santo Padre, que durante todo ese año estuvo sobrecargado de trabajo con ocasión de celebrar sus bodas de oro sacerdotales, me pidió que lo sustituyera en

el consistorio del 12 de junio. Era ya tanta la identificación que había entre ambos, que muchas cuestiones las dejaba en mis manos, como si gobernásemos la Iglesia mancomunadamente. Así, sucedió que a la lista que él me dio para que la hiciera pública, añadí un nombre más, el de Giuseppe Sarto, obispo de Mantua. He de reconocer que, debido a la mala información que me suministraron, me equivoqué de hombre e hice cardenal a uno de los prelados más cerriles y de ideas más estrechas que he conocido, y que engrosaba de esta manera las filas de los purpurados intransigentes, que ya abundaban en la Iglesia. El Papa no reprochó mi injerencia, sino que incluso me felicitó, pues en la disyuntiva entre intransigentes y liberales se inclinaba más pronto por los primeros.

—Estás en todo, Massimo —me dijo—. ¿Qué haría yo sin ti?

Años después, en junio de 1899, intervine de nuevo en un consistorio. En los días que lo precedieron, el Papa enfermó y, como ya había ocurrido en otras ocasiones, me encargó que lo sustituyera. Entre los once cardenales que iba a crear esta vez se encontraba el capuchino Vives y Tutó, un español que había recomendado mucho el cardenal Silvio Corsini, por ser de su entera confianza, y que, desde aquel mismo momento, se convirtió en mi más íntimo consejero. Con este capuchino me entendí muy bien, y no sé si en algún momento se dio cuenta de que yo no era el verdadero papa.

Cuando nadie se lo esperaba, el padre Ubaldini interrumpió la lectura.

—Prestad mucha atención a lo que sigue, que es de suma importancia —les advirtió, y, después de beber un sorbo de agua para aclararse la voz, continuó:

Mientras yo presidía el solemne consistorio, se produjo la muerte del Papa, de modo tan inesperado y súbito que no dio tiempo a prevenir de su enfermedad a la Curia, ni tan siquiera a los miembros de su familia pontificia; todos creían que gozaba de buena salud, pues en aquel momento me estaban viendo pontificar a mí. Tan pronto como me retiré a los aposentos privados de Su Santidad, me comunicaron la triste nueva, que me llenó de gran pena: durante veinte años habíamos sido, más que uña y carne, dos almas en un mismo cuerpo.

—¿Qué hacemos ahora, Eminencia? —pregunté, desorientado, al cardenal Rampolla, que me acompañaba.

—Hay que ser fuertes, Santidad —me contestó. No me extrañó el tratamiento, pues desde el principio habíamos convenido que me llamase así en privado para no equivocarse en público. Después de una breve pausa, añadió—: Hay que continuar.

—¿Qué quiere decir Su Eminencia?

—Fray Massimo, aunque el Papa haya muerto, oficialmente está vivo. Así que hay que continuar.

—Pero eso es imposible, yo no soy el Papa.

—Sería peor si el fraude se hiciese público. Desde ahora vivirá en estos aposentos.

A partir de ese momento todo continuó como antes, sólo que el Papa ya no estaba; y yo, que siempre me consideré su amigo en la soledad inhóspita del Vaticano, le echaba en falta y comenzaba a sentirme prisionero de la Iglesia y a sufrir como tal. Aunque estaba continuamente acompañado por monseñores y prelados, me sentía solo; e incluso, paseando por los jardines vaticanos, notaba que me faltaba el aire. Me asfixiaba en esta jaula de oro.

Pedí que me llevaran lo antes que fuera posible al lugar donde lo habían enterrado. Acompañado de los cardenales Rampolla y Corsini, bajé a los sótanos vaticanos a través de los pasadizos secretos que yo tan bien conocía. Mi buen amigo descansaba cerca de la fosa en la que, según dicen, está enterrada la papisa Juana. Su losa, como todas las que había por allí, carecía de nombre. Oré durante un largo rato, arrodillado en el frío suelo, y me prometí a mí mismo que, lo antes posible, le daría el lugar de descanso que se merecía.

—¿Habéis anotado eso? —dijo Sáez de Larrazábal a sus muchachos—. El verdadero León XIII está enterrado en los pasadizos secretos, tal vez en Castel Sant'Angelo. Habrá que averiguarlo.

Los tertulianos iban de sorpresa en sorpresa. —Todavía hay más —añadió el jesuita—. No olvidéis que el doble de León XIII gobernó la Iglesia él solo durante cuatro años: desde la muerte del verdadero papa, el 19 de junio de 1899, hasta la suya, que ocurrió el 24 de julio de 1903. Durante cuatro años la Iglesia estuvo gobernada por el doble —volvió a recalcar—, y a lo largo de este considerable período de tiempo, protagonizó muchos eventos eclesiales; entre otros, el Año Santo de 1900.

—Cuando comenzamos con este tema —intervino el teatino—, creí que, como mucho, nos encontraríamos con un doble que habría actuado alguna que otra vez en ceremonias protocolarias... Pero, que suplantase a León XIII y gobernase la Iglesia como el verdadero papa... Eso es muy fuerte. No puedo creer lo que estoy oyendo. Me parece que estamos escandalizando al joven reverendo...

—El peor escándalo es el enmascaramiento de la verdad —sentenció monseñor, cuya capacidad para escandalizarse era escasa.

—Dejemos que hable Ubaldini. Tiempo habrá para las especulaciones —dijo el padre Benavent, a quien esta turbia historia le afectaba profundamente.

—Tienes razón. Aún estamos en las indagaciones —reconoció monseñor.  
El jesuita siguió leyendo:

Mientras vivió el Santo Padre, no sentí escrúpulo alguno al hacer sus veces, ya que era él quien respaldaba todas mis actuaciones. Digamos que yo le prestaba mi cuerpo, pero él era el alma. Mas, al morir, ¿cómo iba a ser yo el papa sin que me hubiesen elegido los cardenales? A todas mis dudas, los tres que estaban en este negocio siempre me respondían lo mismo: sería peor si el fraude se hiciese público.

El Año Santo Jubilar de 1900 fue muy ajetreado para mí, y aunque era más joven que León XIII, empezaban a pesarme los años. Se celebraron incesantes ceremonias y audiencias, y actué tanto como papa y me aclamaron tanto como tal que casi llegué a creérmelo.

Un acontecimiento, del que hubiese estado orgulloso León XIII de haberlo podido celebrar, fue el de las bodas de plata de su coronación. Gracias a los años que yo le presté le fue permitido alcanzar un pontificado tan largo como el de san Pedro. Con este motivo, los católicos de todo el mundo le regalaron una tiara de oro. Naturalmente fui yo quien me la puse sobre la cabeza. A partir de ese día, la tiara de oro me pesó como si fuera una corona de hierro, y nada ni nadie pudo consolarme.

Mlle. Dubouché se había enamorado de Serafino Cattani, que, de no haber fallecido, contaría en la actualidad más de ciento treinta años. Ella, bien es verdad, no se había prendado de un clérigo arrugado y longevo, sino de un apuesto treintañero que rezumaba vida en sus cartas. Hasta tal punto llegó a interesarse por él que, desviándose de los objetivos de estudio propuestos por monseñor Bergonzi, se había dedicado en cuerpo y alma a bucear en los papeles de la abadía de Saint Étienne. Poco a poco, fue reconstruyendo la azarosa biografía de este sacerdote, cuyo donjuanismo aún lo hacía más atractivo.

—¿Quién ha dejado este sobre encima de mi mesa? —preguntó monseñor Bergonzi al padre Orovay.

—No sé. Cuando yo he llegado, ya estaba ahí.

—Esto es muy extraño...

Se levantó y se acercó al ventanal, tropezando su mirada con el Braccio Nuovo y las otras galerías de ladrillo que delimitaban el pequeño *cortile* de la Biblioteca. Tuvo, como siempre, una vaga sensación de claustrofobia.

—¿Qué hay de extraño en este sobre? —preguntó el padre Orovay.

—¿Cómo es posible que me lleguen documentos de mlle. Dubouché después de muerta? A eso lo llamo yo muy extraño, ¿no te parece?

El padre Orovay quedó largo rato pensativo, mientras trataba de encontrar una explicación.

—¿De dónde viene ese correo? —preguntó, al fin, como si fuese la primera cuestión de un interrogatorio policial.

—Por lo visto, de ninguna parte. No lleva sellos ni remite ni ninguna nota explicativa... Esto me da muy mala espina.

—No me irá a decir que se lo han mandado los de la Congregación... —insinuó su secretario con malévola intención.

—Me has adivinado el pensamiento. ¿Quién, si no? Sospecho que alguien de allí me los ha hecho llegar, pero ¿con qué finalidad?

—Me da la impresión, monseñor, que ve fantasmas por todas partes...

—No, *caro amico*, no. Tengo suficientes razones para pensar así.

A renglón seguido, le contó, sin entrar en detalles y restándole importancia, la conversación que había mantenido con monseñor Gioberti de Cesare en el convento de Santo Tomás de Villanueva.

—¿Tanto alcance tiene nuestro juego para que el Santo Oficio se ocupe de nosotros?

—Por lo visto sí —le respondió de modo impreciso.

—¿Está su casa controlada como le dijo De Cesare?

—Así parece. Hasta ahora no les he querido contar nada de esto a nuestros amigos para no asustarles, pero estos documentos de mlle. Dubouché... ¡No sé qué pensar!

—Si los del Santo Oficio vienen pisándonos los talones —comentó el padre Orovay—, no tardaremos en saberlo.

—Creo que lo mejor es ignorarlos y continuar con naturalidad, como hasta ahora.

El viernes siguiente, dejando de lado temporalmente los *Cuadernos azules* del padre Ubaldini, monseñor quiso que los contertulios centrasen su atención en los papeles de mlle. Dubouché, sin revelarles cómo habían llegado a sus manos. Los otros dieron por supuesto que formaban parte de algún lote de documentos que le había remitido antes de su fallecimiento.

—Sabemos que la reina Isabel II de España fue la madre de Serafino Cattani, pero ¿quién fue su padre? —Monseñor abrió la sesión de esta manera y dejó flotando en el ambiente esta incógnita.

Ciertamente, ninguno de los presentes, ni tan siquiera el padre Benavent, que había acudido a la tertulia con un anillo que llevaba engastada una gran amatista, se había planteado tal cuestión, por lo que todos quedaron expectantes.

—Ange Gautier —comenzó monseñor su disertación— se llamó así hasta que el cardenal Vives y Tutó propuso que cambiase su nombre por el de Serafino Cattani. Según los datos que nos proporcionó mi colaborador, el padre Orovay, fue hijo ilegítimo de la reina Isabel II de España, pero aún tenemos la duda sobre la identidad de su padre.

Por segunda vez, la incógnita flotaba en el aire, intrigando a los contertulios, pero nadie dijo nada. Monseñor continuó:

—Según los papeles de mlle. Dubouché, habría sido un fraile.

—¿Un fraile? —preguntó, escamado, el padre Benavent.

—Tranquilo. Vamos a estudiar las pesquisas que mlle. Dubouché hizo sobre este asunto. Intentaremos cribar con cedazo fino los hechos, separando el trigo de la paja y la verdad del chisme, ya que, a mi parecer, aquí hay más de lo segundo. —Y, acto seguido, expuso las averiguaciones como si fuesen suyas—. La reina Isabel II, mientras permaneció en España, veraneaba en la playa de Lequeitio. Pues bien, en agosto de 1868, no lejos de allí, en el balneario de Cestona, tomaban aguas dos hermanos, uno de los cuales era fraile de la orden de San Francisco...

—¿No me digas que un fraile estuvo liado con la Reina? —se precipitó, sin poderse contener, el padre teatino.

—No veo yo por qué hay que extrañarse tanto —intervino el padre Orovay—, cuando son de dominio público las relaciones confusas, equívocas para algunos, que mantuvo Isabel II con su confesor, el padre Claret.

—No me interrumpáis, por favor.

Giuliana había dejado ya caer la labor sobre su regazo y, por encima de sus gafas, miraba a su hermano, pendiente de lo que decían sus labios.

—Por lo visto, no era el primer año en que el fraile veraneaba allí, y se había corrido la voz de lo santo y virtuoso que era. La fama llegó hasta sor Patrocinio, la

monja de las llagas, que formaba parte del séquito de Isabel II, a la que no se le ocurrió nada mejor que llamar al franciscano para que reconfortase a la Reina, que estaba muy deprimida. El fraile, ni corto ni perezoso, corrió en su ayuda.

Los presentes conocían, por lo que se había hablado en anteriores tertulias, de qué pie cojeaba Isabel II, y ya se imaginaron cuál iba a ser el desenlace.

—Seguro que ese fraile era un buen mozo —apuntó el padre Toniolo.

—Te equivocas, Luigi. El franciscano en cuestión contaba a la sazón más de sesenta años.

—Pero estaría aún de muy buen ver —insistió.

—El que debía de estar de buen ver era su hermano, mucho más joven y apuesto.

Al padre Benavent no le pareció de recibo la deriva que estaba tomando la conversación y quiso devolverla a un cauce serio.

—¿De qué fuentes sacó mlle. Dubouché toda esa información?

Monseñor, rebuscando entre las cuartillas, puso sobre el tapete unas fotocopias para que todo el mundo las pudiera hojear, mientras continuaba su historia.

—Ese fraile, o el hermano del fraile, que no está muy claro el asunto, fue el padre de Ange Gautier, alias Serafino Cattani. ¿Me preguntabas en qué fuentes se basa Mademoiselle? En el novelista español Benito Pérez Galdós...

—¿Otro novelista por medio? —dijo, subiéndose por las paredes, el padre Benavent.

—Tú, que tan puesto estás en la historia de su reinado, deberías saber que él fue uno de los últimos que entrevistaron a la Reina en su palacio de París. No hablamos, pues, del novelista, sino del periodista.

—No lo sabía —contestó secamente, como un colegial cogido en falta.

—A decir verdad, Benito Pérez Galdós no habla de este asunto en ninguno de sus libros... —aclaró monseñor.

—¿Entonces?

—Mlle. Dubouché cuenta que tuvo la corazonada de que Pérez Galdós había recibido alguna confesión íntima de la Reina en la entrevista que le hizo en París, y de que en alguna parte debió dejar constancia de hecho tan importante. Ahora bien, no encontró nada sobre ese particular en sus libros ni en los documentos publicados, por lo que se le ocurrió acudir a los herederos del escritor por si aún guardaban papeles inéditos. Cuál no sería su sorpresa, al recibir como contestación una carta, en la que le comunicaban que, cumplido el plazo impuesto por su deudo, habían abierto las cajas precintadas y entregado a la imprenta el material que contenían, el cual estaría disponible en breve en las librerías. Mademoiselle, impaciente, hizo que le adelantasen, fotocopiado, todos los textos referentes a Isabel II. Y aquí tenéis lo poco que había.

—Poco, pero sin desperdicio —comentó el padre Toniolo, con la intención, sin duda, de incomodar al *spagnoletto*.



Monseñor entregó al padre Orovay unas cuartillas para que leyese en voz alta los párrafos seleccionados.

Aprovechándome del buen clima que se había creado entre los dos y de lo predispuesta que estaba Su Majestad a las confidencias, me atreví a formularle una pregunta, haciéndole saber antes la impertinencia de la misma.

—No te preocupes, Benito —me dijo—, que yo siempre he contestado la verdad... Pero cuando a mí me ha dado la real gana.

Y con su mirada y sus gestos me animó a que se la hiciera.

—¿Qué hay de cierto en ese hijo que se os atribuye en vuestro exilio?

Y sin que dudase ni un momento, me contestó:

—¿Me guardarás el secreto al menos hasta después de mi muerte?

Se lo juré con toda solemnidad, poniéndome la mano en el pecho.

Y, a continuación, Su Majestad me contó...

—Después de esto explica, de forma minuciosamente detallada —retomó la palabra monseñor Bergonzi—, cómo conoció al fraile y lo mucho que le impresionó; y cómo desde el primer momento se enamoró de él, aunque, por edad, podría ser su padre o su abuelo.

—La verdad es que esta señora no tenía remedio... —comentó el padre Toniolo.

—No lo sabe usted bien —intervino el padre Orovay—. En tiempos de su nieto Alfonso XIII, pese a tener cincuenta años bien cumplidos y un cuerpo de foca, confesaba en una carta: «Me siento tan lozana y frescachona como cuando juré la Constitución».

—Bueno, dejemos las divagaciones y volvamos al asunto que nos ocupa —dijo monseñor, al ver la mala cara que ponía el padre Benavent—. En la corte de Isabel II, por lo que se ve, se respiraba una atmósfera muy peculiar, una extraña mezcla de política, amoríos y milagrería morbosa. Ese verano, además, la Reina se encontraba muy decaída. En tales circunstancias, aparecieron un fraile y su hermano, que, aunque no se dice en los escritos, parece que eran italianos. El fraile la cautivó desde el primer momento... Lee, lee.

Si desde el comienzo habían estado intrigados, ahora que la novela subía de tono, parecían aguzar más los oídos. Monseñor prefirió que escucharan el romance de boca de la propia reina.

—Fray Massimo y su hermano me visitaban con frecuencia. Sor Patrocinio me había puesto al fraile por las nubes, y en verdad, éste me hizo mucho bien. Por aquellos días el padre Claret me había abandonado; no quería saber nada de mí. ¡Estaba tan deprimida! Fray Massimo me hablaba con palabras dulces, que eran como bálsamo

para mis heridas. Le abrí mi alma de par en par, como nunca antes lo había hecho con nadie. No te miento, Benito, si te digo que mi alma ansiaba juntarse con la de aquel santo varón y experimentar así el éxtasis del amor divino del que me hablaba.

No quise interrumpir a Su Majestad ni hacerle comentario alguno, pero todo aquello me pareció una más de las burdas añagazas de sor Patrocinio, en las que la Reina, ya fuera por su ingenuidad o por ser una mujer apasionada y temperamental, caía irremediablemente.

—Nada de ingenuidad ni de temperamento pasional; la Reina era una ninfómana — interrumpió el teatino, y añadió sin decoro—: Furor uterino.

Monseñor carraspeó y señaló con un visaje a su hermana Giuliana que, con los colores ya en la cara, aparentaba dedicarse a su labor y no prestar atención alguna.

Se abrió otro inciso a propósito de esta patología de la familia de los Borbones. A todos les sorprendió que fuese el padre Benavent, tan comedido siempre, quien iniciase un juego tan escabroso.

—Los antecedentes de Isabel hay que buscarlos en el fundador de la dinastía, el francés Felipe V, cuyas necesidades sexuales eran tan imperiosas que llegó a acostarse con la Reina mientras agonizaba. —Ante tal imagen, los contertulios mostraron su repugnancia—. No menos temperamental fue María Cristina de Borbón, la madre de Isabel II. Ni siquiera la leche de burra que le dieron para reprimir su desbocada libido sirvió de nada...

—¿Qué es eso de la leche de burra? —se interesó el teatino.

—Un remedio casero que se empleaba en Nápoles para calmar a las mozas ardientes.

—Me parece que nos estamos desviando de nuestro camino... Y de la historia de Pérez Galdós —cortó tajante monseñor—. Prosigue la lectura, reverendo.

Después de un largo silencio, durante el cual Su Majestad dejó vagar su mirada perdida por el jardín, mientras recordaba, sin duda, aquellos momentos de los que me estaba hablando, volvió sus ojos de nuevo hacia mí.

—Una sola noche estuve con aquel hombre y valió por cientos. Nunca, ni antes ni después, encontré a otro que me proporcionara tanta felicidad. Yo diría que estuve a punto de tocar el cielo.

—¿Y qué se ha hecho de él? —le susurré, intentando disimular mi curiosidad.

—¿De quién? ¿Del fraile o de su apuesto hermano? —Y añadió, con cierta nostalgia—: Tal como vinieron, desaparecieron. No he vuelto a saber nada de ellos. A veces pienso si no sería todo un sueño...

—¿Hizo Su Majestad alguna averiguación acerca de quiénes eran o de dónde venían?

—Todo fue inútil. Como si la tierra se los hubiese tragado. El fraile se llamaba Massimo. Su Santidad León XIII —y me señaló el retrato que tenía sobre su escritorio— tiene un parecido. Me lo recuerda. Esa mirada, esa boca, ese aire... Los dos hermanos, aunque no eran gemelos y se llevaban años, eran iguales. A veces me pregunto si no serían parientes del Papa...

—¿Massimo? —preguntó sorprendidísimo el padre Ubaldini—. ¿Podría tratarse de Massimo Marchetti?

El padre Benavent, que había seguido la lectura concentrado y con el ceño fruncido, no pudo contenerse.

—Ya estamos aventurando conclusiones que no están en las premisas. —Se levantó, cosa que hacía pocas veces, y con agudeza detectivesca, desbarató la hipótesis—. Aun dando por supuesto que la entrevista de Pérez Galdós fuese real, no tenemos por qué dar por bueno lo que nos dice. ¿Cuánto de verdad y cuánto de fabulación novelística hay en ese relato? De ese escrito, queridos amigos, no podemos deducir que el padre del hijo bastardo de Isabel II fuese el fraile Massimo... ¿Quizá su hermano? —Y, subiendo el tono de voz, se dirigió al jesuita—: ¿Por qué iba a tratarse de Massimo Marchetti?

¡Como si en el mundo no hubiese miles de Massimos! Por no ofender, no diré que todo esto de Pérez Galdós me suena a rumor, a chisme, a puro comadreo de alcoba...

—Dejémoslo en simple conjetura —zanjó la discusión monseñor Bergonzi.

Tras haber escuchado el desenlace del folletín, Giuliana y el reverendo se levantaron para servir la merienda.

Fue un domingo. Cuando monseñor y su hermana se disponían a comer, sonó el teléfono. Hay veces en que el timbre repiquetea de tal manera, que antes de descolgar el auricular ya sabes que te van a dar una mala noticia.

—¿Quién será a estas horas? —dijo monseñor, mientras descolgaba el auricular.

—¿Monseñor Bergonzi? —Y, tras contestarle que estaba al habla, la voz continuó—. Soy el hermano Castañeda, de la Compañía de Jesús...

—Sí, sí. He reconocido su voz... —Y, al quedarse la voz muda, añadió—: Hermano Castañeda, ¿sucede algo?

—El padre Ubaldini ha muerto... —dijo lacónicamente, porque, conmocionado como estaba, se le trababan las palabras.

La noticia fue tan inesperada y el hermano Castañeda se la comunicó de forma tan directa, que monseñor no supo cómo reaccionar.

—¿Qué pasa, Giuseppe? —le preguntó su hermana, al ver que se había quedado blanco como la pared.

Monseñor, conteniendo a duras penas la emoción, continuó al aparato.

—¿Cómo ha ocurrido?

El hermano Castañeda le hizo un breve resumen, mera repetición de lo que estaba comunicando a los amigos y allegados del jesuita.

—Los padres y el médico que lo atendió, también jesuita, coinciden en que ha sido un infarto fulminante. Como usted ya sabría, el padre Felice tuvo un infarto hace años y le colocaron dos *bypass* y un marcapasos. Una obra de ingeniería, decía él muy ufano. Hacía una vida normal, como si tal cosa, con su régimen; su paseo diario y las medicinas a sus horas... Nada estricto. Lo que más le costó, al principio, fue dejar de fumar. El padre Ubaldini fumaba como un carretero, ¿sabe usted? El mes pasado se hizo una revisión de rutina, y salió contentísimo. Me dijo que el doctor le había dicho que estaba hecho un jabato. Pero esta vez le debió de dar muy fuerte...

—Ha muerto el padre Ubaldini —dijo monseñor, tapando con la mano el micrófono, a su hermana que, ansiosa, se había colocado a su lado.

—El entierro, mañana, a las diez en la iglesia del Gesù —repitió monseñor—. Allí estaremos todos. Lo siento. Lo siento profundamente. Dé mi más sentido pésame a los padres. —La conmoción hizo que sólo se le ocurrieran aquellas palabras.

Al día siguiente, mucho antes de las diez, los contertulios se encontraron en el claustro de la iglesia, y juntos pasaron a la sala donde se velaba al muerto. El ataúd estaba abierto. Se acercaron a verle y darle su último adiós. Vestido como estaba con ornamentos sacerdotales, se diría que estaba a punto de salir a celebrar la misa. Tenía las manos cruzadas sobre el pecho, y sus ojos, que no habían podido cerrarle por

completo, daban la impresión de que miraban con disimulo. En sus labios, la muerte había congelado una mueca, producida por el dolor agudo del infarto.

—¿No os recuerda una de sus sonrisas guasonas? —dijo en voz baja el padre Toniolo.

Todos sonrieron, emocionados. Hasta al padre Orovay, que era el que menos trato había tenido con él, se le nublaron los ojos.

Los amigos jubilados se sentaron en los primeros bancos de la iglesia del Gesù, que les habían sido reservados por el hermano Castañeda.

—Esta iglesia resulta demasiado opulenta e inapropiada después del Concilio. Se la tendrían que regalar a los del Opus; va más con su estilo —cuchicheó el padre Orovay.

—Deja esos comentarios para otro momento —le contestó monseñor.

El jesuita que celebró la misa hizo un breve panegírico de la vida del fallecido. Resaltó su dedicación a la investigación histórica y, sobre todo, su amor a la verdad. Después de los funerales, los contertulios acompañaron el féretro al cementerio de Verano, donde los jesuitas tenían su propio mausoleo, y allí le dieron el último adiós.

—Algún día tendremos que averiguar dónde está enterrado Serafino Cattani —dijo monseñor, cuando salían del cementerio.

—Algún día, no —le respondió el impulsivo Orovay—. Ya que estamos aquí, aprovecharé para hacer esas averiguaciones.

—Sería interesante localizar su sepultura —añadió el padre Toniolo.

—La cosa no puede ser muy complicada —dijo, decidido, el padre Orovay—. Bastará con dar al encargado del registro el nombre y el año aproximado de su muerte, y él nos facilitará las coordenadas con su ubicación.

Sin perder ni un instante, el joven valenciano volvió sobre sus pasos dispuesto a encontrar la tumba de Serafino Cattani, que, de tanto mentarlo, ya le parecía uno más de la familia.

Tras recibir la información por parte del encargado, encontró la tumba; ésta, comparada con las adyacentes, parecía bastante pobre: apenas un montón de tierra, que las malas hierbas cubrían por completo, y una cruz de hierro oxidada. En la lápida, ya rota, todavía se podía leer «Serafino Cattani 1868-1904». Es cierto que la cruz, la inscripción o esos palmos de tierra no eran necesarios para confirmar la existencia de Cattani, pero la hacían más tangible. En cualquier caso, el descubrimiento produjo una gran impresión al padre Orovay. Rezó un responso y, sin querer, se acordó de mlle. Dubouché, que tanta admiración había mostrado por este hombre casi imaginario.

—¡Cómo se hubiese alegrado de estar hoy aquí!

Cuando monseñor regresó el jueves siguiente a casa después de su jornada de trabajo en la Biblioteca Vaticana, se encontró con un sinfín de faxes desparramados por el suelo de su despacho.

—Toda la mañana ha estado este aparato dale que te pego —le dijo su hermana—. Parecía que hubiese enloquecido. Nunca lo había visto funcionar tanto rato. Hasta llegué a pensar que igual se había estropeado.

Con el delantal recogido, se quedó a la espera de que su hermano le diese alguna explicación, y recibió como toda respuesta una especie de gruñido, que ella sabía interpretar muy bien. Monseñor se puso a recoger con cuidado, como los judíos hacen con el Talmud, la tira blanca que serpenteaba por el suelo. Cuando ya la tuvo completamente enrollada, la arrancó, desprendiéndola del aparato. Leyó el encabezamiento.

—Es un fax que me envían los capuchinos de Villa Gamarelli en Monte Porzio —dijo en voz alta, para que lo oyese su hermana.

—Vamos a comer —le contestó ella, un poco defraudada.

Esa misma mañana había ido a misa a la iglesia de Sant'Andrea della Valle, aunque tenía otras a tiro de piedra, como la de Santa Maria dell'Anima o Sant'Agnese, en la misma Piazza Navona. En Sant'Andrea se había confesado, pero no con el padre Toniolo, con quien le unía demasiada amistad, sino con otro teatino muy venerable y de la vieja escuela. Se confesaba allí desde que había abandonado a los jesuitas de la iglesia del Gesu, con quienes siempre se había entendido muy bien. Pero con la llegada del padre Arrupe, los aires habían cambiado...

Conociendo los gustos de monseñor, el confesor le recomendaba con sutileza a su dirigida que no se descuidara en la cocina. Como prueba de la obediencia que le prestaba, ahí estaban sobre la mesa, en la misma cazuela de barro en que los había preparado, unos *spaghetti alla cardinale*.

—Quien come pasta come un tesoro de salud —dijo monseñor a su hermana, a modo de felicitación.

A la vista de su plato favorito, se fue a la despensa en busca de un buen tinto para acompañarlo.

—Si los duelos con pan son menos, menos aún deben de serlo con vino —dijo mientras descorchaba la botella, pensando sin duda en el padre Ubaldini, a cuya salud brindó varias veces.

Durante la comida, habló por los codos, señal inequívoca de que todo iba bien. Después de la comida, como había tomado más vino de la cuenta, monseñor se retiró con *Sócrates* a su despacho a hacer un rato de siesta. Sentado en el sillón, apoyada la cabeza en el respaldo, descansó no más de quince minutos, lo suficiente para

levantarse como nuevo. Caminó hasta la cocina, donde su hermana estaba preparándose unas hierbas.

—¡Hay que ver con qué facilidad digieres! —le dijo Giuliana.

Pasó de nuevo a su gabinete, donde le esperaba el gran rollo de fax, y, antes que nada, se entretuvo reduciéndolo con unas tijeras a folios, que ordenó como si estuviese componiendo un libro. En total, le habían mandado treinta y cinco hojas. No sabía si comenzar a examinarlas en su estudio o tomar antes el café de las cinco, para no tener que interrumpir el trabajo. Optó por lo segundo, y él mismo se preparó la taza, llenando la casa de aroma.

—¿Te molesto si paso al despacho a hacer punto? La pregunta era innecesaria, ya que ella entraba y salía siempre que quería, a no ser que monseñor estuviese despachando con alguien en privado. Juntos desde siempre y habituados a compartir el estrecho piso donde vivían antes, no se habían acostumbrado a utilizar cada uno por su cuenta las múltiples piezas de que ahora disponían.

Tomó el primer sorbo y dejó la taza. Con un rotulador fluorescente fue subrayando lo que, en una lectura rápida, le pareció más interesante. El fax era un conjunto de anotaciones sacadas de agendas y dietarios del cardenal Vives y Tutó, además de billetes y cartas que éste había recibido. Todos ellos relacionados con Serafino Cattani, como monseñor les había solicitado.

—¿Qué sacamos de esta primera lectura? —se preguntó, antes de tomar otro sorbo casi frío. Luego, como si la noticia viniese en el periódico del día, exclamó—: ¡Serafino Cattani fue asesinado en un burdel del Trastevere!

Su hermana, acostumbrada a este tipo de comentarios en voz alta, siguió haciendo punto. Sabía tan bien como los tertulianos quién era Serafino Cattani.

—Parece que este hecho —continuó hablando consigo mismo monseñor— no sorprendió al cardenal Vives y Tutó. Debía de conocer bien las cualidades donjuanescas de su protegido. En su diario, el cardenal anota el 23 de abril de 1904:

Mi buen amigo Serafino Cattani, a quien he llegado a querer como a un hijo, ha sido encontrado muerto en un burdel del Trastevere, sito en una de las callejuelas que desembocan en la Via della Paglia. La policía, al identificar su cadáver y cerciorarse de que pertenecía a un funcionario del Vaticano, ha dado aviso a la Secretaría de Estado, y ésta me lo ha notificado a mí para que me hiciese cargo del asunto. Mañana lo enterraremos en el cementerio de Verano. Según he podido saber, fue atendido antes de morir por un padre del Oratorio. Que Dios lo haya recibido en su gloria y descanse en paz junto a su madre, la Reina.

Se levantó de la mesa y fue a donde estaba sentada su hermana, que, sin dejar de hacer punto, le escuchaba con atención. Más despreocupado, *Sócrates* dormitaba

arrullado con el sonsonete de monseñor.

—Quince días después —continuó relatando a su modo los hechos que había leído—, un alto funcionario del Vaticano envía una nota al cardenal Vives y Tutó, donde le notifica que se ha recibido un comunicado oficial de la policía de Roma. En él, se daba cuenta del asesinato de Cattani y de las pesquisas en curso.

Se detuvo para ver si su hermana le seguía.

—Te escucho. Pero podrías dejar de pasear, que me mareas.

—Según la versión oficial —volvió a poner las manos en la espalda y continuó su paseo sin hacerle caso—, la muerte de Serafino Cattani no se produjo a causa de una disputa entre el interfecto y el amante ultrajado de una *puttana*, como se había dicho, sino con el amante de una dama de la alta nobleza, cuyo nombre debía mantenerse a todo trance en el anonimato...

—Me he descontado de nuevo. No puedo escucharte y tricotar a la vez. —Y optó por dejar las agujas sobre su regazo y centrarse en lo que le explicaba su hermano.

—La versión de los hechos de la policía romana no debió de parecerle convincente al cardenal, y así se lo hizo saber al secretario de Estado. Éste, a su vez, le contestó en un tono desabrido, aconsejándole que se desentendiese del caso.

—No comprendo —intervino Giuliana—. Por un lado, le dicen al cardenal que se haga cargo del caso, y luego que se desentienda...

—Por lo que puedo entrever, la Curia vaticana se refería a que se hiciese cargo del entierro, no a que se metiera en averiguaciones...

—¿Por qué?

—Ahí está el quid de la cuestión.

Monseñor volvió a su escritorio y, rebuscando entre las hojas del fax, encontró la que buscaba. Desde allí mismo, de pie, como si se dirigiese a una audiencia ansiosa por saber la verdad de lo ocurrido, leyó la carta del secretario de Estado al cardenal:

Eminentísimo Señor:

Como ya le comunicábamos en nuestra anterior carta, el Augusto Pontífice fue el primero en lamentar el doloroso suceso del que le dábamos cuenta, y, por mediación de esta Secretaría de Estado, hizo llegar a las autoridades del Quirinal una protesta formal por la irregular apertura de investigaciones sobre la causa de la muerte del padre Serafino Cattani, funcionario del Vaticano y persona sujeta a la jurisdicción de la Santa Sede.

Como Su Eminencia no puede ignorar, al Soberano Pontífice se le niegan, desde los luctuosos días de la cuestión romana, las jurisdicciones y prerrogativas que desde tiempo inmemorial fueron consustanciales a la Sede de Pedro, por lo que el Augusto Pontífice, con profundo dolor de su corazón, no pudo ni puede ejercitar acción alguna en el caso que nos ocupa. Aun así, por vía diplomática y



valiéndonos de terceros, esta Secretaría de Estado, siguiendo el deseo explícito de Su Santidad, no cejará en el empeño de esclarecer los hechos y circunstancias que concurrieron en la muerte del padre Serafino Cattani, cuya alma Dios haya perdonado.

Pedimos a Su Eminencia que ponga su entera confianza en el buen hacer de esta Secretaría y se abstenga de promover acción alguna por su cuenta, que en todo caso no haría sino entorpecer las que desde aquí se llevan a cabo. Como nos aconseja el Evangelio, ninguna adversidad, ni tan siquiera ésta de enterrar en paz a los muertos, debe desviarnos del servicio a Ntro. Señor y del anuncio de su Reino.

El Romano Pontífice, al tiempo que exhorta a su Eminencia [...]

—¿Pensaban los de la Secretaría de Estado —reflexionó monseñor, sentándose en su mesa— que el *affaire* Cattani enturbiaba aún más las difíciles relaciones entre la Santa Sede y las autoridades italianas, rotas desde tiempos de Pío IX? ¿O trataban por todos los medios de ocultar la verdadera causa del asesinato de Serafino Cattani? Estas preguntas que yo me hago se las tuvo que hacer, sin duda, el cardenal Vives y Tutó...

—¿Estás insinuando que el cardenal tuvo la sospecha de que el caso Cattani fue algo más que un asunto de faldas?

Monseñor evitó contestar la pregunta y se limitó a encogerse de hombros.

—Lo cierto es —dijo, al fin— que el cardenal Vives y Tutó, desoyendo las directrices que le daban desde el mismísimo Vaticano, decidió averiguar por su cuenta toda la verdad.

Giuliana Bergonzi no era amiga de novelas, y nunca había leído ninguna. Cuando hablaba con sus amigas de este tema, siempre acababa con el mismo estribillo: bastantes novelas tengo yo con escuchar a mi hermano. Y no andaba desencaminada. Desde que los tertulianos comenzaron con el tema del doble de León XIII, estaba siguiendo una por entregas, que era sin duda la más fabulosa y rocambolesca de las muchas que había escuchado.

Monseñor, examinando las distintas anotaciones que el cardenal había consignado en su diario, reconstruyó las gestiones que éste había llevado a cabo.

—Por lo que deduzco, el cardenal Vives y Tutó, valiéndose de sobornos, averiguó que el asesinato de Cattani no fue un ajuste de cuentas entre amantes celosos, sino un caso de espionaje en territorio italiano.

—¿Un asunto de espionaje? Entonces, todo eso de los amoríos...

—Lo del lupanar fue un montaje diseñado a medida del personaje, pues la faceta donjuanesca de Serafino Cattani era pública y notoria, no sólo en la Curia, sino también en los principales salones de Roma. Fueron los servicios secretos italianos quienes tejieron la trama, llevaron a cabo el asesinato y diseñaron la política a seguir con el Vaticano.

—No entiendo nada.

—No te creas que yo entiendo mucho más. Pero si el cardenal español logró desenredar la madeja, conoceremos cuál fue el motivo del asesinato... Y, lo más importante, si todo ello guarda relación con lo del doble de León XIII. —Hecha esta aclaración, prosiguió—: La policía romana, como bien comprendió el cardenal, se vio atada de pies y manos. El caso Cattani, digámoslo así, fue un asesinato de Estado, y los servicios secretos italianos fueron los primeros interesados en echar tierra sobre el asunto...

—¿Los servicios secretos italianos?

—No exactamente. Leyendo con calma los papeles del cardenal se llega a una conclusión más precisa: no fueron los servicios secretos italianos como tales, sino alguno o algunos de sus miembros, que actuaron por su cuenta y pagados por alguien.

—Serafino Cattani, ¿un espía? —preguntó Giuliana, hecha un lío.

—Esa misma extrañeza debió mostrar el cardenal, que conocía bien a su protegido.

A monseñor Bergonzi, que a estas alturas ya conocía bastante bien la trayectoria de Cattani, se le hacía muy difícil encajarlo en el papel de espía. Sin embargo, como historiador sabía muy bien que, en tiempos de León XIII, agentes de las distintas potencias europeas correteaban a sus anchas por el Vaticano, y no sólo espías profesionales. Muchos clérigos que habían llegado a Roma para completar sus estudios fueron utilizados por sus respectivos gobiernos con esa finalidad, a veces sin que ellos mismos lo supiesen.

—¿A quién espiaba y al servicio de quién lo hacía? —Monseñor Bergonzi se devanaba el seso y no encontraba ninguna respuesta, como, sin duda, tampoco la había hallado el cardenal.

—Quizá —se atrevió a aventurar Giuliana— el servicio secreto italiano descubrió que Serafino Cattani era un nombre falso, y que su verdadera identidad, Ange Gautier, pertenecía a un francés...

—¡Un espía de Francia! Puede que no andes desencaminada, porque en aquel momento Francia estaba enemistada con Italia. No había caído en la cuenta... ¡Ah, la intuición femenina!

Monseñor lo encontraba verosímil, pero no acababa de encajar. En los documentos del fax, apenas unos pocos daban pie a esa posibilidad, lo que le hizo suponer que quizá el propio cardenal ya había tomado esa pista en consideración, y que la había abandonado pronto porque no conducía a ninguna parte.

Los capuchinos de Villa Gamarelli habían enviado los documentos por orden cronológico, lo que le facilitaba extraordinariamente el trabajo. Monseñor siguió repasándolos y se detuvo largo rato en el breve texto de un billete.

Su Eminencia haría bien en abandonar toda clase de averiguaciones.

A Serafino Cattani lo mataron por meter las narices donde no debía.

—Caramba, esto se pone al rojo vivo. ¿Quién pudo haber enviado esta amenaza al cardenal?

*Sócrates*, viendo que ninguno de los dos le dirigía la palabra, salió de su capazo y se fue a hacerle fiestas a *Giuliana*.

—Ya sé, ya sé. ¡Vamos a la cocina! —se levantó y los dos salieron del despacho, dejando solo a monseñor.

—El señor cardenal —comenzó a explicar cuando su hermana estuvo de vuelta —, por lo que dejó consignado en su diario, sospechaba que esta nota, escrita en un trozo de papel cualquiera, sin firma ni membrete, se la habían enviado desde el mismo Vaticano. Pero ¿quién? ¿Quién? —insistía, como si tuviese delante al cardenal *Vives y Tutó* y estuviera interrogándole.

—No te lo tomes tan a pecho. Por mucho que te acalores no lo vas a poder aclarar así.

—Y además, otra cosa, ¿dónde había metido las narices *Serafino Cattani*? —Después de una corta reflexión, añadió—: ¿Dónde las metió el propio cardenal, siguiendo el rastro de su protegido?

Aunque por el momento no encontraba ninguna respuesta, no le cupo la menor duda de que esa breve nota constituía una advertencia seria y contundente, una amenaza en toda regla. Monseñor estaba tan embebido en sus papeles que no se dio cuenta de que la luz que entraba por la ventana era ya insuficiente.

—Giuseppe, enciende la lámpara que te vas a quedar ciego.

Monseñor se levantó para estirar un poco las piernas e ir a por más café.

—Tanto café no es nada bueno a tus años —le reconvino *Giuliana*.

—Pero, mujer, si lo he hecho poco cargado.

Las más de las tardes era ésa la estampa casera de los *Bergonzi*: él, trabajando en su escritorio, y su hermana, haciendo punto cerca de la ventana. ¿Cuántos años llevaban juntos? O dicho de otro modo, ¿cuántos años, a lo largo de sus ya dilatadas vidas, habían vivido separados? Echando cuentas, tal vez los que él estuvo en el seminario y poco más. Los *Bergonzi* se querían, a pesar de las discusiones en que a veces se enzarzaban. No sabían vivir el uno sin el otro. Iban a todas partes juntos, como la cuerda y el pozal. *Giuliana* era una mujer inteligente y abnegada, que lo había dejado todo para servir a su hermano. Era un ejemplo digno de admiración. Los curas de hoy no tenían esa suerte; eran otros tiempos. A su lado, *Giuliana* había aprendido más historia que si hubiese ido a la universidad.

Tras volver a la mesa con otra taza de café, prosiguió su análisis, supliendo con imaginación los lapsus de la narración histórica. El cardenal *Vives y Tutó*, por lo que intuyó monseñor, llegó al convencimiento de que el caso *Cattani* fue un asunto vaticano más que uno italiano. Y hacia esa dirección encaminó sus pasos.

—¡Ya lo decía yo! —exclamó, satisfecho, al leer con más atención los documentos.

En efecto, encajando los distintos escritos del cardenal, se veía que Su Eminencia se había valido de algún funcionario de curia para enterarse de la existencia de un plan del Vaticano para liquidar a Serafino Cattani. Ese funcionario afirmaba, además, que había tenido en sus propias manos el *dossier*, y daba pelos y señales de cómo se preparó el atentado, cuánto se pagó a los miembros venales del servicio secreto italiano y las precauciones que se tomaron para que nunca se pudiera descubrir ni sospechar que el Vaticano estaba detrás de la operación.

—Estos documentos parecen irrefutables. —Y, entre dientes, comentó—: Debían tener todos los cabos muy bien atados para que los servicios italianos picaran el anzuelo y dieran buena cuenta del espía. El Santo Oficio, por desgracia, fue muy hábil.

La historia de Serafino Cattani se enredaba cada vez más. Se hacía más y más confusa. No se vislumbraba en qué asuntos tan graves había metido la nariz para merecer semejante destino, ni quién, desde el mismo Palazzo del Sant'Ufficio, había decidido su muerte.

—¿Por qué Su Eminencia interrumpió de modo tan brusco sus investigaciones? ¿Tal vez la advertencia anónima surtió efecto?

—No te exaltes, Giuseppe, que no vas a poder dormir esta noche —le advirtió su hermana.

En efecto, Giuliana no se equivocó.

Monseñor se fue a la cama con aquellas preguntas cociéndose en su cabeza y pasó toda la noche en blanco, en busca de respuestas. Una y otra vez, volvía a su mente la carta de Serafino Cattani. ¿Estaba despierto o en duermevela cuando él mismo oyó, como un gemido de ultratumba, la frase del papa moribundo: «*Io non sono il Papa. Io non sono il Papa*»?

—¡Eso es! —se espabiló y se incorporó en la cama. Y, hablando consigo mismo, se preguntó—: ¿No trataría el joven e inexperto Cattani de averiguar por su cuenta qué es lo que había de cierto en esas palabras del Papa? ¿Acaso él también buscaba los *Cuadernos azules*? ¿Fue esa búsqueda lo que el comunicante del Vaticano calificaba como «meter las narices donde no debía»?

Monseñor no tenía una mente calenturienta que le llevase a imaginarse cosas raras, pero sí la intrepidez —imprudencia, según otros— de buscar la verdad, aunque fuera buceando en las aguas más turbias. El historiador, como le gustaba repetir, no debía ponerse una venda en los ojos sino, por el contrario, había de quitársela a los que la llevaban puesta. ¿Cuántas veces, en sus largos años de la Gregoriana, habría repetido esa cantinela? ¿Y cuántos disgustos le había reportado? Pero ahí estaba, impertérrito: genio y figura hasta la sepultura.

Monseñor se levantó de la cama, se puso el batín y las pantuflas y, sin hacer ruido para no despertar a Giuliana, se fue a su despacho. *Sócrates*, que siempre dormía con un ojo abierto, al advertir que ya estaba en pie, fue tras él a hacerle compañía. Llevaban muchos años juntos y sabía que a su amo le gustaba conversar con él de sus asuntos, entre otras cosas, porque siempre le daba la razón.

—Buenos días, *Sócrates* —le dijo, y el animal le respondió moviendo con entusiasmo la cola; luego, de un salto, se sentó en el sillón que había delante de la mesa de monseñor.

—Serafino Cattani —comenzó a improvisar una hipótesis verosímil—, desde el mismo día en que presencié la muerte de León XIII, sospeché que éste había sido un falso papa. Se propuso averiguar qué misterio había detrás, y alguien, que no quería que se descubriese la gran mentira, decidió pararle los pies; y lo hizo en seco...

El perro no le quitaba los ojos de encima y, por educación, seguía atento el parlamento. Le sonaba el nombre de Cattani, de haberlo oído tanto en las tertulias, pero nunca lo había visto en carne y hueso, a diferencia de los otros amigos de su amo.

Monseñor quiso ponderar cuáles podían ser los puntos fuertes y los débiles de su teoría, por lo que, a continuación, siguió haciéndose más preguntas:

—¿Llegó a iniciar sus investigaciones Serafino Cattani? —caviló durante un momento—. En este supuesto, ¿por qué asesinarle? Había métodos más simples para

pararle los pies. La drástica reacción y la compleja trama urdida por el Vaticano sólo se explican si los actos de Cattani fueron considerados como un atentado lesivo contra la Iglesia. ¿Andaba tras la pista de los *Cuadernos azules*? ¿Había conseguido esa prueba fundamental que demostraba la existencia del papa fantasma? Si no la había localizado, quizá estaba a punto...

Monseñor, tan atrevido cuando tenía que enfrentarse a delicados problemas históricos, se asustó de la trascendencia que podía tener éste. *Sócrates* captó el desasosiego de su amo, bajó del sillón y fue a ponerse entre sus piernas. Monseñor lo tranquilizó, rascándole detrás de las orejas.

—¿Conocía el cardenal Vives y Tutó la existencia de esos *Cuadernos*? — prosiguió con sus preguntas—. ¿Pensó, quizá, que la cuestión del falso León XIII constituía un secreto de Estado que él, por el juramento que había prestado como cardenal, estaba obligado a guardar?

Permaneció largo rato cavilando en silencio. Sin duda, estaba recordando la tertulia en que el padre Ubaldini les habló de los *Cuadernos azules*...

—¡El padre Ubaldini! —exclamó aterrorizado, dándose una palmada en la frente.

*Sócrates*, al oír el grito, se contagió del pánico y empezó a ladrar a los invisibles enemigos que acechaban a su amo.

—¡Calla, *Sócrates*, que vas a despertar a Giuliana!

De repente, le asaltó la sospecha de que la muerte del jesuita, como la de Cattani, podía haber sido provocada, y que quizá las dos habrían tenido el mismo móvil. Comenzó a ver fantasmas por todas partes. Saltó de su asiento, como si quisiese desembarazarse de ellos, pero los malos presentimientos le siguieron.

Mientras tomaba el primer café de la mañana, que Giuliana le servía en la misma cocina, permaneció taciturno.

—Esta noche no has dormido bien —afirmó su hermana con sólo verle la cara. Y, sin esperar a que le diese alguna explicación, le reprendió como si se tratase de uno de sus sobrinos—: Estoy cansada de decirte que las emociones fuertes no son buenas para ti. Debes tomarte las cosas con más calma, pero tú ni caso...

Monseñor le dio la razón con un gruñido, que también podía ser simplemente interpretado como un déjame en paz. Apuró la taza de una vez y se despidió hasta la hora de comer.

Monseñor no fue a la Biblioteca Vaticana, como supuso Giuliana, sino a la residencia de los jesuitas de Borgo Santo Spirito. Cogió un taxi, del que se bajó tan pronto como le había pasado al otro lado del Ponte Vittorio Emanuele II, e hizo el resto del recorrido a pie, para que el aire fresco de la mañana le aclarase un poco las ideas. No sabía muy bien cómo indagar sobre la muerte del padre Ubaldini. Pensó que lo primero que tenía que hacer debía ser echar una parrafada, con cualquier pretexto, con el hermano Poletto. Como todos los porteros de conventos, era una gaceta viviente.

—¿Qué noticia o suceso, por insignificante que sea, se le puede escapar? —se dijo a sí mismo, sin necesidad de que nadie le convenciera.

El hermano Poletto no era, sin embargo, un hombre chismoso: sabía perfectamente el momento y la persona a la que hacía una confidencia. La cara es el reflejo del alma y el portero, el de toda una casa. Por eso los jesuitas, celosos de la imagen de su residencia, habían sido meticulosos en su elección. Llevaba muchos años en el cargo, y conocía a monseñor desde hacía otros tantos. No le extrañó verlo por allí, aunque le llamó la atención lo inusual de la hora. Supuso que monseñor quería hablarle en privado, por lo que salió de su garita acristalada, equipada con todos los modernos artilugios de control y telefonía, y le hizo pasar a la sala de visitas contigua.

—Aquí estaremos más cómodos —le dijo, y fue en busca de un sustituto para la portería.

La Curia de los jesuitas, residencia oficial del prepósito general, estaba tranquila. Sus salones y pasillos, vacíos, sin el revuelo de sedas y púrpuras de obispos y cardenales de otros tiempos. Ahora era la prelatura del Opus, en Viale Bruno Buozzi, 75, la que había acaparado el protagonismo. De todos modos, por la portería del hermano Poletto aún continuaban pasando altos jerarcas eclesiásticos y civiles, y no sólo de Roma.

—¿Cómo sucedió todo? —preguntó monseñor, refiriéndose a los últimos momentos del padre Ubaldini—. ¿Se encontraba mal últimamente o fue una indisposición repentina?

El hermano Poletto, que conocía la estrecha amistad que les unía, comenzó a contarle lo que sabía.

—Desde que le implantaron el marcapasos, le habían quitado diez años de encima —afirmó categórico—. Se le veía joven, activo, con ganas de vivir y de trabajar, como en sus mejores tiempos. Quince días antes de su muerte, él y el hermano Castañeda fueron a Salzano. ¡Estaba tan contento, tan lleno de vida! El general le había encomendado ordenar los papeles del padre Arrupe... Un trabajo de chinos,

¿sabe? Además, estaba metido en una investigación muy importante, según me dijo el hermano Castañeda, que le estaba echando una mano...

—¿Le comentó de qué se trataba esa investigación?

—No, pero pasaba días enteros metido en los archivos vaticanos. Supongo que algún cardenal le habría encargado algo. Venía a la hora de comer, alegre o, cómo le diría yo, entusiasmado. Por las tardes, las más de las veces se volvía a marchar tan fresco, sin hacer siesta como es costumbre en esta casa. En mi opinión, llevaba una vida demasiado agitada. Abusaba de su salud y el corazón se resintió... Acabó pasándole factura.

La sala donde conversaban era espaciosa, como las antecámaras de los palacios y estaba amueblada con sillones y sofás, especialmente en las esquinas. A aquellas horas de la mañana se encontraba vacía. El hermano Poletto había elegido el rincón más acogedor, presidido por el retrato de un jesuita con un grueso libro en la mano, que, aun sin leer la cartela, tenía todo el aspecto de haber sido un moralista prestigioso. No pudo escoger un sitio peor, pues, detrás del cuadro, estaba colocado uno de los micrófonos de la Congregación.

—Murió de repente, ¿verdad?

—Así es.

—¿Dónde ocurrió? ¿Cómo se dieron cuenta? ¿Quién fue el primero en encontrarlo? ¿Qué médico...?

El hermano Poletto se levantó sin contestar a ninguna de sus preguntas, y regresó poco después con una bandeja con café y cruasanes que puso sobre una mesilla.

—Tengo la impresión de que todavía no ha desayunado.

Monseñor agradeció el detalle. Mientras el hermano Poletto servía el café, monseñor echó un vistazo al retrato que tenía sobre su cabeza y se tropezó con el adusto rostro del jesuita. Rápidamente, apartó la mirada.

—La víspera —inició su relato el hermano Poletto—, el padre Felice fue a la parroquia de Santa Gema Galgani a ayudar al cura. Una conferencia o catequesis para adultos... Algo de eso. Regresó aquí a las nueve. Me saludó con amabilidad, como hacía siempre, y me dijo que se iba a su celda. Al no acudir al refectorio para la cena, el hermano Castañeda subió a su habitación y lo encontró muerto en su reclinatorio...

—¿Cómo ha dicho?

—Sí, como lo oye. El hermano Castañeda bajó a toda prisa a dar la noticia, pero, como estábamos cenando en silencio, se limitó a notificárselo al padre Vizzini, que es médico. Al verlos correr, les seguí y me metí con ellos en el ascensor. Encontramos al padre Felice arrodillado en su reclinatorio, con el cuerpo caído hacia delante y apretando contra su pecho un crucifijo. El padre Vizzini le tomó el pulso en la yugular y nos dijo que estaba muerto. Todos pensamos que había sido un infarto. Y ése fue también el parecer del padre Vizzini, en un principio.

La conversación no le hacía perder el apetito al hermano Poletto, que mojaba los cruasanes y se los llevaba a la boca sin que le goteasen, habilidad que envidió



monseñor.

—¿Dice que en un principio? ¿Es que el padre Vizzini cambió luego de parecer?

Monseñor Bergonzi no había tomado ningún cruasán, sólo café, del que se estaba sirviendo una segunda taza.

—Al colocarlo sobre la cama —siguió contándole—, el padre Vizzini se dio cuenta de que el marcapasos... Había sufrido una avería. Fue un desgraciado accidente.

—¿Un accidente? —repitió monseñor, entre sorprendido y escéptico.

En ese momento, el hermano Poletto fue reclamado por su sustituto en la portería. A la vuelta, retomó el hilo de su relato.

—Como le estaba diciendo, fue un desgraciado accidente... —Y como monseñor se mostró deseoso de conocer más pormenores, continuó—: Al parecer, el padre Ubaldini, dejándose llevar por un raptó de devoción, se había abrazado al crucifijo, y eso fue lo que le mató.

—No me imagino a Felice dejándose llevar por raptos místicos...

—Lo crea o no, el padre Ubaldini encontró la muerte en la cruz.

—¿Qué quiere decir? —inquirió monseñor, a quien toda esta mística le estaba sonando algo rara y fuera de lugar.

—Muy sencillo. El padre Ubaldini no sabía o no se dio cuenta de que el crucifijo tenía un imán, y, como usted bien sabe, un imán, si es poderoso, puede llegar a estropear un marcapasos. Debió de ser una muerte fulminante.

—¿El crucifijo era suyo, y no sabía que tenía un imán? —preguntó, receloso.

—¡Claro que era suyo! Yo lo había visto mil veces encima de su mesa...

Los fantasmas que habían estado rondándole durante la noche, hacían de nuevo su aparición. A monseñor se le hacía muy cuesta arriba admitir que la muerte del jesuita se hubiera producido por un accidente fortuito, resultado de un raptó místico... Por otra parte, no tenía por qué dudar del dictamen del padre Vizzini, que era un médico prestigioso y miembro de la Academia Pontificia de Medicina.

—¿Le practicaron la autopsia? —quiso puntualizar monseñor, para acabar de atar bien todos los cabos.

Al hermano Poletto le molestó que monseñor mostrase reservas con respecto a la versión que le daba, cuando todos los padres de la casa, desde el general al último novicio, la habían dado por buena.

—No —le respondió, áspero—. A nadie se le ocurrió una cosa semejante. A todos les pareció suficiente la explicación del padre Vizzini.

Monseñor ya tenía bastante información; ahora necesitaba reflexionar con calma. Se tomó el último sorbo de café y ya de pie, a punto de despedirse, llegó el hermano Castañeda.

—Me he enterado de que estaba aquí y he venido a saludarle.

Monseñor pensó con buena lógica que el hermano Castañeda, colaborador y amigo del difunto, podía aportarle algún dato nuevo. Volvió a sentarse con él e

iniciaron una conversación.

—El padre Ubaldini —dijo el hermano— andaba muy inquieto días antes de su muerte. Lo conocía lo suficiente para saber que algo le preocupaba, y mucho; por más que trataba de disimularlo, yo se lo noté y se lo dije. Le costó sincerarse, pero lo hizo al fin. Según me dijo, habían desaparecido de los archivos secretos del cardenal Rampolla, en los que estaba trabajando, unos cuadernos muy importantes. Le pregunté si su desasosiego venía por si le podían acusar de haberlos extraviado... No, no es eso, me dijo. Alguien los ha hecho desaparecer. Y no quiso aclararme más, ni yo insistí... Quizá esa intranquilidad y su descuido con el crucifijo acabaron provocando su muerte.

—¿Que habían desaparecido unos cuadernos de los archivos del cardenal Rampolla? —repitió monseñor sin poder disimular su sobresalto.

—Eso me dijo. —Y, al ver la cara que ponía monseñor, preguntó—: ¿Tan importantes eran esos cuadernos para angustiarse de ese modo?

—Desde luego que no —respondió para salir del paso. Y, mirando su reloj, encontró la excusa perfecta para marcharse—: Se me ha hecho tardísimo.

Al alcanzar la puerta de la calle, como estaba lloviendo, monseñor tuvo que tomar un taxi. Eran las diez cuando cruzaba por la plaza de San Pedro.

Atravesó la sala de investigadores, donde reinaba un gran silencio, sólo taladrado por el sordo teclear de los ordenadores portátiles, y llegó a su despacho del *cortile* de la Biblioteca. Todavía no había colgado su gabán en la percha, cuando sus colaboradores, impacientes, entraron en tropel.

—Pensábamos que le había ocurrido algo, y estábamos a punto de llamar a su casa —le dijo el padre Orovay, reflejando su inquietud y la de los demás.

—Menos mal que no lo habéis hecho. Menudo susto le hubieseis dado a mi hermana. De todos modos, agradezco vuestro interés.

No manifestó ni a Giuliana ni a sus ayudantes la preocupación que le embargaba. ¿Cómo podía contarles unas cosas que, quizá, eran meras imaginaciones suyas...?

Después de comer, se sentó en su sillón, solo, con su inseparable *Sócrates*. Entornó los ojos sabiendo que no iba a dormir. El perro notó el nerviosismo de su amo y no se atrevió a tenderse en su capazo, sino que se echó a sus pies, con las orejas empinadas y el hocico dispuesto para olfatear, atento al menor signo de peligro.

Monseñor examinó cuidadosamente cada uno de los datos que le habían facilitado los jesuitas, y trató de reconstruir el último día de su amigo.

—¿Un crucifijo con imán? —se preguntó, sin abrir los ojos. Rebuscó en su memoria intentando encontrar algún recuerdo de despachos parroquiales o sacristías donde hubiese visto algo semejante—. Hummm... ¿Pertenece ese crucifijo a Felice? ¿Lo tuvo siempre consigo? Según el hermano Poletto, parece que sí... Sin embargo, a nadie se le ocurrió examinar el crucifijo, ¡el cuerpo del delito!, para ver si contenía huellas que no perteneciesen a Felice... ¿Un suicidio? —Se preguntó sin ninguna convicción, y se respondió él mismo—: Era una persona equilibrada... La misteriosa desaparición de los *Cuadernos azules* tiene mucho que ver con esta muerte... —susurró a Sócrates, como si tuviese miedo de que las paredes lo oyesen—. ¿Por qué, si no, un asesinato? Lo han liquidado como a Serafino Cattani, por meter las narices donde no debía.

A continuación, le repitió a *Sócrates*, palabra por palabra, la narración del hermano Poletto. ¿Era esta relación de monseñor con su perro una excentricidad? Sin embargo, todavía era más extravagante el lenguaje «perruno» que se había inventado para comunicarse con el animal, ininteligible para las orejas que pudiesen estar a la escucha.

«Después de que el padre Vizzini dijese que estaba muerto, cogimos al padre Ubaldini y lo colocamos sobre su cama. Yo quise quitarle el crucifijo de sus manos entrelazadas y no sabe lo que me costó...»

—Un crucifijo con un potente imán... —repitió, quedándose largo rato pensativo. Luego le comunicó a *Sócrates*, que le escuchaba atento, las siguientes reflexiones—: El padre Ubaldini no era un inconsciente, sabía que cualquier campo electromagnético era perjudicial para su marcapasos. ¿Cómo se iba a colocar él mismo ese imán sobre el pecho? Además, para que le fulminase de ese modo, debía tratarse de un imán potentísimo. ¿Un arrebató de devoción? *Sócrates*, no te quepa la menor duda, el padre Ubaldini no se suicidó. Alguien lo debió suicidar. ¿Quién? Sólo tenemos sospechas. Nos faltan pruebas...

Aun a sabiendas de que sus especulaciones sobre el padre Ubaldini estaban influenciadas por la historia de Serafino Cattani, se quedó con esta hipótesis.

—Para despejar con todas las garantías esta incógnita y otras habría que reabrir el caso y rebuscar a fondo en su celda, cosa imposible sin la autorización del preposición general... ¿Me tomará en serio el padre Koopmans?

Decidió correr ese riesgo.

Para su sorpresa, el general de los jesuitas le concedió audiencia antes de lo que esperaba. Monseñor Bergonzi se presentó allí con un abultado *dossier* bajo el brazo. Le habló de sus sospechas respecto de la Congregación de la Fe, de las muertes de París y le hizo ver las extrañas coincidencias entre la muerte de Serafino Cattani y el padre Ubaldini.

El padre Koopmans le escuchó con curiosidad y alabó la investigación de los tertulianos sobre León XIII y su doble, sin entrar en el fondo de la cuestión. Sin embargo, se mostró muy cauto respecto a la muerte del padre Ubaldini.

—La labor del investigador es sumamente delicada —le dijo el padre Koopmans—. Y más cuando, como en este caso, se pueden derivar consecuencias trascendentales que pondrían en una situación delicadísima al Vaticano. Ya sé que conocer la verdad es su objetivo; pero... *Quid est veritas?*

El padre Koopmans, como buen jesuita y hombre con los pies asentados sobre la tierra, subrayó el aspecto político que tiene toda verdad.

—Y más, si cabe, la que tratan de averiguar ustedes.

—¿Me está exhortando a la prudencia? —le dijo irónico monseñor, que había captado la indirecta.

En lo tocante a la muerte del padre Ubaldini, no compartía sus sospechas, pero tampoco se opuso a que se reabriera el caso.

—Le prometo —le dijo al despedirse— que pondré todos los medios para esclarecer su muerte y averiguar el paradero de esos papeles por los que usted muestra tanto interés.

El general Koopmans cumplió su palabra y puso a disposición de monseñor Bergonzi a dos personas de la Curia de Borgo Santo Spirito. Una semana más tarde, acompañado del padre Vizzini y el hermano Poletto, se dispuso a registrar la celda del padre Ubaldini. La habitación estaba repleta de libros, y tan ordenados, que llamaron la atención de monseñor.

—No me imaginaba a Felice tan cuidadoso —dijo.

A instancias suyas, centraron las primeras pesquisas en localizar las notas manuscritas que el padre Ubaldini había tomado de los *Cuadernos azules*.

—Tengo el presentimiento de que no van a aparecer —dijo, agorero.

Después de rebuscar un buen rato en las estanterías sin resultado positivo, monseñor se fijó en un montón de carpetas bien rotuladas que había en una esquina de la mesa.

—La que el padre Ubaldini traía a las tertulias era como una de éstas —dijo.

Sabiendo perfectamente los papeles que buscaba, las registró una por una.

—Aquí no hay nada. Y no creo que fuese el mismo Felice quien los destruyese —dijo, frustrado. A partir de ese momento, la hipótesis del asesinato cobró más consistencia.

Al ver que los otros no comprendían muy bien lo que estaba diciendo, les explicó, sin entrar en detalles, la importancia de los documentos.

—Si estos papeles no están aquí, sospecho que alguien se los habrá llevado.

Los dos jesuitas se miraron perplejos; pensaban que estaba acusando veladamente a alguien de la casa.

—Nadie, desde que murió el padre, ha entrado en este cuarto —aseguró el hermano portero, mostrando su malestar—. Ha permanecido cerrado desde el día de su muerte.

—¿Y antes?

—¿Cómo que antes? ¿Qué quiere decir? —dijo, sorprendido, el hermano Poletto, que comenzaba a inquietarse.

—¿Quién o quiénes visitaron al padre Ubaldini el día de su muerte, a su vuelta de la parroquia de Santa Gema?

Monseñor Bergonzi, que se había sentado en la mesa del difunto para revisar las carpetas, se echó hacia atrás como si estuviese en su propio despacho. El padre Vizzini y el hermano Poletto estaban delante de él, de pie.

—La portería de esta casa —respondió el aludido— es muy frecuentada. Uno trata cada día a un montón de gente que viene a visitar al general, a algún padre de la Curia, o a otros de los muchos que viven aquí. Creo que soy bastante buen fisonomista, pero no puedo recordar todas las caras y, menos todavía, tenerlas catalogadas por días.

—Haga al menos un intento. Es muy importante lo que le pido.

Hizo el esfuerzo, cuyo resultado resultó mucho más satisfactorio de lo que esperaba monseñor.

—Si no me falla la memoria, la tarde de autos, ya de noche —comenzó a decir el hermano, concentrado, o al menos eso aparentaba—, el padre Ubaldini tuvo una visita. Sí, un sacerdote de unos cuarenta años, calculo yo. Vestía traje oscuro con alzacuello romano. Alto, fornido, muy elegante y distinguido. Me llamó la atención su perfume... Yo mismo me dije: éste debe de ser del Opus. Tienen un aire especial, inconfundible; por lo visto, el Opus imprime carácter —sonrió de su propia gracia sin que los otros dos lo secundasen—, una impronta especial. No recuerdo su nombre. El padre Ubaldini lo hizo subir a su celda. Hablaba un italiano correcto pero con acento francés. Sí, sí, ahora recuerdo: se llamaba Robert y llevaba un maletín negro, de esos que usan los ejecutivos, y que ahora utilizan muchos profesores de la Gregoriana... ¡Ah, y otra cosa! No dejó que le explicase cómo llegar al aposento del padre. Me dijo que ya conocía el camino.

—Si conocía el camino es porque ya había estado aquí otras veces.

—Puede. Pero ya le he dicho que por aquí pasa mucha gente.

—¿Y cuánto tiempo estuvo con el padre Ubaldini?

—Ya no le vi salir. Puede que lo hiciese mientras yo estaba viendo la televisión. Estaría una hora u hora y media como mucho, pues a las nueve se cierra la puerta.

—¡Un amigo o un conocido del padre Ubaldini! ¡Ése fue quien lo mató y se llevó los papeles! —exclamó monseñor, con rotundidad, sin tener en consideración que el dictamen del padre Vizzini apuntaba a causas naturales.

—No tenemos ninguna prueba, monseñor, que permita avalar un juicio tan radical y gratuito como el suyo —le replicó, dolido, el médico.

Y por mucho que trató de hacerle comprender que no había encontrado signo alguno de violencia en el muerto, no consiguió hacerle cambiar de opinión. Para monseñor las cosas estaban claras: el padre Ubaldini había sido asesinado por un sicario disfrazado de cura. Quedaba por resolver quién o quiénes eran los inductores del crimen, cosa que para él tampoco ofrecía duda alguna.

—Todo poder, aunque sea el de San Pedro, tiene sus cloacas —farfulló.

La muerte del padre Ubaldini supuso un golpe tan fuerte para los contertulios, que nadie se atrevió, ni siquiera propuso, reanudar las sesiones. Todos coincidieron que había que aplazarlas por algún tiempo. Monseñor se mostraba especialmente afectado por la muerte del jesuita.

—¿Hasta qué punto he sido yo el responsable? —se recriminaba una y otra vez, con la mirada clavada en el techo de su dormitorio—. Si les hubiese advertido a tiempo de que los servicios secretos del Vaticano venían pisándonos los talones, quizá el padre Ubaldini aún estaría entre nosotros.

Y, cuando lograba conciliar el sueño, le parecía oír los reproches del jesuita y las voces de mlle. Dubouché y el padre Boussard de Saint Étienne. La situación se hizo cada vez más insostenible. Su hermana Giuliana lo encontraba raro, taciturno, con ojeras y desgano, él que no perdía el apetito por nada del mundo. Incluso a *Sócrates*, siempre juguetón y cariñoso, se le había pegado el malhumor de su amo.

—Si no aclaro este caso y pongo fin a todo esto, voy a acabar volviéndome loco —se dijo con determinación.

Esa mañana, llamó desde su despacho al Palazzo del Sant'Ufficio, al teléfono oficial de Gioberti de Cesare. Una secretaria, la hermana Asunción, le dijo que estaba reunido, pero que podía dejarle el recado y ella misma se lo pasaría lo antes posible. «Cuando uno no se quiere poner, siempre da la misma excusa», pensó, quizá porque él hacía lo mismo.

—Dígale que a las dos de la tarde, cuando termine su trabajo, le espero donde él ya sabe.

En efecto, a las dos, De Cesare le esperaba en el portillo de Santa Ana, la entrada que utilizaban los operarios que vivían fuera del Vaticano.

—Hoy te invito yo a comer —le dijo, intentando poner buena cara.

Le llevó a *Antonella*, en el Trastevere, un pequeño restaurante de ambiente muy familiar que frecuentaban él y su hermana. Cuando entraron, *mamma Antonella* salió a su encuentro y les hizo unos aparatosos saludos, como si los recién llegados fuesen cardenales.

—¿Donde siempre, monseñor?

Asintió, y los condujo a un comedor privado.

—Aquí estaremos tan seguros como en el convento de Santo Tomás de Villanueva. Nada de micrófonos ocultos. No creo que los del Santo Oficio lleguen hasta aquí, a no ser que tú lleves algún micrófono encima.

De Cesare sonrió, encajando la broma.

*Mamma Antonella* conocía los gustos de monseñor pero, como venía acompañado de un visitante desconocido, les presentó la carta.



—*Spaghetti alla cardinale* y el vino de siempre —dijo monseñor, sin dar pie a que su antiguo alumno pudiera elegir.

Durante la comida, tan pronto como el vino rompió el mutuo recelo, De Cesare, que se había anudado la servilleta al cuello como había visto hacer a monseñor, quiso cambiar de conversación y dejar la intrascendente charla que estaban teniendo.

—Bueno, mi querido profesor, ¿cuál es el motivo de esta comida?

Monseñor se limpió los labios con la punta de la servilleta y, antes de hablar, tomó un sorbo de vino.

—Iré al grano, sin ambages. —Y, aunque quería preguntarle por la muerte del padre Ubaldini, prefirió empezar por otras cuestiones—. ¿Qué sabes tú de los *Cuadernos azules*?

—¿Los *Cuadernos azules*?

—No te hagas el loco...

—Sé lo mismo que usted. Ya le dije que los servicios secretos les espían. Y los servicios de espionaje de todo el mundo, sean de donde sean y del color que sean, tienen como única ley la eficacia. Por lo que veo, usted no se lo había tomado muy en serio... ¡Qué ingenuidad! ¿No le advertí que una empresa estadounidense de alta tecnología, en concreto la Technician System, había instalado en su apartamento un operativo que permite ver y oír a distancia?

Monseñor había pecado de ingenuo como le reprochaba su alumno, ya que se había propuesto utilizar aquellos mismos medios para cazar a los espías en su propia trampa, pero no sopesó que el precio pudiera resultar tan alto. Desde la muerte del jesuita, había comenzado a ver las cosas cada vez más tenebrosas. Todos estos pensamientos provocaron que se le fueran las ganas de comer. De Cesare, al observar su abatimiento, se apiadó.

—Monseñor, yo estoy de su parte.

—Me alegra que me lo digas —le contestó, aunque no se fiaba un pelo.

—He tratado, en la medida de lo que me ha sido posible, prevenirle, echarle una mano... No crea que puedo hacer mucho más. Soy un eslabón de una cadena. Una pieza de una gran maquinaria...

Monseñor le oía sin escucharle.

—¿Fuiste tú quien puso sobre la mesa de mi despacho los papeles de mlle. Dubouché? —le interrumpió.

—En efecto; fui yo. —Y, sin detenerse a dar más explicaciones, continuó—: Las cosas se están poniendo cada vez más feas, monseñor. El padre Ubaldini, de manera involuntaria, puso a la Congregación sobre la pista de los *Cuadernos azules*...

—¡La única prueba de la existencia de ese papa fantasma!

—Sí, sí, pero han desaparecido de los archivos vaticanos... No quedan ni los apuntes que tomó el jesuita, como usted mismo habrá comprobado. Es inútil que los busquen...

—¿Quieres decir que los *Cuadernos azules* han ido a parar a las manos de la Congregación de la Fe?

—No sólo eso. No creo que los del SAD...

—¿Quiénes?

—Los del Servicio de Actualización de Documentos, cuyo celo y eficacia son bien conocidos; no creo que se hayan entretenido en manipularlos o falsificarlos. Es más rápido y seguro destruirlos. ¡Ese doble de León XIII se ha esfumado convertido en cenizas! ¡Nunca ha existido! Los del SAD no podían correr el riesgo de que su historia saliese a la luz, y menos ahora, cuando Occidente necesita tanto a la Iglesia de Roma...

A monseñor, De Cesare siempre le había parecido un hombre ambicioso y como tal, ambiguo, sin fidelidades, que no dudaba en utilizar su cargo en su propio provecho. Como buen espía, jugaba con dos y tres barajas, y se vendía al mejor postor.

De pronto, el antiguo alumno de monseñor hizo un paréntesis en la conversación para hablarle de la visita que un alto mando de la CIA había hecho al cardenal Denzinger.

—Según se rumorea, venía de incógnito; ni siquiera la Secretaría de Estado había sido informada...

—¿Qué me quieres decir con eso?

—Por lo que ha trascendido, la CIA está dispuesta a colaborar estrechamente con la Congregación como en los tiempos de Reagan. Ya sabe: el Papa, Reagan y Margaret Thatcher derribaron el muro de Berlín...

—Y ahora, ¿qué muro quieren derruir?

—No se trata de derribar ningún muro, sino de forjar una coalición fuerte, un bloque sólido y sin fisuras frente al fundamentalismo islámico. La CIA ha ofrecido al Vaticano su ayuda en todos los campos. Denzinger, por su parte, le ha asegurado que la Iglesia Católica será una leal aliada de Estados Unidos.

—¿Leal aliada? ¿Acaso no condenó el Papa la guerra de Irak? ¿Es que ahora queremos firmar pactos con Bush? ¿En qué quedamos? No podemos servir a dos señores. Esta ambigüedad del Vaticano sólo ayudará a empeorar las cosas. Volvemos a los tiempos de Constantino.

—Me parece que no ha comprendido el mensaje de la CIA. —Ante la extrañeza de monseñor, le aclaró—: Después de los devastadores atentados terroristas, que han desmoralizado a los estadounidenses... Con una ONU desprestigiada, la Iglesia Católica es la única institución que conserva la credibilidad a nivel mundial, la única a la que se le reconoce autoridad moral. Por ello, está llamada a jugar un gran papel en la política internacional. Ésta es la causa de que el Vaticano haya puesto sordina a la guerra de Irak y vaya con pies de plomo para no molestar a Bush. El Imperio y la Iglesia se necesitan, como en tiempos de...

—Como en tiempos de los bárbaros, ibas a decir.

De Cesare hizo un gesto lamentando el lapsus.

—Ahora no es el momento de bizantinismos: que si esto, que si lo otro... O se está conmigo o se está contra mí; así de claro. La Iglesia creó la Europa cristiana... San Benito y todo eso, ya sabe. Fue ella la primera que plantó cara al islam. Por eso, en estos momentos, cuando nuestra cultura y nuestros valores cristianos se ven amenazados, cuando una facción islamista radical está atacando no sólo a Occidente, sino también a los musulmanes moderados... Mil millones de católicos son muchos millones y sobre todo si forman una sola piña. Bush necesita una Iglesia fuerte y unida, y no va a permitir disputas y fisuras entre cristianos, y menos en el seno de la Iglesia Católica. ¿Entiende por dónde van los tiros?

—Sí, comprendo, *caro amico*, pero continuo pensando, como te dije la otra vez, que es la mentira la que destruye todo lo que toca. Nada de lo que se construya sobre ella puede perdurar. En cambio, la verdad trabaja siempre por la paz y la concordia, por mucho que en su camino destruya mitos milenarios. Y a propósito, ¿la muerte del padre Ubaldini tiene algo que ver con todo esto?

El rostro de De Cesare se ensombreció y se quedó sin habla. Después de reponerse del sobresalto, le contestó:

—No esperaba una pregunta como ésa...

—¿Sabes tú algo?

—Si he de serle franco, no creo que la Congregación de la Fe se dedique a esos menesteres.

Monseñor quiso creer que su antiguo alumno era sincero.

—Todo poder, De Cesare, tiene sus cloacas, y la Iglesia no va a ser menos...

Monseñor se quedó con ganas de continuar por ese camino, pero se mordió la lengua. Al ver que poco más podía sonsacarle sobre este tema sin tensar excesivamente la cuerda, recondujo con habilidad la conversación hacia el asunto de los *Cuadernos azules*.

—Si han sido destruidos, nos hemos quedado sin las pruebas, ¿verdad?

—Sin esas pruebas... —puntualizó De Cesare—. Pero hay otras, como señalan los propios *Cuadernos azules*. —Monseñor se le quedó mirando, perplejo.

—¿A qué otras pruebas te refieres?

—Por ejemplo, a la tumba donde está enterrado el verdadero León XIII...

De Cesare no era todo lo franco que monseñor hubiese deseado, pero sin embargo le facilitaba datos importantes. ¿Estaría realmente de su parte? En buena lógica, tampoco podía exigirle que pusiera en peligro su carrera. Monseñor se quedó pensativo.

Estaban tomando ya el café, cuando irrumpió en el reservado el padre Toniolo.

—¿Qué haces tú por aquí? —le preguntó monseñor muy sorprendido.

—Giuliana me ha dicho dónde te podía encontrar.

Miró a De Cesare, dando a entender a monseñor si podía hablar con entera libertad delante de él.

—Es un antiguo alumno mío de la Gregoriana, Gioberti de Cesare. Trabaja con el cardenal Denzinger, pero no te asustes, es un buen amigo. Puedes hablar.

El padre Toniolo había llegado casi sin aliento.

—¿Te ocurre algo? Te veo muy alterado. Toma, esto te animará —y le puso delante un vaso de vino.

—No sé por dónde empezar —dijo, tras tomar un trago y dejar casi vacío el vaso.

—Tranquilízate y cuéntanos.

—Estoy vivo de milagro... Pero otro padre ha pagado por mí. —Después de serenarse, y ante la expectación despertada, prosiguió—: Cada día bajo a la iglesia de buena mañana. Digo la primera misa para las pocas personas que asisten y, a continuación, me siento en el confesonario a esperar que algún penitente se acerque. Pura rutina. Pues bien, hoy, por primera vez en mi vida, he sentido pereza, por lo que he llamado al hermano Osvaldo y le he dicho que no me encontraba bien y que buscara a otro padre para sustituirme. Me he quedado en la cama y he vuelto a coger el sueño, y a las diez el hermano Osvaldo ha empezado a aporrear mi puerta de una manera desconsiderada. ¡Qué pasa!, le he gritado enfadado. ¡El confesonario se ha incendiado con el padre Flavio dentro y hemos tenido que llevarle al Gemelli! No entendía nada. Mi mente estaba bloqueada. Por lo visto, se ha producido un cortocircuito o algo así en mi confesonario, y las llamas han empezado a prender en las ropas del viejo... El confesonario ha ardido como una tea, y el pobre padre no ha podido salir. Menos mal que Osvaldo estaba en la sacristía y ha podido oír los gritos. Cuando ha llegado, ya no se podía hacer nada... Lo han sacado hecho una brasa.

—¿Ha muerto?

—Lo ingresaron en la UVI, pero parece que las quemaduras eran muy importantes... Ha muerto pocas horas después.

Monseñor y De Cesare se miraron consternados.

—Un poco extraño, ¿no te parece? —dijo monseñor a De Cesare—. ¿Se saben ya las causas del incendio?

—Cuando he salido de allí, unos agentes andaban investigando y todavía no habían encontrado nada extraño. Al parecer, el incendio se inició por culpa de una pequeña estufa eléctrica. Yo la utilizo cada día, porque en ese confesonario hace mucho frío, y si estás mucho rato, se te entumecen las piernas. Puede que el padre Flavio le diera demasiada potencia y se recalentara el enchufe... Quizá se durmió con el calorcillo...

—Puede que sea como tú dices. Pero, qué casualidad... —dijo, sin quitarle la vista de encima a De Cesare—. Tu confesonario arde apenas quince días después de la muerte del padre Ubaldini. El padre Bousard también pereció abrasado... ¿Y dices que no han encontrado nada extraño?

La insistencia y las sospechas de monseñor provocaron que el padre Toniolo se pusiera a recapacitar sobre los datos que tenía.

—Hay una cosa a la que no le he dado la mayor importancia, pero ahora que tú lo dices... Una hora antes o así, entró en la sacristía un hombre preguntando por mí. Osvaldo no estaba en ese momento, y el hermano que le atendió, que no sabía nada de la sustitución, le dijo que me encontraría en el confesonario...

—¿Te han dicho su nombre?

—No lo dio; pero el hermano me hizo una breve descripción. Me ha dicho que era un hombre de unos treinta y cinco o cuarenta años, alto y fornido, vestido con un traje oscuro. Bien plantado y que olía muy bien, eso es lo que exactamente me ha dicho. La verdad es que no sé quién puede ser...

—Tú no lo conoces, pero por la descripción que has hecho, yo me atrevería a asegurar que es Robert, el mismo que, según el portero de los jesuitas, visitó al padre Ubaldini horas antes de su muerte.

El padre Toniolo se quedó estupefacto. De Cesare, que había seguido el relato en silencio, no pudo contenerse.

—Monseñor —le dijo, cogiéndole del brazo—, permítame que le diga que usted ve fantasmas donde no los hay...

—¿No te parecen demasiadas coincidencias?

—Casualidades, en todo caso.

—Sea como sea, yo veo detrás de todo esto la presencia de una mano negra...

Días después, un miércoles, monseñor Bergonzi citó a sus amigos en el convento de Santo Tomás de Villanueva. El día y el lugar los desconcertó, pero allí estaban todos: Benavent, Toniolo y el joven Orovay. A medida que iban llegando, monseñor les fue presentando a De Cesare, capellán de la casa, que había ofrecido sus aposentos privados para realizar la reunión. Terminados los saludos de rigor, pasaron al salón que el anfitrión les tenía preparado y se sentaron alrededor de una mesa ovalada, ocupando cada uno el sitio acostumbrado y dejando vacía la silla que solía ocupar el padre Ubaldini. De Cesare, nuevo en aquella tertulia, se sentó a la derecha del bibliotecario, por indicación de éste. Después de guardar un minuto de silencio y de rezar un responso, monseñor Bergonzi tuvo unas cariñosas palabras para el amigo ausente y contó algunas anécdotas que resaltaban su calidad humana.

—Pero no nos pongamos tristes, ya que seguro que él seguirá nuestra reunión desde esta silla con el mismo apasionamiento de siempre.

A renglón seguido, y esforzándose por dar a sus palabras la mayor naturalidad posible, les explicó por qué se habían reunido allí y quién era el anfitrión.

—¿Quieres decir que, durante todo este tiempo, hemos sido espiados por la Congregación de la Fe, y tú te lo has callado? —saltó el padre Benavent lleno de indignación—. ¿Qué pensarán de nosotros?

Monseñor aceptó su reprimenda, pero no sin dejar caer una pulla.

—¿Tanto te preocupa, a estas alturas, lo que puedan pensar de ti? Creía que ya habías dado por cerrada tu carrera...

Uno y otro advirtieron que ése no era un buen camino, y abandonaron ahí la discusión. A continuación, monseñor expuso sus sospechas sobre las misteriosas muertes que habían acaecido, desde la de mlle. Dubouché hasta la del padre teatino.

—Me parece increíble lo que estoy oyendo —volvió a indignarse el padre Benavent—. ¿Cómo puedes pensar tales cosas? ¿Cómo puedes poner en duda, ni por un momento, la moralidad de la Sagrada Congregación de la Fe y del cardenal Denzinger?

Monseñor, sin inmutarse, a sabiendas de que tampoco iba a hacerle mudar de parecer, le respondió:

—¿Ya te has olvidado de la Inquisición y sus métodos, del terrible Paulo IV, del ignominioso caso Carranza, ese compatriota tuyo que pasó su vejez en las mazmorras de Castel Sant'Angelo?

—No quieras compararlos. Aquéllos eran otros tiempos.

La disputa, monopolizada por ellos dos, se fue alargando. Cada uno defendía sus posiciones, que, como los presentes conocían de antemano, eran inamovibles. El

padre Orovay, para distender el ambiente, terció con la excusa de exponer el *statu quo* en que se encontraban las investigaciones.

—No hace falta —le interrumpió el padre Benavent, dando un manotazo—. Sabiendo que la Sagrada Congregación desaprueba nuestras investigaciones, yo abandono desde este mismo momento. La lealtad y la obediencia a la Iglesia, ante todo. Vosotros, si queréis, podéis continuar, pero no contéis conmigo.

—¿Lealtad y obediencia a la Iglesia o a la Curia? ¿O es que tienes miedo? —intervino el padre Toniolo—. Es natural... ¿Quién no lo tendría después de escuchar las sospechas de monseñor? Todo el mundo sigue pensando que el Santo Oficio, aunque cambie cien veces de nombre, continúa detentando un gran poder, y resulta terrible caer en sus garras.

El padre Toniolo, el joven Orovay y el mismo monseñor, aunque no lo manifestaron, también dudaban sobre si debían seguir o no con el divertimento.

—¿Tiene sentido que uno exponga su vida, o al menos su tranquilidad, por un simple juego? —continuó su monólogo el padre Toniolo, mientras los demás le miraban—. Me hago esta pregunta desde que el padre Flavio murió abrasado en mi confesonario. Veo que nuestra investigación no es un juego, cuando otra gente se lo ha tomado tan en serio. El padre Flavio ha dado su vida por una causa que no era la suya, y sin saber ni siquiera cuál... Yo sí que sé cuál es: la verdad. Y, aunque tengo miedo, igual que vosotros, no arrojaré la toalla, continuaré investigando. De este modo, quiero dar sentido a su muerte.

El parlamento les emocionó, y cada uno de ellos se fue adhiriendo, comenzando por monseñor.

—Tienes razón, Luigi —le dijo, aunque en su voz se notaba cierta reticencia—. Lo que significan las vidas del padre Ubaldini, mlle. Dubouché, el padre Boussard y el mismo Serafino Cattani en el pasado, son un motivo más que suficiente para continuar la lucha por la verdad.

—La lucha por la verdad... ¿Qué quiere decir eso? —intervino monseñor Benavent, a quien le había dolido que lo tomasen por un cobarde—. ¿No os habéis puesto demasiado solemnes? ¿Por qué buscar mártires cuando lo único que tenemos son vagas sospechas, suposiciones? Yo, como ya os he dicho, doy por terminado el juego.

A Gioberti de Cesare, que había presenciado la reunión como convidado de piedra, le había conmovido la intervención del teatino.

—«Lucha hasta la muerte por la verdad y el Señor Dios peleará por ti.» He oído esta sentencia a monseñor montones de veces en mis años de la Gregoriana, pero hoy, viéndoles a ustedes, ancianos venerables, tan decididos, tan dispuestos a seguirla, me he emocionado. También yo, aunque llego tarde, me apunto a esta lucha; si me admiten, claro...

—Bueno, monseñor, ya tienes uno más para tu cruzada... —dijo el padre Benavent, entre contrariado y burlón—. Si no fuera por el respeto que me merecen

los muertos, me atrevería a decir que esto es una fantochada.

Monseñor no le replicó. El hecho de que el padre Benavent, a quien consideraba una persona reflexiva y equilibrada, abandonase la empresa, sembró en su ánimo inquietud y duda. No estaba tan seguro como otras veces. «¿Y si, por mi cabezonería, llevase a los otros a un desastre?» Decidió aplazar, para cuando estuviese solo en casa, la reflexión sobre este asunto.

A partir de esta reunión no sólo varió el grupo, sino también los hábitos. Como se acordó allí, las reuniones, por cuestión de seguridad, ya no se celebrarían en casa de monseñor, ni se convocarían los viernes.

—En adelante, todo funcionará de un modo más informal y anárquico, para hacerles creer que ya hemos desistido. Con Gioberti —bromeó monseñor, para rebajar la tensión que se había creado— hemos introducido un submarino en el Palazzo del Sant'Ufficio.

—No lo crea. De cualquier modo, no es suficiente —replicó el aludido—. Habrá que aumentar las precauciones y ser muy prudentes. A medida que la investigación avance, los peligros aumentarán.

Se hizo un embarazoso silencio, con el que se culminaba la enrarecida atmósfera en la que se había desarrollado la reunión. Los tertulianos deseaban que acabase cuanto antes. Qué lejos quedaban aquellas primeras tertulias, tan llenas de entusiasmo y apasionamiento. El padre Orovay, todo hay que decirlo, seguía tomando notas con la aplicación y eficiencia de los taquígrafos del Congreso. Como secretario de actas, se creyó en la obligación de levantar los ánimos y reconducir las conversaciones.

—Sin los *Cuadernos azules* del padre Ubaldini —fue lo último que dijo ese día—, la historia de León XIII y su doble se viene abajo, se queda en pura fantasía; aun teniéndolos, habría que demostrar que son auténticos.

—Una observación muy sensata —le felicitó monseñor.



La última tertulia tuvo lugar un miércoles en casa de Gioberti de Cesare, y después de un lapso de dieciocho días repletos de emociones y nerviosismo, se encontraban de nuevo reunidos allí.

—¿Qué nos tiene que decir de bueno nuestro amigo De Cesare? —preguntó monseñor.

El bibliotecario, el teatino y el joven Orovay estaban ansiosos por saber hasta dónde habían llegado sus averiguaciones en la Congregación de la Fe.

De Cesare tenía una apariencia pacífica, elegantes modales y una forma de hablar dulce. Inteligente, perspicaz y buen dialéctico, era capaz de salirse siempre con la suya, y no por cabezonería, pues le sobraban oficio y argumentos para convencer a su adversario. En opinión de sus colegas, era una persona egoísta y retorcida.

—Sin los *Cuadernos azules* —comenzó su exposición—, no podemos llegar a conclusiones definitivas sobre el doble de León XIII... —Hizo una pausa demasiado prolongada, tal vez para suscitar la curiosidad de los otros, y añadió—: Al menos por el momento.

—Eso ya lo dije yo el otro día —apuntó Orovay, levantando la vista de su cuaderno de notas.

Monseñor adivinaba por dónde iban a ir los tiros.

—¿Por qué dices por el momento? —tomó la palabra el teatino—. ¿Acaso tienes alguna pista nueva?

—Sí y no —respondió de modo sibilino, y prosiguió—. Decía que sin los *Cuadernos* nos quedamos sin pruebas... A no ser que tengamos el propio cuerpo del delito.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Orovay, a quien le estaba resultando insoportable tanta dilación.

—Me estoy refiriendo al cadáver de León XIII.

Hasta ese momento, poco se había hablado de los cuerpos de los papas. Monseñor Bergonzi irrumpió en la conversación.

—Según nos dijo el padre Ubaldini, el fraile Massimo Marchetti, el doble, cuenta en sus *Cuadernos azules* que el auténtico León XIII murió en 1899, mientras él estaba sustituyéndole en una ceremonia. Los cardenales ocultaron su muerte y lo enterraron en secreto en algún lugar de los sótanos vaticanos... ¿No os acordáis? Además, según la carta de Serafino Cattani, el papa que años después agonizó en la cámara pontificia y fue enterrado con todos los honores sería el fraile Marchetti, el doble.

—¿Massimo Marchetti? —repitió el reverendo, que se había hecho un pequeño lío.

—¿Todavía estamos así? Trataré de ser más claro —y repitió lo dicho con otras palabras—. Según refiere Serafino Cattani, en la famosa carta que tanto hemos estudiado, el que agonizó en los aposentos apostólicos, rodeado de cardenales y guardias suizos, fue el fraile Massimo Marchetti, el doble del Papa. El verdadero León XIII ya había muerto cuatro años antes. ¿Me seguís? —miró al padre Toniolo y a De Cesare, que asintieron—. Massimo Marchetti, el papa falso, el que recibió las solemnes honras fúnebres, fue enterrado en la capilla del coro de la basílica de San Pedro. Y allí permaneció hasta 1924, año en que, siguiendo las disposiciones testamentarias de León XIII, fue trasladado a San Juan de Letrán. ¿Lo tienes ahora claro, Orovay?

—Luego el que está enterrado ahora en San Juan de Letrán es Massimo Marchetti, el doble de León XIII, el papa fantasma —repitió el reverendo como si, a pesar de las explicaciones, todavía lo dudase.

De Cesare tomó la palabra que le había quitado monseñor y recalcó lo dicho.

—Sí, el papa fantasma está enterrado en San Juan de Letrán. El verdadero, en los pasadizos secretos del Vaticano... ¡Dios sabe dónde!

—En efecto —remachó monseñor Bergonzi—, si alguien está enterrado en los pasadizos secretos del Vaticano de manera anónima, ése es el verdadero León XIII. Pero ¿dónde encontrarlo? —preguntó, escéptico—. Eso es tan difícil, por no decir tan imposible, como encontrar una aguja en un pajar. Tenéis que saber, y sé de lo que hablo, que el subsuelo de la Ciudad del Vaticano, y no me refiero a la cripta de San Pedro, está formado por un inmenso laberinto de galerías, grutas, angosturas y pasos. Yo lo conozco como la palma de mi mano porque todos los años, cuando no por un motivo por otro, tengo que recorrerlo un par de veces; con frecuencia, por requerimiento de los arqueólogos y los ingenieros que se dedican a su conservación. Alguna de esas galerías se extiende hasta Castel Sant'Angelo. Además, a través de los siglos, se han abierto nuevos pasos y cegado muchos otros...

—Ya sé, monseñor, las dificultades que entraña mi propuesta... —le replicó De Cesare—. Sin embargo, creo tener la clave. Todo ha sido más una cuestión de suerte que fruto de mi trabajo personal...

Con gran parsimonia, y utilizando los incontables registros que sabía dar a su voz, les explicó que el padre Benavent le había entregado el *Manuscrito de Valencia* para que procediera según creyese conveniente.

—Quizá pensó que yo lo entregaría a la Congregación de la Fe. Él no quiere tener problemas. —Después de esa apostilla, continuó—: Como recordarán, en ese manuscrito se habla del viaje que el fraile valenciano Cosme Huguet hizo a Roma y de su estancia en la ciudad.

Al llegar a este punto, monseñor De Cesare se entretuvo refrescándoles la memoria.

—En este relato, muy curioso por cierto, se habla del traslado de los restos de Pío IX a San Lorenzo Extramuros, y del tumulto que se armó...

El padre Toniolo, al ver que De Cesare se excedía en prolegómenos innecesarios, empezó a tamborilear con el bolígrafo.

—Como ya sabemos —se esforzó en no parecer descortés—, éste es un relato más sobre el entierro de Pío IX. En su día, ya cité yo una serie de crónicas que hablaban sobre ese tema...

—Claro que sí —le contestó sin molestarse lo más mínimo por la interrupción—. Pero el manuscrito de fray Cosme Huguet aporta un dato del que no habla ningún otro autor. Un dato que puede resultar decisivo en esta historia.

—Desde hace rato, nos tienes sobre ascuas —le dijo monseñor.

El opusdeísta, sin embargo, no abrevió su exposición. Les recordó cómo el padre Benavent había seguido la pista del cardenal Silvio Corsini, que aparecía en el *Manuscrito de Valencia*...

—Abrevia —se impacientó el padre Toniolo—. Todo eso ya lo sabemos.

—Pues bien, entre los muchos papeles del cardenal Corsini que me entregó el padre Benavent, encontré éste.

Monseñor De Cesare pasó el documento al joven Orovay para que lo leyera. Permanecieron expectantes, esperando oír qué grandes novedades aportaba.

Querido Gian Vittorio:

Habrás pensado que me he olvidado de ti por la tardanza en contestarte; nada más lejos de la realidad. Lo que pasa es que Su Eminencia me tiene siempre muy ocupado, pues, aunque te parezca lo contrario, no es un camino de rosas éste de servir en casa de un cardenal.

—Se trata —aclaró De Cesare— de una carta que el secretario del cardenal Silvio Corsini escribe a su hermano.

Sobre el asunto de buscarte algún acomodo por aquí, no creas que no estoy haciendo gestiones entre mis colegas, y hasta te he recomendado al señor cardenal por ver si él, que tiene tantas influencias, te encuentra algo en casa de alguno de sus amigos. En cuanto a nuestra hermana, el señor cardenal me ha dicho que intentará encontrar una dote para que entre en religión, o, en todo caso, empiece a servir en alguna buena casa católica. Pierde cuidado que te tendré informado de todas estas cosas tan pronto como se produzca alguna novedad.

De mí te podría contar muchísimas cosas, pues ya se sabe que estando en Roma y tan cerca del Papa todos los días ocurre algo.

—¡Mucha atención, que ahora viene lo bueno! —interrumpió de nuevo monseñor De Cesare.

El otro día, sin ir más lejos, me requirió Su Eminencia para que le acompañase a los sótanos del Vaticano. ¡Qué lugares más misteriosos! ¡Unos lóbregos corredores que se bifurcaban una y otra vez, sin fin! Si a uno le dejan solo allí, seguro que se pierde, y puede que muera antes de dar con la salida. Fuimos a parar a una especie de cementerio, lleno de losas que parecían muy antiguas, y con tan poca luz que a mí me dio mucho miedo. Cuando nosotros llegamos, ya había allí otras personas, que debían de ser operarios de los palacios del Papa, todas ellas muy serias, y que habían traído a alguien en unas parihuelas para enterrarlo. Cuando destaparon el sudario pude ver el rostro de un anciano venerable, que parecía estar más dormido que muerto, y de tan grande y extraordinario parecido con el Santo Padre, que, de no saber que en ese mismo momento estaba arriba celebrando un consistorio público, hubiese dicho que se trataba de él.

—¿Se dan cuenta de la trascendencia que tiene este texto? —y, al ver que los otros querían escuchar el relato hasta el final, se apresuró a ordenar al padre Orovay que siguiera.

Lo metieron en una caja de madera y empezaron a enterrarle. Su Eminencia no me dijo quién era, ni yo se lo pregunté, ya que cuando se está en un puesto como el mío y se quiere conservar, hay que ser muy discreto. Su Eminencia siempre me está diciendo que para medrar hay que guardar la regla de oro del Vaticano: ver, oír y callar. Bueno, si te cuento esto, es porque sé que tú no dirás nada a nadie.

Al llegar a este punto, monseñor De Cesare pidió al padre Orovay que dejara de leer.

—No hace falta que continúes. Lo que sigue ya no tiene interés —dijo, y luego, añadió triunfante—: ¿Qué les ha parecido?

Todavía sorprendidos por los nuevos datos, no supieron qué responderle.

—Esta carta está firmada por un tal Virgilio Carbonari, secretario personal del cardenal Silvio Corsini. De haber llegado a su destinatario, no la hubiésemos encontrado en los archivos de Su Eminencia, como es lógico. A mi entender, el propio cardenal Corsini la interceptó por considerar que violaba un secreto de Estado. El tal Carbonari cuenta a su hermano cómo asistió a la inhumación de un anciano en los sótanos vaticanos...

—Por favor, no repitas la historia, que ya nos ha quedado clara —le atajó de nuevo el padre Toniolo.

Monseñor De Cesare hizo caso omiso.

—La carta de Serafino Cattani nos dice que León XIII, o sea fray Massimo Marchetti, su doble, murió en junio de 1903. El enterramiento del que habla Virgilio Carbonari sucede en 1899, cuatro años antes. No hay lugar, pues, a ninguna duda: el

auténtico León XIII fue enterrado en los sótanos vaticanos. Pero yo querría ir más allá. Ya les dije, al principio, que esta carta nos da la posibilidad de encontrar el verdadero *corpus delicti*.

—Explícate —le pidió monseñor.

—¿No ha escrito usted un libro sobre los pasadizos secretos del Vaticano? ¿No los conoce al dedillo?

—En lo que cabe, casi como la palma de mi mano...

Monseñor Bergonzi cayó en la cuenta de lo que, de manera velada, le estaba proponiendo De Cesare.

—¿Qué insinúas, que pasemos a investigar otro tipo de pruebas?

—¿Y por qué no, si esta carta nos dice a las claras dónde está enterrado el verdadero León XIII?

Al día siguiente volvieron a reunirse en el mismo lugar y a la misma hora. Monseñor Bergonzi vino cargado de planos y libros. De Cesare no se podía imaginar que la Congregación también le espiaba, y que había instalado en sus aposentos de Santo Tomás de Villanueva un perverso *eye toy*, un sofisticado sistema de videotelefonía de última generación.

—¿Se contentarán estos chicos de monseñor Bergonzi con localizar la tumba o querrán excavarla? —preguntó en la sala 3A uno de los espías.

Los tertulianos, completamente ajenos a la vigilancia a la que eran sometidos, parecían contentarse con encontrar la tumba, para corroborar de ese modo la historia del papa fantasma.

—Una cosa es investigar por divertimento, cómo fue el móvil en su origen —dijo el padre Toniolo, excitado—, y otra, muy diferente y arriesgada, es meterse a salteadores de tumbas...

—En pocas palabras, tienes miedo —le echó en cara monseñor—. Aún estás a tiempo de hacerle compañía a Benavent...

—No es eso... —replicó el teatino, y afirmó sin entusiasmo—: Yo haré lo que se decida hacer.

El que sí se mostraba dispuesto y entusiasmado era el padre Orovay. Su juventud lo hacía tan temerario como irresponsable. La carta de Virgilio Carbonari le había impresionado. Quizá imaginaba las mil aventuras que podían suceder en los pasadizos secretos del Vaticano.

—A ver, déjame esa carta de Virgilio Carbonari —le pidió monseñor a De Cesare, y releyó con detenimiento el fragmento en cuestión—: «Fuimos a parar a una especie de cementerio, lleno de losas que parecían muy antiguas, y con tan poca luz que a mí me dio mucho miedo». Un cementerio lleno de losas muy antiguas, con poca luz...

Monseñor leyó el fragmento varias veces, tratando de averiguar el lugar exacto al que podía referirse el tal Carbonari, pues había tres pequeños cementerios similares al que describía. Los otros contertulios guardaban silencio para no distraerlo.

—Ya tengo claro de qué lugar se trata —dijo, al fin—, y cómo llegar hasta él sin levantar sospechas. No es, por fortuna, de difícil acceso. Si os apetece hacer una excursión por los sótanos vaticanos... —Y levantó la voz como si alguien estuviera escuchando detrás de la puerta—. El lugar que describe Virgilio Carbonari no puede ser otro que el que está situado entre el cementerio de la cruz torcida, como nosotros lo llamamos, y el cementerio de Honorius Ostiensis. De los tres, es el que menos luz tiene.

El padre Toniolo interrumpió la tertulia en este punto.

—¿Es imprescindible bajar a las criptas?

—Ya te he dicho que si no te encuentras con fuerzas, no vengas; a ver si te va a dar un infarto... No quiero cargar sobre mi conciencia con más muertes.

—¿Cuántas criptas hay? —preguntó con ánimo bien distinto el padre Orovay.

—Hablando con propiedad, sólo existe una cripta, la de la basílica de San Pedro, donde están enterrados los papas. Debajo de ella está la necrópolis romana que, como todos sabéis, mandó excavar Pío XII. Pero, además, existen un sinfín de túneles y pasadizos que comunican entre sí los distintos palacios vaticanos, y alguno llega hasta Castel Sant'Angelo. Sería largo hablar ahora de todo eso. Quien quiera documentarse más a fondo que lea mi libro.

No era la primera vez que salían a colación en las tertulias de los viernes los túneles y sótanos secretos del Vaticano. Ya se había hablado de ellos, aunque de pasada, cuando el padre Ubaldini comentó los *Cuadernos azules*, pero ahora se trataba de localizar un lugar concreto en ese laberinto.

—Massimo Marchetti, el doble de León XIII —cerró monseñor la digresión para volver al tema que les ocupaba—, dejó escrito en sus cuadernos que, durante algún tiempo, vivió en uno de esos sótanos, sin especificar en cuál. También explica que recorrió un largo pasadizo hasta llegar al lugar donde se había sepultado al Papa, sin precisar con rigor el punto exacto del enterramiento.

—¿Será el mismo lugar al que alude Virgilio Carbonari en su carta? —preguntó intrigado monseñor De Cesare.

—Creo que sí —le confirmó—. Lo que pasa es que los que enterraron el cadáver de León XIII bajaron a los sótanos por un camino distinto al que utilizó después Massimo Marchetti.

—Digamos que unos y otros —puntualizó De Cesare— desembocaron en el mismo lugar, pero entraron por pasadizos diferentes.

—En efecto. De ahí que las descripciones difieran aparentemente.

Y al ver el interés que mostraban los contertulios, a excepción del padre Toniolo, que continuaba con la cara larga, monseñor mandó desalojar la mesa y extendió los planos que había traído.

—He aquí —les dijo con tono profesoral— los planos del subsuelo vaticano, aunque por razones de seguridad, como es lógico, no tienen la precisión y el detalle que quisiéramos.

Todos se inclinaron sobre la mesa, atentos a sus explicaciones.

—Dos lugares de referencia son importantes en nuestro caso: éste y este otro —y señaló dos puntos sobre el plano.

Con sólo conocer un poco la Ciudad del Vaticano y entendiendo algo de planos, era muy sencillo reconocer que estaba señalando la basílica de San Pedro y la capilla Sixtina. Cuando se aseguró de que todos se habían situado, continuó:

—Por aquí descenderemos a la necrópolis —les empezó a decir, como si fuese un jefe exponiendo a su banda los entresijos del golpe que iban a realizar, dando por supuesto que iban a realizar esa expedición aventurera—. Siguiendo los túneles que

están marcados en rojo, llegaremos al lugar de las losas sepulcrales, al que se refieren Marchetti y Carbonari. Ese pequeño cementerio cae poco más o menos aquí, en la capilla Sixtina; mejor dicho, en su subsuelo, en los sótanos...

Mientras les explicaba los pormenores del terreno y lo que iban a encontrarse por el camino, les fue señalando cuáles de todas aquellas intrincadas líneas de colores, que se cruzaban y entrecruzaban como si fuesen las de un metro, debían seguir.

—También podríamos llegar al mismo lugar —dijo después de haberles explicado el itinerario—, sin necesidad de partir desde la necrópolis vaticana. En este caso, haríamos la misma ruta que los enterradores de León XIII. —Señaló unas líneas de otros colores que procedían de puntos opuestos—. Quizá sea un camino más corto...

—¿Entonces? —le interrumpió De Cesare, al ver que dudaba.

—Puede que sea más corto, pero no más fácil —respondió—. Esta parte de los palacios apostólicos está siempre muy vigilada. Aquí está el patio de San Dámaso; aquí están las casernas de la guardia suiza... Un grupo como el nuestro no pasaría inadvertido. Además, al desviarnos de las calles y plazas habituales para buscar la entrada de los sótanos, levantaríamos sospechas al instante.

—Perdone que le interrumpa —preguntó muy intrigado el padre Orovay—. Si como nos dijo el padre Ubaldini, el verdadero León XIII murió en sus aposentos privados, que están en la cuarta planta, y desde allí llevaron su cadáver a esos sótanos que usted dice, ¿qué camino recorrieron para que nadie les viera?

—Me parece que ya habíamos hablado de esto —le contestó, y repitió la explicación que creía haber hecho el día en que el padre Ubaldini les había relatado la historia de los *Cuadernos azules*—. Según mi opinión, los cardenales y servidores que trasladaron a enterrar el cuerpo de León XIII utilizaron los pasadizos secretos a los que me estoy refiriendo, a los que se puede acceder desde los aposentos privados del Santo Padre.

Como monseñor vio que no habían comprendido nada, tuvo que ser más concreto.

—En mi libro todo está mucho mejor expuesto, pero, ya que os empeñáis, os ahorraré la molestia de leerlo. Os haré un breve resumen. Los papas, tras la pérdida de la ciudad de Roma y de los Estados Pontificios, trasladaron su residencia, del Quirinal a los palacios del Vaticano; desde entonces, han ocupado como aposentos privados los que todo el mundo conoce, porque sus ventanas dan a la plaza de San Pedro. Pues bien, en esas dos habitaciones, más que contiguas, adosadas, hay dos chimeneas renacentistas muy grandes: una está en la antesala de la alcoba donde duerme el papa y la otra en el despacho donde trabaja, pero las dos tienen el mismo conducto de humos...

—¿Quiere usted decir que están espalda contra espalda? —quiso asegurarse el reverendo de que le había entendido bien.

—No exactamente, pues entre los cañones de humo de ambas chimeneas, que son independientes, existe un hueco muy amplio en el que hay una escalera. Sin embargo, si miráis el tejado desde el exterior, sólo veréis una única boca, pero...



—A ver si me aclaro —insistió el padre Orovay—. Según esto, tendríamos dos chimeneas y, entre ambas, la caja de una escalera secreta.

—Perfecto. Lo has entendido muy bien. La pared del fondo de una de esas chimeneas se puede franquear a través de un sofisticado mecanismo, como ocurre con otra parecida que hay en los apartamentos de los Borgia. Tras esa pared movable está la amplia escalera que desciende hasta los sótanos y desemboca en un pasadizo que, a su vez, conduce a esa especie de cementerio del que hablábamos, y que está justo debajo de la capilla Sixtina.

—Tal como tú lo cuentas, Giuseppe, parece una intrincada novela de misterio —comentó el padre Toniolo.

—No, *caro amico*, este tipo de pasadizos y puertas secretas son muy frecuentes en los palacios antiguos. Pura cuestión de seguridad.

—Me he expresado mal —se corrigió—. Quería decir si todavía hoy existen estos pasadizos y escaleras secretas...

Tal como se explicaba el teatino, dio a entender que había comprendido poco o nada, aunque los otros tampoco habían comprendido mucho más. A decir verdad, les resultaba muy difícil hacerse cargo de las explicaciones, teniendo como referente unos planos no menos enrevesados. Parecía que estuviesen jugando a la gallinita ciega, por lo que monseñor intentó exponerlo de otra manera.

—Pío XII, poco después de ser elegido papa, emprendió unas excavaciones arqueológicas bajo la basílica de San Pedro, en busca de la tumba del Apóstol. Éstas se iniciaron en 1940. ¿No os dice nada esa fecha? —Y, sin esperar a que alguno le confirmase que en ese año ya había estallado la Segunda Guerra Mundial, continuó —: No creo que la tumba de san Pedro fuese su objetivo. No era el momento más adecuado para dedicarse a exploraciones arqueológicas...

—¿Qué quiere decir? —saltó, picado de curiosidad, el padre Orovay.

—A mí modo de ver, las exploraciones arqueológicas fueron una tapadera para encubrir la construcción de un búnker. Muchos de los túneles, que habían sido olvidados, fueron reabiertos y acondicionados. Se construyeron otros nuevos, y sucedió lo mismo con los pasadizos secretos de los palacios apostólicos, como el que hay tras las chimeneas. Pío XII organizó un verdadero laberinto para su protección personal, que utilizó, también es cierto, para salvar a muchos judíos.

—Monseñor no ha respondido a mi pregunta —recordó el padre Toniolo, dirigiéndose a los otros.

—Te contesto ahora —le replicó—. Los túneles y pasadizos secretos continúan existiendo hoy, aunque están en desuso, como también lo está ese lugar de las losas sepulcrales. Juan XXIII hizo cegar la chimenea que daba a sus aposentos e inutilizó de ese modo la escalera secreta. ¿Está claro?

Nadie respondió.

—Ya veo que os habéis quedado *in albis*. Si os decidís a bajar, entenderéis a la primera lo que os he expuesto... —Monseñor, un poco frustrado, comenzó a doblar el

gran plano que había sobre la mesa—. Ahora hay que concretar si se hace la incursión exploratoria al lugar del enterramiento de León XIII, y, en caso informativo, qué día.

Vista desde la cúpula de San Pedro, la Ciudad del Vaticano es un conglomerado de antiguos palacios y modernas edificaciones; parece una ciudad en miniatura. Pocos turistas se imaginan la cantidad de salas, cámaras y recámaras, aposentos, logias, patios, escaleras y galerías que hay en su interior. ¿Quién puede vanagloriarse de conocer al dedillo todos sus recovecos? Y, restringiendo aún más la pregunta, ¿quién está al tanto de todos los escondrijos de al menos uno de esos palacios? ¿Conoce el cardenal Denzinger el Palazzo del Sant'Ufficio a fondo? ¿Sabe el Papa qué hay detrás de la chimenea renacentista de su biblioteca privada, o adónde da esa puerta que ordenó tapiar uno de sus antecesores? Monseñor Bergonzi, a punto de celebrar sus bodas de oro como alto funcionario de la Biblioteca Apostólica, había intervenido en la creación de las nuevas cámaras acorazadas de hormigón y acero de los archivos secretos. Y conocía, lo que le hacía sentir muy orgulloso, las grutas y pasadizos del subsuelo vaticano.

El sábado siguiente a la fiesta de la Asunción, a las nueve de la mañana, minutos después de que la basílica de San Pedro abriera sus puertas, los tertulianos esperaban al pie de uno de los cuatro descomunales pilares que sostienen la cúpula de Miguel Ángel. Estos son inconfundibles; cada uno de ellos es tan grande como el Miguelete de la catedral de Valencia. Del primero a la izquierda, llamado de San Andrés porque su hornacina alberga la gigantesca imagen de ese apóstol esculpida por François Duquesnoy, discípulo de Bernini, parte la escalera que peregrinos y turistas utilizan para descender a la cripta de la Confesión. Si el sacristán mayor hubiese pasado por allí, seguro que no le hubiese llamado la atención ese grupito madrugador y silencioso. Quizá, viéndolos tan graves y callados, los hubiese confundido con cristianos viejos de alguna iglesia reformada. Pero lo que nunca hubiese podido adivinar era el nudo de nervios que apretaba sus estómagos. A las nueve y media, tras media hora de espera que se les había hecho eterna, llegó monseñor Bergonzi acompañado de un desconocido.

—El profesor Claudio Caprara —dijo, durante las aligeradas presentaciones—. Uno de los mejores arqueólogos del Vaticano, buen amigo mío y persona de mi entera confianza. Él nos va a acompañar.

*Il professore*, bajo, redondo, fuerte, con el cabello blanco y ralo, nacido en la campiña romana, como a él le gustaba repetir para crear un ambiente de camaradería, ocultaba, bajo esa imagen bonachona y rural, a un sabio prestigioso. Por sus palabras, los tertulianos dedujeron que estaba al corriente de las reuniones de los viernes. En silencio bajaron a la cripta de San Pedro, donde hicieron una brevísima parada.

—Las primeras excavaciones las ordenó Pío XII —les explicó cuando se hallaron ante la tumba de éste—. Al rebajar el nivel del suelo de la cripta, se produjo un

hundimiento, y por ese agujero se hicieron los primeros sondeos. Era un hecho conocido que Constantino había edificado su basílica sobre la necrópolis de Nerón. Algunas sepulturas habían aparecido ya en el siglo XVII, debajo del atrio de la basílica y en la plaza de San Pedro, pero fue en tiempos de Pío XII cuando se llevaron a cabo excavaciones sistemáticas...

—¿Qué es eso? —preguntó curioso el padre Orovay, al pasar por delante de un pedestal cuya estatua estaba cubierta por una tela.

—Es la estatua de San Pedro atribuida a Arnolfo di Cambio. Unos desconocidos se llevaron, después de romperla, la mano que sujeta las llaves...

—No me había enterado de esa profanación —dijo monseñor—. ¿Alguna gamberrada?

—O algo peor. No quiero ser alarmista, pero en estos últimos meses han ocurrido una serie de hechos preocupantes. El portavoz de la gendarmería ha desmentido que sean obra de algún movimiento fundamentalista, como algunos han querido interpretar... Pero, según se rumorea, días antes de la tragedia de Madrid, los guardias de seguridad de la basílica encontraron una mochila cargada de explosivos en la cúpula de San Pedro, que era en todo muy similar a las que estallaron en los trenes de la estación de Atocha...

—¿Goma dos unida a un teléfono móvil? —se dejó llevar por la curiosidad el padre Orovay.

—Ya he dicho que son rumores. A ciencia cierta, no se sabe nada. Y si alguien lo sabe, se lo calla. En estas cosas hay que ir con pies de plomo. Primero, la mochila; luego, la mano de San Pedro...

—Acabo de leer en un periódico español que en Almusafes, un pueblo de Valencia —añadió Orovay—, unos desconocidos han quemado la bandera de la Santa Sede que colgaba del campanario de la iglesia. —Al ver que los demás hacían gestos de incredulidad, añadió—: Sé que parece increíble, pero es cierto. ¿Estará el Vaticano en el punto de mira de los fundamentalistas islámicos?

—Desde la masacre de las Torres Gemelas, vemos la sombra de los fundamentalistas por todas partes —dijo monseñor, restando importancia a la anécdota.

No se detuvieron mucho rato en la cripta de la Confesión, pues el objeto de su visita no era ése, pero tampoco lo hicieron muy de prisa para no levantar ninguna sospecha. Todos eran conscientes de que tenían que caminar como turistas que siguieran atentos las explicaciones de su guía, y así lo hacían.

—Ahora —les dijo con cierta solemnidad el arqueólogo— entraremos en la capilla de Santa Matilde, y por ahí descenderemos a la necrópolis de Nerón.

Entraron en la capilla y el profesor Caprara sacó una llave y abrió una puerta que estaba integrada en el mosaico que cubría una de las paredes. La perfección de la obra era tal que resultaba imposible que el turista más avisado, de no estar sobre

aviso, se diera cuenta de su presencia. Todos se quedaron boquiabiertos, mientras parte del mosaico cedía.

—Este mosaico es lo que los franceses llaman un *trompe-l'oeil* —les explicó—. Se utilizaba mucho en palacios y castillos para crear ilusiones ópticas tan reales que engañaran a la vista; de ese modo se camuflaban escondrijos y puertas secretas. También se ha utilizado en cúpulas y bóvedas de iglesias para dar mayor profundidad a los espacios. Aquí, como ustedes mismos pueden comprobar, la intención del papa que encargó este mosaico fue la de camuflar la puerta.

—¿Para qué? —preguntó de nuevo el padre Orovay.

—Los poderosos —se adelantó monseñor al arqueólogo—, incluyendo los papas, sufren de manía persecutoria, ven enemigos por todas partes. Y lo primero que hacen es crearse búnkers o excavar túneles por donde poder escapar en caso de peligro.

El arqueólogo movió ligeramente la cabeza, y parecía estar en desacuerdo con la explicación de monseñor, pero no dijo nada.

Detrás de la puerta, por cuya abertura sólo podía pasar una persona, y con alguna dificultad si era muy corpulenta, partía una escalera, inesperadamente ancha y cómoda de bajar. Una vez que todos estuvieron dentro, el profesor la cerró. Al llegar al primer descansillo, ya se divisaba parte de la necrópolis.

—Por el lado sur —les explicó, mientras se lo señalaba—, el pavimento de la actual basílica se levanta unos siete metros sobre el nivel del suelo. Esta altura disminuye hacia el otro lado, y así se puede apreciar cómo la basílica de San Pedro está edificada sobre la ladera de la colina vaticana, que en este lugar descendía de manera muy pronunciada. Por eso, mientras que por el lado sur fue necesario levantar imponentes muros para salvar el desnivel, por el norte, en cambio, hubo que desmontar el terreno.

Al llegar a este segundo subsuelo, los tertulianos tuvieron la impresión de entrar en una ciudad muerta y silente.

—No hay sol, y la luz que alumbra está muerta —comentó monseñor De Cesare.

Tan sólo monseñor Bergonzi y el profesor Caprara conocían este mundo. Ninguno de los otros, incluido el padre Toniolo, que llevaba tantos años viviendo en Roma, había sentido nunca la tentación de bajar.

—Los monumentos sepulcrales se alinean en dirección oeste-este en el declive de la colina —les dijo el profesor—. Nosotros seguiremos esa misma dirección para llegar al túnel que va desde este subsuelo de la basílica hasta Castel Sant'Angelo.

Comenzaron a caminar, y sobre la marcha, el profesor Caprara les fue explicando los mausoleos que iban surgiendo a su paso.

—Todos son del siglo II y posteriores, aunque la necrópolis ya existía cuando Nerón mandó construir su circo en esta misma colina.

Por el camino también les fue mostrando los mosaicos mejor conservados.

—Éste representaba a Hermes sacando a Perséfone del Hades. Miren esos otros que decoran aquellos muros...

De esta manera, les fue explicando el significado de las escenas mitológicas o los detalles curiosos. La peregrinación se fue haciendo tan interesante, que casi olvidaron cuál era su auténtico objetivo.

—Éste es el mausoleo que Valerio Herma erigió para él y su familia —volvió a detenerse y les señaló—. Los frisos y relieves figurativos son de estuco. Como pueden comprobar, son de una alta calidad artística. Miren en esa pared del fondo la representación de bacantes y sátiros danzantes: sorprenden por su graciosa soltura. Miren los Hermes, que están representados allá arriba: llevan unas impresionantes cabezas de fantasía...

—Entre los griegos —intervino monseñor—, el dios Hermes, hijo de Zeus, velaba y protegía a los caminantes; también a los muertos en su último viaje.

—Fíjense en esos toscos dibujos que aparecen en el nicho principal. Según algunos, se trata de las cabezas de Cristo y san Pedro. Junto a la del Apóstol hay una inscripción muy borrosa, en la que la epigrafista Guarducci, tal vez con demasiada imaginación, ha podido leer: «*Petrus roga Christus Jesús pro sanctis hominibus Chrestianis ad corpus tuum sepultis*». (Pedro, ruega a Jesucristo por los santos hombres cristianos sepultados junto a tu cuerpo.)

Mezcladas con las sepulturas paganas, había alguna que otra cristiana que el arqueólogo les iba indicando. A propuesta de monseñor, se detuvieron ante un mausoleo de reducidas proporciones. Tres de sus paredes y la bóveda estaban revestidas de mosaico, y aunque habían perdido parte de las teselas, aún conservaban la traza del dibujo preparatorio.

En la pared del fondo estaba representado un pescador con el anzuelo y dos peces en actitud de morderlo. El diseño era elegante, en especial la juvenil figura del pescador. En otra pared aparecía la historia de Jonás: el monstruo marino se tragaba al profeta, cuyas piernas se hallaban en la garganta del pez. En el barco, que navegaba con las velas desplegadas, se veían dos marineros con la mano levantada. En la pared oeste, que ya no tenía ninguna tesela de mosaico, aún se podían adivinar los restos de las figuras representadas: el Buen Pastor con una oveja a cada lado. De todas las escenas, la mejor conservada se hallaba en la bóveda. En medio de unos exuberantes pámpanos de vid, que cubrían todo el techo, aparecía el dios Helios, erguido sobre el carro solar, guiando los blancos caballos que lo arrastraban. Su cabeza estaba rodeada por un nimbo con destellos, y en la mano derecha sostenía la bola del mundo.

—Este mausoleo —afirmó monseñor, después de haber hecho oportunas observaciones sobre todo lo que allí aparecía— puede datarse con toda seguridad, y que me corrija el profesor Caprara si me equivoco, antes de finales de la segunda centuria y es, por sus representaciones, netamente cristiano.

—¿Y esos ramajes de vid? Los acabamos de ver en tumbas paganas —señaló con malicia el padre Toniolo, queriendo poner en dificultades a su amigo.

—Es cierto —le replicó—. En los misterios de Dioniso o Baco, esos ramajes de vid, que tú dices, significan la bienaventuranza eterna. Puede que los cristianos los tomaran prestados de los cultos báquicos, pero también en la cultura judía tenían idéntico significado...

El padre Orovay, aprovechando la presencia del arqueólogo, expresó su interés por visitar *in situ* la tumba de san Pedro y oír de primera mano su opinión. Para complacerlo, el profesor Caprara los hizo volver sobre sus pasos.

—Situémonos... Aquí estamos debajo del altar mayor de la basílica. —Y, señalando una pared de ladrillo y yeso, cubierta de *graffiti*, les dijo—: Delante nuestro se encuentra el denominado *Muro Rosso*, la tumba de San Pedro.

Lo dijo con cierta sequedad profesional. Todos miraron, pero, a decir verdad, con curiosidad y poca emoción.

—No parece que esté usted muy convencido —dijo el padre Orovay.

—Muy buena observación —reconoció el arqueólogo—. Las excavaciones de Pío XII, como las de Pablo VI, estuvieron tan llenas de irregularidades que invalidan cualquier conclusión científica...

—¿Qué quiere decir con eso? —volvió, fisgón, el reverendo.

—Falta de rigor en las anotaciones llevadas a cabo durante los trabajos. Manipulación de muchos hallazgos. Escasa documentación fotográfica de los momentos claves. Intervenciones al margen de los arqueólogos oficiales, como las de monseñor Kaas, que sabotó muchos de los procedimientos...

—Eso es muy fuerte —comentó monseñor De Cesare.

—No sé cómo la Santa Sede contrata a arqueólogos como usted —intervino socarrón el padre Toniolo—, que, en vez de cimentar nuestra fe, nos la echa por tierra. Estos trabajos deberían confiarse a arqueólogos católicos de lealtad probada.

El profesor captó la broma y sonrió sin hacer ningún comentario.

—¿Qué hay de los huesos de San Pedro? —insistió de nuevo el padre Orovay, que parecía regodearse con las respuestas de Caprara.

—En la primera excavación se encontraron algunos huesos... De cabras, ovejas, vacas, cerdos y un pollo. También se hallaron restos de un esqueleto que Pío XII guardó durante catorce años en sus aposentos, creyendo que habían pertenecido a san Pedro. Estudios forenses posteriores, más rigurosos, demostraron que esos restos eran incompletos y correspondían a varias personas. Concretamente, había huesos de dos hombres, una anciana, además de veintinueve fragmentos de cráneo...

—¿Cuáles de ellos correspondían al Apóstol? —quiso tirarle de la lengua el padre Orovay.

El arqueólogo se encogió de hombros.

—Esperaba más... —dijo el padre Orovay.

—Pues eso es todo lo que hay.

Al ver la decepción en sus rostros, monseñor Bergonzi tomó la palabra.

—Ya sabía yo que la tumba de san Pedro acabaría decepcionándoos.

—La arqueología no puede dar más de sí —añadió *il professore*—. No se la puede forzar, ni exigirle evidencias. ¿Qué quiere que les diga?

Tras dejar atrás la tumba de san Pedro, se encaminaron hacia el pie de la basílica. De Cesare caminaba en silencio. Desde que había comenzado el itinerario por el subsuelo vaticano, había participado poco en la conversación. El tema que se había suscitado le había parecido muy vidrioso, y, como siempre que se trataban cuestiones que podían menoscabar la credibilidad de la Iglesia, se sentía incómodo y prefería callar.

—¿Qué es eso? —preguntó, curioso, Orovay que no tenía suficientes ojos para escudriñar tantas novedades.

Señaló un gran muro, que no era sino una de las gigantescas basas que sostienen la cúpula de Miguel Ángel. Y ésa fue la explicación que le dio el arqueólogo.

—No —corrigió el otro—. Me refiero a esas inscripciones medio borrosas que se ven.

—Bueno, yo había querido evitar este encontronazo —dijo con el rostro demudado— para no crear más inquietud entre ustedes, pero ya que el joven reverendo lo ha descubierto, se lo explicaré... —Hizo una pausa, ya que dudaba cómo hacerlo—. Pocas semanas antes del 11-M de Madrid, aparecieron en esos muros unas pintadas alusivas a la guerra de Irak, que, como es natural, fueron borradas. Eran frases poco tranquilizadoras...

—¿Como cuáles?

—«El hacha ya está puesta a la raíz del árbol»... «Fuera los infieles de Tierra Santa»... Y alguna más por el estilo.

—La primera frase es una cita del Evangelio —observó el padre Toniolo.

—Lo sé. Estaba escrita sobre uno de los muros maestros que sostienen la basílica —recalcó el arqueólogo—. Eso es lo preocupante. A los musulmanes les gustan los símbolos, y esa pintada fundamentalista es una amenaza muy clara. La raíz del árbol es el Vaticano... El hacha, la goma dos. No hay que tener mucha imaginación para adivinar...

—Podría tratarse de alguna gamberrada... —terció el padre Toniolo.

—¿Una gamberrada? No fue ésa la opinión de los servicios de seguridad del Vaticano. Poco tiempo después apareció la mochila con explosivos en la cúpula, la mano rota de San Pedro... Desde entonces, esta necrópolis ha quedado cerrada al público.

—¿Y cómo pudieron llegar hasta aquí esos terroristas, en el supuesto de que las pintadas sean obra suya? —quiso saber Orovay.

—El mismo hecho de que nosotros estemos aquí demuestra que no es difícil; y eso es lo preocupante. Por mucho control y vigilancia que haya... Siento haberles metido el miedo en el cuerpo...

El grupo continuó el camino en silencio y con pocas ganas de hacer preguntas. Al fin llegaron ante una puerta de hierro que estaba cerrada.



—Tras esta puerta —les indicó monseñor— está el túnel que nos conducirá al lugar de la tumba de León XIII.

El arqueólogo puso cara de no compartir esa tesis.

—¿Cómo la abrimos? —preguntó De Cesare, sospechando que no tenían la llave.

—Empujando —dijo monseñor, siendo el primero en dar ejemplo.

Sin embargo, fue necesaria la fuerza conjunta de todos para mover, tras sucesivos envites, la batiente de hierro que, por fin, cedió. Un enorme gato negro saltó con grandes maullidos, dándoles un susto de muerte.

—¿De dónde sale éste? —manifestó su extrañeza monseñor.

El profesor Caprara, con precaución, acabó de abrir la puerta, que aún se resistía. Se adelantó para dar ejemplo e intentar levantar el ánimo decaído que traían los demás. Tras introducirse en la galería, oscura como la boca del lobo, palpó por si había algún interruptor de la luz.

—No busques, Claudio, que no hay ninguno —le dijo monseñor—. Durante un trecho caminaremos a oscuras.

El padre Toniolo no quiso ser el primero en pasar cuando el arqueólogo les invitó a hacerlo y durante todo el recorrido, puso mucho cuidado en no quedarse tampoco el último. Para el padre Orovay, en cambio, comenzaba la aventura.

—¿Ese gato negro será un signo de mal agüero? —dijo con ganas de chincar el padre Orovay.

—¡Por favor! —le cortó monseñor, que no secundó la broma. Y, mientras palpaba las paredes y bóvedas de cemento, dijo—: Como había apuntado antes, el objetivo de Pío XII al ordenar las excavaciones de la necrópolis fue la construcción de un búnker. Lo de la tumba del Apóstol fue una mera excusa.

Monseñor no sabía muy bien si le estaban escuchando o no, pero estaba seguro de que todos agradecían que alguien rompiera el denso silencio. La oscuridad era absoluta, y sólo a medida que iban avanzando, el punto luminoso que veían al final de aquel túnel se fue agrandando.

—El tendido eléctrico era de los años cuarenta —remarcó monseñor más por seguir hablando que por dar una explicación—, muy malo; y como este pasadizo está fuera de uso...

Después de caminar un largo trecho, siempre en dirección norte, llegaron a un lugar en que la galería se bifurcaba.

—Nosotros continuaremos por ésta —les informó monseñor—. La otra va por debajo de los museos hasta el *Braccio Nuovo*, muy cerca de donde se han construido las cámaras acorazadas de los nuevos archivos secretos.

No era fácil orientarse desde abajo, así que dieron por buena la explicación. Aunque parecía que el camino, después de la bifurcación, debería estrecharse, ocurrió todo lo contrario; y no sólo eso: el aire, antes enrarecido, circulaba ahora como si alguien hubiese abierto de repente alguna puerta. Fue el padre Toniolo quien les hizo notar esto.

—En efecto —le contestó el arqueólogo—, estamos muy cerca de una de las antiguas torres del siglo XVI que se construyeron para iluminar y también servían para mejorar la ventilación.

La galería fue iluminándose y ensanchándose, hasta llegar a formarse una especie de plazoleta ovalada. Monseñor ordenó que se detuvieran allí.

—Este es el que nosotros denominamos cementerio de Honorius Ostiensis. El nombre le viene de esa tumba de ahí, donde se supone que está enterrado el papa Honorio, uno de los cuarenta y tantos antipapas que ha tenido la Iglesia de Roma. Esa otra losa sepulcral con la cruz torcida es la tumba de San Sotero, el duodécimo sucesor de San Pedro. El papa Paulo IV debió de ver poco clara su legitimidad cuando ordenó que sus restos fueran exhumados de la basílica vaticana y ocultados aquí. Y esa losa que está en medio, con esas dos grandes anillas de hierro y sin ningún nombre, no puede ser otra que la tumba de León XIII.

—¡La tumba del verdadero León XIII! —subrayó el padre Orovay.

—En efecto. Según he deducido de las referencias que dan Massimo Marchetti y Virgilio Carbonari, éste es el lugar donde enterraron a León XIII.

Todos se quedaron observándolo con atención, sin saber muy bien qué hacer.

—¿Qué dices, De Cesare? —preguntó monseñor, ya que había sido iniciativa suya venir hasta allí.

El profesor Caprara, sin esperar a que nadie le diese orden alguna, se había acercado hacía rato a la losa sepulcral *sine nomine*, y la observaba de cerca, alumbrándose con la lámpara que había sacado de su mochila.

—También hubieses podido sacarla antes —le reprochó monseñor.

—Había olvidado que la traía. —Y, sin más explicaciones, les dijo—: Ustedes no lo ven desde ahí, pero me parece que hay una inscripción.

El profesor enfocó la linterna y pudieron leer: «H.L.XIII.I.»

—¿Qué puede significar ese grupo de letras? —le preguntó a monseñor.

Todos se fijaron en el ángulo inferior derecho de la losa y fueron repitiendo las letras.

—¿No será —se precipitó el padre Orovay— una enumeración en clave?

—No creo —respondió monseñor, intrigado—. Ése no es un modo de enumerar. Las tumbas de aquí abajo, al menos, no están referenciadas de ese modo. —Tras un momento de cavilación, añadió—: Puede que se trate de una inscripción abreviada.

—La L seguida de XIII —dijo el arqueólogo— bien pudiera significar León XIII...

—¿Y la H inicial y la I final? —preguntó el padre Orovay.

Monseñor, que no quitaba los ojos de aquellas letras, cayó al fin en la cuenta.

—La H será la abreviación de *Hic* y la I de *iacet* —dijo, y descifró el conjunto—: «Aquí yace León XIII». Eso es lo que está escrito. —Después de una pausa, comentó—: Puede que Massimo Marchetti, en los versos de su acróstico, «*In castello Sancti Angeli, alter leo iacet*», no se refiriese al bargueño, donde nuestro amigo Ubaldini

sólo encontró recortes de periódicos, sino a este lugar... Que no es casualidad que caiga cerca del mausoleo de Adriano.

—¿Y por qué no a las dos cosas? —terció De Cesare, corrigiendo a su maestro—. Quizá Massimo Marchetti se refiriera tanto al bargueño como a este lugar; en el primero, el cardenal Rampolla encontró los periódicos que también halló el padre Ubaldini, y, sin duda, los *Cuadernos azules*, que, luego, para mayor seguridad, camufló junto con una serie de «Documentos varios y papeles sin interés», en la *busta* 23. ¿No os acordáis? Y, naturalmente, el acróstico también puede referirse a este lugar, donde reposa el cuerpo del verdadero León XIII.

—Aguda observación. Puede que no andes desencaminado —reconoció monseñor, satisfecho por tener un discípulo tan sagaz.

Mientras conversaban sobre estos detalles, el arqueólogo prosiguió examinando la tumba.

—Tengo la impresión de que esta losa ha sido removida... —dijo.

—¿Qué quieres decir? —se inquietó monseñor.

—Lo que he dicho: que ha sido re-mo-vi-da —se reafirmó.

—¿Está usted seguro? —preguntó monseñor De Cesare.

—Muy seguro.

Al padre Toniolo, que desde el principio no las tenía todas consigo, sólo le faltaba oír ahora estas cosas.

—¿No sería más prudente irnos de aquí? —sugirió.

—De aquí no podemos marcharnos sin averiguar la identidad del que está enterrado en esa tumba. ¿Para qué, si no, hemos venido? ¿Vamos a echar a perder ahora todo nuestro trabajo? Seguro que el padre Ubaldini no se hubiese vuelto atrás...

Parecía que el joven Orovay era el único que se había crecido con la dificultad. Cuando callaron unos y otros, el arqueólogo enfocó su linterna en varios puntos de la sepultura, y les hizo ver las señales que indicaban a las claras que la losa había sido removida.

—Las ranuras entre la losa sepulcral y el pavimento, que con el paso de los años habían quedado soldadas por la tierra y el polvo, aparecen vaciadas en algunas partes —les dijo, mientras enfocaba el suelo cercano a la tumba—. No sólo eso. Esas marcas en el pavimento demuestran que la piedra fue arrastrada y, posteriormente, vuelta a poner en su sitio.

Todos, arremolinados alrededor del profesor Caprara, seguían sus palabras y el haz de luz de su linterna. El padre Toniolo, en un intento de hacerse con un mejor sitio, tropezó con algo y dio un pequeño traspié.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el profesor a la vez que dirigía el haz de luz hacia el teatino.

—No ha sido nada. Casi me caigo por culpa de algo que hay por aquí —se excusó.

El profesor enfocó con su linterna para tratar de averiguar con qué había tropezado el teatino. Cuál no sería su sorpresa al descubrir un rodillo de madera de los que se utilizan para hacer rodar los bloques de piedra.

—Ahí tienen una prueba más que confirma mi tesis. Esta tumba ha sido abierta... Y me atrevería a afirmar que recientemente.

Desde que traspasaron la puerta que daba a la necrópolis, el silencio, los mausoleos, el tiempo detenido, la iluminación mortecina, las extrañas pintadas, el susto del gato y tantos otros elementos habían creado la atmósfera apropiada para arropar los acontecimientos que vinieron después. Al decaído estado de ánimo de los expedicionarios, había que añadir la sensación de claustrofobia que provocaba el túnel, el miedo que despertaba la tumba removida y la angustiada sospecha de que alguna amenaza se cernía sobre ellos.

—¿Los de la Congregación conocen la existencia de esta tumba? —preguntó monseñor a De Cesare.

—No sería de extrañar. Ustedes mismos les dieron las pistas —le contestó—. Sin duda han sido ellos los que han estado aquí...

—¿Y tú no nos avisaste? —le echó en cara.

—Parece que desconfía de mí... —respondió.

El padre Toniolo estaba cada vez más nervioso. En ese mismo instante hubiese dado media vuelta y echado a correr.

—¿Podemos abrir la sepultura y ver qué hay dentro? —propuso Gioberti de Cesare, ante la sorpresa de monseñor, porque tan atrevida sugerencia procediera de él.

—Por mi parte, si alguien me echa una mano, estoy dispuesto —respondió el profesor.

El primero que dio un paso adelante fue el padre Orovay, seguido de monseñor De Cesare. Monseñor Bergonzi sabía de sobra que no era legal abrir una tumba; pero unos días antes, comentó esta posibilidad con el arqueólogo, y entre ambos habían buscado una coartada por si eran sorprendidos in fraganti.

El profesor Caprara calculó en un momento el peso de la losa, la fuerza mancomunada que sumaban todos, más la inestimable ayuda que les proporcionaría el rodillo de madera abandonado, para buscar una manera de coordinar sus movimientos y poder llevar a efecto la apertura. Luego les explicó los pasos a seguir, y cuando todas las dudas estuvieron resueltas y cada uno ocupaba el lugar que le correspondía en la maniobra, el profesor comenzó a contar.

—Uno, dos y tres... ¡Ahora! —Todos a una tiraron de las gruesas anillas y levantaron la piedra por uno de sus extremos, mientras el padre Toniolo colocaba el rodillo. Cuando la losa ya estuvo encima de éste, fue muy fácil deslizarla y dejar expedita la sepultura.

—¡No hay nada! —exclamó, incrédulo, el padre Orovay. Parecía como si algún fantasma les hubiese arrebatado la prueba, el *corpus delicti*, como diría monseñor De Cesare.

Se asomaron a la fosa con mucho cuidado, para no caer en ella.

—En efecto, está vacía —constató *il professore*, que la alumbraba con su linterna.

—No es que esté vacía —precisó monseñor—. Alguien se nos ha adelantado y la ha vaciado. Yo sé lo que me digo y Dios me entiende.

Todos miraron a De Cesare, a la espera de una explicación que esclareciera el enigma, pero éste permaneció en silencio.

A fuerza de alumbrar desde arriba cada rincón de la fosa, el profesor Caprara localizó huellas y restos que confirmaban la afirmación de monseñor.

—Miren allá —dijo, mientras dirigía la luz hacia aquella dirección—, esa mancha es un resto de un sudario putrefacto; y esto de aquí...

Aunque lo que señalaba estaba ahora justo debajo de sus pies, no pudo precisar qué era. El padre Orovay, sin que nadie se lo pidiera, se deslizó con cuidado dentro de la fosa, que medía algo más de un metro de profundidad, y sacó un botón blanco que puso en manos del arqueólogo.

—Es un botón de una camisola blanca, como las que en otro tiempo solían usar los papas para dormir.

Después de examinarlo, se lo pasó a monseñor.

—Soy de la misma opinión —añadió éste.

—Este botón, ¿es suficiente prueba de que aquí ha estado enterrado un papa? —preguntó el reverendo, y precisó acto seguido—: En concreto, el verdadero León XIII.

—Es una prueba bastante insuficiente... —matizó el bibliotecario—. Sin embargo, para mí, la única prueba convincente que tenemos es esta tumba vacía.

A todos, incluso al arqueólogo, aquellas palabras les parecieron más enigmáticas que explicativas, y así se lo hicieron saber.

—Tiempo habrá después para mayores precisiones —cortó lacónico.

Cerraron la tumba, dejándola como estaba, y, volviendo sobre sus pasos, llegaron a la puerta de hierro, donde les esperaba maullando el gato negro que tanto les había asustado antes.

—Este gato fondón —comentó monseñor— está tan acostumbrado a encontrar el rancho preparado que se ha vuelto holgazán y, a buen seguro, se moriría de hambre si tuviese que cazar ratones. No vive en la necrópolis. Se debió de colar con quienes se llevaron el cadáver, los cuales, sin duda alguna, entraron por el patio de las casernas, donde están las cocinas de la guardia suiza.

Eran las dos de la tarde cuando vieron de nuevo la luz del sol en la plaza de San Pedro.

—¿Ha valido la pena la expedición a los pasadizos secretos? —preguntó el padre Toniolo—. ¿Hemos resuelto el caso del doble de León XIII?

Nadie le contestó. Bien es verdad que los tertulianos, con sus miedos más o menos dominados, se habían decidido a aquella aventura persuadidos de que encontrarían la solución, ¡el ansiado *corpus delicti*!

—¿Qué pruebas concluyentes hemos conseguido? —continuó el teatino con sus lamentaciones—. Un gato negro, un botón y una tumba vacía...

—¡El parto de los montes! —convino monseñor, siguiéndole la corriente. Acto seguido, al ver el ánimo alicaído de sus compañeros, añadió—: Vayamos a comer, que las penas con pan son menos.

El padre Toniolo telefoneó desde allí mismo a la residencia de Sant'Andrea della Valle y reservó uno de los comedores privados.

—¿Podremos hablar allí con toda tranquilidad? ¿Es un lugar seguro? —preguntó, preocupado, el joven Orovay.

—Estate tranquilo —le contestó monseñor—. Piensa que, en los ya lejanos días del Concilio Vaticano II, algunos obispos y cardenales utilizaron esos reservados para sus conspiraciones. ¿Qué mayor garantía quieres?

Los contertulios entraron cariacontecidos al comedor. Al notar lo Enzo, el cocinero, se propuso poner un remedio urgente, pues con los ánimos que traían eran capaces de arruinar su trabajo, y no estaba dispuesto a que eso ocurriera. Para solventarlo, preparó acto seguido un aperitivo de champán con jugo de frambuesas y se lo presentó de la siguiente manera:

—Según una antiquísima receta de la abadía de Cluny —les dijo, aunque posiblemente estaba mintiendo.

Alrededor de la mesa, que tenía una canastilla floral en el centro, se sentaron monseñor Bergonzi, el padre Toniolo, el padre Orovay, monseñor De Cesare y el profesor Caprara. Al poco rato y gracias al aperitivo, ya se había obrado el milagro y todos habían empezado a desatar sus lenguas, por lo que se inició una conversación, que no se detendría ni siquiera después de los postres.

—Monseñor, ¿qué quiso decir con aquello de que alguien se nos había adelantado y había saqueado la tumba? —le preguntó el padre Orovay, que se había quedado con ganas de hacer esa pregunta cuando estaban ante la fosa.

—¿Saquear? Yo no emplearía esa palabra —le corrigió.

Finalmente, fue De Cesare quien contestó.

—Monseñor, con ese ambiguo alguien, se refería a la Congregación de la Fe. Ya hemos comentado alguna vez que están inquietos con el tema de León XIII. Estoy convencido de que tienen mucho interés en que se esclarezca este enigma.

—En que se esclarezca de puertas adentro, entendámonos —apostilló monseñor Bergonzi.

—Como es su deber. Nadie tira piedras contra su propio tejado. La Congregación no permitirá que éste, ni cualquier otro asunto, perjudique a la Iglesia... Ahora bien, ¿partió de la Congregación la orden de abrir la tumba y llevarse el cadáver?

Dos religiosas teatinas vestidas de blanco y con unas immaculadas cofias irrumpieron en la sala arrastrando un carrito con unas fuentes cubiertas con tapaderas de acero inoxidable.

—Aquí les dejamos las fuentes. Cuando hayan terminado, nos avisan —dijo una de ellas, antes de retirarse y cerrar la puerta.

De nuevo solos, el padre Orovay, igual que hacía en casa de monseñor, se levantó y organizó la intendencia.

—Nos habíamos quedado en el punto de quién partió la orden de abrir la tumba —retomó la conversación el padre Toniolo.

—De la Congregación de la Fe —dijo el padre Orovay, con atolondramiento.

—No te precipites en sacar conclusiones —le contestó De Cesare—. El Vaticano es mucho más complejo de lo que tú te crees. —Luego, se dirigió a los demás e hizo una serie de reflexiones—: Si lo del doble de León XIII hubiese sido pura fantasía, nadie se hubiese molestado...

—En espíarnos —terminó la frase monseñor, al ver que De Cesare dudaba.

—La Congregación de la Fe, monseñor Bergonzi, no espía, vigila, como es su obligación —le corrigió—. Si lo ha hecho, ha sido para conocer cuáles eran sus intenciones y hasta dónde querían llegar con su juego diabólico.

—¿Juego diabólico? —se molestó el padre Toniolo.

—Son las palabras que utilizó el cardenal Denzinger para calificarlo. Bueno, a lo que iba. La Congregación ya tenía sospechas sobre la existencia de un posible doble de León XIII, estaba trabajando en ello... Ustedes, sin saberlo, irrumpieron en su camino, facilitándoles datos valiosos, como, por ejemplo, el lugar de la sepultura. Les han prestado un gran servicio, incluso puede que les hubiesen recompensado con alguna prebenda, mas, por desgracia, sus intenciones van por Otro camino. La Congregación, créanme, también busca la verdad. Sin embargo, al mismo tiempo tiene que salvaguardar lo que constituye un secreto de Estado.

—¿Un secreto de Estado está por encima de la verdad? —repitió descorazonado monseñor.

—No he dicho eso. Aunque llegado el caso... Así son las cosas.

Todos estaban pendientes de lo que se hablaba, pero no por eso dejaron de comer, y con apetito. El profesor Caprara, consciente de que no formaba parte del club de monseñor, no Intervino demasiado durante la comida. Seguía la conversación y contestaba cuando se le preguntaba algo, y rara vez pidió alguna aclaración de lo que estaba oyendo.



—Quiero hacer una puntualización —intervino de nuevo monseñor, echando su cuerpo hacia atrás para dejar que el reverendo retirase su plato vacío—. Cuando monseñor De Cesare nos leyó la carta de Virgilio Carbonari y me pidió que localizase el lugar del enterramiento del verdadero León XIII, se me ocurrió una estratagema...

—Una de las tuyas —intercaló el teatino.

Los presentes dejaron de comer y prestaron mucha atención a sus palabras.

—Os he de confesar que las referencias de Carbonari eran imprecisas, pero supe de inmediato a qué lugar concreto se refería. Como era consciente de que la Congregación nos vigilaba, señalé que aquel lugar era el cementerio de Honorius Ostiensis, donde hemos estado esta mañana...

—¿Estás insinuando que diste apostá un lugar equivocado? —sonrió malicioso el padre Toniolo.

—En efecto. Los de la Congregación picaron el anzuelo... ¿Qué encontraron? Vosotros mismos habéis visto con vuestros propios ojos la lápida removida y la tumba vacía...

Al igual que nosotros, buscaban a León XIII. Y si lo hacían en los pasadizos secretos del Vaticano es porque sospechaban que el cuerpo que descansa en San Juan de Letrán no es el del verdadero León XIII... ¡Ésa es la prueba que os decía!

La comida estaba resultando soberbia por la equilibrada conjugación de sabores: ni se confundían o anulaban entre ellos ni empalagaban.

—Ese Enzo cocina tan bien como Bocuse, aunque no tenga su fama —dijo en un momento de entusiasmo el padre Toniolo. Y añadió, haciendo uso de sus conocimientos clásicos—. «*Tantum cibi et potionis adhibendum est, ut reficiantur vires, non opprimantur.*» Hay que comer y beber de tal modo que se reparen las fuerzas, no que se recarguen.

—«*Conviviorum delectatio non voluptatibus corporis magis quam coetu amicorum et sermonibus metienda.*» Hay que medir el deleite de los banquetes por el hecho mismo de reunirse los amigos y charlar más que por los placeres del cuerpo que proporcionan —replicó monseñor con esta sentencia de Cicerón, por considerarla más acorde al momento.

Después de celebrar los presentes esos alardes, prosiguió la conversación.

—¿Insinúa que la tumba removida en el cementerio de Honorius Ostiensis no era la de León XIII? —preguntó intrigado el padre Orovay, molesto por lo que suponía una tomadura de pelo.

—Eso es lo que acabo de decir —dijo monseñor—. Señalé ese lugar a sabiendas de que no era el sitio indicado por Virgilio Carbonari en su carta, ni por Massimo Marchetti en sus *Cuadernos azules*.

—¿Por qué nos has engañado a nosotros? —se incomodó el teatino, recordando sin duda los malos tragos pasados—. ¿Por qué hemos tenido que ir hasta allí?

—Temía que nos estuviesen espionando, y no me pareció prudente señalar el lugar exacto, no fuese que se nos adelantasen y nos robasen la prueba definitiva... Como

así ha sido. Si os he engañado ha sido para preservar la tumba intacta, ya que tenía la sospecha de que se nos vigilaba constantemente. ¿Para qué hemos ido hasta allí? Para comprobar que ellos habían estado allí antes. ¿Qué hubiese pasado si yo hubiera indicado el lugar exacto? Que el cadáver del verdadero León XIII habría desaparecido y nosotros nos hubiésemos quedado sin pruebas. Ya perdimos los *Cuadernos azules*; no podíamos exponernos a perder esta otra, que es fundamental.

—Giuseppe, eres un genio —le dijo Toniolo, achispado.

—¿Cuándo se llevaron el cadáver? —preguntó el padre Orovay.

—No lo sé, pero seguro que tan pronto como oyeron que nosotros íbamos a buscarlo...

—¿De quién era, pues, el cuerpo que se llevaron? —preguntó de nuevo el joven reverendo.

—No lo he comprobado, pero desde luego, de ninguno de los dos León XIII.

—Estás hoy muy juguetón —le dijo el teatino, llenándole el vaso—. Dinos de una vez de quién era.

—No lo sé. He ahí otra línea de investigación. Un tema para otro divertimento.

—¿Adónde lo habrán llevado?

—Lo ignoro —contestó monseñor—. Ya haremos bastante si desciframos nuestros propios enigmas...

—Me he armado un buen lío —dijo el padre Orovay, y expuso sus dudas—. ¿Qué hay de ese botón que, según usted y el profesor Caprara, pertenece a la camisola de un papa? ¿Y de ese grupo de signos «H.L.XIII.I», que, según usted mismo descifró, significaban: «Aquí yace León XIII»?

Monseñor sonrió.

—Ya veo que en vez de aclarar el asunto, he creado más confusión. Y eso es lo que pretendía, por si los de la Congregación también habían metido algún micrófono. Dicho esto, voy a contestar tus preguntas. El botón bien pudiera pertenecer a la camisola de un papa. ¿A qué papa?

—Pero no sólo los papas usaban camisas para dormir... —puntualizó el teatino.

—Por eso dije que esa prueba era muy débil y nada concluyente. Para que no te armes líos, olvídate del botón.

El reverendo no acababa de comprender, y los demás, por la cara de pasmarotes que ponían, tampoco. Así que monseñor tuvo que insistir con su explicación.

—Si el verdadero León XIII estuvo enterrado o no en esa tumba de los pasadizos secretos, importa poco ahora. —Y, sin dejar en la mesa su vaso de vino, apartó el plato de postre que ya había terminado—. Quienes la han abierto piensan que el cuerpo que contenía era el del auténtico papa. El hecho de que hayan ido hasta ese cementerio, hayan abierto la tumba y se hayan llevado el cadáver, demuestra que están convencidos de que nuestra historia es verdadera. ¡León XIII tuvo un doble! Han tratado de robarnos la prueba clave. ¿Qué indica todo eso? Que nuestra hipótesis de que León XIII tuvo un doble, y que éste actuó durante años como el auténtico

pontífice, no es una quimera. Nuestra hipótesis se ha convertido ahora en una tesis incontrovertible, al menos para mí.

Los platos de postre habían quedado limpios, y sólo se veían los trazos de los dibujos que Enzo había realizado con tanto arte.

—Si no he entendido mal —intervino el padre Toniolo, que estaba alucinando con lo que oía—, la tumba del verdadero papa sigue intacta, y lo que tú has hecho es utilizar otra para tenderles una trampa.

—En efecto. ¡No hay nada que agudice más la inteligencia que el vino!

—Y yo me pregunto, ¿era realmente necesario?

—Lo hice por una razón muy sencilla —le respondió monseñor—. El hecho de que hayan picado nuestro anzuelo corrobora nuestras conclusiones. Si han dado por buenas nuestras investigaciones, si incluso han desenterrado el cadáver del supuesto papa y lo han escondido en otra parte, es porque la historia del doble de León XIII es cierta. ¡No quieren, de ninguna manera, que quede rastro alguno que justifique la historia!

—Todo eso lo entiendo —le respondió—. Pero no has contestado todavía a mi pregunta: ¿por qué no nos dijiste en su momento cuál era la verdadera ubicación de la tumba del Papa?

—Luigi, o no te enteras o no me prestas atención. Lo repetiré una vez más —monseñor hizo un esfuerzo para no ponerse nervioso, y, como buen pedagogo que era, dio la misma lección de distinto modo—. Para nosotros, el caso de León XIII ha sido un divertimento. Al haber demostrado que el doble existió, *causa finita est*. No necesitamos más pruebas.

—Sin embargo, los futuros historiadores —intervino el profesor Caprara— necesitarán los dos cadáveres de León XIII para tener alguna prueba de toda esta historia.

—¿Qué hubiese pasado si en vez de dar como referencia un lugar equivocado hubieses dado el verdadero? —insistió el teatino.

—Muy sencillo. Que uno de los cadáveres, el del papa verdadero, habría desaparecido para siempre...

Parecía que la hora del café, después de una conversación tan densa, iba a ser más distendida, pero no fue así.

—¿Dónde está la tumba del verdadero León XIII? —preguntó el arqueólogo, fascinado por la rocambolesca estratagema de monseñor—. Espero que no tendrá inconveniente en revelarnos el secreto.

—La tumba donde inhumaron el cadáver del auténtico León XIII es la HXLIII, y está ubicada más allá del cementerio donde nosotros estuvimos. Su acceso es más fácil desde los palacios apostólicos. —Y, antes de que nadie le pudiese pedir nuevas aclaraciones, añadió, dirigiéndose a su joven colaborador—: Ahora responderé a la pregunta que me hiciste.

Con gran misterio sacó de su billetero un sobre pequeño, y de él extrajo un papel amarillento, que mostró a los demás. En él estaba escrito lo siguiente: HXLIII. Fueron pasándose unos a otros y, con grandes espavientos, fueron repitiendo las letras que estaban escritas a lápiz. Esta referencia, tan parecida a la «H LXIII» que habían encontrado en la tumba que habían visitado esa mañana, sorprendió especialmente al padre Orovay.

—¿Guardan alguna relación estos signos con los que encontramos en la tumba del cementerio de Honorius Ostiensis? —preguntó.

El resto de contertulios no entendía nada. Monseñor, sin contestarle directamente, prosiguió su relato.

—Mlle. Dubouché, que en paz descanse, dejó escrito en uno de los documentos que me envió que había encontrado este pedacito de papel dentro del breviario del abate Guibert de Saint Étienne. —Y lo blandió de nuevo, antes de continuar—. Por favor, examínadlo con detenimiento. ¿Este papel no os recuerda nada?

El padre Toniolo y el padre Orovay volvieron a observarlo con mayor detenimiento, pero siguieron sin caer en la cuenta.

—Pues bien —continuó con gran misterio—, este trozo de papel es el que le faltaba a la carta de Serafino Cattani, como muy bien observó en su día el difunto padre Ubaldini. ¿Ya no os acordáis?

En respuesta, uno y otro hicieron entonces un gesto de asentimiento.

—En efecto. Ahora recuerdo —dijo el teatino—. Ubaldini, en la primera reunión, advirtió que en la carta faltaba una tira en la parte superior correspondiente al membrete, que había sido cortada. Pero no alcanzo a comprender...

—Ese trozo de papel, que es precisamente éste, nos confirma tres cosas: primera, Serafino Cattani no utilizó para escribir su carta papel timbrado de algún cardenal, como entonces supusimos; segunda, tampoco fue él quien cortó el pedazo que faltaba; y tercera, fue el padre Guibert quien escribió estas cifras a lápiz.

Monseñor Bergonzi tenía muy estudiado el tema; tanto, que enunciaba las conclusiones, saltándose las premisas.

—¿Quién facilitó al padre Guibert este número? —inquirió, intrigado, el joven Orovay—. ¿Supo él que correspondía al lugar del enterramiento del verdadero León XIII?

—Buena pregunta, *caro amico*. A mi parecer, algo debió de sospechar. ¿Por qué, si no, lo guardó con tanto cuidado entre las páginas de su breviario? A este respecto, tengo una hipótesis. —Y, después de beber otro trago de vino, aunque ya era imposible que pudiera añadir más color a su cara, continuó—: Supongo que Serafino Cattani, sintiéndose acosado y en peligro de muerte, le hizo llegar al abate esa cifra clave para descifrar el enigma del «*Io non sono il Papa*». Ahora bien —concluyó el bibliotecario—, ¿se le comunicó al padre Guibert que ese número señalaba dónde estaba la tumba del verdadero León XIII? ¿Pasó en algún momento por su mente averiguarlo? Creo que nunca lo sabremos.

—Permítame que le recuerde, monseñor, que todavía no me ha aclarado...

Monseñor Bergonzi, sin dejar que el padre Orovay terminara, le respondió:

—El conjunto de cifras de la tumba que hemos visitado hoy era H LXIII. Es decir, cementerio de Honorius, que es lo que significa la H, tumba número LXIII (64). Si interpreté los signos como H (Hic) L(Leo) XIII (Iacet), fue para enredar a los posibles espías que pudieran estar escuchando. Yo, *caro amico*, tampoco conocía el lugar exacto del enterramiento.

—¡Esto sí que es bueno...! —saltó el padre Toniolo, que cada vez se estaba armando más lío.

—Así es, Luigi. Los datos que aportan Massimo Marchetti y Virgilio Carbonari son muy confusos. De tal manera que, sin este papelito, yo no hubiese sabido averiguar el lugar exacto de la tumba. Sí; este papelito fue la clave. El verdadero León XIII está enterrado en el HXLIII. Es decir, en el cementerio H (Honorius), tumba número XLIII (43), no en la tumba LXIII (64). Todo lo demás fue humo y fantasía, que utilicé para engañar a los de la Congregación y mantener a salvo la auténtica sepultura.

—Entonces, si fuimos a la tumba 64 y la verdadera es la 43, debimos estar muy cerca.

—*Ecco*.

La historia del doble de León XIII, como si se tratase de una novela por entregas, parecía no tener fin. Cada vez surgían nuevos enigmas.

—Me parece —sugirió monseñor— que debemos dar por concluido nuestro juego. De continuar, no conseguiríamos nada nuevo y puede que sí algún disgusto... —dijo, mientras miraba con insistencia al padre Toniolo, que había sido el que más miedo había pasado en los últimos días.

El Papa, de improviso, quiso visitar a los padres de la Compañía de Jesús, sus vecinos. Nadie sabía si esa visita había sido tan improvisada como parecía; ni qué motivos secretos la impulsaban. El coche de Su Santidad, sin comitiva de prelados y con una reducida escolta, cubrió los pocos metros que separaban sus palacios de la casa generalicia. Le acompañaba tan sólo monseñor Stanislaw Dziwisz, su fiel secretario. La precipitada visita sorprendió a los jesuitas, pues, tradicionalmente, el Papa sólo les honraba con su presencia una vez al año, el último día de diciembre, festividad de San Silvestre. A su llegada, lo esperaban el superior general de la Orden y los padres más relevantes de la casa. El Papa echó en falta al padre Arrupe, cuya sinceridad tanto había llegado a molestarle. Ahora que los cardenales de la Curia hacían cábalas, a sus espaldas, sobre su sucesión, debía de comprender el daño que él infringió al jesuita, enfermo y desvalido, al destituirlo de su cargo...

El padre Koopmans, advertido de esta visita, se acordó de monseñor Bergonzi y lo invitó a la ceremonia. Según se había lamentado ante él el bibliotecario, había cursado infinitas instancias solicitando audiencia, y todas habían resultado infructuosas. El padre Koopmans pensó, con buena lógica, que siempre podría encontrar un hueco, por pequeño que fuese, para que monseñor le expusiera al Papa en persona el grave asunto de León XIII y su doble, ya que de otro modo, iba a ser imposible. Así que, durante el besamanos, mientras presentaba uno a uno a los padres de la casa y a los invitados, el padre Koopmans aprovechó para introducir a monseñor.

—Santidad, monseñor Giuseppe Bergonzi, de la Biblioteca Apostólica...

De mala gana le dio su mano lánguida para que se la besara. Monseñor, rompiendo el protocolo, empezó a hablar sin que él le hubiese preguntado, cogiendo al Papa completamente desprevenido.

—¿Acaso es esto una encerrona? —dijo Su Santidad, trabándosele la lengua y fulminando con la mirada a su anfitrión.

—Nada más lejos, Santidad —le tranquilizó el prepósito—. No es éste el lugar idóneo y el momento oportuno para tratar asunto tan grave... Pero los prelados de vuestra Curia le niegan sistemáticamente una audiencia con vos. ¿Qué otro recurso le quedaba sino el de la santa audacia?

Al Santo Padre le colgaba la cabeza sobre el pecho, y las manos le temblaban más que de ordinario, por lo que tuvo que agarrarse a los brazos del sillón. El retintín con el que el padre Koopmans había dicho aquello de la «santa audacia» no le había pasado desapercibido al Papa. Todavía con el rostro enfurruñado, hizo una señal con la cabeza para que le informasen.

Monseñor Bergonzi, en un discurso que ocuparía a lo sumo tres o cuatro líneas y que era la síntesis más breve que había hecho en su vida, le puso al corriente de todas sus peripecias desde el día que recibió la carta de Serafino Cattani.

—«*Io non sono il Papa.*» ¿Eso es lo que dijo? —repitió Su Santidad muy sorprendido y escéptico—. Después hablaremos con más calma.

Durante el tiempo de reposo que los jesuitas habían previsto por consejo de los médicos de Su Santidad, el Papa aprovechó para llamar al bibliotecario. Monseñor le habló de las reuniones de los viernes y de cómo, a partir de aquellas enigmáticas palabras, habían comenzado a escudriñar en la biografía de León XIII. El Papa escuchaba atento, y se diría que echaba de menos semejantes tertulias en su palacio, donde se encontraba muy solo, sobre todo ahora que se sentía viejo, enfermo y los viajes por el mundo le aburrían. Mas cuando monseñor le expuso sus sospechas sobre la Congregación de la Fe, el Santo Padre montó en cólera.

—¡Calumnias! —fue lo único que pudo decir, trabándosele de nuevo la lengua.

Viéndole en apuros, el prepósito de los jesuitas intervino.

—Por favor, monseñor, se lo pido, no siga por ese camino... —le susurró entre dientes.

Monseñor amansó su lenguaje y continuó relatando la historia de las extrañas muertes, deteniéndose especialmente en la del padre Ubaldini.

—No me venga usted con sospechas de envenenamiento, que bastantes quebraderos de cabeza tuve con las que corrieron sobre la muerte del papa Luciani, mi predecesor...

—Santidad —porfió terco—, hay motivos de mucho peso para sospechar que la muerte del padre Ubaldini no se produjo de manera natural.

El Papa, a pesar de la buena voluntad que ponía y de la atención que prestaba, entendía cada vez menos aquella historia en la que se entremezclaban hechos del pasado y crímenes del presente. Sin embargo, se sobresaltó cuando oyó lo del robo del cadáver de León XIII.

—No sé a dónde quiere ir a parar con lo del espionaje y la muerte del padre Ubaldini —le dijo, notablemente inquieto—. Y no logro comprender qué tiene que ver todo eso con León XIII, cuyos restos, que yo sepa, descansan en San Juan de Letrán.

Monseñor sabía que era imposible contarle en unos minutos, único tiempo de que disponía, una historia tan intrincada. No fue fácil hacerle comprender la trama y los distintos hilos que la componían, como tampoco había resultado fácil convencer al prepósito general. Finalmente, y después de muchas aclaraciones, el Papa dijo:

—Si esta historia es cierta, pondría a la Iglesia en un serio aprieto...

La expresión de monseñor Bergonzi en ese momento fue indescriptible. «¡Al fin, se ha enterado!», estuvo a punto de exclamar, pero se contuvo.

—En un aprieto gravísimo, Santo Padre —dijo finalmente, con mucho énfasis.

El preósito general, por su parte, informó al Santo Padre de que había nombrado una comisión secreta formada por jesuitas de la Gregoriana, todos ellos teólogos eminentes, para estudiar el caso.

—¿Ya tiene las conclusiones? —le inquirió impaciente.

El general cogió el *dossier* que había sobre su mesa y se lo entregó.

—Santidad, aquí tiene un estudio minucioso. —Y, cambiando de tema, añadió—: Ahora, si tiene a bien, vayamos al refectorio, donde nos espera la comunidad para el almuerzo.

Aunque la atmósfera que se respiraba en el comedor era de fiesta, el Santo Padre mantuvo la taciturna expresión con la que había llegado, aún más agrio, si cabe. Y por mucho que su anfitrión y los otros comensales se esforzaron en ello, resultó imposible hacerle sonreír una sola vez.



De vuelta al Vaticano, Su Santidad se encerró en sus habitaciones. Su círculo de íntimos quedó muy sorprendido de que volviese tan enfadado de una reunión, teóricamente al menos, festiva.

—¡Qué le habrán hecho esos jesuitas! —exclamó su confesor, esperando sonsacárselo al secretario personal de Su Santidad.

El padre Stanislaw no podía imaginar que él llevaba la respuesta en su maletín. Su Santidad, que pocas veces alteraba sus costumbres, hizo aquel día una excepción.

—No me esperen para el rezo del rosario ni para la cena —dijo, y ordenó a Stanislaw que dirigiese la silla de ruedas hacia sus habitaciones.

De inmediato, se sumergió en el estudio del *dossier* que le había entregado el prepósito de la Compañía. La primera parte trataba de los numerosos antipapas que había tenido la Iglesia a lo largo de su historia, de los cismas, asesinatos y bulas falsas...

—¡Empezamos bien! —murmuró, incómodo.

A Su Santidad no le gustó que los teólogos de la Gregoriana hubiesen seleccionado y presentado juntos ex profeso hechos históricos tan lamentables, y vio en ello una velada crítica de los jesuitas contra él. Desazonado por el *dossier* y no menos por sus escrúpulos de conciencia, se fue a la cama.

Le costó muchísimo dormirse, tanto que a la mañana siguiente tuvo que despertarlo su secretario. En su capilla privada, como de costumbre, se había congregado un selecto grupo de empresarios y financieros. El Opus había sabido rentabilizar las misas matutinas del Papa, cobrando óbolos millonarios a los privilegiados asistentes. Tan pronto como Su Santidad finalizó la misa y pudo deshacerse de las audiencias programadas, volvió a sumergirse en el *dossier*.

Mientras leía aquellas historias de corrupción y nepotismo, se decía para consolarse que cualquier otro imperio que no estuviese asistido por el Espíritu Santo se hubiese disuelto en el caos.

Llamaron a la puerta de su estudio.

—Adelante —dijo, a sabiendas de que su débil voz no podía ser oída desde fuera.

Al cabo de unos instantes penetró su secretario, monseñor Stanislaw, uno de los numerosos polacos que deambulaban por los palacios apostólicos. El Vaticano, según se rumoreaba, se había convertido en una corte polaca. Monseñor se acercó de puntillas, reteniendo la respiración.

—Santidad, en la antecámara le espera el cardenal Denzinger —le anunció con una voz tan baja, que Su Santidad tuvo que pedirle que se lo repitiera.

El solo nombre del supercardenal aturullaba a la gente, incluso al Santo Padre. Algunos decían que no sólo era el ideólogo del Papa, sino que también era el cerebro

que gobernaba la Iglesia. Algo de eso debía de haber cuando el propio portavoz del Vaticano, Navarro Valls, había confesado públicamente que todo lo que J.P. II escribía, ya fueran encíclicas, discursos o libros, pasaba antes por el cardenal Denzinger para que éste le diera el visto bueno.

Obsesionado como estaba con el asunto del doble de León XIII, al Papa se le había olvidado que era jueves, el día en que el prefecto de la Congregación de la Fe venía a despachar con él.

—No le hagas esperar. Hazlo pasar enseguida, pronto.

Su Eminencia, después de cumplimentarle, se interesó por su salud y le intentó mentir piadosamente, diciéndole que tenía un aspecto saludable.

—¿Estás ciego? ¿No me ves postrado en una silla de ruedas, sin poder hablar, mientras mis manos me tiemblan cada día más?

Su Eminencia no pudo evitar sonrojarse, y, para no hacer más penosa la escena, se refugió en los documentos que traía. El Santo Padre le escuchaba, pero el monótono sonsonete del cardenal, que estaba leyéndole unos escritos bastante farragosos, le produjo sueño y acabó dormido como un tronco.

—Qué hábiles deben de ser los teólogos de su dicasterio para concordar mis enseñanzas con las de mis predecesores —dijo, cuando Su Eminencia lo despertó para que firmase.

—Su Santidad siempre con ese humor tan envidiable...

Días después, el cardenal Denzinger comentó en público que el Papa regía más de lo que aparentaba y que tenía a veces enajenamientos de sinceridad. Quizá se refería al envidiable humor que el Papa había mostrado durante aquella audiencia privada.

Cuando Su Eminencia se marchó, el Papa, valiéndose de su secretario, abrió de nuevo el *dossier*. Si los jesuitas de la Gregoriana habían aportado hechos del pasado, no había sido de modo gratuito, sino que servían para formar el contexto histórico en que se debía estudiar el caso del doble de León XIII, cuyas actuaciones, según probaban, equivalían a las de un papa falso. Su Santidad quedó pensativo. Era de suponer que se estaba haciendo preguntas similares a las que se habían hecho los de la Congregación.

—¿Es oportuno que este *affaire* se haga público? ¿Está preparada la Iglesia para afrontar un escándalo de esta envergadura? ¿Tiene alguien derecho a someter a los creyentes a una prueba semejante? ¿Acaso no es más prudente ocultar la verdad y no andar aventándola? —se preguntó en voz baja.

El secretario del Papa, después de tantos años a su lado, se vanagloriaba de adivinar sus pensamientos. Así lo había confesado en más de una ocasión en los círculos íntimos. No necesitó, pues, descifrar las ininteligibles frases que le dirigía Su Santidad.

—Déjelo en manos de Denzinger. Él sabrá lo que se debe hacer —le contestó con cariño filial.

El Papa se detuvo, cansado, sin poder dominar el tembleque de sus manos, que se recrudecía cada vez que se ponía nervioso, y ahora lo estaba mucho. Las preguntas, como las cerezas, le venían una detrás de otra hasta desembocar en la definitiva, que acabó provocándole angustia.

—¿Soy yo mismo un papa auténtico?

Esta cuestión debió de horrorizarle, pues puso una cara de muerte.

—*Tu es Petrus in aeternum* —le contestó su secretario, que pensó, como era habitual entre los eclesiásticos polacos, que lo que sonaba en latín era irrefutable.

Los comensales que acompañaron aquel día al Santo Padre durante el almuerzo vieron la mala cara que tenía, y se preocuparon muy seriamente por su salud.

Al cabo de unos días, al no poder resolver por sí mismo su conflicto de conciencia, el Papa llamó al general de la Compañía de Jesús y a monseñor Bergonzi. Los recibió en sus habitaciones privadas, cosa que raras veces hacía. Monseñor conocía esos aposentos por haberlos estudiado en sus libros y los encontró muy cambiados. Ahora no estaban amueblados y decorados a la italiana; no obstante, la chimenea renacentista, detrás de la cual se abrían los pasadizos secretos por donde se suponía que había sido evacuado el cadáver de León XIII, permanecía intacta.

Cuando Su Santidad entró en su despacho, hacía rato que le esperaban sus visitantes, que todavía no se habían atrevido a tomar asiento. Los saludó con poca efusividad, ni más ni menos que la que acostumbraba con todo el mundo. Su secretario acercó la silla de ruedas a la mesa y se marchó.

—¿Qué es lo que pretenden ustedes con esta embrollada historia del doble de León XIII? —les propinó para iniciar la conversación, como quien se enfada con el mensajero que le trae malas noticias.

—¡Santidad, sólo queremos conocer la verdad! —le contestó monseñor con la candidez de un novicio, creyendo que se pondría de su parte, sin más.

—¿La verdad, Bergonzi, consiste en arruinar el pontificado de León XIII con esa burda patraña de un doble?

El Papa, a pesar de todas sus limitaciones físicas, habló con más aplomo que otras veces, aunque sin embargo, no las tenía todas consigo. El irritante informe de los jesuitas había resultado una andanada muy fuerte, que además se sumaba a las muchas que recibía desde otras partes.

—¿Qué pasaría... —les preguntó, dudando si debía hacerla o no—, en la hipótesis de que esa historia resultase ser cierta?

—Santidad —se atrevió a hablar monseñor, eludiendo responder—, no le quepa la menor duda: hubo un León XIII falso.

Al general de la Compañía de Jesús, aquella taxativa afirmación le pareció una grosería, por lo que se sonrojó.

—Santidad —dijo por su parte, sorteando con prudencia la pregunta—, el padre Ubaldini estuvo metido en esas investigaciones que finalmente le acabaron costando la vida. Lejos de mí pensar que fue una muerte provocada, pero ¿qué mejor honra podemos hacer al muerto que descubrir toda la verdad?

—¿Pretenden ustedes acaso que yo nombre una comisión? ¡Qué digo una comisión! Ustedes quieren que yo desentierre a León XIII, lo siente en el banquillo y le pida cuentas... ¡Una nueva versión del «concilio cadavérico»! ¿Es eso lo que quieren? ¡Ustedes están locos! —se enfureció el Papa, y la misma rabia le dificultó aún más el habla.

El «concilio cadavérico», al que se había referido el Santo Padre, tuvo lugar en plena Edad Media. El papa Formoso, que llevaba nueve meses muerto, fue desenterrado por orden de su sucesor, y su momia, revestida de ornamentos pontificales ya putrefactos, compareció ante un alto tribunal eclesiástico. Fue condenado, y se declararon nulas todas sus actuaciones e inválidas todas las órdenes sagradas que él había conferido. Además, fue despojado de sus insignias y arrojado al Tíber. No hace falta enumerar los males que, durante siglos, acarreó este suceso a la Iglesia.

—Ni por un momento ha pasado por nuestras mentes semejante idea —le respondió el jesuita, sorprendido de que les hablase tan enfadado—. Lo que pedimos a Su Santidad es que se proceda a identificar los restos de León XIII que descansan en San Juan de Letrán, para disipar de una vez todas las dudas... Si son los del verdadero papa, como no dudo, las especulaciones de monseñor Bergonzi y sus amigos caerán por su propio peso...

—¿Y si se demostrase lo contrario? —aventuró de nuevo Su Santidad.

—Si se demostrase lo contrario... —dudó el padre Koopmans—. Tendríamos que aceptar que León XIII tuvo un doble.

A diferencia de lo que había dicho el general, el *dossier* elaborado por los jesuitas de la Gregoriana que había leído el Papa sí que especificaba la magnitud del desastre.

—Puede que incluso yo no sea un auténtico y legítimo papa... —balbució, explicitando lo que el jesuita no se había atrevido a decir.

En el rostro de Su Santidad quedó grabado el terror y la angustia que le producía ese pensamiento. Los otros dos quedaron en completo silencio.

—Si nos atenemos a esa historia —continuó con una voz apenas inteligible el Papa, que seguramente había estado rumiando a fondo esta idea—, el cardenal Giuseppe Sarto no puede ser considerado un cardenal legítimo, puesto que lo creó el doble. ¡Y de ahí para acá, todo falso!

Dicho lo cual, dejó caer la cabeza sobre su pecho, que parecía que se le hubiera descolgado. El general de la Compañía de Jesús y el bibliotecario no sabían cómo reaccionar, y hubiesen preferido que la tierra se los hubiese tragado en ese mismo momento. Después de unos instantes interminables, que pensaban que no iban a tener fin, Su Santidad volvió el rostro hacia arriba con mueca de gran sufrimiento.

—Créanme, siempre he deseado decir la verdad —hizo una larga pausa para tomar aliento—, y lo haría ahora de no ser por una razón. —Y, después de otro silencio angustioso, añadió—: Soy el Papa...

El padre Koopmans y monseñor Bergonzi se miraron estupefactos, sin entender qué sentido tenía lo que estaban escuchando, por lo que esperaron con gran interés el final de la frase.

—Soy el Papa, y eso hace que decir la verdad me resulte algunas veces imposible.

¡Imposible! La palabra, tal como la había pronunciado, les sonó como una fatalidad de la que no podía desprenderse y que amargaba su existencia. Tanta

sinceridad les causó escalofríos. Monseñor Bergonzi, aprovechando el sopor en que se sumió el Papa a continuación, debido sin duda al esfuerzo que había hecho, se acercó al jesuita y le dijo al oído:

—El Papa es la primera víctima del papado. La sumisión a la que lo somete esta estructura le obliga a vivir en la mentira. No puede ser honesto consigo mismo... El engranaje lo destruiría.

El padre Koopmans no compartía el comentario de monseñor, pero aquél tampoco era el momento de rebatirlo y ponerse a discutir. Cuando vio que el Santo Padre volvía en sí, se arrodilló junto a su silla para hablarle.

—Santidad —le dijo con afecto, apenado por la pesadumbre que le habían causado y con la intención de tranquilizarle—, éstas son cuestiones muy delicadas que, dado el caso, serían los teólogos y los canonistas los encargados de estudiarlas.

La intervención fue desafortunada; el Papa no vio la buena voluntad del jesuita y le molestó sobremanera su consejo.

—¿Se olvida, reverendo padre —dijo, encolerizado—, que yo continúo siendo el Papa? Soy yo quien tengo la potestad para dictaminar sobre el caso, y no los teólogos o los canonistas...

Más que entender lo que estaba diciendo, lo adivinaban. El propósito de la Compañía, al ver la figura patética, casi grotesca, en que se había convertido, quedó paralizado. En verdad, daba una gran lástima.

—¿Olvida —continuó a trompicones— que yo puedo, en este mismo momento, con sólo decirlo, dar plena validez a esos nombramientos cardenalicios irregulares, con lo que la sucesión apostólica, viciada *in radice* según ustedes, quedaría resuelta?

Monseñor, al advertir que el Papa se estaba deslizando, a su parecer, en una cascada de despropósitos, y que el jesuita se había quedado bloqueado, quiso intervenir. Pero, en ese preciso instante, reaccionó el propósito general.

—Santidad —dijo con voz recia, que presagiaba, como así resultó, una contestación franca y sin circunloquios—, aunque no me haya pedido mi parecer, me veo en la obligación de conciencia de mostrarle mi personal desacuerdo con sus afirmaciones. —Se detuvo; pensaba que el Papa, al oír su introducción, no le dejaría continuar. Pero no fue así. Le estaba mirando de hito en hito y con una mano en la oreja para no perder palabra. Continuó con un tono más dulcificado—: Si se demostrase la existencia del doble, la legitimidad de los papas que sucedieron a León XIII quedaría en entredicho. No creo que Su Santidad, que sería uno de ellos, fuese la instancia última y adecuada para solucionar el caso...

Monseñor, que se había mostrado tan atrevido antes, ahora se retorció las manos. No sabía a qué santo encomendarse, esperando de un momento a otro que el Papa explotase en un nuevo ataque de ira. Cuál no sería su sorpresa al levantar los ojos y ver el rostro del Pontífice, plácido y distendido.

—¿Y quién piensa usted que debería solucionar ese hipotético caso? ¿Hay alguna instancia o alguien por encima de mí? —preguntó con sorna.

Monseñor y el jesuita no salían de su asombro al ver la tenacidad de su dialéctica y la facilidad con que mudaba de estado de ánimo.

—Santidad —le dijo el padre Koopmans, tratando de aprovechar la bonanza en que parecía haber entrado—, no pretendemos montar un escándalo, al estilo del «concilio cadavérico». Somos fieles y leales hijos de la Iglesia. Sólo le pedimos que se implique en el caso de León XIII y ponga los medios necesarios para su esclarecimiento.

—Creía que ustedes ya lo tenían claro.

—En historia —le contestó monseñor Bergonzi— no hay verdades absolutas, sino hechos que hay que demostrar. En el caso que nos ocupa tenemos indicios, pero no la prueba definitiva.

—¿Cuál sería esa prueba? —preguntó, sin mostrar demasiado interés.

Monseñor Bergonzi quiso esbozar un breve resumen del *status quaestionis* para que su demanda quedase justificada.

—El doble de León XIII —dijo, haciendo un brevísimo resumen— murió el 20 de julio de 1903 en estos mismos aposentos —subrayó la frase para dar más visos de realidad a lo que estaba diciendo—. Fue enterrado de manera provisional en el coro de la basílica de San Pedro. Años más tarde, sus restos fueron trasladados a San Juan de Letrán, donde descansan en la actualidad...

—¿Está diciendo, monseñor, que en San Juan de Letrán no está enterrado el verdadero León XIII, sino un doble? —Una vez más, el Papa formuló como pudo esta cuestión, no porque no la hubiese comprendido en su literalidad, sino porque se le hacía muy cuesta arriba, ya que contradecía el dogma.

—Esos restos, según los documentos que hemos manejado y mientras no se demuestre lo contrario, corresponden a los del doble del Papa, al papa falso —subrayó e hizo un silencio, como si quisiera recalcar una vez más la gravedad del asunto del que se trataba—. Para salir de toda duda y despejar cualquier incertidumbre, pedimos a Su Santidad que ordene las pruebas de ADN. La cosa es bastante sencilla, ya que en el cementerio de Carpineto se encuentra el panteón familiar de los Pecci, de donde procede el verdadero León XIII. Bastaría comparar el ADN del papa que está enterrado en San Juan de Letrán con el ADN de los Pecci de Carpineto. Si coinciden, éste sería el verdadero León XIII, cosa que, como digo, nosotros ponemos en duda...

Monseñor había hablado con tono ponderado y con el aplomo de quien traía bien estudiado el tema. El Papa, al oír las siglas ADN, arrugó la frente en un gesto de disgusto.

—¿ADN? —repitió sorprendidísimo—. ¿Practicarle al papa León XIII una prueba de ADN?

—Se puede llevar a cabo en el secreto más absoluto —dijo el padre Koopmans, para facilitar las cosas.

Siguió un prolongado silencio, que parecía no tener fin.

—Me lo pensaré —añadió dubitativo el Papa.



Con acento desgarrador y expresiones tomadas del profeta Jeremías, cuenta Luidprando que en el año 897 las piedras de San Juan de Letrán lanzaron un grito de horror, escandalizadas al contemplar el macabro «concilio cadavérico» del papa Formoso, que llevó a cabo su sucesor Esteban IV. Como señal de la cólera divina, la catedral de San Juan de Letrán, madre de todas las iglesias, se derrumbó desde el altar hasta el pórtico. La basílica actual mantiene su forma primitiva con las consiguientes transformaciones y ampliaciones de los siglos posteriores. El papa León XIII embelleció con oro y plata su pórtico, reconstruyó el claustro, amplió y decoró el coro alto, y, en uno de los muros laterales, se hizo pintar a sí mismo, rodeado de cardenales y arquitectos. León XIII, al final de sus días, escogió esta basílica como lugar de su eterno reposo, y allí fueron trasladados sus restos en 1924, veinte años después de su muerte.

—¿Por qué Pío IX y León XIII eligieron como sepultura unas iglesias de Roma distintas a la cripta de San Pedro en el Vaticano? —preguntó el padre Orovay en cierta ocasión.

—Esa pregunta —le contestó monseñor— me la he hecho también yo durante todo este tiempo sin encontrar una respuesta satisfactoria. ¿Tal vez, como asegura algún historiador, para darse el gusto *post mortem* de que los paseasen por la ciudad que durante su vida se habían negado a pisar como protesta porque Italia les había arrebatado los Estados Pontificios? ¡Quién sabe! Lo cierto es que León XIII dispuso ser enterrado en la basílica de San Juan de Letrán, y, antes de su inhumación, hizo trasladar allí los huesos de Inocencio III, dedicándole un túmulo funerario a la derecha del altar mayor, sobre la puerta que da al museo, donde este pontífice aparece en posición yacente. La devoción de León XIII por este antecesor suyo no fue un sentimiento tardío, pues, como cuenta Massimo Marchetti en sus *Cuadernos azules*, venía desde muy lejos.

Su Santidad me habla muy a menudo del papa Inocencio III, y me lo encarece como si para él fuese el prototipo de lo que debe ser el Romano Pontífice. A veces, con sumo respeto y por llevarle la contraria, le digo que más que sumo pontífice fue soberano máximo, y que el poder que él llegó a acaparar no le pasó por la cabeza ni en sueños a Nuestro Señor Jesucristo, y mucho menos al pobre Pedro. Su Santidad me lanza una de sus miradas, que no sé si es de conmiseración por mi ignorancia o de anatema por mi atrevimiento.

—¡Si te oyera Pío IX, mi antecesor, que en gloria esté! —me dice, reprendiéndome con dulzura, pues sabe que no comparto ningún punto del *Syllabus*.

—Ya me hubiese excomulgado por liberal y blasfemo —le contesto.

Creo que, después del poder temporal que les ha sido arrebatado, Pío IX y Su Santidad se quedaron como pollos sin plumas y cacareando. En sus *encíclicas* y discursos no hacen sino añorar los tiempos antiguos, sobre todo los de Inocencio III, que llegó a arrogarse toda humana potestad, la espiritual y la terrena, y creerse Dios en la Tierra. Según él mismo confesaba, el papa era menos que Dios pero más que cualquier hombre. ¿A qué viene ahora este monumento fúnebre que Su Santidad ha hecho levantar a Inocencio III en San Juan de Letrán? ¿No querrá con ello vengarse de las autoridades italianas que hicieron levantar en el Campo dei Fiori una estatua de Giordano Bruno? Precisamente en esa plaza, donde la Inquisición romana lo quemó en 1600. Cuando le hago estas maliciosas reflexiones, valiéndome del privilegio que me da ser su inseparable sombra, Su Santidad me arguye que, siendo obispo de Perugia, ya tenía determinado construir en aquella catedral un monumento en su honor, pero que, al ser elegido papa, pensó en hacerlo en San Juan de Letrán.

—¿Dónde puede reposar mejor Inocencio III que en San Juan de Letrán, cuyas paredes oyeron su imperiosa voz y albergaron el trascendental concilio que él convocó?

Más adelante, el doble de León XIII había anotado en el cuaderno correspondiente al año 1892:

Hace unos días llegó por tren desde Perugia una caja con los huesos de Inocencio III. Ni yo mismo lo supe hasta que el Santo Padre lo reveló ante los cardenales el mismo día en que se inauguraba el monumento fúnebre. Sin duda tenía miedo de que alguien, por culpa de alguna indiscreción, robase los sagrados huesos y saboteara la ceremonia, como ya había sucedido con la de Pío IX. En su discurso Su Santidad ha ensalzado la gigantesca figura de aquel papa, defensor acérrimo del poder y los privilegios de la Iglesia, y ha dicho que él se esforzaría en seguir sus pasos.

Puede que yo, como fraile, también añore el pasado, aquellos remotos tiempos de Ubertino de Casale y Angelo da Chiarino en los cuales, enfrentándonos con los papas de Roma, defendíamos una Iglesia sin poder, más evangélica y pobre.

—Massimo —me dice Su Santidad, cuando por las noches, después de cenar, nos enzarzamos en estas disputas—, te has dejado

embaucar por esas corrientes ateas y modernistas. A la Iglesia, el poder le viene de Dios, y nadie en este mundo tiene derecho a arrebatárselo. Sin ese poder temporal ¿qué fuerza y libertad le queda para anunciar el Evangelio?

No digo que yo lleve razón en todo, pero si la Iglesia abandona a los pobres y ella misma no practica la pobreza, cosa que así ha sucedido a través de los siglos, toda su doctrina se corrompe. La pobreza, como la sal, es la que salva al Evangelio de la putrefacción. Mas si la sal también se desvirtúa, ¿con qué se la sazonará? Se la echa afuera. No es útil ni para el estercolero.

Cuando monseñor Bergonzi y el padre Toniolo desembocaron en la Piazza San Giovanni in Laterano, procedentes de la calle del mismo nombre, no dieron crédito a sus ojos.

—Los periódicos no exageraban —comentó el teatino.

—Desde la muerte de Juan XXIII, no había visto yo colas semejantes —añadió monseñor.

En efecto, un inmenso gentío llenaba la plaza, que, aunque no tan espaciosa como la de San Pedro, era una de las de mayor capacidad de Roma. Los *carabinieri* organizaban aquel mar inmenso, convirtiéndolo en un serpenteante río lleno de meandros. Monseñor y el padre Toniolo se colocaron al final de la hilera a esperar su turno.

—Toniolo, ¿tú crees que aguantaremos hasta que nos toque?

—Si continúa nublado y la gente va ligera, creo que sí; de otro modo, tendremos que desistir. No estamos ya para estos trotes.

Los curiosos que se acercaban no eran sólo romanos, sino que había gente de otras partes. ¿Qué había sucedido en la basílica de Letrán para que se agolpase un gentío tan grande ante sus puertas? Todo había comenzado hacía unos días. Cuando se procedía a examinar el túmulo funerario de León XIII, según la explicación oficial de *L'Osservatore Romano*, se detectaron unas grietas en el monumento y, para facilitar las obras de reparación, se exhumó el féretro que contenía los restos mortales del Papa, y se depositó en una de las capillas... ¿Quién ordenó que se abriera el triple ataúd y por qué razón se hizo? Las informaciones que habían aparecido en los medios resultaban muy confusas y contradictorias. Fuesen cuales fuesen las razones reales, el hecho era que el cuerpo de León XIII había aparecido incorrupto, y esa noticia había corrido como un reguero de pólvora. Los médicos que habían intervenido en la exhumación, entre los que se contaban autoridades mundialmente reconocidas, constataron el fenómeno, pero habían dejado para más adelante una explicación exhaustiva. Como avanzó uno de los forenses, antes tenían que estudiar las técnicas de embalsamamiento aplicadas al cuerpo del difunto, los lugares de su enterramiento y otras circunstancias. Sin embargo, ciertos medios vinculados o afines a la Iglesia, impacientes, se habían adelantado a los acontecimientos y ponían en relación cuerpo incorrupto, santidad y milagro, deslizando con sutileza esta idea. No se podía negar, y los propios monseñor Bergonzi y padre Toniolo eran testigos, que el cuerpo incorrupto de León XIII había causado un gran revuelo. ¿Era un fenómeno debido al embalsamamiento, como los médicos habían pensado en un principio, o era un milagro? La polémica estaba servida.

Los periódicos de aquellos días publicaron, como si se tratase de una novela por entregas, los documentos relativos a la postrera enfermedad, la muerte y el embalsamamiento de este pontífice. La gente pudo saber que León XIII fue elegido papa a la propecta edad de sesenta y ocho años. A pesar de ser un anciano achacoso, cuya salud se resentía, había gobernado la Iglesia con energía durante un cuarto de siglo. Su vida pareció seriamente amenazada por vez primera el 27 de febrero de 1889, cuando se le inflamó de repente una úlcera que tenía en el costado izquierdo; aunque sufría grandes dolores, no abandonó sus ocupaciones habituales, hasta que, durante una audiencia general, se desplomó en un sillón exclamando «¡No puedo más!». El doctor Laponi consideró que la extirpación de la úlcera era imprescindible, a pesar de su avanzada edad. De acuerdo con el cirujano Mazzoni, convocado al efecto, se decidió fijar la operación para el 1 de marzo. A primera hora de la mañana, se personaron ambos médicos en la antecámara del Santo Padre, quien, tras una noche de insomnio, había podido finalmente conciliar el sueño. No quisieron perturbar el reparador descanso, y se retiraron; pero, apremiados por su secretario personal, monseñor Agnelli, despertaron al enfermo y decidieron operarlo. Tres días después, al destaparle la herida, los médicos comprobaron que estaba bien cerrada, de tal modo que la sutura fue innecesaria. Su rápido restablecimiento fue considerado un milagro, y para celebrar el feliz desenlace, se cantó en la basílica de San Pedro un solemne tedeum, en el que participaron más de cinco mil personas con antorchas encendidas.

La precaria salud del anciano papa se resintió de nuevo en el verano de 1903, debido a las fatigas del jubileo pontifical. El día 3 de julio todavía realizó un paseo por los jardines del Vaticano y concedió algunas audiencias, pero el cansancio lo acabó postrando en cama. El doctor Laponi detectó una inflamación senil en el pulmón derecho. El profesor Mazzoni, llamado a consulta, confirmó el diagnóstico de su colega, aunque no consideró que el estado del paciente fuera alarmante. No obstante, se le administró el Santo Viático, que le trajo su confesor Piferri. El agosto enfermo, con gran devoción y dándose compungidos golpes de pecho, recitó el *Confíteor* y el *Domine non sum dignus*. El mismo día 5, el vicario de Roma, cardenal Respighi, dispuso que en todas las iglesias de la diócesis se expusiera el Santísimo Sacramentó y se rezase el rosario por el papa doliente. La noticia de la grave enfermedad del Pontífice fue recibida en Roma y en toda la cristiandad con gran consternación. Según el parte médico del 7 de julio, se había encharcado el lóbulo inferior de su pulmón, del que le extrajeron 800 centilitros de líquido. Al día siguiente, la afección se agravó. Tras convocar, con expreso consentimiento del Papa, al incrédulo profesor Rossoni, se procedió a una nueva toracentesis, con extracción de un litro de líquido. El anciano pontífice, animado, conversó con los cardenales que le acompañaban, comentando los periódicos, que le habían presentado censurados. Su sorprendente mejoría asombró a todos. No obstante, el día 19, el creciente desmoronamiento del enfermo obligó al secretario de Estado, el cardenal Rampolla, a

telegrafiar a todos los nuncios dándoles parte del grave estado de su Santidad. Por la noche comenzaron los estertores agónicos, y el Pontífice perdió el conocimiento, que recobraría de nuevo a la mañana siguiente. El día 20, el moribundo se despidió conmovido de todos los que le rodeaban, en especial de su secretario de Estado, el cardenal Rampolla, a quien elogió por sus quince años de colaboración y le pidió perdón por las posibles desavenencias que hubieran podido tener. Poco después, a las cuatro de la tarde, moría León XIII a la edad de 93 años, 4 meses y 19 días.

El día 22 de julio, el doctor Laponni, su médico de cabecera, procedió a disecar el cadáver y a embalsamarlo; encontró normales el corazón, el bazo y los riñones, pero detectó en cambio un líquido fibrinoso en los pulmones. Suturó después todas las incisiones que le había practicado y procedió, por último, a recomponerle sus facciones. El corazón del Santo Padre fue guardado en una urna de cristal sellada y depositado en la iglesia romana de los Santos Vicente y Anastasio.

Después de casi hora y media de lento zigzag por los pasillos que formaban las vallas metálicas, monseñor Bergonzi y el padre Toniolo llegaron a las gradas de la basílica. Tuvieron tiempo de sobra para contemplar la fachada, grandiosa y solemne, del florentino Alessandro Galilei, que normalmente les pasaba desapercibida. En el interior, mientras se acercaban a la capilla funeraria, a la que tardarían más de treinta minutos en llegar, se entretuvieron curioseando los apóstoles de la nave central, esculpidos por discípulos de Bernini. En el brazo izquierdo del transepto, sobre la puerta de la sacristía, guardando simetría con el mausoleo del yacente Inocencio III que se ubicaba en el brazo opuesto, se encontraba el magnífico mausoleo de León XIII. En él, el Romano Pontífice se hallaba de pie sobre un sarcófago de pórfido, con el brazo derecho en alto y el cuerpo inclinado hacia delante. A su derecha tenía a un trabajador como símbolo de su preocupación social; a su izquierda, una figura femenina con la cruz en la mano que representaba a la Iglesia. Encima del grupo escultórico, la dedicación: «*Leoni XIII Cardinales ab eo creati*». (A León XIII, de los cardenales creados por él.) Un andamiaje de hierros daba a entender que el monumento estaba en obras, aunque no se veía que se hubiese desmontado pieza alguna.

En el transepto de la basílica, justo al lado del monumento en obras, en la gran capilla que utilizaban los canónigos como coro, se había improvisado una capilla ardiente, con la misma pompa y ceremonial que se desplegaba para un papa recién muerto. El cuerpo, con mitra de oro y pectoral de piedras preciosas, estaba depositado en el túmulo e iluminado de tal modo que los fieles podían verlo con comodidad. A nadie se le permitía detenerse más tiempo que el que tardaba en persignarse. Guardias suizos vestidos de gala y algunos dignatarios pontificios, venidos de los palacios vaticanos, formaban la guardia de honor. Monseñor y el padre Toniolo quedaron impresionados.

—He ahí a Massimo Marchetti, un pobre fraile, convertido en santo... Quizá sólo nosotros sepamos que este papa es un fraude —murmuró el padre Toniolo cuando se

retiraban, sin poder reprimir la emoción.

—El Santo Padre también lo sabe. Por lo que veo, también a ti te ha impresionado el cuerpo incorrupto...

—¿No crees en la divinidad de la Iglesia? —le preguntó de modo inesperado el teatino.

—No me vengas con ésas, Toniolo, que ya somos viejos...

Cuando la comisión de forenses nombrada a instancias del cardenal Denzinger, inspeccionó el ataúd de León XIII, quedó estupefacta. Al retirarle el pañuelo de seda, apareció su rostro tal como si estuviese dormido, con la piel sonrosada y una inefable expresión de paz, que ni siquiera reproducían las mejores pinturas y fotografías que se guardaban en el Vaticano de él.

—¡Qué buen trabajo hicieron los embalsamadores! —fue una de las primeras exclamaciones que se oyó entre aquel coro de expertos.

Creyeron, en ese primer momento, que una conservación tan perfecta se debía a las técnicas empleadas, pero cuál no sería su sorpresa al comprobar que la obra se debía al profesor Lapponi, un simple médico de cabecera.

—¡Ni la momia de Lenin! —dijo alguien. Y todos conocían la cantidad de sofisticados tratamientos que se le prodigaban a aquélla cada semana para que se mantuviera en excelentes condiciones.

Como comentaron posteriormente en las numerosas ruedas de prensa que realizaron, lo que más les había impresionado era la cara del Papa.

—Esperábamos encontrar, después de cien años de embalsamamiento, un cuerpo maltratado por las bacterias y los hongos y un rostro deteriorado. Momificado, en el mejor de los casos. En cambio, no ha sido así en absoluto, hasta el extremo de que uno de nosotros, llevado de una curiosidad compulsiva, se atrevió a levantarle los párpados; para nuestra sorpresa, sus ojos estaban intactos, como si un momento antes alguien se los hubiese cerrado...

Ninguno de los forenses, muy cautos, se atrevió a pronunciar la palabra milagro, pero todos repetían sin cesar que se trataba de un fenómeno extraordinario, inexplicable para la ciencia.

La comisión de expertos trabajaba bajo juramento de guardar el más absoluto secreto, y sólo tenía que rendir cuentas ante el Papa. Después de completar sus investigaciones, pidieron una audiencia para hacerle entrega de su informe. Su Santidad, sin guardar ningún protocolo, los recibió en sus aposentos privados, acompañado del cardenal Denzinger.

El doctor Rudolph Weinstein, de la Universidad de Chicago, expuso punto por punto el caso y las conclusiones a las que él y sus colegas habían llegado.

—Nuestro estupor —dijo, hablando en nombre de todos, después de haber hecho una breve introducción— llegó al límite cuando desnudamos el cadáver. Nos encontramos con un cuerpo que no se correspondía en absoluto al que describieron los médicos que lo asistieron en su última enfermedad. ¿Dónde estaba, por ejemplo, la escisión que le hizo el cirujano Mazzoni en el costado izquierdo para extirparle un tumor del tamaño de una naranja? Por mucho que nos esforzamos, empleando incluso



potentes lupas, no encontramos rastro alguno. ¿Dónde estaban los cortes y las suturas que le practicó el doctor Lapponi para el embalsamamiento? Ni rastro. Pero eso no es todo. Los rayos X evidencian que dentro de su caja torácica aún está su corazón indemne. ¿Cómo es posible, si el doctor Lapponi lo extrajo junto con las otras vísceras y lo depositó en una urna de cristal, que hasta el día de hoy se conserva en la iglesia de los Santos Vicente y Anastasio? Sorprendidos, nos hemos preguntado si el cuerpo incorrupto que teníamos delante pertenecía realmente al papa León XIII. Es la primera vez que nos enfrentamos con algo semejante, y ninguno ha sido capaz de formular una explicación científica de este fenómeno.

El Santo Padre siguió la exposición con interés, que fue creciendo a medida que aumentaba el embarazo del doctor Weinstein.

—¿Acaso podríamos hablar de un milagro, doctor? —dijo el Papa como pudo, fascinado por el relato o arrebatado por un pronto místico.

—Nosotros somos científicos, Santidad, no teólogos.

Al cardenal Denzinger, que más de una vez había visto cómo el Papa, cuando le convenía, se saltaba las conclusiones de las comisiones que él mismo había nombrado, le desagradó que quisiera aferrarse a ésta.

—Santidad —intervino con unos modales que sorprendieron a los presentes—, no haga cargar con esa responsabilidad a los médicos. Permita, si ése es su deseo, que la Sagrada Congregación para la Causa de los Santos estudie el caso y emita un dictamen.

—El milagro —intervino otro forense para apoyar al doctor Weinstein— no es una categoría científica a la que nosotros podamos recurrir. Hemos de agotar todas las vías posibles en busca de una explicación racional.

El Santo Padre lo sabía perfectamente, pero le hubiese agradado que se hubiesen mostrado más dúctiles.

—Aunque el cadáver que hemos estudiado debe de ser el del papa León XIII —continuó con mucho tiento el forense estadounidense—, no coincide, por los detalles que ya hemos expuesto, ni física ni anatómicamente, con el cuerpo descrito por los médicos que lo trataron en vida. Para despejar esta incógnita y evitar explicaciones fantasiosas, sería de desear que el cadáver de León XIII fuese identificado mediante pruebas de ADN.

—¿Tienen alguna duda sobre su identidad? —se sobresaltó el Papa.

—Santidad, queremos serle francos: tenemos dudas razonables.

El Santo Padre se había decidido a exhumar el cadáver de su antecesor para proceder a su identificación. Y ésa era la finalidad para la que había creado esta comisión de expertos. Sin embargo, en ningún momento creyó que éstos recurrirían a la prueba de ADN, que ya le había pedido de modo insistente monseñor Bergonzi. Ahora se encontraba con que los consejos del historiador y los forenses coincidían.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó desvalido al cardenal Denzinger, que estaba a su lado.

—El cuerpo —respondió categórico el cardenal—, sin que haya el menor resquicio de duda, pertenece al papa León XIII. Lo que no esperábamos es encontrarlo incorrupto. ¡Ésa es la gran sorpresa! Los demás hechos que han expuesto los señores forenses, inexplicables para la ciencia, no deben sembrar dudas sobre la identidad del muerto, sino darnos la certeza de que estamos ante un santo. Así es como yo interpreto todo esto y, si de mí dependiese, abriría ahora mismo el proceso de su beatificación.

Los forenses quedaron asombrados ante el giro que estaban tomando las cosas y esperaron en silencio la decisión del Santo Padre, que permanecía mudo, como si estuviera ido.

—Quizá Dios... —expresó con un hilo de voz, interrumpiéndose a cada paso—. Quiere mostrarnos, a través de estas inexplicables circunstancias... Cuáles son sus designios. Yo tenía mucho interés en beatificar a Pío Nono, y no me arrepiento de haberlo hecho, pese a que algunos cardenales me lo desaconsejaron por inoportuno... Ahora, como ha sugerido el cardenal Denzinger, iniciaremos el proceso para beatificar cuanto antes a León XIII.

—Santidad —el forense estadounidense no quiso callarse lo que le dictaba su conciencia—, la incorruptibilidad de los cuerpos no es muy frecuente, pero se da en muchas partes del mundo. Es un fenómeno muy bien estudiado hoy en día. No hay ninguna necesidad de acudir a causas sobrenaturales...

—No se esfuerce, doctor —le cortó el Papa—, soy yo quien certifica los milagros... —Y, después de unos momentos de vacilación, se dirigió autoritario a los forenses—. Pueden efectuarle las pruebas de ADN.

El día 6 de septiembre, primer viernes de mes, los contertulios acudieron a casa de Gioberti de Cesare.

—Siento como si el cuerpo incorrupto de León XIII fuese un reproche que nos estuviese haciendo Dios —dijo el anfitrión, para descargarse del peso que llevaba dentro.

—Me parece que meter a Dios por medio es excesivo... —le contestó el padre Orovay, que parecía un *playboy* con aquel bronceado de gimnasio que lucía—. Además, según nuestros datos, el cuerpo incorrupto que se está venerando no es el del verdadero papa sino el de su doble.

—Lo que esté pasando en San Juan de Letrán, poco nos importa —intervino monseñor—. Nosotros hemos cumplido con nuestro deber. Haciendo gala de sentido de responsabilidad, hemos comunicado al Papa nuestras investigaciones y conclusiones. Su Santidad tendrá sus buenas razones para exponer a pública veneración los restos de un impostor...

—Dicen que se han producido algunos milagros —dijo el padre Toniolo.

—¿Milagros o milagritos? Porque, desde que a este papa le ha dado por beatificar, hay milagros que los hace cualquiera —le cortó el padre Orovay, mientras sonreía.

—¿Es que tú no crees en los milagros? —le preguntó De Cesare, molesto—. Negar que los milagros puedan ocurrir no es más racional que afirmar lo contrario.

—Algunos creen en los milagros, pero no en Dios, y otros creemos en Dios y no en los milagros —le respondió el reverendo.

—Pienso que es imposible sostener alguna de esas dos afirmaciones —le refutó De Cesare.

—Pues yo sostengo que de todo cuanto sucede, tarde o temprano, se encuentra una explicación racional.

—Hay hechos, *caro amico* —terció monseñor—, que desafían a la ciencia; resultan inexplicables, nos sobrepasan... ¡No todo cabe en nuestra cabeza!

—No esperaba que un hombre como usted creyese en milagros...

—Querido Orovay, ya llegarás a viejo... —dijo en tono conciliador—. No se debe hostigar a nadie. Las convicciones personales de cualquiera siempre son respetables...

—Lo peor —avivó la discusión el teatino— es que muchos teólogos católicos no creen en los milagros, ni siquiera en los del Evangelio.

—Quienes afirman que los milagros son imposibles —dijo De Cesare, adoptando una pose doctoral—, se basan en las opiniones desfasadas de Newton. La física moderna, desde Max Planck en adelante, ha demostrado que las leyes de la naturaleza

funcionan conforme a las leyes de la probabilidad matemática. La indeterminación del universo, pues, deja un amplísimo margen tanto a la libertad del hombre como a la intervención de Dios.

Mientras estaba hablando, sonó el timbre de la puerta, lo que le sorprendió, ya que no esperaba a nadie.

—¿Quién será? —se preguntó De Cesare, levantándose para ir a abrir.

Al rato, volvió con un pequeño paquete en sus manos.

—Es un paquete del Vaticano para usted, monseñor —le dijo con solemnidad, y lo puso sobre la mesa.

—¿Para mí? —dijo sorprendidísimo—. Si es para mí, ¿por qué me lo han traído a tu casa? ¿Cómo sabían que yo estaba aquí?

—Sé tanto como usted...

—Quizá los de la Congregación de la Fe... —insinuó, malicioso, el padre Orovay—. El Santo Oficio siempre está vigilante...

—¿Qué será?

Mientras unos y otros se morían de curiosidad, monseñor cortó el bramante, rompió los sellos de lacre y procedió a abrirlo. Dentro había una cajita de madera con dos pequeñas ampollas de cristal. Cada una llevaba una inscripción: «Ex osibus Leonis pp. XIII» y «Ex osibus Aloisii Pecci». Las sacó con cuidado, y fueron pasándoselas de mano en mano. En su interior había dos pedazos de hueso. Uno pertenecía a León XIII y el otro, al padre del Papa. Las inscripciones lo decían con claridad; no cabía la menor duda. Condescendiente con la solicitud formulada por los forenses, el Santo Padre había autorizado las pruebas de paternidad de León XIII, comparando su ADN con el de su padre.

—Por fin hemos conseguido —exclamó con júbilo monseñor— que se realicen las pruebas de ADN al cadáver de León XIII.

Joaquín Vicente Rafael Luis Pecci Prosperi, que así se llamaba el verdadero papa León XIII, nació el 2 de marzo de 1810 en Carpineto, aldea pobre y de míseras condiciones situada junto a Agnani. Su padre, Luigi Pecci, ocupó el puesto de coronel de la familia de los barones y, después de la invasión francesa, fue síndico de la comunidad. Uno de los forenses fue hasta el cementerio de Carpineto para conseguir un trozo de hueso, cosa que no le resultó difícil porque, al igual que ocurría en Roma con el monumento funerario de San Juan de Letrán, también aquí se estaba remozando el panteón familiar del Papa. Tras obtener con la máxima discreción una falange de la mano de su padre, ésta fue enviada, junto con otra perteneciente al propio León XIII, al Hospital Universitario de Roma para que se realizasen las pruebas de identidad.

Con las dos ampollas que contenían parte de esos huesos, venía un breve autógrafo del Papa dirigido a monseñor Bergonzi, que decía así:

«*Modicae fidei, quare dubitasti?*». Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado? Aquí te mando los dos pedazos de hueso que han servido a la ciencia para fundamentar la identidad de nuestro gran predecesor León XIII, a quien el cielo ha querido bendecir con innumerables prodigios. En adelante, «*noli esse incredulus, sed fidelis*». No seas incrédulo, sino fiel.

Por lo que decía el certificado del laboratorio anatómico forense, de los dieciséis marcadores de ADN analizados en el cadáver enterrado en San Juan de Letrán y en el de Luigi Pecci, padre biológico del Papa, no difería ni uno solo. La nitidez de la foto genética no daba lugar a dudas. La fiabilidad de las pruebas era de un 99,9%... Todos se quedaron de piedra, con las lenguas pegadas al paladar.

—El cadáver enterrado en San Juan de Letrán no es, pues, el de Massimo Marchetti, como pensábamos nosotros, sino el del auténtico León XIII —exclamó, desconcertado, el padre Orovay, antes de añadir con rabia—: Aquí falla algo...

—Los documentos que hemos estudiado... —fue desgranando, confuso, monseñor—. Los *Cuadernos azules*, las cartas... Todo, sin excepción, apuntaba a que el cuerpo del verdadero León XIII estaba enterrado en la necrópolis vaticana, y que el que había enterrado en San Juan de Letrán era el del fraile Massimo Marchetti, su doble... Y, ahora... No me explico qué puede haber ocurrido...

—¿En qué queda, pues, la historia del doble? ¿En agua de borrajas? —dijo el padre Orovay, sin disimular su gran decepción.

Los contertulios, sentados alrededor de la mesa en cuyo centro permanecían erguidos los dos pequeños recipientes, parecían estar velando a un muerto.

—Si todo esto es así, y nadie puede dudar de la fiabilidad de las pruebas de ADN —rompió su silencio el padre Toniolo—, hemos de concluir que hemos errado en nuestras investigaciones. Y punto.

Una gran desolación se había abatido sobre los tertulianos, dejándolos en estado de *shock*. Sólo el teatino parecía sentirse aliviado.

—Desde luego aquí falla algo... —agregó monseñor, abatido, mientras se estrujaba la cabeza—. Algo no cuadra... Sin embargo, sigo estando convencido de que ese doble existió. Y ese doble era el fraile Massimo Marchetti, cuyo cuerpo fue enterrado en San Juan de Letrán.

Se dice que Vincenzo Bellini, el exorcista papal, había comentado en su círculo de íntimos que el Santo Padre comenzó a tener pesadillas, a partir del momento en que monseñor Bergonzi y el prepósito de los jesuitas le refirieron la extraña historia del doble de León XIII. Se despertaba a altas horas de la madrugada sobresaltado, sudoroso, con el corazón encogido, y, en la penosa vigilia, buscaba mil argumentos que pudiesen aquietar su conciencia y dejarle disfrutar en paz de los años que le quedaban. El descubrimiento del cuerpo incorrupto y el resultado positivo de las pruebas de ADN, que habían echado por tierra la hipótesis de monseñor Bergonzi, supuso para él un bálsamo reconfortante. Ahora, Su Santidad podía dormir tranquilo.

Desde entonces, el que no podía conciliar el sueño era monseñor. Pasaba las noches sin pegar ojo, preguntándose cómo era posible que el cadáver de Massimo Marchetti, el falso León XIII, que había sido embalsamado y a cuyo cuerpo se le habían extraído las vísceras, apareciese ahora con el corazón en su sitio y sin sutura alguna de las incisiones que se le practicaron.

Monseñor y el padre Toniolo, que tampoco acababa de comprender este misterioso enigma, fueron a la iglesia de San Vicente y San Atanasio, junto a la Fontana de Trevi.

—Si el doctor Lapponi, cuando embalsamó a León XIII, extrajo su corazón y lo depositó en esta iglesia —le dijo monseñor, señalándole la vasija de cristal que lo contenía—, ¿cómo es posible que los forenses afirmen que aún está intacto dentro de su pecho? No puede ser, Toniolo, que esté a la vez aquí y en el cuerpo incorrupto.

—Para saber si puede o no puede ser, ahí están las radiografías de los forenses. Y no han hecho una o dos, sino cientos... *Contra facta non valent argumenta*. Contra los hechos, nada valen los argumentos.

Monseñor tenía en casa, encima del escritorio, los dos pequeños frasquitos con los huesecillos de los Pecci que el Papa le había enviado como un regalo envenenado; pero, sobre todo, estaban metidos en su cabeza. La cuestión de las vísceras era un galimatías inextricable, que ni los forenses ni nadie lograban explicar, pero las pruebas de ADN eran indiscutiblemente científicas.

—Los resultados de las pruebas —se atormentaba monseñor— echan por tierra nuestras pesquisas... Invalidan nuestras conclusiones. ¿Qué ha podido fallar en nuestra investigación?

Por las noches se despertaba y se ponía a dar vueltas por la casa. Reconstruía, paso a paso, el camino que había recorrido hasta llegar a lo que él creyó un hecho cierto, probado, indiscutible.

—¡No encuentro fallo alguno! —se reprochaba a sí mismo.

Giuliana notó enseguida que algo no marchaba bien. La luz de la habitación de su hermano se encendía a altas horas de la madrugada, cuando él siempre había dormido a pierna suelta. Apenas probaba sus comidas favoritas, que ella le preparaba con mimo. A todo le contestaba con monosílabos, él que normalmente hablaba por los codos. Su humor se había agriado, y la mirada se le quedaba extraviada horas y horas, perdida en el infinito... Sobre todo, esto último fue lo que la alarmó.

El martes 17 de septiembre, al llegar a la Biblioteca Vaticana, el padre Orovay se encontró a monseñor consternado, cuando creía que ya estaba empezando a superar lo que él calificaba como el fracaso de su vida.

—¿Qué ocurre, monseñor? ¿Todavía sigue dándole vueltas a esos huesecillos?

Sin contestarle, le alargó la carta que tenía sobre la mesa. El propósito general de los jesuitas, en términos escuetos y fríos, poco corteses, le retiraba el apoyo que le había dado.

Vistos los resultados de las pruebas de ADN, de los cuales me ha informado el Santo Padre, doy por zanjada una cuestión en la que he sido sorprendido en mi buena fe.

—Bueno, no creo que sea razón para que usted se lo tome así. Era de esperar... —comentó el reverendo.

—Eso es lo que más me duele —dijo, mientras golpeaba la mesa con el índice.

El padre Orovay, que era muy tozudo, no había arrojado todavía la toalla. También había estado dando vueltas y más vueltas al tema, y no se resignaba a dar su brazo a torcer. Al ver a monseñor afectado de aquel modo, mientras su prestigio como historiador era puesto en duda, se decidió a decirle lo que pensaba.

—Monseñor, en todo este asunto del doble de León XIII, hay datos que no cuadran...

—¡Y tanto que no cuadran! Pero no sé a qué te refieres exactamente —respondió, extrañado, el bibliotecario.

—No creo que nos hayamos equivocado en nuestras investigaciones, y que el doble del Papa sea fruto de nuestra invención...

Cerró la puerta del despacho, y, con gran familiaridad, se sentó en el sillón, poniendo sus brazos sobre la mesa como si estuviese sentado en la barra de un bar.

—Tú dirás.

—Hay que repetir las pruebas de ADN.

—¿Repetir las pruebas? ¿Dudas de los resultados que nos ha facilitado Su Santidad? ¿Piensas que han sido manipulados? Me han pasado muchas cosas por la cabeza durante todo este tiempo, pero ninguna como ésa. No te entiendo.

—Las pruebas de identidad genética han sido realizadas entre el papa enterrado en San Juan de Letrán y Luigi Pecci, padre de León XIII.

—En efecto. Y el resultado ha sido concluyente: el cadáver de San Juan de Letrán es el del verdadero León XIII...

—No lo pongo en duda —afirmó categórico el padre Orovay, y añadió sibilina—: Pero con sólo eso no se llega al fondo de la cuestión.

—Explícate.

—Según los documentos que hemos manejado —argumentó el padre Orovay—, el verdadero papa León XIII murió en 1899, cuatro años antes de la fecha oficial de su muerte. Murió de forma repentina, y fue enterrado en los pasadizos secretos del Vaticano.

—Así es... —dijo monseñor, pero el impulsivo Orovay no le dejó hablar.

—De las mismas fuentes se desprende que el que murió el 20 de julio de 1903, cuatro años más tarde, fue el fraile Massimo Marchetti, su doble. Y es el cuerpo del doble el que fue embalsamado por el doctor Lapponi, el que fue encerrado en el triple ataúd, el que fue depositado en el coro de la basílica de San Pedro hasta que en 1924 fue trasladado a la basílica de San Juan de Letrán.

—Así es —volvió a asentir monseñor, sin vislumbrar por qué caminos quería llevarle su colaborador.

—¿Cómo es posible que ese doble, que no era un Pecci, que no tenía ninguna relación con los Pecci de Carpineto, tuviese su mismo ADN?

—Ése es el gran interrogante, al que yo le doy vueltas continuamente... Y, sin embargo, *caro amico*, tenía su mismo ADN.

—No, monseñor, no. No hay que rendirse sin revisar antes, una por una, todas las pruebas. —E, intercambiando papeles, como si él fuese ahora el maestro, comenzó a formularle una serie de inquietantes preguntas—: ¿Era realmente el cadáver del fraile Massimo Marchetti el que examinaron los forenses? ¿Fue a éste al que le practicaron las pruebas del ADN? De haber sido así, el resultado hubiese sido negativo. ¡Habríamos demostrado que hubo un doble del Papa! Y eso es lo que todos esperábamos. ¿Qué es lo que ha pasado, entonces?

Monseñor admiró la coherencia de su planteamiento, pero continuó mostrándose bastante incrédulo.

—Amigo Orovay, me asombra tu tenacidad, pero creo que no hay nada que hacer. Los resultados de las pruebas echan por tierra nuestras investigaciones. Quizá no hayamos sido todo lo rigurosos que debiéramos... Pero no sé dónde hemos podido fallar.



Al padre Orovay le parecían tan evidentes las conclusiones a las que habían llegado los contertulios en sus investigaciones sobre el doble de León XIII, que le resultaba difícil de aceptar el resultado de las pruebas del ADN.

—A mi entender —comentaba con el profesor Caprara—, se ha producido algún fallo. Pero no en el curso de nuestras investigaciones, como apunta monseñor, sino en los laboratorios...

—¿Un fallo en los laboratorios? —respondió escéptico el arqueólogo—. Me atrevería a afirmar que eso es casi imposible.

—Peor me lo pone —continuó exponiendo su desconfianza el reverendo—. Si no se trata de un fallo fortuito, alguien ha amañado las pruebas. La Congregación de la Fe siempre ha estado tras nosotros, pisándonos los talones. Supongo que monseñor le habrá puesto al corriente...

—Algo me ha comentado —contestó de manera vaga, y retomó el meollo de la conversación—. ¿Insinúas...? —comenzó la pregunta, pero no se atrevió a seguir.

—La Congregación no tiene ningún interés en que se sepa la verdad, y hará todo lo posible para impedirlo. No me fío ni un pelo de ellos.

—¿Me estás diciendo que ha habido fraude?

—¿Fraude? Ya sé que no tengo pruebas ni hechos, pero tengo sospechas fundadas... Usted es el único que nos puede ayudar a salir de este embrollo. Hay que repetir las pruebas de ADN —concluyó con tono perentorio.

—¿Sabes lo que me estás pidiendo? ¿A lo que me expongo si nos descubren?

—No crea que no lo he pensado. También yo me juego mi carrera... Pero es la única manera de que todos nos quedemos tranquilos. No puedo soportar ver a monseñor pudriéndose en la duda.

La última frase fue el argumento categórico que convenció al profesor Caprara. Monseñor Bergonzi, hundido en una fuerte depresión, no quiso embarcarse en esta nueva aventura, no menos peligrosa que la excursión al cementerio de Honorius, y, aunque de mala gana, les proporcionó las cápsulas de cristal que le había enviado el Papa.

El padre Orovay era partidario de que las nuevas pruebas se llevasen a cabo en Roma, aunque en un laboratorio distinto al utilizado por los forenses. El profesor Caprara, en cambio, prefería recurrir a laboratorios extranjeros.

—Dividiremos los huesecillos de León XIII y de su padre —les dijo, aunque monseñor mostraba una patente falta de interés— en tres partes. Remitiremos cada una de las muestras a tres institutos de paleopatología, y así nos aseguraremos la plena garantía de las pruebas. ¡Cuanto más ojos, mejor! ¿No crees, Orovay?

Finalmente, prevaleció la opinión del arqueólogo, que escogió los institutos de París, Bonn y Londres; los tres contaban con profesionales muy reputados y unos medios técnicos muy sofisticados.

—¿Por qué has elegido centros de arqueología para estas pruebas? —le preguntó extrañado monseñor.

—Porque en ellos cuento con buenos y discretos amigos...

Al cabo de un mes, el profesor Caprara ya tenía los resultados sobre su mesa. Los tres institutos coincidieron en la datación de los huesos. A pesar de que el hueso proveniente de Carpineto estaba mucho más renegrido y mohoso, los paleontólogos le adjudicaron una fecha muy cercana a la del otro. El de Londres se atrevió incluso a hilar más fino, y dató la muestra A, correspondiente a Luigi Pecci, padre del Papa, circa 1775, y la muestra B, el hueso de San Juan de Letrán, circa 1812. La primera conclusión, pues, estaba muy clara: eran restos de época reciente. Sobre las pruebas de ADN solicitadas, también hubo unanimidad en los resultados.

El profesor Caprara sabía muy bien la trascendencia que aquellos resultados tenían para su buen amigo, el bibliotecario, por lo que no encontraba la manera de darle la noticia.

—Monseñor —le dijo finalmente por teléfono—, ya tengo los resultados de las nuevas pruebas de ADN.

En ese momento, se produjo un silencio de algunos segundos, eternos, a uno y otro lado del hilo, mientras monseñor Bergonzi, con el alma en vilo, esperaba que le comunicase los resultados. El profesor Caprara no sabía cómo decírselo.

—Negativo, supongo —se adelantó el viejo bibliotecario, seguro de que la emoción le había puesto al doctor Caprara un nudo en la garganta.

—No, monseñor, no. Lamento decirle que no ha sido ése el resultado. Una vez más, han dado positivo. El papa enterrado en San Juan de Letrán es un Pecci y, por lo tanto, el verdadero León XIII.

Monseñor, involuntariamente, se había agarrado a aquellas nuevas pruebas como quien se coge a un clavo ardiendo, y por ello se llevó una decepción tan tremenda. Este duro golpe acabó de remachar el primero, y apagó la última lucecita de esperanza que le quedaba.

—¿Positivo? —dijo, sin acabar de creérselo—. ¿Los tres institutos han dicho que es positivo? No entiendo nada...

Como el que, a punto de ahogarse, lucha con desespero por agarrarse a una tabla que flota, así buscaba monseñor un indicio de verdad donde asirse. El profesor Caprara pensó que lo mejor era desengañarlo definitivamente con la realidad pura y brutal, sin ni siquiera dejarle, por piedad, un resquicio abierto, por mínimo que fuese.

—Los tres institutos han certificado que hay identidad genética entre los huesos comparados, y afirman con rotundidad su parentesco.

Después de tanto buscar la forma de no herirle, el arqueólogo acabó hablándole así de escueto y cruel.



—Las distintas pruebas de ADN, efectuadas por laboratorios diferentes y neutrales, han dado un resultado coincidente e irrefutable. El cadáver enterrado en San Juan de Letrán era el del verdadero León XIII. La discusión histórica ha quedado cerrada — anunció monseñor De Cesare, que, en ausencia de monseñor Bergonzi, había asumido su papel. En sus palabras se percibía un gran alivio.

El padre Benavent, que se había apartado de las investigaciones al ver el mal cariz que tomaban las cosas, no tuvo inconveniente en volver ahora al redil. En un mar de aceite, él sería el corcho que flota, una rara habilidad que muchos le envidiaban.

—Después de estas incontrovertibles conclusiones —tomó la palabra el prelado valenciano—, hemos de admitir, mal que nos pese, que los documentos que manejamos eran falsos. Ya dije al comienzo que era poco serio asentar premisas sobre el argumento de una novela de André Gide.

El padre Toniolo, que se sintió herido con su andanada, le replicó.

—¿Quieres decir que la carta de Virgilio Carbonari, que tú descubriste y nos entregaste como auténtica era falsa? Después de tantos años manejando documentos, ¿no supiste advertir el engaño?

El padre Benavent carraspeó, acariciándose nervioso el anillo de doctor, a la espera de que se le ocurriese una brillante respuesta que no llegó.

—El padre Benavent tiene parte de razón... —intervino el joven Orovay, con la moral del derrotado y sin su pedantería habitual—. Yo no puedo afirmar que los documentos que hemos estudiado sean falsos, por la sencilla razón de que nunca los tuve en mis manos. ¿Alguno de nosotros vio alguna vez los *Cuadernos azules* de los que nos habló el padre Ubaldini? ¿Por qué no los fotocopió? Sólo tenemos los apuntes taquigráficos que yo tomé. Quizá nos hemos dejado deslumbrar por un espejismo...

—¿Estás insinuando que el padre Ubaldini nos engañó, que se inventó los diarios de Massimo Marchetti?

—Padre Toniolo, no me haga decir lo que yo no he dicho —se enfureció Orovay, que, como los demás, tenía la sensibilidad a flor de piel—. Intento encontrar la razón del fracaso de nuestras investigaciones. Simplemente me limito a constatar que hemos realizado una búsqueda sin tener en ningún momento los documentos materiales en nuestras manos.

—El primer paso, en esta historia —tomó de nuevo la palabra el padre Benavent, que había vuelto como el triunfador de esta lid—, tenía que haber sido asegurarnos de que esos manuscritos eran no sólo auténticos, sino que su contenido era cierto. Porque, de ser verdaderos, nuestras conclusiones y las de los forenses hubiesen coincidido...

—Sus puntualizaciones no tienen vuelta de hoja. Yo no lo hubiese argumentado mejor —dijo el padre Orovay.

Monseñor De Cesare, circunspecto, ambiguo como siempre, pidió la palabra.

—Ya es tarde para todo eso —dijo parsimoniosamente—. Como creo haber señalado ya en alguna ocasión, la Congregación de la Fe, tan pronto como tuvo conocimiento de la existencia de los *Cuadernos azules*, gracias al padre Ubaldini, dicho sea de paso, los sustrajo en secreto de los archivos del cardenal Rampolla...

—¿Dónde están ahora? —preguntó inquieto el reverendo.

—El cardenal Denzinger no quiso que se investigase su autenticidad ni su veracidad. «Estas memorias del tal Marchetti, aun en el supuesto de que fuesen falsas», dijo, «siempre harán más mal que bien. Así que lo mejor será que nos olvidemos de ellas». Y él mismo rasgó, página a página, los tres cuadernos, antes de tirarlos a la máquina trituradora. Sin embargo, no se contentó con eso y mandó que, en su presencia, se encendiese la chimenea y se arrojasen a las llamas todas esas virutas. Y de ello puedo dar fe, porque yo estuve presente. No quedó ni una sola. Todo acabó convertido en humo y cenizas.

El modo con que relató este episodio tenía mucho de puesta en escena, y quizá alguno de los presentes no acabó de creérselo.

—El Santo Oficio —intervino el teatino, dirigiéndose a De Cesare— se estará frotando las manos, y Dios sabe cuántos chistes estarán haciendo a nuestra cuenta.

El padre Toniolo, el padre Benavent, monseñor De Cesare y el valenciano Orovay se habían dado cita en la cafetería de Porta Angélica para tratar el caso de monseñor Bergonzi. Desde el fatídico 26 de octubre, día que monseñor no podría olvidar durante el resto de sus días, se había sumido en una profunda depresión. «No levanta cabeza. Ni come ni habla, que ya es decir», les había informado Giuliana, muy preocupada, cuando les habían telefoneado interesándose por su salud.

—Bueno, no creo que sea éste el momento de las recriminaciones: que si falló esto o lo otro, que si fuimos ingenuos... —dijo monseñor De Cesare, que, a todas luces, quería capitanear el grupo.

—Lo indiscutible —insistió el padre Benavent, remarcando las reticencias que siempre había puesto al juego— es que esta historia de León XIII y su doble debemos encerrarla con siete llaves y enterrarla siete metros bajo tierra, y después olvidarnos de ella definitivamente.

—*Causa finita* —concluyó De Cesare.

—*Causa finita* —repitió el padre Toniolo, que llevaba escrita la inquietud en el rostro—. Pero ése, queridos amigos, no es ahora el problema más acuciante. Monseñor, con quien hablo con alguna frecuencia, se mantiene en sus trece. Erre que erre. No quiere ni oír hablar de que nuestra historia sea falsa. «Toniolo, nuestras investigaciones han sido correctas, impecables; sin embargo, algo falla en todo esto», me dice. Y de ahí no puedes sacarlo. Día y noche está dale que te pego a su cabeza... Giuliana tiene miedo de que se trastorne. «A ver si vosotros podéis hacer algo», me

dice cada vez que los visito. ¿Qué es lo que nosotros podemos hacer? ¿Se os ocurre algo?

Decidieron visitar a monseñor el día 17 de diciembre.

Giuliana, que deseaba dar a la reunión el aire de normalidad que siempre habían tenido las tertulias de los viernes, preparó un buen chocolate, como correspondía a las meriendas de después de Todos los Santos.

—¿A qué habéis venido, a consolarme como los amigos de Job? —les soltó monseñor, y en sus palabras latía la socarronería que le era connatural.

Se sentaron en la mesa de siempre, dejando vacía la silla que siempre había ocupado el padre Ubaldini.

—Tras nuestro sonado desastre —continuó diciendo monseñor—, no creo que los de la Congregación sigan escuchando nuestras sandeces. Podemos hablar con entera libertad..., ¿Verdad, De Cesare? —Éste no contestó—. Me alegro de veros de nuevo en mi casa.

No menor fue la alegría de los contertulios al encontrarlo tan recuperado y haciendo gala de su buen humor de siempre. Giuliana, que era la primera sorprendida por el cambio experimentado, se dedicaba como de costumbre a tejer con su ganchillo inútiles cenefas. Charlaron de muchas cosas, obviando el tema de León XIII, que habían acordado olvidar para siempre.

—¿Tenéis miedo de hablar de lo que durante meses fue el apasionante tema de nuestras tertulias?

Las palabras de monseñor, acompañadas de una de sus sonrisas burlonas, les cogieron desprevenidos. No sonaban a reproche sino, más bien, a desafío, como tantas otras veces había ocurrido alrededor de aquella misma mesa. Al no responderle nadie, comenzó su discurso.

—¿Habéis oído hablar del arzobispo Giorgio Baluffi?

Se miraron unos a otros, sin saber muy bien si se refería a un personaje del pasado o del presente. En todo caso, aquel nombre no les decía nada.

—Sin embargo, ha estado muy cerca de todos nosotros —continuó monseñor, creando cierta intriga—. Pegado como una sombra. Asistiendo de tapadillo a nuestras reuniones, espionando lo que decíamos, lo que hacíamos...

—¿Se refiere a alguien de la Congregación? —se atrevió a preguntarle Orovay, porque sabía que ninguno de los otros iba a abrir la boca.

—¡Ah, los del Santo Oficio! —le cortó con ambigüedad.

Todos entendieron que esta respuesta era un gesto despectivo hacia la Congregación de la Fe, por la que no mostraba simpatía alguna. ¿Estaba monseñor en sus cabales? ¿Desvariaba? Mientras cada uno hacía sus conjeturas, monseñor Bergonzi comenzó a hablarles del desconocido.

—No es extraño que os haya pasado desapercibido. Hay demasiados trapos rojos en el Vaticano para que uno recuerde los nombres de todos los monseñores, obispos,

arzobispos y cardenales que merodean por allí. Monseñor Baluffi es un arzobispo del pasado. Un arzobispo gris. Los personajes grises no son exclusivos de la corte papal, crecen como hongos allá donde está el poder. Yo diría que monseñor Baluffi, más que gris, era invisible. Maquiavelo retrata muy bien a esta clase de individuos.

Si los del SAD aún seguían escuchando lo que se decía en casa de monseñor, quizá pensasen que se estaba refiriendo a su jefe, Sáez de Larrazábal. Pero no era así. Lo que sucedía es que los de ese oficio se parecen como si hubiesen sido cortados por el mismo patrón. Los contertulios estaban inquietos, se miraban unos a otros, preguntándose de qué arzobispo estaba hablando monseñor.

—Durante años trabajó como funcionario del Santo Oficio, esa congregación que nos ha acompañado con tanta solicitud y cariño durante todo este tiempo. En aquel entonces el prefecto del Santo Oficio era el cardenal Ottaviani. No creo que nadie lo recuerde con afecto ni ponga una vela sobre su tumba. —Monseñor se recreaba, mordaz, en lo que decía y no tenía ninguna prisa en desvelar el misterio—. ¿Gris, invisible, mediocre? No sólo era eso, el arzobispo Baluffi también era adulator y servil, diría yo. Desde que metió la cabeza allí, recién ordenado sacerdote, siempre se mantuvo en ese dicasterio. Fue subiendo uno a uno los peldaños del escalafón, hasta que se jubiló. Era tal su apego al Palazzo del Sant'Ufficio que, después de su jubilación, necesitaba ir allí todos los días para sentirse vivo. Wojtyla lo creó arzobispo en una de sus hornadas, no porque creyese que le adornaban cualidades excepcionales sino por su lealtad al Vaticano. Esta cualidad es la que más valora el poderoso. Sin la lealtad de los que le rodean, los pies de barro del autócrata correrían peligro. En resumidas cuentas, el arzobispo Baluffi fue un pobre hombre. Eso, al menos, es lo que pienso yo. Hace apenas un par de meses murió, casi centenario y olvidado por todos.

—¿A cuento de qué viene esta historia del arzobispo Baluffi? —le preguntó Toniolo con la familiaridad del amigo.

—¿Qué tiene que ver este señor con nosotros? —añadió, con un punto de impertinencia, el padre Orovay.

Monseñor no se inmutó lo más mínimo ante estas preguntas, y ni siquiera cambió el ritmo de su narración.

—Recordaréis que el Santo Oficio, no sé por orden de quién, instaló escuchas en esta casa, y que alguien nos ha estado vigilando, como diría De Cesare, desde aquel palacio... Gracias a esos artilugios, ¡el fin justifica los medios!, supieron lo que investigábamos... También supieron que, en nuestra visita a la necrópolis de Nerón, íbamos en busca de los restos del verdadero León XIII... Se nos adelantaron en los pasadizos secretos de Sant'Angelo y vaciaron la sepultura que yo había indicado, confirmando con esta acción que el doble de León XIII no era una entelequia... ¿Habéis pensado que nuestro querido Ubaldini, de no haber desvelado en esta habitación que había hallado los *Cuadernos azules*, probablemente aún estaría vivo?



—Hizo una pausa, no con la intención de que le respondieran, sino para prolongar más el suspense—. ¿Sabéis quién fue la eminencia gris que planeó todo esto?

Sabían de sobra que se estaba refiriendo al arzobispo Baluffi, pero nadie le dio el gusto de responder en voz alta.

—Monseñor —interrumpió su razonamiento el padre Benavent, que trató de hacerle comprender con serenidad que ya no estaban dispuestos a seguir el juego—, todo lo que nos estás diciendo en nada cambia ya los hechos. ¿Por qué no dejas de una vez que los muertos entierren a los muertos?

—¿Dejar que los muertos entierren a los muertos? —contestó monseñor, y buscó ayuda con la mirada en el padre Toniolo, que esta vez no se la dio.

—Admite de una vez —prosiguió el padre Benavent— que las pruebas de ADN contradicen todas nuestras hipótesis sobre León XIII y echan por tierra la teoría del doble.

—No soy cabezota porque sí —le interrumpió monseñor—. Si alguno de vosotros ha pensado eso de mí, me conoce poco.

—*Contra facta non valent argumenta* —le dijo, casi gritándole, el padre Toniolo, mientras hacía grandes aspavientos.

Monseñor llevaba puestas las lentes de ver de cerca, y les miró por encima de los cristales. Sus ojos brillaban, maliciosos, como si estuviese gastándoles una broma. Sin hacer caso a los argumentos que le habían expuesto, continuó relatando su nueva historia con paciencia de maestro.

—Admito las conclusiones de las pruebas de ADN, las de los forenses y las de Orovay y Caprara. Acepto su resultado inapelable. Pero... —y puso gran énfasis—. También afirmo que nuestras investigaciones fueron correctas. Los documentos en los que nos basamos, queridos amigos, son auténticos; y las conclusiones, válidas...

—O estás ciego, o te has obcecado, o nosotros somos unos lerdos. ¡Me sacas de mis casillas! —le dijo el padre Toniolo—. ¿Cómo conciliar cosas tan contradictorias?

—Al final, nos volveremos todos locos... —le apoyó el padre Benavent.

Los contertulios, nerviosos, se removieron en sus sillas.

—Dejemos de una vez que diga lo que tenga que decir —intervino el padre Orovay.

—He pasado muchas noches sin poder dormir, dándole vueltas a la cabeza para encontrar dónde estaba el error. Los resultados de las pruebas son, por supuesto, irrefutables. No tienen vuelta de hoja. Sin embargo, como Galileo, yo seguía pensando que tenía razón... Pero, antes que nada ¡merendemos!

Hasta allí llegaba el ajeteo de la cocina y el olor dulzón del chocolate, que Giuliana preparaba mejor que cualquier abadesa. No en balde, la cocinera le había facilitado la fórmula de un monasterio de clarisas. El padre Orovay, como benjamín del grupo, se levantó a ayudarla. Esta vez la hermana de monseñor había traído, para mojar en las suculentas tazas, lenguas de gato, unos exquisitos bizcochos que tenían

la forma de su nombre y con los que, según le habían informado, se desayunaba cada día el embajador español.

—Hummm... —gruñó, relamiéndose de gusto, el padre Toniolo, que había sido el primero en llevarse una de estas pastas a la boca.

Los demás emitieron sonidos semejantes, que provocaron la satisfacción de Giuliana. Mientras quedaron lenguas de gato en la bandeja, no se habló de otra cosa. Sólo cuando retiraron las tazas, volvieron al punto en que monseñor había suspendido su discurso.

—Este sobre —les dijo, mostrándoles uno de burbujas que había cogido de la mesa— me llegó hace unos días. Me lo remitió —y le dio la vuelta para leérselo— Guido di Pietro, notario que tiene su despacho en la Piazza del Risorgimento...

—¿Qué hay dentro? —preguntó impaciente el padre Orovay, que temía que monseñor volviera a enrollarse como lo había hecho antes.

—Un breve billete del notario, que acompañaba, a su vez, otro sobre, blanco y lacrado, cuyo remitente es el arzobispo Giorgio Baluffi.

Abrió con mucha ceremonia el sobre de burbujas y extrajo, en primer lugar, la nota del señor notario. Sin más explicaciones, empezó a leerla:

El día 21 de noviembre del año en curso, fui requerido a efecto de últimas voluntades por Su Excelencia Reverendísima, el arzobispo Giorgio Baluffi Venanzi, personándome en su domicilio de Via del Falco, número 3, a las doce horas de la mañana. Encontré a Su Excelencia enfermo, pero en plenas facultades mentales. Me pidió que procediese a recibir su testamento que él mismo ya tenía redactado. Entre las encomiendas que me hizo, y me pidió muy encarecidamente que cumpliera, estaba la que motiva la presenta carta. Tan pronto como se produjera su deceso, que él mismo, con gran serenidad y resignación cristiana, preveía inminente y aceptaba, tenía que hacerle llegar a usted el sobre lacrado que en aquel mismo acto me entregó.

Habiendo acaecido la muerte de Su Excelencia Reverendísima el día de ayer, 8 de diciembre, y tras comprobar fehacientemente por mí mismo que así ha sido, me apresuro a cumplir su última voluntad, remitiéndole el sobre lacrado que me dio para usted.

—Etcétera, etcétera —dobló la carta y la puso sobre la mesa.

A continuación, como el prestidigitador mete la mano en su sombrero, monseñor hizo lo mismo y sacó el sobre blanco lacrado, que él ya había abierto antes.

—Nunca te había visto hacer tanto teatro —le echó en cara el padre Toniolo.

—Vale la pena, querido Luigi. Vale la pena —se justificó—. Estamos viviendo un momento histórico, y bien merece que pongamos un poco de prosopopeya.

Desplegó los folios doblados que había dentro del sobre lacrado, y se los pasó al reverendo.

—*Tolle et lege; et nollite esse increduli sed fideles*. Toma y lee; y no queráis ser incrédulos sino fieles —dijo, aplicándoles a ellos la frase que Su Santidad le había dirigido a él, acompañando las dos ampollitas con los huesos de los Pecci.

Desde el momento en que habían entrado aquella tarde en casa de monseñor, se habían sumergido, sin quererlo, en una trama de suspense que hubiese hecho las delicias de Alfred Hitchcock. Un suspense que, había que reconocerlo, monseñor había sabido administrar con sabiduría. Poco a poco, los había ido llevando hacia un clímax imprevisible.

—¿Qué novedades puede aportar esa carta? —dijo en un aparte De Cesare a monseñor Benavent.

—Estoy en ayunas, como tú —le respondió. El padre Orovay empezó a leer el escrito.

Muy reverendo monseñor Giuseppe Bergonzi: No puedo permitir que una persona tan íntegra y honesta como usted acabe siendo motivo de burla. Ahora que el cáncer que me corroe se lleva consigo toda la mentira y vanidad de esta vida, me apresuro a confesarle que las conclusiones que usted y sus amigos sacaron sobre la vida y obra del papa León XIII y su doble son ciertas.

El padre Orovay detuvo la lectura, y todos se le quedaron mirando. Estaban confusos, no sabían si estaban teniendo una alucinación o, como diría después el padre Toniolo, estaban viviendo una pesadilla de la que no acababan de despertar.

—Sigue, sigue —le apremió monseñor.

Educado desde mi más tierna edad en la adhesión más absoluta a la Santa Sede y en la lucha hasta la muerte contra todos aquellos que manchasen de cualquier modo su honra, no quise admitir la verdad sobre el pontificado de León XIII, de la cual tuve conocimiento hace muchos años, cuando era funcionario del Sant'Ufficio. ¿Qué hijo no emprendería cualquier acción para proteger la honra de su madre, y la defendería a muerte, aun a sabiendas de que se había prostituido? ¿Qué hijo de la Iglesia se cruzaría de brazos, mientras otros, aunque tuviesen la razón y la verdad de su parte, estaban minando sus cimientos? Pensaba, de buena fe, que había que borrar a toda costa cualquier hecho que perjudicase a la Iglesia, por muy cierto que fuese. Y el hecho del que tratamos podía resultarle nefasto.

Necesitaría muchos pliegos como éste, además de tiempo y sosiego, los cuales no me presta mi enfermedad, para documentarle lo que le digo. Baste, no obstante, lo que a continuación le confieso para dejar cada cosa en su sitio, y a mi alma en paz.

Todos habían seguido con gran interés y atención la lectura. El reverendo, además, sabía darle al texto la cadencia que en cada momento requería. Si el arzobispo Baluffi tenía o no la voz que le prestaba, o había hecho realmente tal o cual inflexión, importaba poco; lo cierto es que cada uno ya le había puesto cuerpo y cara. El padre Orovay bebió un poco de agua, más por paladear el suspense que por auténtica sed. La demora les pareció larga a los contertulios, y ya empezaban a impacientarse, cuando reanudó la lectura.

Cuando, por pura casualidad, me enteré de lo que usted y sus amigos andaban estudiando, agucé mis oídos. No es éste el momento, como ya le decía, de explayarme en largas explicaciones, que sólo servirían para satisfacer su curiosidad y no para dar más luz a lo que le digo. Aunque ya sea viejo y esté retirado del dicasterio en el que trabajé desde mi juventud, aún cuento con buenos amigos allí; pocos, pero de convicciones tan recias como las mías. Por ellos, me enteré de que el padre Ubaldini había logrado descubrir los *Cuadernos azules*. ¡Cuánto tiempo fui yo detrás de ellos, sin lograr localizarlos! Y, mira por donde, este jesuita nos los sirvió en bandeja. Como usted bien comprendió, esas memorias de Massimo Marchetti eran demasiado comprometedoras para el Vaticano; no podían estar en manos de cualquiera, y menos de ustedes, que por defender la verdad histórica serían capaces de poner en peligro a la propia Iglesia. ¿Cómo iba a permitir la Sagrada Congregación, cuyo objetivo es defender a la Iglesia de sus enemigos de dentro y de fuera, que se divulgase a los cuatro vientos que León XIII tuvo un doble que le suplantó durante años en funciones de su alto rango? ¿Pensaron usted y sus amigos que con ello echaban por tierra la doctrina de la sucesión apostólica, la infalibilidad papal, y otros dogmas que cimientan nuestra Iglesia? Para mí, la verdad está sólo en la Iglesia; las demás verdades, si contradicen a aquélla, no son tales, aunque yo no sea capaz de comprender el porqué. Obré, pues, de buena fe y fui consecuente con mis creencias. Hoy, el manuscrito de Massimo Marchetti está a salvo, guardado en una caja de máxima seguridad del Banco Ambrosiano [...]

El padre Orovay, sorprendido por lo que acababa de leer, detuvo la lectura.

—¿Cómo es posible que el arzobispo Baluffi diga que los *Cuadernos azules* están a salvo en una caja de máxima seguridad del Banco Ambrosiano, si monseñor De Cesare nos ha asegurado que él mismo había presenciado cómo el cardenal Denzinger los destruía?

De Cesare recibió esa pregunta como una saeta arrojada contra su corazón.

—Uno de los dos miente —comentó sin miramientos el padre Toniolo.

De Cesare —¡el ambiguo De Cesare!— se había quedado corrido y sin habla desde que había escuchado esa parte del relato.

—Juro por Dios —dijo, al fin— que yo vi con mis propios ojos al cardenal Denzinger destruir esos cuadernos y arrojarlos al fuego.

¿Mentía o decía la verdad? ¿Hasta qué punto su juramento tenía valor? ¿Le habían creído los presentes?

—Puestos a dar la razón a alguien —terció monseñor para aliviar la tensión que se había creado—, siempre nos inclinaríamos por el arzobispo. ¿Por qué iba a mentir en su lecho de muerte? Por otra parte, pienso que De Cesare ha dicho la verdad. Quizá lo que él presenció fue una *mise en scene* de Denzinger, a las que el cardenal es tan aficionado.

—¿Está afirmando que el cardenal fingió? —puntualizó el padre Orovay.

—En efecto. De ese modo, incluso los de su propia casa creerían que los cuadernos habían sido destruidos y dejarían de buscarlos. —Al ver que nadie había quedado satisfecho con su explicación, la amplió—. Aunque éste no sea el momento para explayarse sobre el tema, no hay personas más venales en este mundo que las que se dedican al espionaje... Prontas a traficar con los secretos, a venderlos al mejor postor. Su Eminencia lo sabe bien, por eso no se fía ni de su propia sombra. ¿A quién confiar esos comprometedores documentos? ¿En qué cámara acorazada guardarlos? En ningún sitio iban a estar más seguros que quemados. Y eso es lo que hizo, en apariencia. Continúa leyendo.

Hoy, el manuscrito de Massimo Marchetti está a salvo, guardado en una caja de máxima seguridad del Banco Ambrosiano, y el padre Ubaldini, testigo indiscreto, reposa tranquilo en el cementerio de Verano. El modo empleado para acallararlo para siempre fue incruento, como usted bien sabe. La persona que se ocupó de ese desagradable menester, cuyo nombre no le voy a revelar, me juró que no había sufrido lo más mínimo. Un simple paro cardíaco, como certificó el médico que lo atendió, un jesuita por cierto. Tampoco le daré detalles sobre ello, ya que resultarían morbosos y de mal gusto. *Requiescat in pace.*

El padre Orovay detuvo la lectura y miró la silla vacía que el padre Ubaldini solía ocupar en las reuniones. Fue un momento de intensa emoción.

—Y de las demás muertes, ¿no dice nada? —preguntó el padre Toniolo, sin esperar a ver qué decía la carta.

Todos comprendieron que se refería a mlle. Dubouché, al padre Boussard de París y al teatino que murió abrasado en Sant'Andrea della Valle.

—También a mí me llamó la atención esa omisión... —le contestó monseñor, que había leído varias veces la carta.

—Quizá él no tuvo nada que ver —se apresuró a decir monseñor Benavent.

—Quizá quiso sembrar la duda y salpicar con ello el nombre de la Congregación —apuntó De Cesare.

—No creo que a la hora de su muerte le moviesen sentimientos tan miserables —respondió monseñor.

—Ya he dicho en más de una ocasión —rectificó De Cesare— que la Sagrada Congregación de la Fe haría lo que fuese por defender los derechos de la Iglesia... Pero, de ahí a matar...

—No hay gran trecho —concluyó, mordaz, el padre Orovay.

—Esas muertes —habló monseñor, procurando ser objetivo y sin el apasionamiento de otras veces— fueron extrañas, no se resolvieron de manera clara, es cierto... Pero también es cierto que en el caso de Ubaldini, la propia Compañía de Jesús consideró que su muerte fue natural y no creyó necesario hacerle la autopsia. ¿Dice la verdad el arzobispo? ¿Trata de mancillar por alguna razón, resentimiento quizá, al Santo Oficio, como apunta De Cesare? Son cuestiones difíciles de averiguar porque, por su propia naturaleza, están envueltas en un impenetrable secretismo... Dejando eso aparte, ¿qué os está pareciendo la confesión de Giorgio Baluffi?

—La obra de un sádico o un loco, o las dos cosas a la vez —comentó el teatino.

—Pues todavía hay más. Continúa leyendo.

Yo no supe hasta 1924 que el papa que murió el 20 de julio de 1903 no era el verdadero León XIII.

Alguien tiró de la manga al padre Orovay, y éste detuvo de nuevo la lectura.

—Esto se pone bueno —dijo el teatino—. Aquí tenemos a otro que habla sin ambages de un doble...

—Si le interrumpimos a cada paso, no nos vamos a enterar —dijo monseñor Benavent—. Continúa, por favor.

Un día, el prefecto del Sant'Ufficio me llamó a mí y a otros dos jóvenes clérigos, y, después de encomiar con largueza la confianza que le merecíamos, nos hizo jurar ante los Santos Evangelios que guardaríamos secreto de todo lo que nos iba a revelar. Nos dijo que esa noche se iban a exhumar los restos del papa León XIII, que estaban enterrados en el coro de la basílica de San Pedro, y que iban a ser trasladados a la basílica de Letrán. «Eso lo sabe todo el mundo», le dije. ¿Dónde está, pues, el secreto? Sin saber cómo afrontar el asunto, se decidió al fin, exigiéndonos, una vez más, que guardásemos el secreto más absoluto y amenazándonos con toda clase de excomuniones y penas canónicas. Los tres nos quedamos de piedra

cuando nos dijo que el cuerpo que había estado enterrado durante veintiún años en el coro de la basílica de San Pedro no pertenecía a León XIII.

—¡Tate, tate, tate! —interrumpió la lectura el padre Orovay y cruzó una mirada de complicidad con el padre Toniolo, antes de repetir la última frase, remarcándola—: «El cuerpo que había estado enterrado durante veintiún años en el coro de la basílica de San Pedro no pertenecía a León XIII». Después de esta pausa, continuó:

Pedía nuestra colaboración para que, esa misma noche, le ayudásemos a cambiar ese cadáver por el del auténtico papa, que estaba enterrado en los sótanos del Vaticano. No admitió que le hiciésemos pregunta alguna. «Vosotros —nos dijo—, ved, oíd y mantened vuestra boca sellada para siempre.» Aunque no nos dio ninguna aclaración más y no lo hablamos entre nosotros, creo que todos fuimos conscientes de que se trataba de un doble del Papa o de un papa intruso. El alcance y la trascendencia de este hecho sólo pude sopesarlos años más tarde, y me juré a mí mismo que yo haría guardar este secreto a quienquiera que llegase a tener conocimiento de él, aunque fuese con la muerte.

—¡La muerte! —repitió el padre Toniolo—. ¿Acaso fue este arzobispo el que tramó los asesinatos de nuestros amigos?

Nadie le contestó. Estaban demasiado conmocionados para poder pensar en ello.

Serían las tres de la madrugada cuando, a puerta cerrada, y en presencia de los cardenales Lateau y Ferreti, unos operarios del Vaticano procedieron a abrir la triple caja mortuoria, que habían sacado de la tumba ese mismo día por la tarde. Nunca antes ni después he estado a esas horas de la madrugada en la basílica de San Pedro. Todo parecía cobrar vida.

Cualquier ruido, por pequeño que fuese, retumbaba con un eco huracanado, y nuestras propias sombras nos parecían gigantes. Sentí terror.

Los tres clérigos habíamos sido elegidos, según nos dijo el cardenal prefecto del Sant'Ufficio, por ser personas de su plena confianza. No discuto este hecho, pero, sin duda, también tuvo muy en cuenta nuestra complexión física: los tres éramos fuertes y criados en la campiña. No fue laborioso abrir, una tras otra, las tres cajas. En la primera, de castaño, no había nada. En la segunda, de plomo, había una inscripción: «Leo pp. XIII Pontifex Maximus». En la tercera, de ciprés, encontramos las tres bolsas que contenían las medallas acuñadas durante su pontificado. Nadie se atrevió a quitarle el



pañuelo de seda roja que le cubría el rostro, pues, aun sabiendo que no era el verdadero papa, infundía un temor reverencial. «Sacadlo con cuidado y colocadlo sobre esas parihuelas», nos ordenó el cardenal Ferreti, y así lo hicimos. Acto seguido, tuvimos que despojar al muerto de las ropas pontificales, cosa que no fue nada fácil, sobre todo por el miedo que entorpecía nuestras manos. A continuación, como si fuéramos a enterrarle de nuevo, cruzamos en procesión la nave derecha, en medio de un pavoroso silencio en el que sólo se oían nuestros pasos; a la altura de la capilla de la Pietà, casi a los pies de la basílica, salimos por una puerta semioculta, que nunca antes había visto, y, después de recorrer innumerables pasadizos mal iluminados, bajamos unas interminables escaleras. Pronto perdí el sentido de orientación en aquel laberinto, y no hubiese sido capaz de salir de él por mí mismo.

A medida que el reverendo iba leyendo, el estupor se asomaba a su rostro y al de sus compañeros. Giuliana, que, como otras veces, seguía la reunión desde su sillón, había dejado la labor en su regazo y, girada hacia la mesa donde estaban los clérigos, escuchaba pasmada el relato. De las numerosas historias que había escuchado, ¿había habido alguna como ésta? Al principio, debió de escandalizarse, e incluso, asumiría la defensa de la Iglesia, pero poco a poco se había ido acostumbrando...

—¡Ahora sí que lo veo claro! —El padre Toniolo adivinó por dónde iban los tiros, y no pudo contener su impulso. Con la mirada radiante y sincera, se dirigió a monseñor—: Me alegro por ti, Giuseppe; sé lo mucho que has sufrido.

A Giuliana le emocionaron las palabras del teatino y se le saltaron las lágrimas.

—No te anticipes, Toniolo, que todavía no se ha acabado la historia —le contestó monseñor.

—Según el testimonio del arzobispo Baluffi —quiso hacer balance de lo expuesto el padre Benavent, que no se había contagiado de la emoción de los demás—, tenemos que en 1924, año en que se lleva a cabo el traslado de los restos de León XIII a San Juan de Letrán, se realizó también a escondidas el cambio de cuerpos. El fraile Massimo Marchetti, el doble de León XIII, que había sido enterrado de manera provisional en el coro de San Pedro, fue a parar a los sótanos vaticanos. Y el verdadero León XIII, que había muerto cuatro años antes que éste y había sido enterrado de mala manera en los pasadizos de Sant'Angelo, era llevado ahora al mausoleo que le correspondía, por eso...

—Deja que sea el arzobispo Baluffi quien nos lo cuente —le interrumpió monseñor, ansioso por oír una vez más aquel testimonio que revalidaba su reputación.

—Nos habíamos quedado —recordó el padre Orovay— en el momento en que el clérigo Baluffi y sus compañeros estaban trasladando el cadáver del doble de León XIII a los sótanos vaticanos.

Llegamos a un sitio donde el pasadizo se ensanchaba y formaba una especie de plazuela. «Dejad eso ahí», nos ordenó el cardenal Ferreti, que era el único que abría la boca. A nadie pareció molestarle que se tratase al difunto con tan poco respeto. «Abrid esa sepultura», dijo señalando la que tenía delante. No resultó difícil, porque la losa que la cubría no era de una sola pieza sino que estaba dividida en muchas partes.

—¡La tumba H.XLIII! ¡La tumba número 43 del cementerio de Honorius! —exclamó el padre Orovay, que no había podido contener su aclaración, demasiado obvia para que hiciese falta recalcarla—. ¿Recordáis el papelito que el abate Guibert de Saint Étienne guardaba en su breviario y que mlle. Dubouché proporcionó a monseñor?

Todos asintieron. Monseñor estaba radiante de gozo.

El otro cadáver estaba envuelto en una sábana, y a todos nos llamó mucho la atención, porque estaba mejor conservado que el que traíamos. Sin esperar a que nos lo ordenara, lo sacamos entre los tres, pues estaba casi a flor de suelo. La sepultura, al estar excavada sobre roca, era muy poco profunda. Allí mismo hicimos el cambio: metimos en la fosa el cuerpo que traíamos y el que sacamos lo pusimos en las parihuelas. «Echadle cal viva», nos dijo el cardenal Ferreti, y sus palabras me sonaron a las de un inquisidor sin entrañas. Así lo hicimos, abocándole encima paletadas bien colmadas hasta cubrirlo completamente. Luego volvimos a colocar las losas tal como estaban. «Que Dios te maldiga y ardas en el infierno por el mal que hiciste a su Iglesia.» Ése fue el responso al que todos contestamos: «Amén».

—¡Dios mío! —se oyó que decía Giuliana.

El padre Orovay se detuvo.

—¿Algún comentario? —y, sin esperar respuesta, continuó.

Llevando sobre las parihuelas el cuerpo del verdadero papa, volvimos sobre nuestros pasos, o al menos así me pareció, y desembocamos de nuevo en la basílica de San Pedro, entrando por la puerta de la Pietà, por la que habíamos salido antes.

Ya en la capilla del coro, revestimos el cuerpo del Papa con los ornamentos pontificales de los que habíamos despojado al intruso. En ningún momento tuvimos que forzar sus miembros, de tan flexibles y muelles como estaban. Todos los presentes quedamos estupefactos al contemplar el cuerpo del Papa que, después de tantos años de enterramiento y sin que hubiese sido embalsamado, parecía que hubiera muerto hacía poco. Una vez revestido y con todas las

insignias puestas, lo colocamos dentro del triple féretro y lo dejamos todo igual como nos lo habíamos encontrado.

—De esta manera todo queda claro y diáfano —volvió a insistir el padre teatino, como si los demás no hubiesen captado dónde estaba el quid de la cuestión—. Ahora se explica por qué las pruebas de ADN contradecían nuestra historia.

—El testimonio del arzobispo Baluffi —dijo el padre Benavent, como si estuviese expidiendo un certificado— ha sido muy esclarecedor. Ya no cabe la menor duda sobre la existencia del doble de León XIII.

—¿Por qué, me pregunto yo —habló de nuevo el padre Orovay—, si el arzobispo Baluffi conocía el lugar del enterramiento por haber participado en toda esta operación, se calló lo que sabía y dejó que los del Santo Oficio cayesen en la trampa que les tendió monseñor?

Todos recordaban muy bien la expedición que, con el profesor Caprara a la cabeza, habían hecho a los sótanos vaticanos en busca de la presunta tumba del verdadero León XIII, que habían encontrado vacía.

—Si no he oído mal —respondió De Cesare—, tú mismo lo acabas de leer. Todos esos pasadizos, con tantas vueltas y bifurcaciones, le parecieron al arzobispo Baluffi un laberinto inextricable, igual que nos pasó a nosotros. Él mismo confiesa que perdió la orientación y que no sabría cómo volver. No sé a qué viene tu pregunta.

—Lo que dice textualmente es que no hubiese sido capaz de salir de allí por sí mismo —corrigió monseñor a su discípulo y salió en defensa del reverendo—. Realmente no sé si hubiese sido capaz de salir. Ahora bien, estoy convencido de que, después de las excavaciones llevadas a cabo en tiempos de Pío XII, no hubiese podido dar con la tumba del Papa. Algunos de los pasadizos que él recorrió fueron modificados; otros, tapiados. Por ejemplo, la puerta de la que él habla, en la capilla de la Pietà, ya no existe, al igual que el túnel que comunicaba por ese lado la basílica con los palacios apostólicos. De todos modos, lo que interesa resaltar es que, como él dice más adelante, quisieron borrar todas las huellas, todo rastro del doble. Hacer desaparecer su cadáver y su memoria.

—Pero no lo consiguieron... —remató el padre Orovay.

Quedaban aún algunos folios por leer, pero monseñor pensó que no añadían nada nuevo. Metió otra vez la mano en el sobre de burbujas, y los contertulios quedaron expectantes, esperando ver qué sacaba ahora.

—He aquí la llave y la clave de la caja fuerte del Banco Ambrosiano —dijo, mientras la mostraba como si fuese un trofeo— donde el arzobispo Baluffi guardó o mandó guardar los *Cuadernos azules*.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó, curioso, el teatino, y todos se volvieron hacia monseñor.

Ahora que tenía al alcance de su mano la anhelada prueba por la que tanto había luchado, no sabía muy bien qué hacer. Parecía que ésta le quemaba.

—¿Por qué crees tú, Toniolo, que monseñor Baluffi me ha confiado los *Cuadernos azules* como manda en su testamento? —preguntó dubitativo.

—Sin duda, querido Giuseppe, el arzobispo conocía cómo piensas y cuál ha sido tu trayectoria... Quizá por ello te los encomienda.

—¿Por qué, en el último momento de su vida, reveló el gran secreto que había jurado guardar? ¿Por qué no destruyó estas pruebas, que, tarde o temprano, harán un daño irremediable a la Iglesia? —continuó preguntando.

—Es difícil de saber...

—Como hemos podido experimentar en nuestras propias carnes —añadió el padre Benavent, desviando el curso que había tomado la conversación—, jugar con la historia es más peligroso de lo que parece...

—¿En nuestras propias carnes, dices? No hablarás de las tuyas —le interrumpió el teatino, aún molesto porque les había dejado en la estacada—. Al padre Ubaldini le costó la vida, y otros se la dejaron por el camino.

—De todos modos —terció monseñor—, ha valido la pena. Al menos, quedará nuestro granito de arena.

—¿Nuestro granito de arena? —El padre Orovay, recobrado el entusiasmo perdido, no parecía dispuesto a aceptar que las investigaciones, aquella carrera colmada de obstáculos, miedos, sudor y sangre, quedasen ahora en un simple grano de arena—. ¿Qué hay, monseñor, de ese aforismo suyo «Lucha hasta la muerte por la verdad»? ¿Ya no hay que defenderla, caiga quien caiga?

—No hay que defender la verdad caiga quien caiga —le corrigió De Cesare—. Dicho así, suena a amenaza destructiva, y no creo que sea ése el sentido que le da monseñor. En estos tiempos en que el Occidente cristiano se siente amenazado por los terroristas islámicos, ¿es el momento oportuno de aventar nuestras verdades? ¿No debilitamos con ello a la Iglesia, cuando es necesario que aparezca más fuerte y sin fisuras ante el mundo? So capa de defender la verdad histórica, ¿no estaremos haciéndoles el juego a los fundamentalistas?

—Según tú, hay que subordinar la verdad a las tácticas eclesiásticas. Hay que seguir mintiendo para mantener la ficción de que los papas no yerran...

De Cesare no se dejó tentar por el tono provocador que había adoptado Orovay, y continuó con su flema habitual.

—Si se revelasen las mentiras sobre las que se han edificado las instituciones de este mundo —le dijo con una sonrisa desafiante—, ¿quedaría alguna en pie? ¿Conseguiríamos algún bien derribándolas con nuestras verdades?

—De Cesare, hay que decir la verdad, sobre todo cuando una dificultad hace más urgente que se diga —subrayó con énfasis. Después de una calculada pausa, añadió—: No son palabras mías. Son de san Agustín.

—Santo Tomás de Aquino —contestó, sin amedrentarse, su contrincante— habla, por su parte, de la *ignorantia affectata*.

—Mirar hacia otro lado...

—Si quieres llamarlo así... —Con el semblante muy serio, continuó—: Ignorar errores, incluso engaños flagrantes, mantener lo que tú considerarías «estructuras del engaño» no sólo es útil, sino necesario... Y, en los tiempos que corren, hacer otra cosa sería una actitud irresponsable y suicida.

A todos les parecieron tan sensatas las palabras de De Cesare, como impertinentes las del joven valenciano.

—Orovay tiene razón, pero... —intervino, conciliador, monseñor—. Esa lucha por la verdad es el ideal que siempre inculqué a mis alumnos de la Gregoriana. Es cierto. Siempre lo he defendido y lo mantengo. No claudico... Pero vivimos en tiempos muy confusos. Estos días han sucedido muchas cosas y muy graves. El mundo de una y otra parte está desquiciado. —Se detuvo unos instantes, mientras guardaba todos los papeles en el sobre—. Las verdades son válidas en tanto sirven para construir...

Hizo una larga pausa. En aquel momento, no reinaba en la sala la festiva atmósfera de aquellos primeros viernes, cuando habían comenzado de modo distendido este juego, tan parecido al infantil del «veo, veo». El bibliotecario había hablado con ponderación y midiendo mucho sus palabras, y el padre Toniolo, el padre Benavent y monseñor De Cesare hacía rato que asentían con sus cabezas.

—Tú, Luigi —se dirigió al teatino—, me preguntabas antes qué pensaba hacer. Como vosotros sabéis, muchos comportamientos del Vaticano me desagradan; sobre todo, esa tendencia enfermiza a vivir encerrado en su mundo de ficción... La ficción siempre es estéril. ¿Qué debemos hacer? «Nadie enciende una vela para ponerla debajo de la mesa, sino que la coloca en alto a fin de que alumbre a todos los de la casa.» Ésa es la función de la investigación histórica: contribuir a que se haga la luz y a que ésta resplandezca y alumbre. Sin embargo, tú y yo ya somos viejos para esta descomunal empresa. Creo que otros deben relevarnos y actuar... He pensado en entregar nuestros papeles y los *Cuadernos azules* a los padres de la Compañía. Ellos tendrán el coraje de enfrentarse a este hecho histórico.

—¿Crees que se atreverán?

La pregunta quedó flotando en el aire. Se había hecho tarde. Los contertulios se despidieron de monseñor y de Giuliana, que les acompañaron hasta el rellano de la escalera. *Sócrates*, que era un animal cariñoso y muy atento, también salió a despedirles, aunque nadie se lo había mandado.

—Han sido unas tertulias apasionantes. *Finis coronat opus*. El fin corona la obra. Es todo lo que se me ocurre decir —dijo el padre Toniolo, queriendo clausurar con ese broche la etapa que habían vivido.

—No lo dirá con segundas intenciones —comentó De Cesare.

—No pensaba en el Opus... ¿De verdad eres simpatizante de la Obra? Te creía más inteligente.

Continuaron esta última conversación, que se había iniciado en la puerta de monseñor, hasta el zaguán; allí se detuvieron junto a una columna, formando corro.

Anselmo, el portero, era un hombre cuarentón y calvo, vestido con un guardapolvo gris abotonado hasta el cuello, que, por su pinta y maneras, debía pertenecer a alguna orden tercera; observaba a los eclesiásticos, preguntándose qué cosas tan importantes debían de estar tratando para proseguir allí su charla, de pie. Cuando llegó la hora de cerrar el portal, al ver que el corro seguía con la misma animación, se puso a pasear arriba y abajo, carraspeando al pasar junto a ellos. Como esto no dio resultado, hizo otra ronda haciendo tintinear sus llaves; finalmente, decidió apagar las luces y dejar sólo las de emergencia.

—Me parece que Anselmo quiere cerrar el portal —advirtió el padre Toniolo en voz alta.

Ya en la calle se despidieron, y cada uno siguió su camino.

Habían transcurrido casi dos meses desde que Sáez de Larrazábal, el jefe del SAD, había entregado al cardenal Carolus Denzinger el *dossier* de la llamada «operación Leo». Conociendo la suma importancia que tenía para Su Eminencia este trabajo, le extrañó que se demorase tanto en llamarle. Atribuyó la tardanza a la coincidencia con las fiestas de Navidad y Año Nuevo, pero él mismo se preguntaba:

—¿Por qué no me dijo una palabra cuando, en la víspera de Nochebuena, desfilamos los de la Congregación para felicitarle las pascuas? Ahora que pienso, el cardenal me tendió una mano blanda y esquiva y volvió el rostro hacia otro lado, como si se hiciera el distraído, y pude ver en sus ojos una chispa de desprecio.

—El cardenal te llama —le dijo un compañero, sacándolo de su ensimismamiento.

No se molestó en preguntarle qué era lo que quería. Lo sabía de sobra. Bajó a su despacho, en la planta noble del Palazzo del Sant'Ufficio. Este inmueble lleno de historia había sufrido al menos cuatro transformaciones, desde que lo ocupaba el cardenal Denzinger, no muy profundas pero sí significativas. Si colocáramos en orden cronológico las fotografías de esas remodelaciones, podríamos seguir la evolución vital que había seguido su inquilino. Los biógrafos no prestan la suficiente atención a la arquitectura en que se desenvuelven sus personajes. ¡Y las piedras hablan!

El despacho que ocupaba Su Excelencia era un amplio salón con vistas a la Piazza del Sant'Ufficio, en el que entraban raudales de luz. Si el cardenal Ottaviani entrase ahora, no lo reconocería. Las paredes forradas con sedas claras habían sustituido a las de tonos lúgubres que había en otros tiempos. El sanguinolento Cristo que colgaba de la pared principal había sido reemplazado por el *Christus imperator*, con una corona de oro sobre su cabeza, una decoración más acorde con los nuevos aires de cristiandad que soplaban en el Vaticano desde la llegada de este papa.

En la antesala, mientras esperaba su turno, sonaba un concierto de órgano de Bach. No en vano, Su Eminencia era un refinado melómano.

—Siéntate —le dijo.

No se molestó en levantar la cabeza para saludar a su colaborador. Tuteaba a todo el mundo, menos cuando estaba enfadado. Sáez de Larrazábal vio su *dossier* sobre la mesa. Por lo que pudo observar, estaba muy subrayado. «Buena señal; al menos se lo ha leído», se dijo. Se sentó en el borde mismo del sillón, pues de haberlo hecho de otro modo se hubiese hundido aún más. Incluso así, tenía que levantar la vista para mirar al cardenal, que, en cambio, lo tenía casi a sus pies.

—¡Buen trabajo! Te felicito —añadió, lanzándole una mirada de zorro.

Por venir de quien no se prodigaba en lisonjas, sus palabras le sonaron a un sobresaliente *cum laude*. No le contestó, y se limitó a fingir una leve sonrisa, para que no fuese a tomarle por un engreído. La música de Bach sonaba bajito, como si el órgano estuviese en la habitación contigua. En el despacho reinaba una tranquilidad asombrosa.

—¿Qué ha sucedido con los *Cuadernos azules*? ¿Los tenemos nosotros o los tienen ellos? —quiso aclarar con toda lógica ese punto tan importante, que Sáez de Larrazábal había expuesto de forma confusa en su *dossier*—. ¿No los destruí yo con mis propias manos, y luego quemamos los pedazos?

—Los *Cuadernos* no están en nuestras manos, ni Su Eminencia los destruyó con las suyas —respondió, enarcando las cejas, como si también se sorprendiera.

Ese gesto enfureció al cardenal. No le gustaba que le vacilasen ni que le fuesen con acertijos, pero supo contenerse. Su Eminencia jamás levantaba la voz ni perdía la compostura. Se mordió el labio, y, en ese momento, en que la música sonaba muy suave, se pudo percibir el sonido que hizo al aspirar hondo. Cerró los ojos y se dejó llevar por la música.

—Los *Cuadernos azules* —le dijo Sáez de Larrazábal casi en un susurro, para no romper la paz— están en mi poder, Eminencia.

—¿En tu poder? ¿Qué hacen en tu poder? ¿Puedes explicarte? Porque la historia que cuentas en tu informe no acaba así. —Le miró con esa chispa de desprecio con que siempre miraba a sus subordinados, a la que añadía, en el caso presente, una buena dosis de ira. Y añadió—: ¿Es verdad toda esa historia del arzobispo Baluffi o ha sido una invención tuya?

—En el fondo, sí —contestó con ambigüedad—. Pero hay algunos hechos que no ocurrieron como relato en el *dossier*. —Y, tomando la iniciativa, comenzó a corregir el informe, poniendo cada cosa en su sitio—: El arzobispo Baluffi, a quien Su Eminencia y todos los de esta casa conocen bien, estaba al corriente de nuestras investigaciones sobre León XIII y su doble. Por descontado, también lo estaba sobre las andanzas de monseñor Bergonzi y sus secuaces. Un día fui a visitarle al hospital, donde habían tenido que ingresarle de urgencia... Un cáncer galopante. Y fue allí donde me confió su secreto.

—Supongo que te estás refiriendo a la permuta de cadáveres en la que él intervino.

—En efecto. Sin la revelación que me hizo el arzobispo Baluffi, el asunto del doble de León XIII hubiese quedado en un enigma indescifrable... Quizá tampoco nosotros hubiésemos llegado a desenredarlo. Los forenses se extrañaron de que aquél fuera el cadáver del Papa... ¡Como que no era el papa que embalsamaron los médicos del Vaticano! Ahora sabemos qué es lo que realmente sucedió.

—Lo comprendo, lo comprendo. Pero ¿qué empujó al arzobispo Baluffi a hacerte tal revelación? ¿Por qué hacérsela también a monseñor Bergonzi? ¿Por qué no se lo impediste?



—Fui yo, Eminencia, quien le dio la idea a monseñor Baluffi, además de trazar el plan. Como comprenderá, el arzobispo ya tenía bastante con su enfermedad...

Al escuchar una respuesta tan inesperada, el cardenal se alarmó. Los ojos se le salieron de las órbitas, y quizá intuyó algo extraño en la mirada de su subordinado. Se le debieron de amontonar tantas preguntas, pero no pudo formular ninguna. ¡Qué seguro de sí mismo parecía sentirse en esos momentos Sáez de Larrazábal! ¡Y qué nervioso parecía el gran inquisidor! Dejando de lado la historia del arzobispo Baluffi, pasó a referirle otra, que acabaría de desquiciar al cardenal.

—Yo fui el que arrebató los *Cuadernos azules*, esa prueba testifical de capital importancia, al padre Ubaldini. —Hizo una pausa para aumentar el suspense—. Bueno, no se los quité al jesuita, sino que los robé de los archivos del cardenal Rampolla. Claro que, en un principio, mi intención era entregarlos a la Congregación...

—Entonces, ¿qué cuadernos me entregaste a mi? —preguntó el cardenal, elevando su tono de voz, dolido, quizá corrido, al sospechar que había sido engañado.

—Eminencia, no olvide que llevo muchos años en la Congregación. Pertenezco al Servicio de Actualización de Documentos. —No era necesario que se lo recordase, por lo que el cardenal adivinó la intención detrás de sus palabras—. Mandé hacer una copia de los *Cuadernos azules*. Su Eminencia es conocedor de la perfección de nuestras falsificaciones...

—Sé muy bien cómo funcionan los organismos de esta casa —le cortó en seco.

—Lo que yo le entregué y Su Eminencia destruyó fue una copia, no el original...

—¿Una copia? ¿Te estás burlando de mí?

Aunque su cólera era grande, su curiosidad todavía era mayor.

—¿No dices en tu informe que los *Cuadernos* están guardados en una de las cajas fuerte del Banco Ambrosiano, y que su llave fue entregada a monseñor Bergonzi?

—Sí, eso es lo que digo; pero no todas las cosas que salen de mi boca son ciertas. La mentira, en este oficio, como ya sabe Su Eminencia, es tan o más útil que la verdad. —Y después de esta reflexión, a todas luces impertinente, añadió—: En esa caja fuerte del Banco Ambrosiano no hay nada.

—¿Entonces?

—No creo que monseñor Bergonzi vaya a comprobarlo. De todos modos, la carta del arzobispo les ha resuelto el enigma. Él y sus amigos sólo buscaban la verdad, y yo se la he revelado... Pueden descansar tranquilos. Pero los cuadernos originales, Eminencia, están en mi poder... Y yo sí sé cuál es su precio.

En ese momento, como si Bach hubiese seguido la conversación desde el principio, se hizo un silencio y la música cambió de registro.

—Ellos buscaban la verdad, y tú, ¿qué buscas? ¿Con qué fin te has apropiado de los *Cuadernos*?

No contestó de inmediato esa pregunta, pues tenía previsto hacerlo al final de la entrevista. En cambio, le dijo:

—Es curioso, Eminencia, que, desde que he entrado en su despacho, no me ha preguntado en ningún momento por las muertes de las que le informo en mi *dossier*. ¿Acaso no le interesan esas otras historias?

Sáez de Larrazábal vio cómo el rostro del cardenal, siempre impertérrito, se ponía rojo, y no de vergüenza, sino de ira.

—Desde que has entrado en este despacho —le dijo, clavándole sus ojos, que se habían puesto brillantes—, te estás comportando con una altanería e insolencia intolerables...

El otro, desde la hundida butaca, le interrumpió con poca consideración.

—El silencio sobre la desafortunada historia de León XIII y su doble tiene un precio muy alto, que Su Eminencia no puede ignorar —le dijo, con un temple que le sorprendió a él mismo—. Quizá las alfombras que pisa y el lujo en que vive le impiden ver las cloacas que hay debajo mismo de sus pies, por donde transitamos secretarios como yo...

—¿Me estás intentando chantajear? —dijo, desorientado, el cardenal—. ¿Qué es lo que pretendes? ¿Airear el contenido de los *Cuadernos*? ¿Atentar contra la Iglesia en estos momentos?

Sáez de Larrazábal guardó silencio.

—¿Es que no has leído los periódicos? —le gritó.

Esa mañana había leído el *Corriere della Sera* y había comentado con sus compañeros la alarmante noticia a la que se estaba refiriendo Su Eminencia. Las autoridades italianas habían recibido un mensaje, en el que se les alertaba del riesgo de un ataque con explosivos contra el Vaticano, que llevaría a cabo un comando de fundamentalistas musulmanes bosnios.

—Su Eminencia, lea, lea en ese evangelio —le contestó su subordinado con voz alterada, mientras le señalaba el precioso ejemplar de *El príncipe* de Maquiavelo que tenía sobre la mesa—. Capítulo XXII, punto 3.º, línea décima y siguientes.

El cardenal, intrigado, le obedeció sin rechistar, y leyó donde le había dicho:

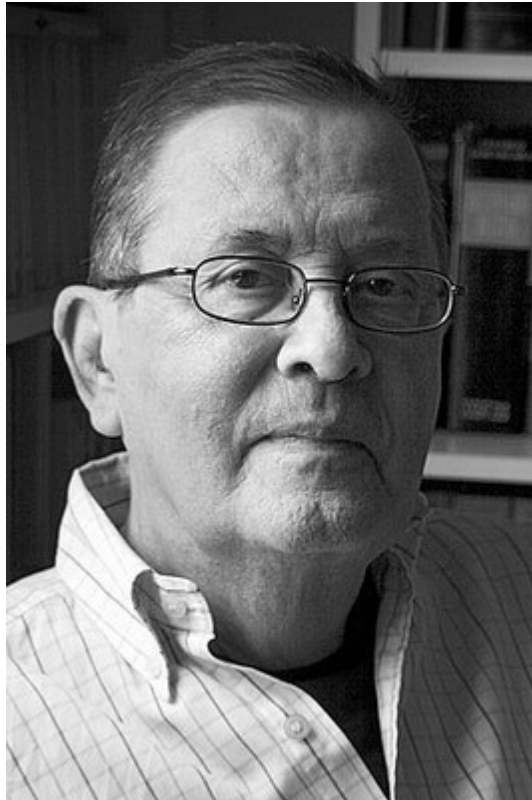
El príncipe, para conservar a un buen secretario, debe pensar en él, honrarlo y enriquecerlo, colmándolo de honores y cargos, a fin de que los numerosos honores no le hagan desear más honores, las abundantes riquezas no le hagan desear más riquezas, y los importantes cargos le hagan temer los cambios. Así pues, cuando el príncipe se comporta de este modo, puede confiar en su secretario. Cuando sucede lo contrario, uno u otro acabará siempre mal.

Durante la pausada lectura, el cardenal iba levantando de cuando en cuando la vista del libro y miraba a su colaborador. Con toda seguridad, ahora comprendía su posición.

—El arzobispo Baluffi —confesó en voz baja— me dijo antes de morir: «Si no te metes con Denzinger, Denzinger terminará metiéndose contigo». Y yo he decidido seguir tan sabio consejo.

El prefecto de la Congregación se quedó estupefacto. Sáez de Larrazábal se levantó y se fue hacia la puerta sin haber pedido licencia para retirarse. El órgano de Bach atacaba un *adagio*, o eso creyó.

*Valencia, noviembre de 2004*



FRANCISCO ASENSI. Nació en Algenesí, España, en 1936 y falleció en 2013. Licenciado en Historia por la Universidad de Valencia, Francisco Asensi cursó estudios de Humanidades, Filosofía y Teología. Fue sacerdote diez años, entre 1963 y 1973, consagrándose a la dirección de un colegio mayor universitario durante seis de esos años. Después de abandonar el sacerdocio desempeñó profesiones diversas, sin renunciar nunca a su vocación literaria. Sus obras, de ambientación eclesiástica, se sustentan sobre sólidas investigaciones históricas.



EL SECRETO DE  
SANT'  
ANGELO

FRANCISCO ASENSI



Lectulandia

